EL NAZI Y EL PELUQUERO

Edgar Hilsenrath

Prólogo de David Uclés

Siruela Nuevos Tiempos



Edgar Hilsenrath

EL NAZI Y EL PELUQUERO

Prólogo de David Uclés

Traducción del alemán de
María José Díez Pérez y Diego Friera Acebal

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2026

Título original: *Der Nazi & Der Friseur*
En cubierta: fotografía © rawpixel
© Eule der Minerva Verlag UG (haftungsbeschränkt)
© Del prólogo, David Uclés, 2026
© De la traducción, María José Díez Pérez y Diego Friera Acebal
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-1388289-61-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

PRÓLOGO Edgar Hilsenrath: el judío que se reía de sí mismo *por David Uclés*

EL NAZI Y EL PELUQUERO

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

PRÓLOGO

Edgar Hilsenrath: el judío que se reía de sí mismo
por David Uclés

Una casualidad onírica

Dos años llevaba viviendo en Alemania cuando decidí abandonar el país en julio de 2013. Recién licenciado en Traducción e Interpretación de alemán, mi fijación por el idioma fue total, y durante aquel tiempo me obligué a leer solo en lengua extranjera. Como intuía que no volvería a mudarme al país teutón, me hice con dos cajas de libros para poder seguir leyendo en Granada, adonde me mudé el curso siguiente. Las envié por mensajería, ya que siempre viajo ligero de equipaje. Pero para el trayecto dejé sin embalar un libro. No recuerdo con exactitud cuál era, pese a que debía de ser especial para mí. Las lecturas en mudanza son fundacionales.

Me despedí de mis once compañeros de piso alemanes y dejé entre lágrimas el piso. Fui muy feliz con ellos, pese a disponer solo de dos cuartos de baño y a sentirme en ocasiones inmerso en un *reality show*. El último de los abrazos se lo di a Daniel, con quien había hecho más migas por compartir el amor por la filosofía y la literatura. A modo de obsequio, me propuso que eligiera un libro de su biblioteca. Como no tenía tiempo para seleccionarlo, y a veces dedico más tiempo a elegir una lectura que a disfrutarla, le dije que escogería uno al azar, sin ni siquiera mirar el lomo, y que lo leería fuera cual fuera. Fue este título: *Der Nazi & der Friseur*.

Por aquel entonces había trabajado casi cuatro años en el primer

borrador de *La península de las casas vacías*. Llevaba más de quinientas páginas escritas, pero no había dedicado apenas un solo párrafo a la guerra civil española. *A priori*, no había contemplado la idea de trazar una novela total sobre un conflicto tan poliédrico, bajo el prisma del realismo mágico y con un narrador que se personaba, que usaba el humor en situaciones indeseables y que llamaba continuamente la atención del lector. De forma más o menos consciente, Hilsenrath debió de influirme muchísimo, pues me mostró un camino y una manera de enfrentarte a la narración que seguí con gusto: el cóctel explosivo que resultaba de mezclar historia, realismo mágico, testimonio y humor.

Hermanados

Durante años, la novela de Hilsenrath se convirtió en una obsesión para mí. Tuve que leerla varias veces hasta comprenderla completamente; no fue fácil, pues el alemán escrito difiere mucho del oral, y su sintaxis no me resultaba tan asequible como la de las lenguas romances. Después la abandoné, ya que, salvo una edición descatalogada, no había sido traducida al castellano. Hasta que cinco años más tarde, el medio año que viví en Toulouse, descubrí en una librería preciosa —Terra Nova— que la obra completa de Hilsenrath había sido traducida al francés por una editorial llamada Le Tripode. Volví a adentrarme en sus historias rocambolescas y en su humor tan políticamente incorrecto. Me fascinaron *Nacht* [Noche], su primera novela, basada en la propia experiencia del escritor en un gueto judío, y *Das Märchen vom letzten Gedanken* [El cuento del último pensamiento] (Premio Alfred Döbling, otorgado por Günter Grass, y Premio Nacional de Literatura de Armenia), que narra el genocidio del pueblo armenio paralelamente al Holocausto.

Hace unos meses firmé las quince primeras traducciones de *La península de las casas vacías*. Cuando mi agente me comunicó el nombre de la editorial francesa, di saltos de alegría: ¡la misma que

publicó a Hilsenrath! De alguna forma, siento que compartir catálogo con él en Francia nos hermana. Y espero que también lo haga este prólogo, que no tiene otro afán más que hacer llegar esta lectura y el mundo propio de Hilsenrath a los lectores españoles.

Cuando empecé a trabajar con Ediciones Siruela, descubrí la tangible vocación literaria de su equipo, siempre en busca de textos que aúnen calidad y unicidad, que sorprendan y sean irrepetibles. Por eso busqué un ejemplar de la edición en castellano de *El nazi y el peluquero*, descatalogadísima, y se lo regalé las pasadas Navidades. Confiaba en que apreciaran la novela y quisieran publicarla en 2026 coincidiendo con el centenario del nacimiento del escritor. Y aceptaron.

Ahora descubro que no soy el único autor del catálogo de Ediciones Siruela que ha prologado a Hilsenrath. La premio nobel Herta Müller escribió un posfacio para la edición en chino de esta misma novela. Rescato un par de frases de su imaginativo y lírico texto:

> La sátira más mordaz se inclina y se vuelve trágica.
> Lo que no puede existir, existe en Hilsenrath.

En cualquier caso, si estos comentarios literarios no me unieran lo suficiente a Edgar, hay algo que sí que nos hermana: la *txapela* negra. Llevo boina desde hace veinte años, pero confieso que empecé a llevar la boina vasca por él, porque era una forma de tenerlo presente, como quien se tatúa el nombre de un ser querido. Por eso la tengo ahora mismo puesta. No podía escribir este prólogo sin ella.

Escritor del Holocausto

Hilsenrath no tuvo una vida sencilla. Buena parte del maremoto

político del siglo xx lo llevó de un lado a otro, como barco en mar revuelta. Nace en 1926 en una familia judía, cuando la sociedad es cada vez más antisemita. A los doce años abandonan Alemania camino del exilio en Rumanía. Tres años después, en 1941, son enviados a un gueto al oeste de Ucrania, el de Chernivtsí. Sus dos abuelos paternos morirán en otro, el de Theresienstadt, donde los judíos eran hacinados y, por la insalubridad, solían fallecer antes de ser deportados a campos de exterminio. Edgar se salvó, pues el Ejército Rojo lo liberó en 1944. Volvió a Rumanía y de allí huyó a Palestina, donde el Estado de Israel empezaba a tomar su forma contemporánea. Volvió de nuevo brevemente a Europa y se marchó a los Estados Unidos. Un cuarto de siglo después, regresó a Alemania, donde falleció en 2018 a los noventa y dos años.

¿De dónde sacó la fuerza para narrar la tragedia de su vida desde el humor? Quizá precisamente por haber tenido que soportar tanto dolor y que desprenderse de las capas sociales, tuvo que refugiarse en el humor, que en ocasiones es lo único que nos salva de la pena más absoluta. ¡Cuántos cómicos no habrán llevado una vida triste e insatisfactoria!

Se como fuere, Hilsenrath se vio convertido en un contador de historias, y lo hizo con una voz propia, con un humor punzante inconfundible. Y no solo supo narrar la intrahistoria de su país, sino también algunos dramas ajenos, como el genocidio de Armenia —país en el que, por cierto, se le considera un héroe local—.

En Alemania no le fue sencillo abrirse camino, ni mucho menos ser profeta. Su primera novela, *Nacht*, vendió medio millón de ejemplares en los Estados Unidos, pero tardó años en ver la luz en su patria. De igual forma, la edición estadounidense de la novela que hoy prologo es de 1971, y, seis años después, se publicó la alemana, que llevó a tacharlo rápidamente de heterodoxo, iconoclasta, políticamente incorrecto y antisemita, quizá la etiqueta de la que más tiempo le costó desprenderse, pese a haber sufrido el Holocausto en primera persona como judío.

No, Hilsenrath no era antisemita; solo lo son algunos de sus

personajes. Pero sí era irreverente y se mofaba implacablemente de todo el mundo en sus textos: exponía y ridiculizaba el impostado sentimiento de culpa de muchos alemanes, la mitología inconsistente y fantasiosa del judaísmo ultraortodoxo, la incapacidad de los militares nazis para aceptar la responsabilidad de sus actos durante la guerra —y antes de esta—, la inflexibilidad de los filosemitas que no son capaces de reírse de su propio reflejo… Hilsenrath me recuerda demasiado al humorista Larry David, siempre armado con la picaresca y el humor negro contra todos y, sobre todo y antes que nada, contra sí mismo.

Por suerte, aunque tarde, recibió el apoyo de cuatro grandes premios nobel que tan bien reflejaron el horror de los días rojinegros: Günter Grass, Heinrich Böll, Herta Müller y Olga Tokarczuk. El propio Grass hizo un guiño a Hilsenrath en una escena de su libro *Encuentro en Telgte*, en el párrafo en el que el personaje de Zesen ve un río que baja cargado de cadáveres, como ocurre en la novela de Edgar, *Nacht*.

El nazi y el judío

Hasta sesenta editoriales alemanas rechazaron esta novela de tintes totales. La idea de un actualizado soldado Švejk —el gran personaje satírico de Jaroslav Hašek que, armado de un humor torpe e insolente, no dejaba títere con cabeza— que describía cáusticamente no solo el inicio del nazismo, la participación del pueblo alemán en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, sino la empresa sionista de crear un Estado de Israel en mitad de Palestina era lo último que necesitaba Alemania en aquel momento; más parecía querer asumir la culpa *ad aeternam*.

Pero el protagonista de esta historia es mucho más complejo que el célebre soldado checo, este más naíf y con un carácter más edulcorado y circunstancial. Por ello porta dos nombres: Max Schulz de nacimiento e Itzig Finkelstein con el paso de los años. El

personaje principal sufre una especie de bipolaridad: lo mismo se siente el más nazi de su entorno, se alista en las SS y organiza un campo de concentración, que se circuncida, reza a Dios y ayuda a levantar el Estado de Israel.

Si bien, comparte un rasgo importante tanto con el buen soldado Švejk como con Billy Pilgrim de Kurt Vonnegut, o incluso con el televisivo Homer Simpson: los tres pueden comulgar con cualquier movimiento ideológico y adscribirse a él sin mucha reticencia, respondiendo a espontáneos impulsos o a necesidades básicas del momento. Todos ellos disponen de más narcisismo que de empatía emocional y suelen tomar decisiones importantes a la ligera, imbuidos por una prisa desprovista de sentimentalismo. El azar mueve sus decisiones más que cualquier otra razón.

En el caso del binomio Max/Itzig, carece completamente de sentimientos. El personaje apenas se arrepiente de ninguno de sus actos, salvo al final de la partida, donde el lector asistirá a un juicio moral imposible, una genialidad narrativa.

Hasta de su propia sombra

Antes de escribir este prólogo, obligué a mi mejor amigo a leer la obra. Temía que el humor de Hilsenrath no fuera compartido por buena parte de los lectores, porque yo mismo me sentí incómodo en numerosas ocasiones, e incluso asqueado. El texto reaviva el debate de dónde se han de construir los límites del humor, si todo está permitido o no. Mi postura a este respecto, sin embargo, poco ha cambiado tras la última lectura: creo que si se le ponen puertas al campo deja de ser campo, que el humor no ha de tener un tope —siempre y cuando no se imponga ni se utilice como arma arrojadiza —. El lector que abra las páginas de este libro lo hará por decisión propia y está bien avisado de qué puede encontrarse.

Hay comentarios que resultan muy desagradables, como el de las duchas casi al final del libro, y algunas obsesiones de ciertos

personajes extremadamente machistas y falocentristas. Pero también, y es lo que más abunda en el texto, hay un sarcasmo continuo que hará las delicias de cualquier lector sediento de humor negro y dispuesto a reírse hasta de su propia sombra:

El pene de Hitler, que disminuye de tamaño por hacerse vegetariano; la descripción de las piernas de la señora Holle, quien tenía dos: una de carne y otra de madera, una aria y una no aria; la broma de mal gusto que le gasta el protagonista a una mujer que espera que su marido vuelva con vida de la guerra; la descripción de la lesión en las cuerdas vocales de los alemanes que durante la guerra ejecutaron órdenes atroces y dijeron sí al horror; la reseca boca que se llena de tierra al besar el suelo de Israel tras dos mil años de espera y solo puede escupir; la nada poética descripción del maná como purgante…, o la pregunta del peluquero sobre los distintos tipos de jabones. El propio Hilsenrath, que por poco acaba convertido en jabón, se quiso reír del hecho contradictorio de que fuera jabón lo que los nazis hicieran con los cuerpos de sus víctimas.

El escritor nunca le puso puertas al campo y se creyó capaz de poder criticar por encima del *Zeitgeist* de su época. Escribió esta novela apenas veinticinco años después del final de la Shoah y no le tembló el pulso a la hora de denunciar lo que ocurrió, pero intentando que víctimas y verdugos se rieran de la propia desgracia; al fin y al cabo, todos ellos víctimas de una sociedad podrida.

Si se atreven, pasen y lean. Porque recuerden: «Lo que no puede existir, existe en Hilsenrath».

EL NAZI Y EL PELUQUERO

Libro primero

1

Soy Max Schulz, hijo ilegítimo, aun cuando de pura raza aria, de Minna Schulz…, en el momento de mi nacimiento sirvienta en la casa del peletero judío Abramowitz. Sobre mi origen ario puro no cabe ninguna duda, ya que el árbol genealógico de mi madre, es decir, de Minna Schulz, tal vez no se remonte hasta la batalla de Teutoburgo, pero sí llega hasta Federico el Grande. En cuanto a mi padre, no puedo decir con total seguridad quién era, pero seguro que era uno de estos cinco: el carnicero Hubert Nagler, el cerrajero Franz Heinrich Wieland, el oficial albañil Hans Huber, el cochero Wilhelm Hopfenstange o el sirviente Adalbert Hennemann.

He hecho comprobar minuciosamente los árboles genealógicos de mis cinco padres y puedo asegurarles que el origen ario de los cinco era irreprochable. En lo que concierne al sirviente Adalbert Hennemann…, incluso puedo afirmar con orgullo que a uno de sus antepasados lo apodaban Hagen el Guardián de la Llave, escudero del insigne caballero Segismundo de la Pradera, a quien su dueño y señor, en señal de su gran confianza, confió una llave…, a saber: la llave del cinturón de castidad de su señora esposa…, un cinturón de castidad dorado que más adelante adquiriría celebridad en la corte del gran rey y haría historia.

Itzig Finkelstein vivía en la casa contigua. Tenía exactamente la misma edad que yo, o…, para ser más exactos, y si se me permite decirlo, Itzig Finkelstein vino al mundo justo dos minutos y veintidós segundos después de que la comadrona Gretchen Fettwanst me

liberara a mí de las oscuras entrañas de mi madre de un enérgico tirón…, si es que mi vida puede considerarse una liberación, algo que, al fin y al cabo, sería un tanto cuestionable.

A los dos días de la llegada al mundo de Itzig Finkelstein apareció el siguiente anuncio en el *Boletín Judío* de nuestra ciudad…, la ciudad silesiana de Wieshalle:

«Yo, Chaim Finkelstein, peluquero, propietario del acreditado salón de peluquería El Hombre de Mundo, esquina de las calles Goethe y Schiller, Wieshalle, presidente del Club de Bolos Judío, vicesecretario de la Comunidad de Culto Judía, miembro de la Sociedad Protectora de Animales Alemana, de la Sociedad de Amigos de las Plantas, de la Liga Ama a tu Prójimo y del Gremio de Peluqueros de Wieshalle, autor del opúsculo *Cortes de pelo sin escalones*…, tengo el honor de anunciar el nacimiento de mi hijo y sucesor "Itzig Finkelstein"».

Al día siguiente apareció un segundo anuncio en el *Boletín Judío*, que rezaba así:

«Nosotros, la Comunidad de Culto Judía de Wieshalle, nos congratulamos del nacimiento del hijo y sucesor del señor peluquero Chaim Finkelstein, propietario del acreditado salón de peluquería El Hombre de Mundo, esquina de las calles Goethe y Schiller, Wieshalle, presidente del Club de Bolos Judío, vicesecretario de la Comunidad de Culto Judía, miembro de la Sociedad Protectora de Animales Alemana, de la Sociedad de Amigos de las Plantas, de la liga Ama a tu Prójimo y del Gremio de Peluqueros de Wieshalle, autor del opúsculo *Cortes de pelo sin escalones,* y le transmitimos nuestra más cordial felicitación».

¿Se imaginan lo que Hilda… Hilda la Flaca…, la sirvienta de los Finkelstein, le dijo a la señora Finkelstein cuando apareció el anuncio del nacimiento del pequeño Itzig en el *Boletín Judío* de Wieshalle?

—Señora Finkelstein —dijo—, hay algo que no logro entender. Son un matrimonio sin hijos desde hace más de veinte años, pero lo del anuncio del nacimiento del pequeño Itzig sin duda parece algo

excesivo. El señor Finkelstein no es ningún fanfarrón. ¡Y siempre ha sido tan discreto!

Hilda la Flaca: dos metros de altura, dos metros de delgadez, cara de pájaro, pelo negro como el betún.

Sara Finkelstein: baja y rolliza, quevedos sobre la nariz, corona de cabello entrecano, aunque no era vieja en absoluto. Tenía un aspecto un tanto apolillado, como los respetables retratos de familia del anticuado salón de los Finkelstein. Chaim Finkelstein: aún más bajo que su esposa, pero no rollizo. Un hombrecillo diminuto, enjuto…, el hombro izquierdo algo caído, como si de ese hombro pendieran dos mil años de exilio, dos mil años de aflicción. Del hombro izquierdo, el hombro que se halla más próximo al corazón. Resulta complicado describir la nariz de Chaim Finkelstein. Yo diría… algo moquiteante… y siempre ligeramente enrojecida debido a un resfriado crónico. Pero no corva. Su nariz no era ni larga ni corva. Era normal. Normal en sí. Tampoco tenía los pies planos.

¿Pelo? ¿Que si tenía pelo? ¿El señor peluquero Chaim Finkelstein? No. No tenía pelo. Chaim Finkelstein, el diminuto hombrecillo, poseía unos ojos enormemente expresivos. Y todo el que miraba estos ojos no reparaba en su calvicie. Ni tampoco en su nariz ligeramente enrojecida, siempre un poco moquiteante, ni en lo diminuto de su persona. Unos ojos grandes y claros, y bondadosos y sabios. En los ojos de Chaim Finkelstein resplandecían las letras de la Biblia y un corazón que comprendía a sus semejantes.

Sí. Ese era Chaim Finkelstein, el peluquero judío de Wieshalle.

El 23 de mayo de 1907 se produjo un acontecimiento formidable en el hogar de los Finkelstein: la circuncisión de Itzig Finkelstein.

Supongo que sabrán lo que es una circuncisión y que, si son judíos, no solo se habrán dedicado a contemplar su propio miembro mutilado, a juzgarlo, por así decirlo, sino que también se habrán detenido a reflexionar de vez en cuando sobre el simbólico motivo del desaparecido prepucio. ¿Estoy en lo cierto?

La circuncisión es el símbolo de la unión entre el Señor y el pueblo de Israel y, como tal, también es conocida como *brit milá*. Como ávido lector de enciclopedias, he podido constatar que la circuncisión de los niños judíos es una especie de castración simbólica, un distintivo, por decirlo de algún modo, que debe representar lo siguiente: el ennoblecimiento del hombre, el control de sus pasiones e instintos animales…, un acto simbólico que yo, como genocida, no puedo sino elogiar.

El día en que Itzig Finkelstein fue circuncidado, en el hogar de los Finkelstein se respiraba un aire festivo. El salón de peluquería El Hombre de Mundo cerró. La sirvienta de los Finkelstein, Hilda la Flaca, pidió a mi madre que la ayudara, pues ella no daba abasto, y mi madre, que apoyaba las buenas relaciones entre vecinos, acudió a casa de los Finkelstein a echarle una mano a Hilda en la cocina. Hornearon panes de especias y miel y pastel de manzana, dulces tortitas de uvas pasas y almendras y exquisiteces diversas. Tampoco se escatimó el aguardiente, y mi madre e Hilda la Flaca, que no tenían nada en contra del aguardiente, bebieron a la salud de los judíos y a la salud de Itzig Finkelstein.

Mi madre brindó en la cocina a la salud de los judíos y a la salud de Itzig Finkelstein porque le gustaba el aguardiente y porque lo encontraba divertido, pero no tenía ni la menor idea de por qué la casa estaba tan concurrida ni de la singularidad de la fiesta que celebraban los Finkelstein, y cuando finalmente logró sonsacarle algo a Hilda la Flaca, esta rio y respondió:

—¡Qué va a pasar! Nuestro pequeño Itzig cumple hoy ocho días de vida y por eso le van a cortar el rabito. Se lo hacen a los judíos. Siempre al octavo día de vida.

—Eso es terrible —respondió mi madre—. El pequeño ya no podrá mear… y, más adelante, tampoco podrá follar.

—No es tan terrible —contestó Hilda la Flaca—, el rabito volverá a crecer. —Y entonces Hilda la Flaca le explicó a mi madre cómo se hacía—. Escucha, Minna —dijo Hilda la Flaca—, la cosa se hace así: hay un tipo al que llaman *mohel*. Este tiene un cuchillo largo, afilado

por las dos caras, y con él le corta el rabito al pequeño judío. Luego masculla unas palabras mágicas y el rabo cortado vuelve a crecer…, ni muy largo ni muy corto…, justo la longitud adecuada… y especialmente grueso y fuerte. De ahí la numerosa prole de los judíos.

—¡Pero eso es extraordinario! —exclamó mi madre—. Nunca había oído nada semejante.

—Es el símbolo de unión entre el pueblo de Israel y el Señor —dijo Hilda la Flaca—: al menos eso es lo que dijo el señor peluquero Chaim Finkelstein el otro día. Y el señor rabino, que estuvo hace poco en casa, afirmó algo similar. Él habló incluso de un profeta concreto…, creo que el tipo se llamaba Jeremías… y, según dicen, les dijo a los judíos: «Circuncidaos por vuestro Dios y cortad así el prepucio de vuestros corazones».

—¿Solo el prepucio? —preguntó mi madre.

—Eso es, el prepucio —respondió Hilda la Flaca.

—Entonces, al pequeño Itzig solo deberían cortarle el prepucio —razonó mi madre—, y no toda la cosa…, igual que con el corazón.

—Bueno, sí… —contestó Hilda la Flaca—, eso es verdad…, pero un rabo no es un corazón…, el rabo vuelve a crecer…, ya te lo he explicado.

Hilda la Flaca rio maliciosa.

Mi madre movió la cabeza y añadió:

—¡Pero eso es extraordinario! Nunca habría pensado que fuera humanamente posible.

—¿Qué tiempo tiene tu pequeño Max? —preguntó Hilda la Flaca.

—Ocho días… —dijo mi madre—, exactamente igual que el pequeño Itzig o, para ser más exactos, es dos minutos y veintidós segundos mayor.

—Entonces, yo en tu lugar también dejaría que le cortasen el rabito —comentó Hilda la Flaca—. Piénsalo, Minna. Le volverá a crecer, igual que a los judíos, ni muy largo ni muy corto, justo la longitud adecuada… y especialmente grueso y fuerte.

Probablemente, llegados a este punto se preguntarán cómo es que

sé todo esto con tanta exactitud, pero por más que quiera, me es imposible decírselo.

Una vez consumada la circuncisión de Itzig Finkelstein, mi madre corrió de vuelta a casa presa de una gran agitación, alarmó a mis cinco padres, me sacó de la cuna y me colocó sobre la mesa de la cocina con la intención de despojarme del miembro, es decir, de cortármelo. La familia Abramowitz no se encontraba en casa… y yo, un pobre gusano miserable, inerme, estaba totalmente a su merced. Debí barruntar algo, porque berreé como un poseso y ni mi madre ni mis cinco padres fueron capaces de tranquilizarme. El cerrajero me sujetó fuertemente los bracitos, el oficial albañil las piernecillas, mi madre me metió el chupete en la boca y el sirviente y el cochero, desconcertados, formaron corro a mi alrededor mientras el carnicero agarraba un largo cuchillo y esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—No se lo cortes —dijo mi madre de repente—. Solo era una broma.

—No es ninguna broma —contestó el carnicero—. Esto va en serio.

—Quizá no vuelva a crecer —dijo mi madre—, después de todo no es judío y, además, el *mohel* no está aquí para farfullar sus palabras mágicas.

—A la mierda el *mohel* y sus palabras mágicas —respondió el carnicero.

—No lo hagas —dijo mi madre— o todos pasaremos una temporadita en la cárcel.

El carnicero se disponía a agarrarme el miembro cuando sucedió un hecho singular. Yo, Max Schulz, con ocho días de vida, pegué un grito y me tiré súbitamente al cuello del carnicero, le mordí con todas mis fuerzas, aunque aún no tenía dientes, me dejé caer al suelo, me arrastré hacia la ventana a la velocidad del rayo, me encaramé al alféizar, contemplé por primera vez en mi vida… la calle…, una calle corriente y moliente… con acera y arroyo y adoquines… y casas de ladrillo con inclinados tejados multicolores, vi

carruajes y un hervidero de seres vivos de dos y cuatro patas, también contemplé el cielo… ceniciento y negro…, encapotado-plomizo-cubierto-nublado…, vi pájaros revoloteando en círculos…, pero ningún angelito, ni un solo angelito.

Abajo, en la calle, la gente se amontonaba y alguien gritó:

—Pero ¿qué demonios pasa ahí arriba?

Y mi madre, que entre tanto se había asomado a la ventana y me agarraba por el brazo, contestó:

—¡Qué va a pasar!

Es posible que crean que estoy burlándome de ustedes. O que no se lo crean y digan para sus adentros: «¡Max Schulz se ha vuelto loco! Se imagina que querían matarlo… porque era bastardo… y todo so pretexto de una circuncisión, como es costumbre entre los judíos, al octavo día de vida. ¿Qué pretende Max Schulz? ¿Qué quiere hacerme creer? ¿Sobre los hombros de quién pretende descargar su culpa? ¿Sobre los de su madre? ¿Sobre los de los judíos? ¿O acaso sobre los de Dios? Y luego lo de la autodefensa del niño, su huida, sus impresiones desde la ventana…». ¡Pamplinas! ¡Eso es imposible! ¡Una pesadilla! ¡Solo eso!… A pesar de todo, voy a contarles mi historia… en riguroso orden…, ¿no es así como se dice? Aunque no les cuente todo, digamos que solo lo más importante, o lo que yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, considero realmente importante.

Mis cinco padres visitaban a mi madre todas las noches. Hacían cola ante la puerta de su habitación. Por lo general, el más fuerte, es decir, el carnicero, entraba en primer lugar, seguido del cerrajero, del oficial albañil, del cochero y del sirviente. Así es, el sirviente siempre el último, porque era el más débil, un delicado hombrecito con una vocecilla aflautada a quien no quedaba más remedio que sumergir su rabo en el semen de mis otros cuatro padres.

Ni que decir tiene que a los ojos del peletero judío Abramowitz eso no estaba bien, algo que yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, encuentro perfectamente comprensible. El peletero Abramowitz no tenía nada que objetar contra mí o contra el hecho de mi existencia, es decir, mientras estuviera convencido de que yo era hijo de su cochero, Wilhelm Hopfenstange, o de su sirviente, Adalbert Hennemann, ya que, de algún modo, ambos eran de la familia. Solo cuando el peletero comenzó a recelar se armó el escándalo. Un día le dijo a mi madre:

—Mire, Minna. Esto no puede seguir así. Pensaba que solo se trataba de mi cochero y mi sirviente, pero cinco hombres haciendo cola es demasiado. Al fin y al cabo, esta es una casa decente.

—Todas las cosas buenas son tres —adujo mi madre.

—Pero no cinco —replicó el peletero—. Cinco, ciertamente no. Esta es una casa decente, así que me veré obligado a despedirla.

2

Una lluviosa tarde de julio…, yo tenía siete semanas…, mi pobre madre hizo su maleta, me tomó en brazos y abandonó la casa de los Abramowitz. Ni que decir tiene que mis cinco padres colaboraron en la mudanza. El equipaje de mi madre constaba de tres maletas, un morral, una malla para la compra y un paraguas. El carnicero llevaba la maleta más pesada, una maleta amarilla de madera con un candado y un pasador de hierro; el cerrajero, la maleta de cuero marrón; el oficial albañil, la maleta azul de lona; el cochero, el morral; mientras que el debilucho sirviente arrastraba en pos de ellos el paraguas y la malla para la compra, una malla de color verde claro repleta de alimentos, así como de otros objetos de uso corriente como ligas, bigudíes, lacitos y cosas por el estilo.

Deben tener presente que mi madre era una mujerona fuerte que,

según dicen, pesaba dos toneladas, aunque sus piernas eran delgadas. Parecía un tonel viviente sobre zancas, zancas que apenas eran capaces de soportar el gigantesco tronco con dignidad. Y no olvidemos la exuberante cabellera rubia de mi madre, sus ojos, de un azul radiante, y su nariz respingona, igual de graciosa que su papada, con una verruga pardusca. Sus labios eran voluptuosos. Sus dientes, blancos y fuertes, unos dientes que hacían las delicias del carnicero, pues el carnicero siempre le decía a mi madre:

—Joder, Minna, cuando veo tus dientes siempre me asalta el temor de que me arranques el rabo a mordiscos.

Entonces mi madre acostumbraba a decir:

—Bah, tonterías, Hubert, eso solo me podría pasar con el sirviente Adalbert Hennemann, que lo tiene tan blando. Yo no muerdo las cosas duras como el acero. ¿O crees que quiero romperme los dientes?

—No, Minna —respondía el carnicero—, con los dientes no se juega.

Cuando salimos de la casa, me quedé dormido plácidamente en brazos de mi madre, un sueño del que solo desperté y comencé a llorar cuando pasamos ante el salón de peluquería de Finkelstein. Chaim Finkelstein salió precipitadamente del salón de peluquería, aunque se encontraba enjabonando a un cliente, y también Hilda la Flaca abrió la ventana arriba, en el segundo piso, vio lo que pasaba y se apresuró a bajar a la calle. Me besaron y abrazaron sin resultado alguno. Por último, dijo mi madre:

—Señor Finkelstein, no sé qué le pasa al niño. Su peluquería lo ha vuelto loco.

—¿Cómo peluquería? —respondió Chaim Finkelstein—. Yo no tengo ninguna peluquería. Yo tengo un salón de peluquería.

—Pues entonces, su salón lo ha vuelto loco —replicó mi madre—. De lo contrario no lloraría así.

—Vamos, Minna —dijo el carnicero—, no hables tanto con el jud…; además, esta maleta pesa mucho.

—Sí, debemos seguir —contestó el sirviente, opinión que mis otros

padres secundaron.

No sabíamos adónde ir. El salón de peluquería de Chaim Finkelstein se hallaba, como ya he mencionado anteriormente, en la esquina de las calles Goethe y Schiller. El carnicero quería a toda costa quedarse en la calle Goethe, debido al «Rey de los Elfos», supongo, aunque no estoy seguro de que conociera el poema de Goethe. Tal vez el carnicero hubiera oído algo acerca del insigne caballero por el nocturno bosque o del padre y el hijo o de un brioso corcel y tal vez le había impresionado… El sirviente, por el contrario, prefería «La campana», de eso estoy seguro, a veces incluso citaba el gran poema de Schiller:

—Caray, Minna, no puedo mover el piano, está como «pegado al suelo»…

Y él quería a toda costa que nos quedáramos en la calle Schiller.

A mis otros tres padres les daba igual. El cerrajero opinaba que los cerrojos de la calle Goethe no eran mejores que los de la calle Schiller. El oficial albañil asentía y decía:

—Sí, las casas de la calle Schiller están tan llenas de chinches como las de la calle Goethe.

Y Wilhelm Hopfenstange, el cochero, afirmaba que los adoquines de ambas calles eran irregulares y estaban llenos de esquirlas de cristal y demás cosas.

Mi madre fue quien acabó tomando la decisión final y definitiva. Exclamó:

—¡Crucemos de una vez la calle!

¿Conocen la ciudad alemana de Wieshalle? Sus calles son sinuosas y angostas, tan angostas que, desde el otro lado de la calle, no solo se podía ver todo, sino que también se podía oír todo lo que se hablaba en el salón de peluquería El Hombre de Mundo.

Allí se encontraba Anton Slavitzki… Anton Slavitzki, el corruptor de menores, quien dirigió una sarcástica mirada a nuestro grupo desde el lado opuesto. Anton Slavitzki era peluquero de profesión, al igual que Chaim Finkelstein, aunque no tan bueno. Su peluquería —nada de salón de peluquería, no era tan distinguida— se hallaba frente al

salón de peluquería El Hombre de Mundo, de modo que ambos peluqueros…, Finkelstein y Slavitzki…, podían verse a través del escaparate…, cosa que hacían a menudo. Finkelstein, sonriente y altanero; Slavitzki, por el contrario, hostil y envidioso.

¿Slavitzki? Era un tipo alto y flaco, de cejas muy pobladas, ojos de bebedor un tanto bizcos, pelo grasiento, nariz huesuda y un rabo tan largo que, según los rumores, le llegaba hasta la rodilla… y que, según dicen, constituía la razón por la cual siempre lo llevaba atado al muslo con una goma.

Cruzamos la calle. Cuando desfilábamos ante la peluquería de Slavitzki…, mis cinco padres, jadeando bajo el peso del equipaje, y mi madre, un tonel balanceándose sobre dos delgadas zancas, conmigo en brazos, que ya no lloraba, sino que estaba calmado y a punto de volver a dormirme…, como decía, cuando desfilábamos despreocupados ante Slavitzki, el corruptor de menores dio súbitamente un paso hacia delante y pellizcó a mi madre en su grueso trasero.

Mi madre se detuvo indignada y dijo:

—¡Pero usted qué se ha creído, señor Slavitzki! ¡Soy una mujer decente!

Slavitzki comenzó a balbucear. Así fue. Balbuceó… alguna disculpa tonta…; a mi madre le gustó y dijo:

—No se preocupe, no pasa nada. Mi trasero ha vuelto loco a más de un hombre. ¿Qué le gusta de mí en realidad?

Y Slavitzki contestó:

—Su trasero.

Mi madre replicó:

—¿Ah, sí?

Slavitzki añadió:

—Señora mía, si alguna vez quisiera peinarse a la moda, yo lo haría gratis, aunque no peino a señoras.

Y mi madre preguntó:

—¿Al último grito?

—Al último grito —respondió Slavitzki.

—Le tomo la palabra —dijo mi madre—. ¿Cuándo quiere peinarme? Quiero decir, gratis.

—Cuando usted quiera se lo hago sobre la marcha —contestó Slavitzki.

—Está bien —dijo mi madre—. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Sobre la marcha, pues.

Mi madre desapareció conmigo en la peluquería de Slavitzki. Mis cinco padres esperaron pacientemente en la puerta, pero, a las dos horas, el carnicero les dijo a mis otros padres:

—Minna ya no saldrá. No es de extrañar. Ese tiene el rabo más largo de la calle Goethe.

Y el sirviente agregó:

—Y de la calle Schiller.

Y el cerrajero repuso:

—El más largo y el más duro. Ya se sabe. Es un gran follador.

Y el oficial albañil afirmó:

—Sí, es verdad. Pero es polaco. Muy sospechoso.

Y el cochero Wilhelm Hopfenstange asintió y añadió:

—Y además viudo, lo cual es aún más sospechoso.

Mis cinco padres siguieron deliberando un rato. A continuación dejaron el equipaje de mi madre delante de la puerta de la peluquería de Slavitzki, se santiguaron y pusieron pies en polvorosa.

Sórdido, no encuentro otra palabra para describir el salón de peluquería o la peluquería de Anton Slavitzki. Espejos desazogados, raídos sillones de peluquería con asientos descosidos de los que brotaban las virutas, un único lavamanos, amarillo y mugriento, paredes desconchadas, suelos agrietados, débil iluminación, todo mezquino, apolillado, desaseado. Tras una cortina se hallaba una pequeña cocina, justo al lado de la salida de emergencia, que conducía al patio interior, donde había además un retrete. El

peluquero Chaim Finkelstein y su mejor cliente, el peletero Abramowitz, llamaban a la clientela de Slavitzki «lumpenproletariado».

Toda la fortuna de Slavitzki estaba guardada en tres cómodas que se alineaban una junto a otra en la salida de emergencia. Slavitzki sostenía que en una ocasión, cuando aún vivía su mujer, había tenido una vivienda propia, pero de eso ya hacía mucho. Ahora vivía en la peluquería.

—Para qué necesita un viudo una casa —le dijo Slavitzki a mi madre—. Por la noche instalo una cama plegable y durante el día la recojo. ¿Lo entiende, señora Schulz? Así es.

—Lo entiendo —dijo mi madre—. Pero si quiere que yo y mi Max nos quedemos aquí, las cosas tendrán que cambiar. Necesitaremos una vivienda.

—Está bien —repuso Slavitzki—, ya veremos. Pero con tranquilidad.

¿Se imaginan cómo una cama plegable, en la que duerme un viudo solitario, se transforma del todo inesperadamente en una virtuosa cama de matrimonio civil en la que no solo ha de dormir el viudo enjuto, sino también una gruesa mujer que pesa dos toneladas, por muy delgadas que tenga las piernas, es decir, dos personas de volúmenes completamente distintos?

Slavitzki trató de acercarse a mi pobre madre esa misma noche. Pero mi madre tenía «su regla» y se defendió con piernas delgadas y manos gruesas.

—Eso no está bien —dijo mi pobre madre—. Tengo «mi regla» y eso no está bien.

Pero Slavitzki no quería saber nada del tema. Volvió a intentarlo, se había desatado la goma y estaba de pie, desnudo, ante la nueva cama de matrimonio, con el miembro al aire; volvió completamente loca a mi madre, se peleó con ella, se deslizó de nuevo bajo la manta, tanteó el terreno, trató de persuadirla, finalmente comenzó a blasfemar y luego a vociferar.

Mi madre permanecía inmóvil. ¡Válgame Dios! Así fue. Lo que no está bien, no está bien. Una persona ha de tener principios.

Cuando Slavitzki por fin comprendió que había perdido la batalla, su ira no conocía límites. Saltó como un loco de la nueva cama de matrimonio, desnudo, el miembro erecto, espuma en los labios, sudor en su despejada frente, el pelo pegado…, descargando su ira e irritación sobre mí.

¿Se imaginan el alcance del delito? Yo, Max Schulz, con siete semanas de vida, futuro genocida, inocente a la sazón, yacía como un ángel en mi nueva cuna, el lavamanos en el que Slavitzki solía mear, aunque esta vez estaba completamente seco, pues mi madre lo había limpiado, yacía envuelto en cálidos pañales… y en una mantita dormía apaciblemente, soñaba con mis colegas, los ángeles, soñaba y sonreía…, cuando de repente me arrancaron del sueño, me sacaron de golpe…; traté de pedir ayuda a los ángeles, pero no podía gritar, abrí los ojos horrorizado, me meé de miedo en los pañales, me atraganté, me entró el sofoco, vomité leche materna en la mano de Slavitzki, estiré manos y piernas, traté de proteger mi inocencia, vi el formidable miembro de Slavitzki, pensé que era una lombriz gigantesca, mascullé oraciones, aunque aún no había aprendido a rezar, quise morir, deseé regresar al oscuro pero seguro seno materno… y aterricé de bruces en el sillón de peluquería que estaba delante del lavamanos.

Mi madre se hallaba junto a la cama plegable, dos toneladas de peso, muerta de frío, el camisón descolocado, los pechos colgando…, sobre sus femeninas zancas, largas, delgadas, sin pelo, sin temblar, solo muerta de frío, estaba allí, de pie, mirando, mirando adormilada con ojos vidriosos, vio a Slavitzki, vio el sillón de peluquería, vio mi piel aterciopelada…, aria, blanca como la nieve, inocente…, se humedeció los labios, comprobó sus dientes, deseosos de morder, cambió de idea, buscó un cigarrillo, lo encontró finalmente tras su oreja derecha, no tras la izquierda, se lo llevó a la boca, entre sus fuertes dientes blancos, encontró también una cerilla, no tras la oreja derecha, sino tras la izquierda, alzó su delgada pierna, la

izquierda, frotó la cerilla contra la suela de la zapatilla, vio la llama, encendió el cigarrillo, aspiró una bocanada, se quedó contemplando los mastodónticos huesos del peluquero Slavitzki, sonrió irónica, desconcertada, soltó una risa ahogada, pues Slavitzki estaba sudando…, y se sobresaltó repentinamente.

Yo, Max Schulz, futuro genocida, inocente a la sazón, proferí un grito desgarrador, me encabrité, me agarré con todas mis fuerzas a las virutas del descosido sillón de peluquería, alcé mi cabecita, completamente roja, me volví a mear, sin querer, traté además de tirarme un pedo, aunque no pude, ya que el orificio estaba taponado, forcejeé, oí cantar a los angelitos, oí sus «aleluyas», vi arpas y flautas de Pan flotando, vi piececitos trepando por escalas, vi diversas llaves, llaves musicales y de otras clases, vi también la gran llave de hierro de mi antepasado, Hagen el Guardián de la Llave, oí las llaves chirriar y crujir, vi el dorado cinturón de castidad de su señora, vi sus vergüenzas, oí risitas y susurros, vi el pecado en las escalas, vi un semillero de vicio, no vi ángel alguno, no vi arpas ni flautas de Pan, oí a Dios reír, quise rezar, pero ya no podía…

Sé lo que estarán diciendo: «¡Max Schulz se ha vuelto loco! ¡Una pesadilla! ¡Solo eso!».

Pero ¿por qué afirman eso? ¿Acaso no creó Dios la inocencia para ser pisoteada… aquí en la Tierra? ¿Y acaso los débiles y los indefensos no son golpeados, aplastados, violados, ridiculizados, sodomizados por los fuertes? ¿En determinadas épocas incluso eliminados sin más? ¿No es así? Y si es así, ¿por qué afirman entonces que Max Schulz se ha vuelto loco?

Pasaré por alto los años que van hasta el verano de 1914, mi temprana infancia, puesto que de ese período no tengo nada importante que contar. Solo merece la pena mencionar la Gran Guerra. Llegó justo en el momento adecuado para romper de algún modo la monotonía de muchos valientes de las calles Goethe y Schiller.

¿Se acuerdan? ¡Se la llamó la Primera Guerra Mundial! En lo que a mí respecta, yo ya tenía siete años, todo un muchacho, sabía cosas que muchos adultos no saben, tenía unos ojos de rana de un color indefinido, unos ojos que habían visto mucho, incluso cosas que no debían haber visto. Nos habíamos mudado a un sótano situado bajo la peluquería de Slavitzki, una vivienda llena de ratas. Desde aquí, desde la perspectiva de la ventana del sótano, la guerra parecía divertida. Día tras día desfilaban ante mí formaciones militares. La música marcial retumbaba en mi habitación. Desde la ventana del sótano podía ver la artillería pesada desde abajo, también hombres y acémilas, me entusiasmaban los cascos de los caballos, me divertía cuando piafaban ante la ventana, me maravillaba el paso acompasado de las piernas de los soldados, no sabía que hubiera tantas piernas en el mundo. Me gustaban especialmente las enérgicas botas de los oficiales. Eran negras y lustrosas, crujían en la calle adoquinada, hacían caso omiso de los fragmentos de vidrio roto, me hacían guiños y me colmaban de deseos secretos.

Mi padrastro desapareció durante algún tiempo y solo dejó un gran letrero en la puerta de la peluquería: CERRADO.

Durante su ausencia nos divertíamos en el sótano. Mi madre recibía visitas a menudo: soldados, de permiso supongo, muchachos apuestos que a menudo me daban cosas a escondidas. Al principio venían por separado, después en tropel. Yo tenía que montar guardia… ante la puerta del dormitorio… o en la sala de espera, que es como se llamaba ahora nuestro salón, y repartir entre la cola de gente pequeñas papeletas con números. También les proporcionaba información, les contaba a los nuevos, que aún no habían visto a mi madre, que tenía las zancas largas y delgadas, pero el culo gordo,

que pesaba dos toneladas, tenía un carácter agradable e incluso mostraba interés por los juegos infantiles, que hasta podía ladrar como Satán, el perro de al lado, y que podía ponerse a cuatro patas y dar vueltas.

¿Les interesa la Primera Guerra Mundial en las calles Goethe y Schiller? ¿Quieren que les hable de cómo jugábamos a la guerra los niños de la calle Goethe contra los de la calle Schiller? ¿O del nuevo gramófono del dormitorio de mi pobre madre, con aquella cosa que parecía un embudo y que hacía un ruido infernal, un ruido tal que las ratas de mi ratonera se volvían completamente locas? Pero supongo que eso no les interesa.

Un buen día mi padrastro regresó de la guerra…, aunque la guerra aún no había tocado a su fin…, retiró el letrero de la puerta de la peluquería, colgó uno nuevo con la inscripción «La peluquería vuelve a estar abierta», expulsó a los soldados del dormitorio de mi madre, y también a los de la sala de espera, que ahora volvía a llamarse salón, destrozó el gramófono, llamó furcia a mi pobre madre, se ausentó desde la mañana hasta el anochecer, la molió a palos, se emborrachó… y luego… luego nuestra antigua vida volvió a la normalidad, simplemente siguió igual que antes, antes de que Slavitzki se fuera a la guerra.

La comunidad judía de Wieshalle contaba con 99 almas. Teniendo en cuenta que nuestra ciudad, Wieshalle, era una ciudad de 33 099 habitantes, es preciso decir que ellos no eran muchos. Pero como la mayor parte de los judíos vivía en las calles Goethe y Schiller, mi padrastro solía decir:

—Minna, esta maldita ciudad está totalmente judaizada.

Permítanme, pues, que les describa la siguiente conversación que se desarrolló un día durante el almuerzo entre mi madre, Minna Schulz, que estaba de pie porque, debido a las perversidades de Slavitzki, no podía sentarse, y mi padrastro… mi padrastro, sentado en su sitio de costumbre, fruncido el ceño, un tanto bebido, con una

desteñida camiseta de deporte y unos calzoncillos bajo los cuales se adivinaba su adormecido miembro viril.

—Si esto sigue así, Minna —dijo Slavitzki—, tendremos que hacer las maletas. Esta ciudad está totalmente judaizada. ¿Y dónde se cortan el pelo los judíos? En la peluquería de Chaim Finkelstein. Porque él también es judío. Está claro, ¿no?

Mi pobre madre movió la cabeza en señal de desacuerdo:

—No es verdad, Anton —repuso—. Eso no es verdad. El portero me ha dicho: 99 judíos. Eso es lo que ha dicho, 90 viven en este barrio: 53 en la calle Goethe y 37 en la calle Schiller. Un buen número, pero tampoco demasiados. Ahora ponte a contar, ¿cuántas casas hay en la calle Goethe y cuántas en la calle Schiller? ¿Y cuántas viviendas? Yo te lo diré, Anton, en este barrio viven más cristianos que judíos. ¡Ajá!, Anton, ¿y dónde se cortan el pelo los cristianos? ¡En la peluquería de Chaim Finkelstein!

—Entonces es que los ha embrujado —dijo Slavitzki—. ¡De lo contrario no serían clientes fijos! ¡De lo contrario vendrían aquí!

Mi pobre madre volvió a sacudir su gruesa cabeza:

—Eso no me lo creo, Anton, pues de lo contrario el zapatero católico Hans Baumeister, a la vuelta de la esquina, no haría negocios tan buenos…, a pesar de la competencia judía de enfrente. Los clientes de la calle Goethe y de la calle Schiller no se dejan embrujar por los judíos. Solo esperan un servicio como es debido… por el dinero que pagan.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Slavitzki impaciente.

—Eso significa —dijo mi madre despacio— que Chaim Finkelstein hace mejores negocios que tú…, ¡porque es mejor peluquero! ¡Y no mea en el lavamanos! ¡Ni tampoco corta el pelo con escalones!

De niño sabía dar fantásticas volteretas. También podía hacer piruetas, entiéndaseme, hacer contorsionismo, hacer el pino, caminar sobre las manos, hacer el espagat, podía chupar los grandes dedos de mis pies, hacía muecas, reía a menudo sin motivo,

tartamudeaba, arrojaba piedrecitas a las niñas, les daba patadas en el culo a los muchachos menos fuertes que yo, rompía cristales, me subía a los tejados, meaba desde los tejados a la calle y cosas así.

En una ocasión mi padrastro le dijo a mi madre:

—¿Sabes, Minna?, creo que al chico le falta un tornillo.

Mi madre respondió:

—¿Sabes, Anton?, eso fue la primera vez.

—¿Qué quieres decir? —contestó mi padrastro.

—Sencillamente, que tu rabo es demasiado grande —dijo mi madre— y demasiado largo. Le dio en la mollera. O en la azotea. Y desde entonces no está bien de la cabeza.

—No está bien de la cabeza —repitió Slavitzki.

—Exacto, Anton —dijo mi madre muy seria—, no está bien de la cabeza.

A mi padrastro no le hacía gracia que jugara con Itzig Finkelstein, el hijo de su rival, Chaim Finkelstein.

Pero a mí me gustaba jugar con Itzig Finkelstein. Yo enseñé a Itzig a colocar ratoneras, a introducir barritas de regaliz alargadas y negras en las partes blandas y traseras de las aturdidas ratas, le enseñé la diferencia entre agujas romas y afiladas, le expliqué que una lombriz de tierra, estando, por así decirlo, hecha pedazos, incluso sin cabeza, sigue moviéndose, lo cual significa que la lombriz, o lo que es lo mismo, el ser de la lombriz, no quiere darse por vencido y, después de todo, sobrevive a la mano que lo despedazó. Le enseñé a jugar a las canicas, le hice ver que no solo se trata del color, sino del tamaño de las bolitas, aunque yo, por ejemplo, prefiera las canicas azules a las verdes y las tornasoladas a las deslustradas o a las de colores aburridos; le expliqué que el agujero en la tierra, en el que metíamos las canicas, siempre tenía que ser más grande que las bolitas en cuestión, ya que, de lo contrario, se quedaban atascadas y todo lo que se queda atascado, a pesar de querer seguir su camino, debe tener voluntad propia, pero las canicas no tienen voluntad propia; no se obligan a ir hacia delante, no se introducen así por las buenas en la tierra, sino que

hay que obligarlas con los deditos… y eso va contra las reglas del juego. También le enseñé los adoquines de las calles Goethe y Schiller, aunque él ya los conocía, pero no los conocía tanto como yo; le enseñé a contar adoquines, cuáles eran buenos para jugar a la rayuela y cuáles no.

Como suele decirse, una mano lava la otra. Mi amigo Itzig Finkelstein se mostraba agradecido. Como íbamos a la misma escuela, incluso estábamos en la misma clase y nos sentábamos en el mismo banco, ni que decir tiene que Itzig dejaba que copiara de él, me ayudaba con los deberes, practicaba conmigo el cálculo mental, me explicaba por qué después de un punto se ha de empezar a escribir con mayúscula: porque el punto no es una coma, sino un punto, y el punto es un cierre y significa el final y si se quiere empezar de nuevo desde el final es mejor empezar a lo grande, porque ¿quién quiere empezar con pequeñeces?

Los padres de mi amigo Itzig Finkelstein eran de Pohodna, una pequeña ciudad judía de Galitzia, y un buen día emigraron a Alemania… «porque —tal como me explicó el señor peluquero Chaim Finkelstein— allí en Pohodna los judíos se mueren de hambre y en cambio Alemania es un país progresista, el país de la dignidad humana, donde incluso un judío puede ganarse el pan y esperar el futuro tranquilo, con confianza».

En el hogar de los Finkelstein se hablaba yidis, ya que esa era la lengua materna del señor peluquero Chaim Finkelstein y de su esposa, la señora Sara Finkelstein. El yidis es una especie de alto alemán medio, un idioma que guarda una mayor afinidad con la esencia del alemán que nuestro alto alemán, que en el fondo, como me explicaba el señor peluquero Chaim Finkelstein, «no es más que un yidis chapucero, deteriorado y encopetado».

¿Que si todos los judíos de Wieshalle hablaban yidis entre sí? ¿Es eso lo que quieren saber? No. Solo algunas familias, las denominadas advenedizas. Las otras hablaban alemán incluso en casa, puesto que la mayoría de los judíos de Wieshalle eran judíos alemanes establecidos desde hacía tiempo, y ya hacía muchas

generaciones que vivían en nuestra hermosa patria.

Yo, Max Schulz, hijo de pura raza aria de Minna Schulz, aprendí yidis en casa de los Finkelstein, me familiaricé con los caracteres hebraicos con ayuda de mi amigo Itzig, los sábados acompañaba a mi amigo a la pequeña sinagoga de la calle Schiller, a veces rezaba con él porque me divertía, me sentaba en silencio en la sinagoga junto a los Finkelstein, a veces también me levantaba cuando la comunidad se levantaba, cantaba con ellos, balanceaba el cuerpo al ritmo de las oraciones, susurraba fervorosamente: *Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad!* («¡Escucha, oh, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno!»).

Hablábamos a menudo de Jerusalén, Itzig y yo. Una vez le dije a mi amigo:

—¿Sabes?, cuando seamos mayores iremos allí. De eso puedes estar seguro.

Los muchachos de nuestro barrio tenían dos equipos de fútbol, uno cristiano y el otro judío. Huelga decir que yo, como mejor amigo de Itzig Finkelstein, jugaba con el equipo judío. Solo nosotros dos marcábamos goles alternativamente. Itzig solo chutaba con el pie derecho; yo, por el contrario, con el izquierdo. Ambos nos hicimos famosos, a menudo nos insultaban, como suele pasar cuando uno se hace famoso, pero no les hacíamos caso; «solo son unos envidiosos», nos decíamos; éramos uña y carne.

Mi amigo Itzig era rubio, de ojos azules, tenía la nariz recta, los labios finos, bien perfilados, y una buena dentadura. Por el contrario, yo, Max Schulz, hijo ilegítimo —aun cuando de pura raza aria— de Minna Schulz, tenía el pelo negro, los ojos de rana, la nariz aguileña, los labios gruesos y una mala dentadura. No les resultará difícil imaginarse que a menudo la gente nos confundía. Los muchachos del equipo contrario me llamaban a mí Itzig, decían que había embrujado el fútbol, me preguntaban si mi padre, Chaim Finkelstein, también meaba en el lavamanos como el padrastro de mi amigo Max

Schulz, si también le molía a su mujer el culo a palos, y si no lo hacía, por qué no.

Si le hubiera contado esto a mi padrastro Slavitzki, me habría dicho: «¡Vaya! ¿Qué te he dicho? No juegues con Itzig. Te ha embrujado. Está bien claro. Y si no, ¿cómo es que tiene tu pelo rubio y tú su pelo negro? ¿Y tu nariz recta y tú la suya corva? Y eso por no hablar ya de los ojos, los labios y la dentadura».

Pero, naturalmente, no se lo conté a mi padrastro, sino que solo se lo conté al señor peluquero Chaim Finkelstein.

—No hagas caso —me dijo Chaim Finkelstein—, no hay ningún judío que se parezca a ti. Pero ellos no lo saben, ¿entiendes?, tienen ideas preconcebidas y piensan que un judío ha de tener tal o cual aspecto. Y tú tienes tal aspecto.

Por supuesto, Itzig Finkelstein sabía que mi padrastro abusaba de mí de cuando en cuando, pero no sabía que mi padrastro también me pegaba. Un día le enseñé las gruesas franjas rojas de mi trasero.

—¿Y cómo lo hace? —preguntó mi amigo Itzig Finkelstein.

—Con un bastón… —contesté—, y además negro. Tenemos uno amarillo, pero ese es solo para mi madre. Después de la paliza el sitio o los sitios duelen durante unas horas. No es tan malo. No. No es malo en absoluto. Lo único malo es cuando le pega a mi madre. Cada vez que le pega a mi madre a mí también me duele el culo, ¡y no veas cómo!

—Eso sí que no lo entiendo —repuso Itzig.

—Yo tampoco.

Podía entender muchas cosas, pero también había muchas otras que no entendía. Por ejemplo, mis sueños. A menudo soñaba con un gran cuchillo. Con él le cortaba el miembro a Slavitzki, me lo ponía a mí, porque era más grande, correteaba por mi habitación con el gran miembro, daba volteretas, hacía el espagat, hacía el pino, andaba sobre las manos, corría por el salón, luego por el dormitorio, veía a Slavitzki sin su miembro, tumbado en la cama junto a mi madre, veía

su mirada llena de envidia, veía cómo se encogía, se alejaba arrastrándose, me hacía sitio, veía cómo se alegraba mi madre, cómo me acariciaba, me acariciaba el miembro, que al poco rato, entre sus gruesos dedos, despertaba.

También soñaba con el bastón amarillo y con el negro, los veía los dos en mi mano. En el sueño no veía a Slavitzki, pero le oía vociferar nítidamente…, oía su voz, sabía a quién iban destinados los golpes, oía el chasquido: caña contra carne.

4

Cuando Itzig Finkelstein cumplió diez años pasó de la escuela primaria al instituto, como era costumbre entonces entre los ricos e inteligentes, y yo resolví hacer lo mismo.

—Y tú, estando como estás de la cabeza, ¿qué vas a hacer en el instituto? —preguntó mi madre—. Seguirás en la escuela primaria.

—Ni pensarlo —le dije a mi madre.

—¿Por qué? —inquirió.

—¿Y por qué no? —repuse yo.

—Hablas como un judío —dijo mi madre—. Tus respuestas son absurdas. ¿Quién eres en realidad?

—Itzig va al instituto —proseguí—, así que yo voy también.

—Para seguir copiando de él, ¿no?

—Sí —respondí—. Debemos sentarnos en el mismo banco. Es importante.

—A pesar de todo, ¡ni pensarlo! —dijo mi madre.

—¿Y si le cuento a Slavitzki que el portero viene a verte cada dos días?

—¿Pretendes chantajearme?

—El portero… —fue mi respuesta.

No sé si era o no chantaje. En todo caso, conseguí lo que quería. Ir

al instituto.

Mi madre y yo dejamos que Slavitzki creyera que seguía yendo a la escuela. Sabíamos que era envidioso. Pero acabó por descubrir la verdad, me llamaba sarcásticamente señorito…, alumno de bachillerato…, estudiante…, el que quiere ser profesor; me pegaba a diario «por tener pájaros en la cabeza». Yo, sin embargo, no perdía la calma.

Mi pobre madre pagaba los gastos escolares con el dinero que le daba el portero. Libros y cuadernos, portaplumas, gomas de borrar y demás cosas las pagaba yo, pues a partir de mi décimo año de vida ganaba dinero regularmente, ayudaba a ciegos y tullidos a cruzar la calle, acunaba al niño del zapatero católico Hans Baumeister o le barría el taller con una larga escoba de paja, y lo mismo hacía para el zapatero judío Fritz Weber —del que mi padrastro Slavitzki acostumbraba a decir: «¡El judío se ha apropiado del nombre alemán!»—, hacía favores a amas de casa, me hacía querer, conseguía propinas, caramelos, barritas de regaliz.

Los años del instituto me imprimieron a mí, Max Schulz, hijo de una furcia, hijastro de un corruptor de menores, torturador de ratas mal de la cabeza…, un carácter nuevo. Progresé, me convertí en un señorito cultivado que sabía latín y griego e incluso álgebra, que sabía muchas cosas, en particular de historia y mitología. Sí, muy en particular de historia y mitología, aunque a veces las confundiera, las desordenara, como si dijéramos, en mi imaginación. Así y todo, no era un alumno privilegiado, pero bajo la atención y el estímulo de Itzig Finkelstein, que ni que decir tiene se sentaba en el banco junto a mí, logré meter todo tipo de curiosidades en mi bastardo cráneo. ¿Saben?, hasta Hilda la Flaca, la sirvienta de los Finkelstein, sentía por mí auténtico respeto y acostumbraba a decir de vez en cuando: «La verdad, Max Schulz es un mentecato, pero un señorito

cultivado».

En su tiempo libre, Itzig Finkelstein leía buenos libros, también obras de grandes poetas y pensadores que no entraban en el plan de estudios; y como yo, Max Schulz, imitaba todo lo que Itzig Finkelstein hacía o decía, naturalmente leía los mismos libros, y llegué a ser más inteligente, casi tan inteligente como Itzig Finkelstein.

A los dieciséis años, Itzig Finkelstein fundó un club de poetas.

¿Se lo imaginan? Itzig Finkelstein, hijo del peluquero Chaim Finkelstein, ¿poeta? Pues así fue. Así y no de otro modo. Claro está, yo tomé parte, no quería dejar a mi amigo en la estacada, yo mismo comencé a escribir poesías, descubrí mi vena poética, no sabía de dónde me salía…, ¡pero salía!

Las poesías de Itzig Finkelstein eran formalmente perfectas, las mías informes; las suyas armoniosas, las mías inarmónicas; las suyas racionales, las mías irracionales; las suyas coherentes y normales, las mías absurdas y perversas. Los dos nos hicimos famosos en el instituto, éramos admirados, envidiados, odiados, nos sacudían a menudo —nada distinto de lo que pasaba cuando jugábamos al fútbol—, pero seguíamos escribiendo poesías, impertérritos.

Cuando 1923 se arrastraba hacia su fin, se apresuraba rastrero —ya que había inflación y había sido un año largo, un año rastrero, si bien el año parecía tener prisa debido al nuevo calendario—, entonces dijo mi amigo Itzig Finkelstein:

—¡Bien! ¡Ya basta! Ya somos cultos. Somos dos grandes poetas, cada uno a su manera. Aprenderé el oficio de mi padre.

Yo pregunté:

—¿Y yo?

—Tú también —repuso Itzig Finkelstein.

—¿Y qué hay de nuestros estudios?

—Bah, a la mierda —respondió Itzig Finkelstein—. En Alemania reina la inflación. De todas formas, todo está perdido. Lo mejor será aprender un oficio. Los oficios tienen un futuro de oro.

—¿Y qué dice tu padre al respecto?

—Somos de la misma opinión.

Yo le dije:

—Bien mirado, tienes razón. De todos modos, no lo habríamos logrado. La universidad; arreglárnoslas allí…, y todo el tinglado…, y los años venideros…, y además…, la poesía no da dinero.

—Eso, no da dinero —repitió Itzig Finkelstein.

—Y la inflación —aduje yo—. Es lo más sensato. Tienes razón. Un oficio…, eso sí que tiene un futuro de oro.

Itzig Finkelstein asintió. Nos entendíamos. Me puso la mano en el hombro y dijo:

—Escucha, Max. Un día me haré cargo de la peluquería. Y entonces seremos socios.

—Vale —le contesté—. Pero ¿qué quieres decir con peluquería? ¿Te refieres al salón de peluquería El Hombre de Mundo?

—A eso me refiero —dijo Itzig Finkelstein.

Yo le dije:

—El Hombre de Mundo es una mina de oro.

—Es cierto —repuso Itzig Finkelstein—. Es una mina de oro.

5

Naturalmente, a Slavitzki le enfurecía que entrara de aprendiz con la competencia, pero mi madre le dijo:

—El chico ha de aprender debidamente y El Hombre de Mundo es un salón de peluquería como es debido.

En este sentido, mi madre estaba totalmente de mi parte, se defendió de los ataques de furia de Slavitzki, me ofreció su respaldo, digamos que cubrió mis espaldas. Sí, yo, Max Schulz, entré de aprendiz con Chaim Finkelstein.

Itzig y yo éramos algo mayores para ser aprendices, teníamos ya casi diecisiete años y los oficiales se burlaban de nosotros, nos

insultaban, nos ridiculizaban, nos ofendían, nos daban patadas en el culo, se reían de nosotros, pero no nos molestaba. Nos tenían pura envidia porque éramos cultos, sabíamos latín y álgebra y muchas otras cosas, habíamos leído buenos libros, escribíamos poesías y todo eso. Los oficiales nos llamaban «profesor Itzig, profesor Max», pero como ya he dicho, no nos molestaba. Sabíamos lo que queríamos.

En lo que a mí respecta, siempre me había interesado el oficio de peluquero. ¿Acaso hay algo más noble que la cabeza del hombre? ¿Y acaso no es divertido modelar, dar forma, embellecer la nobleza?… Porque en este trabajo y en otros parecidos, uno tiene la sensación de que también podría ser divertido destruir la nobleza. Uno está tan cerca… con las manos…, a veces uno siente un hormigueo muy curioso, ¿saben? ¡Se trata de una cabeza! ¡Y está en tus manos!

¿Que si era ambicioso? ¿Es eso lo que quieren saber? Lo era. Quería ser un buen peluquero, porque el oficio de peluquero es algo especial. Ante todo, quería superar a Slavitzki para poder decirle un día: «¡Yo, Max Schulz, el bastardo, soy mejor peluquero que tú!».

El opúsculo *Cortes de pelo sin escalones* se convirtió en mi Biblia, y su autor, Chaim Finkelstein, en mi mayor modelo, mi preceptor.

Chaim Finkelstein me explicó que el hombre tiene cien mil dos pelos en la cabeza, tanto los cabezones como los que no lo son, aunque había determinadas cabezas, dijo Chaim Finkelstein, que tenían más, pero solo en el caso de cabellos muy sedosos, ya que todo aquello que es fino y aun así desea cubrir ha de crecer en abundancia, mientras que la cantidad de pelos en cabellos crespos, por tanto cabellos más gruesos y fuertes, solía ser menor, una singular disposición de Dios, que reparte bien todo cuando quiere.

—¿Y cuando no quiere? —le pregunté.

—Entonces, no —repuso Chaim Finkelstein—. Todo está en Su Mano. Él enciende la llama de la vida y Él mismo la apaga. Es un Gran Encubridor, pero también un Gran Descubridor.

—¿Y por eso hay calvos?

—Por eso mismo —dijo Chaim Finkelstein.

Con Chaim Finkelstein aprendí el «modelo de corte sin escalones», aprendí la diferencia entre la loción capilar, la loción de afeitar y la loción facial, aprendí que las cremas de día no deben ser grasas y, por el contrario, las cremas de noche deben ser ricas en grasa, aprendí que el bigote se quema con un rapabigotes, aprendí el «entresacado correcto» en cabellos secos con tijeras de entresacar, y en cabellos húmedos, por el contrario, con una navaja de afeitar.

Chaim Finkelstein me explicó cómo afeitar a un señor: primero compresas calientes, humedecer un paño con agua caliente, escurrirlo; a continuación, poner la mitad del paño bajo el mentón del señor —mentón puntiagudo, doble mentón, da igual—, enrollar lentamente ambos extremos, colocarlos sobre las mejillas o carrillos de tal forma que queden libres boca y nariz. «Porque en nuestro salón, el cliente ha de respirar y no ahogarse», decía Chaim Finkelstein.

El enjabonado es importante. Un buen enjabonado es medio afeitado. Se puede afeitar al pelo o a contrapelo. También de las dos maneras. Si se produce sangre, no hay que emplear alunita, sino agua aluminosa, pues es más higiénico. Ni que decir tiene que después del afeitado se lava la cara —y a conciencia— y luego…, y esto es muy importante…, se fricciona la piel cuidadosamente con un líquido que contenga alcohol, o mejor aún, agua de colonia.

Chaim Finkelstein me advirtió que un buen peluquero nunca debe olvidar afilar su navaja. Me explicó que había tres clases de suavizadores: el «Adán», de lona o manga de cáñamo con un asidero en un lado y una argolla en el otro; el «suavizador de mano», de piel de Rusia armado sobre madera; y el «suavizador de choque», con asidero en un único lado.

¿Han afilado alguna vez una navaja de afeitar? ¿Saben qué es un reposacabezas y papel para el reposacabezas? ¿Saben que un buen peluquero introduce una servilleta bajo el cuello de la camisa del cliente, de la cual únicamente ha de doblarse una franja de cuatro centímetros y medio, es decir, que se introduce una franja que, por así decirlo, desaparece entre el cuello del cliente y el de la camisa?

Si les contara todo lo que aprendí junto a Chaim Finkelstein no acabaría nunca…

¿Saben qué aspecto tiene un espejo de bolsillo?… ¿El de una señora que no es una señora? Quiero decir, el espejo de bolsillo de mi madre… en su gran bolso barato, apretujado o encajonado entre polvera, esmalte de uñas, carmín, horquillas, pañuelo, útiles de costura y demás chismes…, un pequeño espejo embadurnado o untado de carmín y esmalte de uñas…, un tanto pegajoso o un tanto tocado o incluso mucho…, con rajaduras en el cristal…

Lo tomaba prestado a veces, lo colocaba ante mi rostro. Y veía, ¡vaya lo que veía! Distintos rostros entre las múltiples grietas del espejo: el rostro de un peluquero…, el rostro de un señorito cultivado…, el rostro de un mentecato…, el rostro de un poeta…, el rostro de un pervertido…, el rostro de un ser normal…, el rostro de un ario…, el rostro de un judío…, el rostro de un jugador de fútbol…, y otros rostros, especialmente cuando mis ojos de rana, de tanto mirar, comenzaban a llorar; entonces veía entre las carreras de cristal del agrietado espejo de mano… otros rostros más…, rostros de un futuro lejano que no conocía…, hileras rotas…, hileras de rostros…, y uno de ellos…, uno muy concreto…, uno que se movía, quería alejarse bailando…, salir bailando de la hilera…, de la hilera de rostros…, como si no perteneciera a ella…, ese…, ese rostro ¡era el rostro de un asesino!…, pero un rostro de asesino singular, porque parecía tener al mismo tiempo los rasgos de todos los mortales, creados a «Su imagen y semejanza»… y, sin embargo, no podría decir con seguridad si aquello que yo veía era un rostro concreto, porque todo estaba borroso…, porque me lloraban los ojos…, los malditos ojos de rana…, y porque no sabía si podía fiarme del espejo de mano de mi madre, que era una furcia.

Me pregunté ante el espejo: «¿Quién eres en realidad?». Pregunté al igual que mi madre había preguntado…, quería elegir uno…, uno de los rostros…, pero no podía…, no querían saber nada de mí; me

miraban furibundos, extrañamente desfigurados, porque yo hacía muecas y sacaba la lengua.

6

En los años que siguieron no pasó gran cosa. Me convertí en un buen peluquero, salí airoso de todos los exámenes, seguí viviendo con Slavitzki y mi madre, aunque trabajaba en el salón de peluquería El Hombre de Mundo, que, dicho sea de paso, había sido ampliado: de los cinco sillones de peluquería y dos oficiales, pasó después a diez sillones de peluquería y ocho oficiales.

A principios de los años treinta, mi padrastro comenzó a envejecer notablemente, entró en carnes, sus sienes se tornaron plateadas, se las teñía, se peinaba el cabello, ahora ralo, hacia la frente, trataba de parecer elegante, vociferaba más que antes, bebía más aguardiente que nunca, se dejó crecer bigote. También mi madre había cambiado, había engordado aún más, ya no tenía cuello, apenas podía moverse, tampoco tenía ganas de hacer el perrito, ni ladraba bien. Sin embargo, sus piernas se volvieron aún más delgadas.

Entre nosotros, en el sótano, se hablaba a menudo de Adolf Hitler y Slavitzki se alegraba cuando mi madre decía:

—¿Sabes, Anton?, desde que tienes bigote y flequillo te pareces al Führer.

Y Slavitzki decía:

—Ya, Minna. Lo mismo me ha dicho el zapatero Hans Baumeister.

En 1930, Slavitzki, que por lo general no leía ningún periódico, empezó a comprar regularmente el *Stürmer* y el *Völkischer Beobachter*, escupía cada vez que aparecía la palabra *judío*, le tomó

gusto a consignas nacionalsocialistas particularmente enérgicas que tenía que explicarle el zapatero Hans Baumeister y que él explicaba después a mi madre, que las subrayaba con esmalte de uñas, la mayoría de las veces rojo, pero también rosa, las recortaba y las pegaba en la larga pared de la peluquería. Sobre el lavamanos en el que Slavitzki meaba había citas pegadas como «Sangre y suelo… La conspiración del judaísmo mundial… El vergonzoso Tratado de Paz de Versalles… La vergüenza de la Primera Guerra Mundial… Abajo la usura» y cosas por el estilo.

Las opiniones de Slavitzki y mi madre nunca coincidían, pero en lo tocante al «señor Hitler»…, como lo llamaba Slavitzki…, ambos estaban de acuerdo.

—Él nos redimirá a todos —decía mi madre—, también se vengará de los soldados que mancillaron nuestro sótano, anulará el vergonzoso Tratado de Paz de Versalles (como suele decirse), acabará con la usura y ayudará a las madres solteras de origen ario con árbol genealógico a recuperar su honra.

Y Slavitzki añadía:

—Sí, Minna. Seguro que lo hará. Puedes apostar la cabeza a que sí. Y además expulsará a los judíos de las calles Goethe y Schiller. y también al peluquero Chaim Finkelstein.

—¿Sabes, Anton? —decía mi madre—, verdaderamente cada día te pareces más al Führer, con tu flequillo y el bigote. Además, él también tenía una cosa tan larga como la tuya, aunque sin goma, pero ahora le ha menguado porque es vegetariano.

—Sí, sí —respondía Slavitzki—, es verdad.

—Lo que no está tan bien es tu apellido —proseguía mi madre—. Deberías cambiártelo.

—El apellido no tiene nada que ver —afirmaba Slavitzki—, es la raza y las convicciones. No soy un maldito polaco.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntaba mi madre.

—Un auténtico alemán y un ario puro —respondía Slavitzki—. Mis antepasados eran alemanes residentes en el extranjero, por eso mi apellido suena polaco.

—Ah, es eso: no tenía ni idea —aceptaba mi madre—. ¿Por qué no me lo habías contado nunca?

—Porque no soy ningún fanfarrón —puntualizaba Slavitzki.

—¿Y puedes demostrarlo, lo de tus antepasados? —preguntaba mi madre—. ¿Tienes árbol genealógico?

—No puedo —decía Slavitzki—. Pero puedo jurarlo en falso. Y cuando un auténtico alemán jura en falso, entonces es que es un auténtico juramento en falso.

—Sí —decía mi madre—. Eso es cierto.

Slavitzki había comprado una radio usada y los dos —mi madre y Slavitzki— se sentaban tarde tras tarde ante ella, hablaban de política, hacían cálculos sobre cuándo subiría al poder el «señor Hitler», hablaban del honor alemán, de la sangre y el suelo, de un pueblo sin espacio, de nuestra casa del sótano y de la casa de Chaim Finkelstein, de la dignidad de los peluqueros alemanes…, aunque tuvieran un nombre que casualmente sonaba a polaco…; hablaban de la dignidad de las madres arias, con o sin alianza matrimonial.

—Porque ¿qué es en realidad un anillo? —decía Slavitzki—. Yo me cago en el anillo, que es de oro. ¿Y a quién le importa el oro? ¡A los judíos de todo el mundo!

Mi madre, que ahora pesaba tres toneladas, ponía cara de circunstancias, asentía, zurcía unas medias, las apartaba de vez en cuando, ya que también estaba tejiendo una chaqueta de lana para Slavitzki, sonreía a Slavitzki, que bebía su aguardiente, bamboleando su largo, adormecido miembro, echaba una mirada furtiva al bastón amarillo (al negro ya no, porque entre tanto yo me había hecho mayor).

7

¿Les he dicho ya que era miembro de la Sociedad Protectora de

Animales de Wieshalle?

En la primavera de 1932 se unieron algunos de los miembros influyentes del movimiento nacionalsocialista. El lema: «¡Adolf Hitler ama a los animales!». En nuestro club había colgados o pegados algunos lemas de este tipo: «¡Porque el Führer ama a los animales!». O: «¡Adolf Hitler ama a los animales y los animales lo aman a él!». Y: «¡El animal siente cuándo es amado!». «¡Vota al führer Adolf Hitler, el amante de los animales!» Un día nuestra ciudad fue presa de una gran excitación. Se decía: «El Führer viene a Wieshalle para hablar en el Monte de los Olivos».

¿Conocen el Monte de los Olivos? Se llama así porque en dicho lugar, una vez al año, la empresa de aceite de mesa Meyer celebra un campeonato de tiro, una estudiada campaña publicitaria del afamado aceite de mesa Meyer.

Cuando el gran día alboreaba, nuestra ciudad se asemejaba a un lugar de peregrinación, pero también a una ciudad sitiada. Nunca había visto tantos policías, muchos a pie, pero también muchos en sus estupendos caballos, policía montada y desmontada, como suele decirse. Entre la gente corrían rumores: «¡Cuidado! Cuando él venga atacarán los comunistas». Otros decían: «¡No se atreverán!». Las calles eran un hervidero de gente con brazaletes con cruces gamadas que agitaba el brazo divertida, mientras que aquellos que no llevaban brazalete mantenían el brazo tieso, no lo agitaban, por así decirlo, como si quisieran inmovilizarlo, como el rabo de un caniche cuando lo mojan.

A la ciudad acudieron los campesinos de los alrededores, pero también otras personas; se emborracharon en las tabernas, trataron de ligar con las sirvientas y las niñeras que aún andaban por la calle para saborear la alegría del momento o la calidez de mayo antes de dirigirse al Monte de los Olivos.

En tan ajetreada jornada, yo trabajé únicamente hasta mediodía en el salón de peluquería El Hombre de Mundo, me despedí

alrededor de las doce —o, para ser más exactos, cinco minutos antes de las doce— de Chaim e Itzig Finkelstein, dije que quería tener la tarde libre porque quería verlo a él.

—¿Ver a quién? —preguntó Chaim Finkelstein tosiendo—. ¿Al hijo de la Providencia, al resucitado?

—No tosa —le dije a Chaim Finkelstein—, toser le llevará a la tumba—. Y no supe por qué había dicho eso…

Fui corriendo a casa, me puse mi mejor traje —pues no tenía uniforme, no era miembro del partido—, me coloqué un brazalete con una cruz gamada en el brazo, me zampé el almuerzo, le dije con malicia a Slavitzki que él también debía ceñirse uno, pero no con una goma, ni tampoco con alfileres o imperdibles, sino con aguja e hilo. Slavitzki respondió que cada día era más impertinente, dijo que el bastón negro aún no se había apolillado, pero me aseguró que se ceñiría uno, ¡y no uno cualquiera!, porque él era alemán, ¡y no uno cualquiera! Eso es lo que dijo Slavitzki.

A las catorce horas —o, para ser más exactos, a las trece horas y cincuenta y cinco minutos— salimos los tres de nuestra casa del sótano, nos alegramos de que brillara el sol, pensamos que el «señor Hitler» así lo habría ordenado, pues él podía hacerlo, eso dijo Slavitzki; los tres llevábamos brazaletes con la cruz gamada, sí, incluso mi madre. El brazalete con la cruz gamada de mi madre era el más llamativo, parecía como si fuera a estallar de un momento a otro debido a su obeso brazo.

Toda la ciudad parecía peregrinar al Monte de los Olivos, también los llegados de pueblos de los alrededores. Tendrían que haber visto Wieshalle esa tarde. A mí me gustaron especialmente las guirnaldas de flores en las ventanas. Podían verse todos los colores posibles. Los judíos de las calles Schiller y Goethe habían colocado flores de luto en sus ventanas, al igual que los pacifistas; en las de los comunistas vi flores de odio; en las de los militantes de partidos más débiles, así como en las de los apolíticos, flores sin color alguno, que asentían mudas y cansinas mientras las otras parecían gritar o llorar desesperadas. Las flores de los nacionalsocialistas, sin embargo, nos

recibían llenas de júbilo, habían sido cuidadosamente elegidas y dispuestas y solo portaban colores de alegría.

Perdí a Slavitzki y a mi madre entre el gentío, entonces busqué mi Sociedad Protectora de Animales; no fui capaz de encontrarla, pero encontré o me topé por casualidad con mi antiguo profesor de alemán, Siegfried van Salzstange, que ahora era rector; me alegré, lo felicité, estreché su antigua mano de profesor, que ahora era una mano de rector, nos abrimos paso —él y yo— entre la multitud hacia el sanctasanctórum. Siegfried van Salzstange sabía cómo abrirse paso, me lo enseñó, me hizo ver que uno debía empujar con el codo si era preciso, a veces, no siempre. Por fin conseguimos un buen sitio, no muy lejos del altar. Al volver la cabeza me asusté, pues tras nosotros había millones de personas.

—Pensaba que aquí solo estaría la gente de Wieshalle y los alrededores —le comenté a Siegfried van Salzstange—. Pero hay más. ¡Mucha más! ¡Veo millones!

—Aquí está reunida casi toda Alemania —dijo Siegfried van Salzstange.

—¿Qué significa «casi toda Alemania»?

—Únicamente los insatisfechos —repuso Siegfried van Salzstange —. ¡Aquí están reunidos todos los insatisfechos de Alemania!

—¿Los comunistas? —inquirí.

Mi antiguo profesor de alemán negó con la cabeza.

—Los otros —dijo—, los otros insatisfechos. Pues existe otra insatisfacción que no puede remediar el comunismo. —El señor Van Salzstange esbozó una irónica sonrisa y añadió—: Al menos, no con tanta eficacia.

—¿Quién entonces? —pregunté—, ¿quién puede remediarla?

—Adolf Hitler —respondió Siegfried van Salzstange—. Él es el gran Salvador.

Mi antiguo profesor de alemán se hurgó la nariz, pensativo, un rato. Luego dijo:

—Aquí están reunidos todos aquellos a los que alguna vez les ha tocado hacer de cabeza de turco, de Dios o de los hombres.

—Ah, eso. Así que es eso.

—Exactamente eso —respondió Siegfried van Salzstange—. Aquí están reunidas las existencias truncadas, y los disneicos y lameculos de profesión, gente que no avanza adecuadamente en la vida, bien porque le falta resuello y nunca ha aprendido a arrastrarse de forma sistemática, o bien porque el culo que lamía era insaciable. —Mi profesor de alemán sonrió irónico, distraído, durante un rato—. Y, naturalmente, también los otros —añadió después pensativo, dirigiéndome una mirada grave—. Como dije anteriormente, los que alguna vez han tenido que hacer de cabeza de turco, de Dios o de los hombres, los calvos, por ejemplo, también están aquí reunidos, ¡mire a su alrededor!, y también los demasiado delgados y los demasiado gordos, los paticortos y los patilargos, los demasiado viejos y los demasiado jóvenes, los pervertidos sin pareja y los impotentes, aquellos con manos de estrangulador, que hasta hoy no podían estrangular porque se les había dicho que solo podían acariciar, también han venido los cuatrojos, y las cuatrojos, pues Él ha dicho: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!». Pero los niños son los impedidos. Sí, así es —dijo el señor Van Salzstange—, sobre todo los impedidos, aquellos que quieren, pero no pueden.

—¿Y por qué está usted aquí, señor Van Salzstange? —quise saber —, porque a usted le va bien, ¿no?

—Por la pimienta —repuso Siegfried van Salzstange.

—¿Qué pimienta? —pregunté.

—La que me echa mi mujer todos los días en el café —dijo Siegfried van Salzstange quejumbroso.

—¿Y por qué hace eso?

—No lo sé —respondió Siegfried van Salzstange.

—¿Y no puede hacer nada al respecto?

—Nada en absoluto —dijo Siegfried van Salzstange apesadumbrado—, no puedo hacer nada en absoluto. Ronco por las noches para vengarme, pero no sirve de nada.

—Mal asunto —agregué yo—. Y eso que yo siempre había pensado que cuando alguien tiene un puesto tan bárbaro como el suyo ya puede echarse a reír.

El señor Van Salzstange sonrió irónico, con el rostro desencajado, se llevó a la boca un cigarrillo, perplejo, parpadeó ausente, hizo trizas el cigarrillo con sus dedos de rector, lo escupió de repente, como si no se atreviera a fumar en el Monte de los Olivos. Con gusto le habría preguntado: «Y, señor Van Salzstange, ¿cómo es que no han venido los otros al Monte de los Olivos, para escuchar el Sermón de la Montaña?… Dígame, señor Van Salzstange…, los otros…, los representantes, quiero decir…, ya sabe lo que quiero decir…, los grandes y los pequeños…, todos los representantes de los diversos grupos de presión, como suele decirse, si no me equivoco, querido señor Van Salzstange, de dentro y fuera de nuestra hermosa ciudad alemana de Wieshalle…, los que quieren mecerse en el poder con nuestro Führer…, los que siempre están ahí cuando Él predica…, es que ninguno de ellos está impedido…, y aquellos, los que sí lo están, están aquí…, y aquellos, los que no lo están, no están aquí…, o acaso pueden permitírselo…, quiero decir, no estar aquí con los impedidos…, o acaso son conductores… y no han podido venir hoy aquí porque aquí se viene en peregrinación… y porque en coche no vale…, porque esto es el Monte de los Olivos… y el sermón, el Sermón de la Montaña…, ¿y por qué no pueden los conductores peregrinar sin coche?… ¿Acaso tienen todos pies planos?… ¡Yo también tengo pies planos! ¿Y a usted también le duele la cabeza, señor Van Salzstange? ¿Por el sol? ¿Por el maldito calor que hace? Yo no debería estar aquí…, al sol, quiero decir…, porque estoy mal de la cabeza».

Pero entonces me empujaron a un lado. Y cuando volví a encontrar al señor Van Salzstange, me indicó que me callara. No sé cuántos millones de impedidos se reunieron en aquella ocasión en el Monte de los Olivos, pero me figuré que si Dios lo viera desde allí arriba, esto de aquí abajo parecería un monte de hormigas. Pues el monte se hallaba en perpetuo movimiento. Pero no éramos hormigas, ¿no?

Ni tampoco pretendíamos llevarnos el monte. ¿O acaso sí? ¿Acaso no nos encontrábamos en la ladera del Monte de los Olivos? ¿Acaso no llevábamos el Monte de los Olivos sobre nuestros hombros? ¿O lo llevaban otros hombros que también nos llevaban a nosotros? El monte parecía balancearse, se mecía al viento bajo el resplandeciente cielo azul de mayo y el alegre sol, se estiraba de cuando en cuando para volver a encogerse de nuevo, comenzó a vibrar cuando hizo su aparición el Führer, aguzó el oído como una bestia, quería contonearse, quería retroceder, mas no podía, reparó en que lo llevaban, se calmó, se calmó de repente.

¿Les gustan las aves? ¿Han sentido alguna vez el deseo de contemplar el vuelo de las aves? ¿De las aves canoras en concreto? ¿Saben qué aspecto tiene un ave cuando se precipita desde el cielo hacia la tierra? ¿O muchas aves? ¿Toda una bandada? ¿Se alegran también cuando trinan las aves? ¿En el mes de mayo, en concreto? ¿Y saben qué se siente cuando el trino de las aves enmudece repentina, inesperadamente?

Cuando el Führer se asomó tras el altar, la muchedumbre ya no osó respirar más, y, sin embargo, todos debimos respirar, pues de lo contrario nos habríamos asfixiado. Pero cerramos la boca y respiramos por la nariz.

Me asusté considerablemente al ver al Führer por vez primera, ya que pensé que era Slavitzki, pero entonces me dije: «¡No! No puede ser Slavitzki, pues Slavitzki es carnívoro y tiene un miembro grande y este, sin embargo, lo tiene pequeño y es vegetariano. Y Slavitzki tiene ojos de borrachín y una mirada sin vida y este, sin embargo, tiene ojos de profeta». Percibí una última bandada de aves, no venían de ninguna parte, aparecieron ahí de repente, se posaron a ambos lados del Führer, en el altar, parecían aves de mal agüero, no piaban, no gorjeaban, no trinaban, estaban posadas inmóviles sobre la madera de roble y la bandera, formando extrañas hileras: una, luego nueve, luego tres, luego otra vez tres. De repente me vino a la

cabeza 1933. ¿Qué significaría eso? Llamé a Siegfried von Salzstange y le pregunté susurrando, aunque no había necesidad de susurrar:

—¿Qué significará eso?

—Sube al poder en 1933 —repuso Siegfried von Salzstange—. Está claro como el Rin.

—¿Cómo sabe usted si el Rin está claro? —pregunté.

—Ahora cierre el pico —repuso Siegfried von Salzstange—. ¿No ve que Él ha alzado la vista al cielo? Quiere implorar al cielo. Va a empezar ahora mismo.

—¿Qué va a empezar? —pregunté.

—El discurso, ¡idiota! —masculló Siegfried von Salzstange.

Adolf Hitler habló en primer lugar de la génesis del movimiento, relató la marcha hacia el pabellón de los generales, la sangre de los compañeros caídos, los muertos, que no estaban muertos porque seguían viviendo en nosotros; nos explicó por qué debían construirse cañones y que él construiría algunos —¡y no unos cualesquiera!—, pues se lo había jurado a su Padre, el Señor de la Providencia; nos hizo ver que los cañones habituales únicamente disparan, pero que sus cañones también podían producir mantequilla y pan moreno y queso del Harz y salchichas con chucrut; Hitler nos explicó que las camisas pardas son mejores que las otras, los pantalones ceñidos, mejores que los holgados, que las polainas tenían un aspecto ridículo debido a la canilla, que preferiblemente debía ocultarse dentro de la caña de la bota, al igual que todo lo que se encuentra bajo la rodilla, es decir, por debajo y no por encima de la rodilla y, por tanto, de suma importancia; habló del Tratado de Paz de Versalles, que debía ser anulado; nos explicó que un cero era un círculo con un agujero en el centro, y en verdad un buen agujero, por cierto, pues los medios agujeros no existen: «¡Un agujero es un agujero!».

Hitler habló de mercachifles y chupasangres, de mancillar y desmoronar, nos explicó que el honor debía ser venerado, al igual

que el valor y la lealtad, habló de la conspiración del judaísmo mundial, del honor alemán, el valor alemán y la lealtad alemana que mantenía aprisionados entre sus redes para que no pudieran desarrollarse.

Apenas si presté atención, pues todo eso ya lo conocía, lo había leído tantas veces en el periódico, lo había escuchado en la radio. Contemplé las aves de mal agüero, contemplé el altar de madera de roble y la bandera, comparé su flequillo con el de Slavitzki, su bigote con el de Slavitzki. Solo volví a poner interés cuando el Führer comenzó a hablar de historia, remontándose cada vez más hasta llegar finalmente a Jerusalén, entonces me cuadré, comencé a respirar por la nariz, dejé de comparar bigotes y flequillos, olvidé las aves de mal agüero en el altar de madera de roble y la bandera, miré únicamente Sus ojos.

El Führer había abierto de golpe la Biblia. Primero hojeó el Antiguo Testamento, luego el Nuevo, se apartó un poco el flequillo, frunció el ceño y dijo finalmente:

—Lucas 23, 27-29. —Y entonces comenzó a leer con voz ronca—: «Le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres, que se herían y lamentaban por él. Vuelto hacia ellas, Jesús dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque días vendrán en que se dirá: 'Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron'"».

El Führer cerró la Biblia, juntó las manos, alzó sus proféticos ojos al cielo y habló:

—En verdad, en verdad os digo que el Señor los ha maldecido, y la maldición está prisionera. Pero yo he venido para liberarla.

Y el Führer habló:

—Bienaventurados los fuertes, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurado el puño, porque él golpeará el agujero del círculo en el que se encuentra un agujero entero y no un medio agujero. ¡Pues los medios agujeros no existen! Bienaventurados los de sangre espesa, porque reinarán sobre todo lo que se halle bajo el sol. Pues

si la sangre es acuosa, ¡cómo no va a evaporarse! Y lo que deja de ser, no es. Y entonces, ¿cómo va a reinar?

Y el Führer habló:

—Habéis oído lo que les dijeron a vuestros mayores: No matarás; aquel que mata sufrirá mi castigo. Pero yo os digo: «Aquel que mata al enemigo del pueblo glorifica mi nombre. Y aquel que me glorifica participa de mi gloria».

Y el Führer habló:

—Habéis oído lo que se dice: Ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os pregunto: ¿Acaso no hace eso el publicano? ¿Qué es un ojo y qué es un diente? ¿Acaso no queda un ojo? ¿Y treinta y un dientes? En verdad esta es vuestra recompensa. Pero yo os digo: Dos ojos por un ojo. Y treinta y dos dientes por uno. Cegad a vuestros enemigos y hacedlos desdentados por los siglos de los siglos. Pues los ciegos ya no pueden ver. Ni los desdentados morder. Si queréis reinar, golpead con fuerza. Y si queréis el reino de la tierra, que yo os daré, haced lo que se os dice. Amén.

Y el Führer habló:

—Maldito sea el bastón en la mano del amo equivocado. Y si el bastón cambia de amo y el amo es un amo verdadero, sea pues glorificado.

Y el Führer habló:

—Bienaventurado sea el bastón en la mano del amo verdadero. Pues mirad: No es el bastón el que ennoblece la mano, sino la mano la que ennoblece el bastón. En verdad os digo: En la mano del amo verdadero, el bastón se tornará la espada con que la mano reinará por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando el Führer hubo pronunciado las últimas palabras, el cielo se estremeció ante la vehemencia de su discurso. Descargó truenos y rayos. Sobre el Monte de los Olivos, densos nubarrones se amontonaron en torno al altar. Pero la lluvia sintió miedo y las nubes se dispersaron. Entre la muchedumbre reinaba un silencio de muerte.

Durante la última parte del gran discurso sentí un intenso picor. «El

culo —pensé—. ¿Por qué me pica así?». Y entonces el picor ganó en intensidad, hasta llegar a ser un dolor abrasador. Vi el bastón amarillo y el negro, vi también el miembro de Slavitzki, que colgaba del bastón negro y del amarillo, era una parte de ellos, reí burlón, era una señal de mi inminente desmayo. Las palabras del Führer martilleaban sin cesar en mi cabeza: «Maldito sea el bastón en la mano del amo equivocado. Y si el bastón cambia de amo…». Todo me daba vueltas. Se me hizo un nudo en la garganta. Sofocante. Traté de escupirlo. «Bienaventurado sea el bastón en la mano del amo verdadero. Pues mirad…».

Y entonces me dije: «Sí, ¿y eso por qué? ¡Basta ya!». Y me dije: «Max Schulz, no volverás a ofrecer el culo. Ya es hora de que seas tú quien empuñe en su mano el bastón, el negro y el amarillo».

Junto a mí se encontraba Siegfried von Salzstange. La mirada fija al frente.

«¡Aquí están reunidos todos los insatisfechos de Alemania!». ¿No había dicho eso antes? «Aquí están reunidos todos aquellos a los que alguna vez les ha tocado hacer de cabeza de turco, de Dios o de los hombres».

Me habría gustado preguntarle a mi antiguo profesor de alemán si cada uno de los que estaban aquí, cada uno de los que estaban aquí y miraban la boca o los ojos del Führer, conocía a un amo equivocado, a uno con un bastón, pero no me atreví, pues Siegfried von Salzstange tenía la mirada al frente, fija, extraña. «Tal vez haya otros bastones para los demás —pensé—, no tienen por qué ser necesariamente negros o amarillos. Tal vez sean verdes o azules, rojos o malva». Seguro que había muchos otros bastones y, sin duda, de todos los colores posibles. Y al pensarlo, sentí nuevamente el sofoco del nudo de la garganta y traté de escupirlo a toda costa. Vi también, de repente, millones de bastones, siseando sobre el Monte de los Olivos, sus múltiples colores reflejándose en el espejo sobre nosotros, que ya no era azul, sino un mar de colores. ¡No era de extrañar que el Führer hubiera ahuyentado la lluvia!

A mi derecha había una mujer mayor, una mujer mayor con el

rostro ceniciento, un rostro que el bastón de Dios había herido con hoyos y surcos, sin piedad, como si no fuera un rostro creado a su imagen y semejanza. La anciana movía los labios como si estuviera rezando. Una vez oí una frase susurrada: «Cielo y tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán». Cuando la anciana empezó a rezar, también otros empezaron a rezar. Poco a poco, la masa entró en movimiento. Y entonces… sí, así debió de ser. De repente, de repente alguien gritó. Y entonces todos comenzamos a gritar. Nuestra mano derecha se alzó súbitamente. Como por iniciativa propia. Gritamos como dementes. Gritamos: «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!». Todos arrebatados. Gritamos. Bramamos. Lloramos. Él era el Redentor. Alguien entre la multitud prorrumpió en sonoros sollozos:

—¡Mi Führer, dame también a mí un bastón!

Y alguien más gritó:

—¡Y a mí también! Y creeré en ti.

Pronto se formaron coros a izquierda y derecha. Y los de la izquierda gritaban:

—¡Mira, nuestro culo está sangrando!

Y los de la derecha gritaban:

—¡Déjanos ser el amo verdadero y creeremos en ti!

¿Saben cómo se escupe un nudo? ¿Y saben qué aspecto tienen millones de nudos escupidos, surcando los aires?

Naturalmente, querrán saber si le arrebaté el bastón a Slavitzki, quiero decir más tarde, en el momento adecuado. O los dos bastones, ¿no es así? Y si lo puse sobre mis rodillas, como me hacía él a mí. Y si abusé de él, como él había abusado de mí, ¿no es así?

No. Le dejé los bastones, porque eran viejos y estaban gastados. Al igual que Slavitzki. Y, en definitiva, ¿acaso no había conocido Slavitzki un amo equivocado en algún momento de su vida? Tal vez aún lo conocía y no podía librarse de él. ¡Piensen en ello! ¿Y quién es Slavitzki? ¿Realmente hubo un único Slavitzki en mi vida? Mejor

dicho, ¿acaso no hubo muchos Slavitzki? ¿Y acaso no era Dios también un Slavitzki? ¿Uno con un bastón? ¿Y acaso no estaba, aparte de Su bastón, el bastón del Slavitzki invisible y el bastón negro y el amarillo del Slavitzki terreno, acaso no había otros bastones en mi vida? Tal vez no bastones principales, pero sí bastones secundarios. No malvas ni rojos, ni verdes ni azules, pues esos eran los bastones de los otros, esos eran también bastones principales. Me refiero simplemente a todos los bastones secundarios, sin color alguno, los bastones de mis cinco padres, que a mí, Max Schulz, que era un don nadie, que ni siquiera existía, me trajeron a este mundo de un solo bastonazo. Y piensen en los bastones secundarios, sin color alguno, de mis contrincantes en el fútbol o de mis profesores, que me martirizaron, o de mis condiscípulos, que se habían burlado de mí, de quienes aún no les he contado nada en absoluto, porque no puedo contarlo todo, no quiero poner a prueba su paciencia. Y en lo que respecta al bastón amarillo y al negro, ¿en realidad era Slavitzki solo quien blandía bastones? Es decir, ¿no le ayudaba también mi madre? ¿Y acaso no había ayudado también a mis cinco padres con sus bastones secundarios? ¿Quién abre el baile? ¿Y quién lo cierra? ¿Dónde está Dios? ¿Está en el baile? ¿O allá arriba? En realidad, ¿a quién debía sacudir yo?

No. Le dejé los bastones a Slavitzki. Me procuré bastones nuevos, bastones mejores…, mejores que los viejos cuando aún eran nuevos. Y no los elegí amarillos ni negros, sino de colores propios. Quería algo más que una simple víctima. Pues ¿qué es una única víctima? Quería una víctima por cada herida, una víctima por cada sonrisa burlona, lo mismo daba si provenía de Dios o de mi mundo.

Hoy entiendo por qué los nudos que escupimos en aquel momento surcaron los cielos tanto tiempo y alcanzaron a los inocentes: porque no apuntamos. Simplemente los escupimos.

En aquel momento no lo entendí.

8

El día del Sermón de la Montaña me adherí al partido del hijo de la Providencia, me hice, como quien dice, miembro. Mi madre también. También Slavitzki, que ya no era polaco, sino alemán. Slavitzki y yo también nos alistamos en el escuadrón de combate de las SA, la Sección de Asalto, si bien resolvimos esperar a comprar las botas y los uniformes exigidos hasta que el Führer subiera al poder, pues botas y uniformes costaban un ojo de la cara, y un ojo de la cara es un ojo de la cara, y uno nunca sabe, y lo seguro, seguro es.

Mi madre lo encontró muy razonable. Dijo:

—Amamos al Führer. ¡Pero lo seguro, seguro es! —Y le dijo a mi padrastro—: ¿Tú qué dices, Anton? Lo seguro, seguro es, ¿no?

Cuando llegó el momento y Hitler subió, por así decirlo, se subió al caballo y nos dijo: «¡Arre!», entonces Slavitzki y yo corrimos al mejor establecimiento, compramos dos elegantes uniformes y dos pares de lustrosas botas, ceñimos el barboquejo con la hebilla, nos emborrachamos, fuimos haciendo eses por la calle, encontramos por todas partes grupos de uniformados que iban apaleando a los enemigos del pueblo, ayudamos, contribuimos en los golpes, sudamos, eructamos, reímos, nos masturbamos, follamos…, aquello era un jolgorio, se lo digo yo. Más tarde, Slavitzki se procuró una bolsa de la compra y nos dirigimos a casa vociferando y haciendo eses, pero no entramos de inmediato en la casa del sótano, sino que primero fuimos tambaleándonos por la calle Goethe y por la calle Schiller, rompimos los cristales de Finkelstein…, los de su casa y los del establecimiento, a continuación entramos tambaleándonos en el salón de peluquería El Hombre de Mundo, garabateamos cruces gamadas en los costosos espejos, y pequeños rabos de cerdo, metimos en nuestra bolsa todo lo que pudimos: loción facial, loción de afeitar, costosas cremas, jabón, brochas también, las más

modernas maquinillas de afeitar, tijeras, peines, cepillos. Le dimos patadas en el culo a Chaim Finkelstein y también a Itzig Finkelstein, les dijimos:

—¡Cerdos judíos!

Les dijimos:

—¡Itzig!

Slavitzki bramó:

—¡Mi hijo se despide a partir de hoy! ¡*Heil* Hitler! ¡Vosotros lo habéis embrujado! ¡Parece un Itzig! ¡Maldita sea, sí…, parece un Itzig Finkelstein!

Cuando regresamos a casa con nuestras botas y nuestros elegantes uniformes, mi madre abrió los ojos asombrada, bamboleó su grueso culo, reprimió una risita, nos mostró sus delgadas piernas, presa de una gran excitación, y le dijo a Slavitzki:

—Vaya, Anton, ahora pareces un hombre.

Y a mí:

—Y tú también. Pero búscate otro culo.

Y Slavitzki dijo:

—Hemos ido de compras. También nos hemos acordado de ti. Distintas cremas. Incluso una para el culo.

Y mi madre dijo:

—¡Joder, Anton!

Y Slavitzki dijo:

—¡Joder, Minna!

—¿Qué pasa con las ratas? —pregunté.

—Deja que las ratas sigan siendo ratas —repuso Slavitzki—. El Führer no ha dicho nada de las ratas.

—Sino de los judíos —añadí yo. Me cuadré y dije—: El Señor los ha maldecido. Y la maldición está prisionera. Pero yo he venido para liberarla.

—El Führer no ha dicho nada de eso —dijo Slavitzki—. Tú estás loco.

—Por eso le he dicho que no debe estar al sol sin una gorra —agregó mi madre.

—Además, no lo entiendo —dijo Slavitzki—. ¿Tú lo entiendes, Minna?

—Yo tampoco —dijo mi madre—. Es demasiado para mí.

—Quiere exterminar a los judíos —contesté yo.

—Ya, ¿y qué? —dijo Slavitzki—. ¿Acaso tienes algo en contra?

—Solo pensaba en las ratas —dije yo—, en las ratas de nuestro sótano. Cuando ya no queden más judíos en la calle Goethe y en la calle Schiller, ¿habrá entonces bastantes viviendas libres?

—¡Maldita sea otra vez! —fue la respuesta de Slavitzki.

Y mi madre dijo:

—¡Jesús, María y José!

—Entonces nos mudaremos a casa de los Finkelstein —dije—, y nos libraremos de las ratas.

—¡Maldita sea otra vez! —repitió Slavitzki.

—¡Jesús, María y José! —repitió mi madre.

—Es que me he acostumbrado a las ratas —dije—, siempre he jugado con ellas. Pero esto ha de acabar de una vez.

—Por supuesto —dijo Slavitzki.

—También hay ratas de dos patas —dijo mi madre.

—Por supuesto —repitió Slavitzki.

9

¿Saben lo que pasa cuando dos hermanos se disputan el poder? ¿No lo saben? Yo tampoco lo sé exactamente, pues yo, por aquel entonces aún Max Schulz, soy el único hijo de mi madre, Minna Schulz, la furcia. No tengo ningún hermano. Pero entre nosotros, en el Partido, se desarrollaba algo parecido a una lucha fraternal: los portadores del uniforme pardo y los portadores del negro se disputaban el poder entre ellos. Las pardas SA y las negras SS.

El uniforme de Slavitzki y el mío eran pardos o, para ser más

exactos, pardos claros, y un día mi madre nos dijo:

—Como el cacao aguado. Al principio me gustaba, pero ya no.

Y mi padrastro Slavitzki dijo:

—Ya, ¿y qué?

—Lo que cacao parece, también acabará siendo un cacao —adujo mi madre—. ¡Tened cuidado! Pronto les llegará el turno a los uniformes negros.

Ni que decir tiene que mi madre tenía razón. Tras el *Putsch* de Röhm, en el año 1934, y el asesinato del Gran Pardo, los que tenían vista se despojaron del uniforme pardo y vistieron el negro. Los únicos que no lo hicieron fueron los cortos de vista, pero es que eran cortos de vista.

Estaba convencido de que mi madre estaba en lo cierto y de que el futuro de Alemania sería negro; en ningún caso pardo, sino negro. Así que elegí el negro. Unas semanas después de que liquidaran al Gran Pardo, yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, resolví pasarme a las SS. Abandoné también la Sociedad Protectora de Animales. Yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, había elegido.

Mi antiguo profesor de alemán, Siegfried von Salzstange, me dijo una vez: «Max Schulz. En las pardas SA hay sitio para todos los que sepan follar como es debido. ¡Pero no en las SS!». Ya que las SS era el Escuadrón de los Puritanos Negros, la elite de la Nueva Alemania. Para ratoncitos como Max Schulz, que no tenían aspecto de seres superiores, sino más bien de seres inferiores…, exactamente eso y no otra cosa…, que incluso tenían aspecto de no entender la ética del genocidio…, de no entenderla en absoluto…; para esos, entrar en las SS era cualquier cosa menos fácil.

¿Qué he dicho? ¿Que no era fácil? Es cierto. Sin embargo, llegados a este punto he de añadir que tener buenos contactos, en especial con la gente adecuada, a menudo desempeña en la vida un papel decisivo.

¿Si yo tenía contactos? ¿Es eso lo que quieren saber? ¡Por supuesto que tenía contactos! Mi antiguo profesor de alemán,

Siegfried von Salzstange, que llevaba algún tiempo en las SS, y no era un cero a la izquierda precisamente, pues Siegfried von Salzstange era primo carnal del teniente general de las SS Helmut von Schaumbeck, un hombre que ocupaba un destacado cargo en Berlín.

Siegfried von Salzstange me tomó bajo su tutela… Y no fue el único…, ya que dos antiguos camaradas de la Sociedad Protectora de Animales… formaban parte de la Comisión Racial del Cuerpo Negro de Wieshalle.

Al igual que todos los nuevos candidatos a las SS, también yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, tuve que pasar por la criba racial y de confianza del Cuerpo Negro. Se trataba de un asunto largo y penoso. Pero lo conseguí. Mi sangre no era acuosa y mi rostro, simplemente, estaba embrujado.

¿Slavitzki? Ni que decir tiene que él también quería ingresar en las SS. De buena gana habría fanfarroneado con el elegante uniforme negro y la calavera de la gorra. Pero ¿quién iba a interceder por él? Las SS lo rechazaron. Algo no cuadraba en su árbol genealógico. Tampoco en su gran miembro, pues estaba blando. Permaneció blando. Y ni el trasero gordo ni el bastón amarillo pudieron cambiar nada. Porque lo que estaba blando y permanecía blando y no mostraba voluntad alguna, en modo alguno podía llegar muy alto entre nosotros.

A pesar de todo, a Slavitzki y a mi madre les iba mejor que nunca. Mi madre había colocado en la puerta de la peluquería un nuevo letrero que decía: «Establecimiento ario Minna Schulz & Co. Disponible árbol genealógico». Como no bastaba con este reclamo, Slavitzki colaboró un tanto e hizo el papel de, por así decirlo, director publicitario de la empresa Minna Schulz & Co. Se plantaba de vez en cuando con pose amenazadora al otro lado de la calle, frente al salón de peluquería El Hombre de Mundo, permanecía ante él con su mugrienta bata de peluquero, el brazalete con la cruz gamada en el

brazo, impávido apóstol del Tercer Reich, y bramaba a los clientes que mostraban intención de entrar en el salón de Chaim Finkelstein con su atronadora voz:

—¿Cómo? ¿Dejáis que os corte el pelo un maldito judío? ¿Acaso queréis apoyar a los enemigos del pueblo? ¿Estáis con nuestro Führer, Adolf Hitler? ¿O no? ¡Quien no está con nosotros está contra nosotros!

Los pusilánimes se apresuraban a entrar en nuestro establecimiento. Los valientes se quedaban en el de Chaim Finkelstein.

También a mí, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, me iba bien. Trabajaba con Slavitzki. Ahora teníamos mejor clientela y Slavitzki necesitaba un buen peluquero. Me necesitaba a mí. Yo ganaba bastante dinero, recibía buenas propinas, pues ninguno de nuestros clientes se atrevía a escatimar la propina a un miembro de las SS, portador del uniforme negro. Así que tampoco me podía quejar.

10

¡Los judíos! Lo tenían claro con nosotros. Nosotros, la Nueva Alemania, mostramos a los judíos lo que significa no tener sangre espesa en las venas, sino tan solo agua. «Pues si la sangre es acuosa, cómo no va a evaporarse». Nosotros, la Nueva Alemania, los apartamos de los puestos clave y los cargos públicos, los amedrentamos hábilmente, los chantajeamos, confiscamos poco a poco sus pertenencias y los expulsamos de la mayor parte de los trabajos. Los judíos fueron excluidos del ejército y de los servicios sociales, ridiculizados públicamente con ayuda de la prensa, la radio, las películas y demás medios de que disponíamos en aquel momento. Sus caricaturas aparecían en vallas publicitarias y en la

portada del *Stürmer*. La plebe les rompía los cristales y arrojaba bombas fétidas en sus establecimientos. A los judíos se les apaleaba en plena calle y no podían quejarse. Eran detenidos con cualquier pretexto y desaparecían por un tiempo o para siempre. Corrían malos tiempos para los judíos. Y, sin embargo, no era nada comparado con los acontecimientos que aún estaban por venir, un mero preludio…, el preludio de la gran hecatombe judía.

Por aquel entonces, yo no era más que un pez pequeño. Había vendido mi alma al diablo, me había unido a la rueda de la historia con botas y uniforme, pero mi «peso» no tenía «peso» específico. Porque ¿qué es en definitiva un pez pequeño? ¿Qué es en definitiva un uniforme? ¿Qué son un par de botas? Pero millones de peces pequeños…, con o sin uniforme…, con o sin botas…, todos los peces pequeños que entonces dijeron «sí» y se unieron conmigo a la rueda de la fortuna, todos esos pusieron la rueda en movimiento.

¿Que si por aquel entonces ya mataba judíos? ¿Es eso lo que quieren saber? No, por aquel entonces aún no. No hasta más tarde. Por aquel entonces solo era miembro. Miembro de las SS General. Me estaban formando. Me preparaban para mi misión.

Así estaban las cosas. Era miembro. Y continué siendo miembro. Las SS no me dejaba marchar. Me necesitaban, al igual que Slavitzki, que siempre me había necesitado. Necesitaban mis manos. Y también necesitaban mi trasero, para que un día pudiera ofrecerlo para el gran contragolpe de la gran rueda de la fortuna con la que queríamos hacer historia por aquel entonces. Los judíos de Alemania sabían que el nudo en torno a sus cuellos se ceñía cada vez más. Mejor dicho, los judíos inteligentes lo sabían. Solo los judíos tontos creían aún, en el año 1936, que nuestro Gobierno podía caer por su propio peso desde dentro. Muchos judíos emigraron o ya habían emigrado. Muchos otros no lo hicieron.

En cuanto a los judíos de Wieshalle, es decir, los judíos de la calle Goethe y los judíos de la calle Schiller, esos se quedaron. En otras palabras, ¡no emigraron! ¿Esperaban un milagro? No lo sé. Tampoco los Finkelstein emigraron. Así que debí de haberme equivocado:

Chaim e Itzig Finkelstein eran judíos tontos, que no sabían lo que les esperaba. Ni que decir tiene que eso también era aplicable a Sara Finkelstein, esposa de Chaim Finkelstein y madre de Itzig Finkelstein.

El sargento segundo Franz Sauer no podía saber por aquel entonces que yo, Max Schulz, con el paso de los años, también sería sargento segundo…, ¡sargento primero incluso! Me trataba a mí, Max Schulz, el pez pequeño, con paternal benevolencia.

Un buen día, sentados ante una cerveza, el sargento segundo Franz Sauer me dijo:

—¡Max Schulz! Los judíos de Wieshalle son judíos tontos. ¡No quieren emigrar!

Y yo respondí:

—Ciertamente, mi sargento segundo.

Mi sargento segundo eructó de tanta cerveza, me miró con sus pequeños, astutos ojos azules desorbitados, sonrió irónico, pensó tal vez en el culo de mi madre o en cualquier otra cosa, retiró hilillos y polvo invisibles…, sí, también polvo…, de su elegante uniforme negro, eructó de nuevo y dijo:

—¡Max Schulz! No pasa nada porque hace años trabajara con el maldito judío Finkelstein. Lo pasado, pasado, ¿cierto?

—Cierto —respondí.

—Su madre me ha contado que el judío Itzig Finkelstein tenía la intención de hacerlo socio suyo, ¿no es así?

—Así es. Pero de ese asunto no salió nada en claro. En primer lugar, porque el viejo Finkelstein aún está sano como una manzana, y, en segundo lugar, porque soy miembro del Partido.

—Cierto —repuso mi sargento segundo—. Eso es cierto.

—Cierto —dije yo—. Así es.

Mi sargento segundo apuró su cerveza, se echó hacia atrás la gorra con la calavera y alisó sus sudorosos cabellos.

—¿No cree usted, Max Schulz —interpeló acechante—, que ya es hora de expulsar a los judíos de la calle Goethe y de la calle Schiller

de sus establecimientos, de, por así decirlo, arianizar los establecimientos?

—Ya es hora, mi sargento segundo.

—Porque esas son calles de pensadores y poetas alemanes —adujo Franz Sauer.

—Podríamos brindar por ello con otra cerveza, mi sargento segundo —sugerí yo.

Franz Sauer asintió. Apuró su cerveza, pidió otra y también la apuró. Permanecimos en silencio un buen rato, simplemente mirándonos. Franz Sauer pidió más cerveza. Y más cerveza. Su sed parecía insaciable. Una vez se levantó y salió haciendo eses. Cuando regresó, bramó, borracho como una cuba:

—¿Y cómo están esas casas, las de la calle Goethe y la calle Schiller?

—Llenas de chinches —repuse.

—No importa —dijo Franz Sauer al tiempo que se sentaba—. Las chinches no muerden culos arios.

—Ciertamente, mi sargento segundo —asentí—. Las chinches no hacen eso. ¿Y qué pasa con las viviendas judías?

—Deje que las viviendas sigan siendo viviendas —contestó Franz Sauer, igual que había dicho mi padrastro Slavitzki: «Deja que las ratas sigan siendo ratas».

—Volvamos a los establecimientos —dijo Franz Sauer.

—Ciertamente, mi sargento segundo —dije yo—. ¡Los establecimientos!

—Sobre todo el establecimiento… del judío Finkelstein.

—Ciertamente, mi sargento segundo —contesté.

—¿Es usted buen peluquero, Max Schulz?

—Ciertamente, mi sargento segundo —respondí.

—¿Y sabe lo que ha dicho el Führer del peluquero ario?

—Ciertamente, mi sargento segundo —dije—. El Führer ha dicho: «¡Un peluquero ario no es un peluquero judío!».

—Eso es —asintió Franz Sauer.

Franz Sauer eructó, pidió más cerveza, eructó de nuevo, dejó

escapar algunas ventosidades, se rascó, dio un puñetazo en la mesa repentinamente y bramó:

—¡Max Schulz! ¡Le ordeno que tome posesión de la peluquería del maldito judío Finkelstein!

—No es una peluquería —puntualicé—, ¡es un salón de peluquería! Y se llama El Hombre de Mundo.

—Entonces, ¡le ordeno —bramó Franz Sauer con un nuevo puñetazo en la mesa— que tome posesión del salón de peluquería El Hombre de Mundo!

Hagan el favor de hacer un aparte: Max Schulz nunca tomó posesión del salón de peluquería El Hombre de Mundo, en la esquina de las calles Goethe y Schiller. Su sargento segundo estaba borracho como una cuba.

Así era. Borracho como una cuba. Sobre los Finkelstein no pesaba ninguna orden de arresto, al menos no por aquel entonces, en el año 1936. Y yo no podía hacer nada, si bien me habría complacido tomar posesión del establecimiento, es decir, del salón. Pero no podía arrestar a los Finkelstein yo solo, pues solo era un pez pequeño. Y tampoco mi sargento segundo era más que un pez pequeño, aunque por aquel entonces fuese algo más gordo que yo.

Así fue. Dejamos que los pequeños establecimientos judíos de la calle Goethe y de la calle Schiller continuaran existiendo durante algún tiempo, dejamos que los pequeños respiraran un ratito más, por así decirlo.

¿Que por qué? ¿Quieren saber por qué? ¿Cómo voy a saberlo? ¡Yo solo era un pez pequeño! Tal vez porque nuestro teniente general, Helmut von Schaumbeck, había dicho: «¡Siempre con tranquilidad! Teniendo presente a la prensa extranjera. Teniendo presente el momento adecuado». Realmente no lo sé.

A menudo pasaba noches despierto, tendido en la cama, mirando la oscuridad, mirando hacia la ventana del sótano, viendo recortes de periódico, viendo titulares, fosforescentes, hasta donde mi

imaginación me llevaba: «EL PELUQUERO JUDÍO: ¡UN PELIGRO PARA LA NACIÓN! ¡EL MAYOR ENEMIGO DEL PUEBLO! SU ESTABLECIMIENTO: DELIBERADAMENTE EN LA ESQUINA DE LAS CALLES GOETHE Y SCHILLER. ¡EN LA ESQUINA! ¡ALLÍ DONDE DOS POETAS ALEMANES SE QUIEREN TENDER LA MANO! ¡ALLÍ EN MEDIO SE ACURRUCA! ¡EL JUDÍO! ¡DELIBERADAMENTE! ¡A MODO DE GUION! ¡PARA SEMBRAR LA DISCORDIA! ¡PARA QUE LAS MANOS NO LLEGUEN A UNIRSE! ¡DESTROZACULTURAS! ¡ES PELIGROSO! ¡DEFENDEOS, COMPATRIOTAS! ¡DEFENDEOS DEL PELUQUERO JUDÍO! ¡HOMBRES Y MUJERES ALEMANES: SI OS SUENAN GOETHE Y SCHILLER… Y SUS SOLÍCITAS MANOS…, APARTAD AL PELUQUERO JUDÍO DE LA ESQUINA!».

Y otros: «¡CAMARADAS! ¡EL MOMENTO ADECUADO! ¡YA HA LLEGADO! ¡EMBARGO A TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS JUDÍOS SIN EXCEPCIÓN! ¡EL PARTIDO FINANCIARÁ A LOS NUEVOS PROPIETARIOS ARIOS!».

A menudo me hallaba durante el día con la bata blanca de peluquero, junto a Slavitzki, y miraba a través del escaparate a la competencia, veía un letrero borroso en el que ponía: «Nuevo propietario… Max Schulz… establecimiento ario… disponible árbol genealógico…».

11

No hay mucho más que contar. En 1937 murió nuestro portero. Fue un duro golpe para mi madre. Pero entonces vino uno nuevo…, un nuevo portero.

Así fue. ¿Les interesa? ¿Quitamos el calendario, el de 1937? ¿Colgamos uno nuevo? ¿El de 1938? ¿Por qué? ¿Y dónde? ¿Y cuándo? ¡A la mierda, qué más da! ¡Por qué no! ¡En cualquier sitio! ¡En cualquier momento! Por mí, en la ventana del sótano. Por mí, en

otoño. ¿Por qué en otoño? ¿Por qué no?

En noviembre de 1938… se llevó a cabo un pogromo…, lo llamamos la Noche de los Cristales Rotos. Ahí empezó todo. Pero no como es debido. Ardieron las sinagogas de todo el país. Los establecimientos sufrieron saqueos. Había montones de cristales en las calles, fragmentos. Muchísimos cristales. Muchísimos fragmentos. También en Wieshalle.

La sinagoga de la calle Schiller ardió durante toda la noche. Algunas de las casas contiguas también ardieron. Aunque el culpable de ello fue el viento de noviembre. El maldito viento, sí. El fuego también redujo a cenizas la peluquería de Finkelstein. Así fue, reducida a cenizas. La simbólica esquina cultural alemana…, la esquina de las calles Goethe y Schiller…, dejó de existir. En su lugar se abrió un gigantesco vacío. Un vacío cultural. ¿Que si se ha llenado entre tanto el vacío? No lo sé, porque no permanecí mucho tiempo en Wieshalle.

Pero les estoy reteniendo innecesariamente, ¿no es cierto? Seguro que querrán saber cuándo me convertí en genocida.

Veamos: yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, trataré de ser lo más breve posible. Se les está agotando la paciencia. Y a mí también.

Así fue: continué trabajando con Slavitzki. No me iba mal…, nada mal. Pero entonces, entonces estalló la maldita guerra. La maldita guerra, sí.

¿Han oído hablar de la campaña de Polonia? No fue más que un paseo. En 1939, allí no pasaba gran cosa.

¿Que si yo tomé parte? No. Desgraciadamente me la perdí. Estaba recibiendo una instrucción acelerada por parte de las SS para entrar en acción, en el interior del país…, acelerada he dicho…, al modo prusiano… Ya saben…, pero no lo bastante acelerada…, ya que cuando llegué a Polonia con mi unidad…, eso fue en invierno…, en el invierno de 1939…, sí…, hacía tiempo que la guerra en Polonia había terminado.

¿Que qué hice en Polonia durante el invierno? ¿Quieren saberlo?

Aburrirme, eso es lo que hice. ¡Allí no pasaba nada! Al menos no en nuestra región. Debíamos vigilar algunos pueblos…, algunos cementerios…, también una zona boscosa…, sí, también eso… Y una carretera… cerca de la nueva frontera rusa o no muy lejos de allí. Allí no pasaba nada. No vi partisanos. Al menos, no en nuestra región. La clase dirigente polaca ya hacía tiempo que había sido liquidada… por camaradas de las SS que entraron en acción antes que nosotros…, liquidada, digo…, al igual que otros elementos enemigos de Alemania y del Imperio…, quiero decir allí, en nuestra región, cerca de la nueva frontera rusa o no muy lejos de allí. Era una región tranquila, nuestra región. Allí no pasaba nada. Disparábamos por puro aburrimiento a los carámbanos de los árboles, nos cargábamos de cuando en cuando a algunos judíos, pues no teníamos nada mejor que hacer…, nos los cargábamos… en el bosque y en los cementerios. Simples ejercicios de tiro. Apenas puedo recordar lo que pasó allí…, pasó tan poco… en nuestra región…, en Polonia…, por aquel entonces, en diciembre de 1939…

Únicamente se produjo un acontecimiento. No lo he olvidado: conducíamos a algunos judíos hasta un cementerio para pegarles un tiro. Pero nos equivocamos de cementerio. Y allí, sobre las tumbas, había cruces. Y los judíos permanecían de pie, temblando, ante las cruces, y no podían gritar del miedo. Y en una de las cruces, en la cruz más pequeña, más sencilla, se hallaba Jesucristo. Gritaba. Y le dijo a mi alférez:

—¡No era esto lo que yo quería! ¡En verdad los he maldecido! ¡Yo solo quería asustarlos! ¡Para que se convirtieran!

Y el Señor Jesús gritó y no dijo nada más.

Y mi alférez se enfadó y le metió unos balazos en el vientre al Cristo que gritaba. Y Cristo cayó de la cruz, pero no murió.

Y entonces mi alférez me dijo:

—¡Max Schulz! ¡Ciérrele la boca de una vez al falso santo! Usted lo hará mejor que yo.

Y eso es lo que hice.

Después de pegarle un tiro a Cristo, sacamos a los judíos del

cementerio cristiano, pues mi alférez dijo:

—Lo seguro, seguro es.

Y yo respondí:

—Sí. Eso dice mi madre: «Lo seguro, seguro es».

—Nunca se sabe —prosiguió mi alférez—. Un tipo como este Jesucristo, que es un mago… Podría resucitar de repente.

Entonces condujimos a los judíos hasta su cementerio. Allí no había cruces. Y allí les pegamos un tiro. Pero no eran muchos.

Lo que sí fue increíble fue cuando fuimos a Rusia. El Grupo de Asalto D, en la región del sur de Rusia. Pero eso fue más tarde. En el año 1941. ¿Saben cómo fusilar a treinta mil judíos en un bosquecillo? ¿Y saben lo que eso significa para alguien que no fuma? Allí aprendí a fumar.

¿Saben sumar de memoria? ¿Saben sumar a toda velocidad? Si saben hacerlo, entonces sabrán que no resulta fácil, ni siquiera para quien sabe hacerlo.

Al principio contaba las víctimas. Lo hacía exactamente de la misma manera que cuando, de pequeño, contaba los adoquines al jugar a la rayuela, y uno se equivoca de vez en cuando al contar. Después dejé de hacerlo. Era demasiado pesado.

Sí. Y entonces, ¿qué pasó? Sufrí un leve infarto… por culpa de tantas putas, de tanto fumar, pensé yo entonces. Y me trasladaron a la retaguardia, es decir, aún más hacia atrás, ya que, por aquel entonces, el avance era más rápido y nuestra región en el sur de Rusia…, ¡esa sí que estaba en la retaguardia!

Me trasladaron a Polonia. Estaba de nuevo en Polonia. Ya lo conocía. Allí había cementerios con cruces extrañas. ¿Conocen el campo de concentración de Laubwalde? Ese lugar tenía antes un nombre polaco, pero lo rebautizamos con otro nombre: Laubwalde.

Un lugar maravilloso, rodeado de bosque.

En Laubwalde había doscientos mil judíos. ¡Y los matamos a todos, a los doscientos mil! A pesar de ello, era un campo pequeño, ya que la mayoría de los prisioneros eran despachados nada más ingresar. Resultaba práctico, ya que, de ese modo, nunca había demasiados

que vigilar. Como digo, un campo pequeño.

Doscientos mil. Una cifra con cinco ceros. ¿Saben cómo se tacha un cero? ¿Dos ceros? ¿Tres ceros? ¿Cuatro ceros? ¿Cinco ceros? ¿Se imaginan cómo se anulan ceros? ¿Y, por último, también el número dos…, aunque no sea un cero? ¿Saben cómo se hace?

Yo lo sé, porque por aquel entonces yo, por así decirlo, participaba, aunque hoy ya no puedo acordarme exactamente de a cuántos prisioneros disparé o apaleé o ahorqué. Así y todo, el de Laubwalde fue un período pacífico, considerando que otros se hallaban en el frente y debían jugarse el pellejo.

Presté servicio en Laubwalde hasta que la guerra tocó a su fin, es decir, hasta aquel día memorable en que la guerra terminó definitivamente para mí, Max Schulz, más adelante Itzig Finkelstein.

Libro segundo

1

La señora Holle tenía dos piernas: una aria y una que no era aria. La que no era aria era de madera, se la ponía durante el día, y por la noche, antes de irse a la cama, se la quitaba.

La señora Holle tenía la mala costumbre de leer en la cama y, además, a la luz de una vela, pues en la bombardeada calle Nietzsche todavía no había luz eléctrica. Cuando la señora Holle estaba sumida en su lectura, no pensaba en la pata de palo que colgaba de la larga pared de la vivienda del sótano…, al pie de la cama, que colgaba de un clavo herrumbroso, ligeramente doblado; de cuando en cuando, sin embargo, cuando la luz de la vela temblaba, levantaba la mirada, sin proponérselo realmente, veía la pata de palo, veía también su oscura sombra en la pared, veía que la sombra se movía, tenía miedo, quería escapar de la solitaria cama, pero lo pensaba mejor y únicamente encogía temerosa la única pierna, la aria. La sombra de la pata de palo era una sombra extraña, pues no solo tenía cuerpo. También tenía rostro. A la señora Holle le resultaba comprensible que una sombra pudiera moverse con el reflejo de la temblorosa vela. Incluso podía entender que la sombra bailoteara y, de vez en cuando, incluso diera extraños saltos… en la larga pared…, como si a cada momento fuera a abalanzarse sobre la solitaria cama y sobre la solitaria y temerosa mujer, una mujer aria, con dos piernas durante el día, con una sola durante la noche, una aria, que se encogía de miedo; pero que la sombra también pudiera sonreír irónica, y siempre de forma distinta, eso era algo que la señora Holle no podía comprender.

En 1942, cuando las tropas alemanas alcanzaron el Volga, la

sombra de la pata de palo, que no era aria…, al igual que la pata de palo…, esbozó una curiosa sonrisa, una sonrisa desesperanzada, como si fuera la sonrisa de alguien que quiere llorar y no puede. Pero entonces, tras la caída de Stalingrado, aquella fue una sonrisa llena de esperanza. Y más tarde, mucho más tarde en realidad, cuando los rusos se encontraban casi a las puertas de Berlín, la sombra sonrió socarrona, sí, señor, socarrona, como sonríen un ruso o un judío al contemplar a una mujer alemana indefensa o a muchas mujeres alemanas indefensas. Sin embargo, desde que se desmoronara el Gran Imperio Alemán, la sombra sonreía alegre, como un chiquillo con zapatos nuevos, parecía reír en silencio.

Por las noches, la señora Holle tenía miedo. Sin embargo, muy de mañana, cuando amanecía y el espectro se esfumaba, también el miedo desaparecía y la ira acumulada descargaba toda su fuerza. Solo entonces se atrevía la señora Holle a maldecir a la pata de palo. La maldecía. ¡Y vaya si la maldecía!: «¡Tú, asqueroso Iván! —maldecía la señora Holle despertándose por momentos—. ¡Tú, asqueroso, maldito Iván, violador, canalla, puerco judío, Itzig, asesina-führer, bribón, mongol, siberiano!».

También esa mañana maldijo la señora Holle a la pata de palo, se tranquilizó al cabo de un rato, tragó saliva, escupió, se frotó la oreja izquierda, la derecha, se rascó el culo… con la mano izquierda, con la derecha…, salió a rastras de la solitaria cama, descolgó la pata de palo, se la puso, se restregó los ojos, bostezó, pensó que la pierna aria se caería al suelo sin la que no era aria… «¡Así de simple! —pensó—. Es vergonzoso. Hoy has dormido algo más… ¿Por qué será? ¡Hoy es 5 de agosto de 1945! ¡Hoy es tu cumpleaños! ¡Maldita sea! ¡Eso hay que celebrarlo! Pero ¿con qué? ¿Con quién?».

La señora Holle canturreaba para sí porque estaba de buen humor. Se vistió con parsimonia, se puso el pañuelo negro, aunque, al ser verano, no era necesario, pero la señora Holle se dijo: «¡Tu pelo está tan cano y tan mugriento!». Antes de salir, aún se miró largo rato en el casi por completo desazogado espejo que colgaba de la pared pequeña, junto al viejo y destartalado ropero, se enfadó y comenzó

a maldecir de nuevo: «¡Pareces una campesina vieja, una campesina con una pata de palo! Pero ¿dónde están tus grasas? Y tu cara… huesuda…, como un triángulo bajo el pañuelo negro…, tus enormes dientes amarillos, separados…, cada vez más amarillos…, ¡pero no más pequeños!».

La señora Holle echó la llave a la chirriante puerta de la casa del sótano. Nunca se sabe…, tenía intención de ir a comprar… al mercado negro. No se había llevado nada a la boca desde ayer a mediodía y se encontraba algo indispuesta. «Tienes que vender tu alianza —murmuraba para sí mientras subía cojeando, fatigosamente —. No hay nada que hacer…, si Günter se enterara…, bah…, seguro que lo han pillado los rusos, y tal vez consigas en el mercado negro algunos huevos, pan, leche, cigarrillos…; esta maldita escalera bombardeada…; no, si todavía te romperás la crisma…, lo que faltaba, ahora, ahora que la guerra ha terminado… Y esta maldita pata de palo…, esta maldita…».

Cuando consiguió llegar arriba, justo cuando se disponía a salir de la casa a la cálida mañana de posguerra de la ciudad alemana de Warthenau, oyó tras de sí un ruido en el zaguán, oyó chirriar una puerta, oyó a alguien silbar bajito, para sí, oyó cerrar la puerta. «Será Willi Holzhammer», pensó, se volvió y aguardó.

2

El padre de Willi Holzhammer había caído en Rusia. Había dejado tras de sí un buen número de prendas de vestir que la madre de Willi había vendido. Todas, incluso el traje azul cruzado que Willi siempre deseó tener. Willi andaba por la calle en camiseta de deporte, pantalones de guripa y gorra americana, equipo al que venían a sumarse las viejas sandalias de su padre, del año 1938, pues las suyas ya no le servían.

Willi Holzhammer tenía dieciséis años, era un muchacho grandullón, de cara pecosa, cabellos cortos y rojizos, nariz respingona, pequeños ojos negros de escarabajo y una gran boca que siempre parecía esbozar una sonrisa irónica. Cuando Willi reía a carcajadas se podía ver que le faltaban tres dientes, tres incisivos. Se los había arrancado él mismo. Willi Holzhammer apenas tenía preocupaciones. Lo que más le molestaba era el inexistente vello de su pecho; se negaba a crecer, así de simple. Para acentuar su virilidad, Willi se había hecho un tatuaje, concretamente una mujer desnuda de voluptuosos pechos, en el brazo izquierdo.

Willi Holzhammer vivía con su madre en la planta baja, justo encima del sótano de la señora Holle. Dado que los demás pisos de la bombardeada casa se habían venido abajo, la planta baja constituía el último piso. La vivienda de Willi Holzhammer carecía de techo en las habitaciones, motivo por el cual solo resultaba apropiada para las estaciones cálidas. Willi podía tomar el sol tumbado en la cama o contemplar las estrellas por la noche. En verano era una casa divertida. Solo cuando llovía era algo menos cómoda. En esos casos, la madre de Willi cubría rápidamente los escasos muebles con mantas y papel de embalar y Willi y su madre se refugiaban en la antigua tienda de campaña —recuerdo de la época que Willi pasó en las juventudes hitlerianas—, que siempre estaba lista en el salón.

Las paredes del gran salón seguían siendo firmes y tampoco el suelo suponía peligro alguno, pues era poco probable que fuera a desplomarse inesperadamente. Solo el enorme agujero del suelo, junto a la cama de Willi, había de ser tapado sin demora, labor que Willi aplazaba de un día para otro, ya que el agujero estaba en el suelo y, en palabras de Willi, no molestaba. Se encontraba de través sobre la solitaria cama de la señora Holle, y cuando en ocasiones Willi miraba la casa del sótano, podía ver todo aquello que quería ver. Algo así no se ve ni en el cine, acostumbraba a decir Willi para sí, y además el cine costaba dinero, mientras que la sesión del sótano de la señora Holle podía verse gratis.

Esa mañana, Willi Holzhammer se había levantado temprano. Poco después de las seis le había despertado un enérgico golpeteo en la puerta de la habitación. Era un extraño. Con ojos de rana. Preguntaba por la señora Holle. Willi le había dicho:

—Vivía en el quinto piso, pero se vino abajo, ese y los otros pisos, como puede ver, y ahora vive en el sótano, debajo de nosotros.

Acto seguido, el hombre se marchó arrastrando los pies.

Willi no volvió a meterse en la cama. No había agua en la casa y Willi se dijo: «Mejor será ir a recoger agua temprano, antes de que la cola sea demasiado larga». Se encaminó a la gran bomba de la calle Fleischer y llevó a casa dos cubos de agua fresca. Su madre le había preparado un buen desayuno: viscosos chuscos, mermelada casera y achicoria. No podía fumar en su presencia, así que justo después de terminar el desayuno se esfumó para «echarse un cigarrito» delante de la puerta de la casa…, un Philip Morris…, y cuando salía por la puerta, con la gorra americana bien calada, las manos en los bolsillos de los pantalones, silbando para sí, se percató de la presencia de la señora Holle, que aguardaba a la entrada de la casa.

—Hombre, Willi —saludó la señora Holle.

—Buenos días —contestó Willi.

—¿Cuándo te decidirás a tapar de una vez el agujero del techo de mi habitación?

—Cuando tenga tiempo —repuso Willi.

—¿Y qué hay de las patatas?

—¿Qué patatas?

—Las que me prometiste.

—Ahora no tenemos.

—¡Ah! —dijo la señora Holle con el rostro desencajado—. Al fin y al cabo, es mi casa…, ¿o no? Y ya que no pagáis alquiler…, al menos podríais darme las patatas.

—¿Y qué pasa con la lluvia? —dijo el muchacho—; ¿y dónde está el

techo de la habitación…? Pero no se preocupe…, tendrá sus patatas cuando las tengamos nosotros.

La señora Holle miró al muchacho de la cabeza a los pies. Constató: gorra americana, cara pecosa, cuello sucio, camiseta de deporte, pantalones de guripa, sandalias. Pensó: «¿Quince, quizá? ¿O dieciséis? ¡La edad perfecta!». Su rostro rejuveneció. Dijo:

—Vale. Dale recuerdos a tu madre. Dile que no se olvide. De las patatas, quiero decir. Y ven a visitarme alguna vez si tienes tiempo…, pero ten cuidado de que tu madre no se entere.

El muchacho sonrió irónico y repuso:

—Es usted demasiado vieja para mí. Además, tengo una… una chica.

—¿Qué significa demasiado vieja? —quiso saber la señora Holle.

—Cincuenta y nueve —dijo el muchacho.

—Cuarenta y nueve —dijo la señora Holle.

El muchacho rio. Vio que la señora Holle escupía enfadada, se daba la vuelta bruscamente y avanzaba cojeando. Iba a decirle: «Y ayer me cepillé a una muchacha… por un Philip Morris…», cuando de repente se acordó de algo.

—¡Señora Holle!

El muchacho corrió hacia ella, adelantó a la mujer en tres zancadas y la agarró por el brazo.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No has dicho cincuenta y nueve?

—Era solo una broma —dijo el muchacho.

—Eso no es ninguna broma —añadió la señora Holle—. Esas bromas solo las gasta Iván.

—Vale —contestó el muchacho.

—O los americanos —dijo la señora Holle—. También ellos gastan bromas.

—Claro —asintió el muchacho.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Qué quieres?

—Nada de nada —repuso el muchacho, jugueteando con la gorra —. Esta mañana, temprano, un hombre llamó a nuestra puerta. Preguntó si la señora Holle vivía aquí.

—Aaah —dijo la señora Holle—. ¿Y quién era?

—No dio ningún nombre —dijo el joven—. Entonces le dije que usted vivía en el sótano.

—Está bien —repuso la señora Holle.

—¿Llamó a su casa? —preguntó el muchacho.

—Tal vez —dijo la señora Holle—. Hoy he dormido más haciendo una excepción. Quizá no haya oído al tipo.

—Un tipo raro —agregó el muchacho.

—Aaah —exclamó la señora Holle.

—Con ojos de rana —prosiguió el muchacho.

—No conozco a nadie con ojos de rana —dijo la señora Holle.

—Y nariz aguileña —dijo el muchacho—. Y labios gruesos. Y mala dentadura.

—No conozco a nadie así —negó la señora Holle.

—Parecía judío —dijo el muchacho.

—No conozco a ningún judío —afirmó la señora Holle.

La señora Holle se disponía a seguir su camino, pero el muchacho dijo:

—Regresan ahora de los campos.

—¿Quieres decir… los que aún están allí? —preguntó la señora Holle.

—Sí —repuso el muchacho—. ¿No ha leído el periódico?

—No leo los periódicos —dijo la señora Holle—. Son todo mentiras.

—Seis millones de judíos asesinados —dijo el muchacho.

—Todo mentiras, Willi —dijo la señora Holle.

3

La señora Holle se abrió camino, cojeando, entre las ruinas. La guerra había devastado el lugar despiadadamente. La calle Nietzsche aún no estaba abierta al tráfico, ya que en medio del camino se

abrían profundos cráteres y entre los cascotes y los escombros de los derruidos muros se hallaban vehículos destrozados y tanques consumidos por las llamas, enterrados, parcialmente volcados, tumbados boca arriba como escarabajos muertos. Las largas hileras de ruinas al borde de la levantada acera se erguían verticales con un grito mudo en sus pétreos labios, como si esa fuera la última llamada, como si quisieran que el deslumbrante sol las iluminara una vez más antes de morir. El sol pertenecía a los vencedores. El sol miraba curioso por las ojerosas ventanas, parecía iluminar el campo de ruinas, como si Dios quisiera sacarle una fotografía, miraba con ironía a los hombres, que se dirigían andando o cojeando hacia cualquier parte, con sus harapientas ropas, se reía burlón de la pata de palo de la señora Holle.

A la señora Holle no le preocupaba el sol. Atravesó la plaza Adolf Hitler, que las aves de verano habían puesto perdida, se preguntó cómo se llamaría ahora, no vio ningún letrero, maldijo en su interior a las aves de verano, pensó en el Führer muerto, se tragó sus lágrimas, pensó en la alianza que se proponía vender, en el pan y los huevos, la leche y los cigarrillos. También pensó en la conversación que había mantenido con el muchacho: «Es usted demasiado vieja para mí»; y luego: «¡Cincuenta y nueve!». ¡Mocoso! ¿Y quién era el hombre que la buscaba? El de los ojos de rana…

En la calle Mozart se fijó en los grupos de trabajadores que retiraban los escombros, con la cara avinagrada. ¡No era de extrañar! Como si aún tuviera algún sentido retirar los escombros de allí donde, de alguna manera, todo estaba perdido. La calle Mozart no se hallaba tan devastada como la calle Nietzsche, incluso resultaba transitable para los vehículos de las fuerzas de ocupación, y la señora Holle, a quien el sol no preocupaba en absoluto, se preguntaba en ese momento: «Ay, Dios mío, ¿por qué precisamente la calle de Nietzsche? ¿Acaso no era también un músico?». La señora Holle se tropezaba de vez en cuando con soldados y oficiales americanos que mascaban chicle, otros que no mascaban chicle, unos a pie, otros en *jeep*. Pero a la señora Holle tampoco le

preocupaba ninguno de ellos.

Había un largo camino desde la calle Nietzsche hasta el mercado negro, en el otro extremo de Warthenau. Y avanzar por las calles destruidas por la artillería y los bombardeos, cojeando, con el estómago vacío y una pata de palo de origen incierto…, para una mujer de cincuenta y nueve años, que solo tenía cuarenta y nueve, ciertamente no era ningún placer.

Los rusos habían abusado de la señora Holle. Ocurrió en Berlín, durante los primeros días de mayo de 1945.

«Exactamente cincuenta y nueve veces», pensaba ahora la señora Holle enojada, mientras trataba de avanzar cojeando más aprisa, aunque de sobra sabía que no eran los rusos los que estaban en Warthenau, sino los americanos. ¡Cincuenta y nueve veces!

No era de extrañar que pareciera tener cincuenta y nueve años. Y aquellos cerdos ni siquiera se habían preocupado por la pata de palo.

A finales de mayo, la señora Holle se trasladó a Warthenau, pues la señora Holle era de Warthenau.Y la señora Holle tenía una casa en Warthenau. En el número 59 de la calle Nietzsche. Un número infausto, sin duda alguna. Pero no podía cambiarse. Ella no podía cambiarlo, ¿no? Eso solo podían hacerlo las autoridades. ¿Y mudarse? Tampoco quería. Al fin y al cabo, era su casa. Y la casa de Günter. Y Günter era su marido. Y cuando regresara de la guerra le preguntaría a la gente: «¿Dónde está el número 59? ¿Y una mujer con una pata de palo?».

«Günter nunca debe saber lo de los rusos», pensó la señora Holle. Comenzó a cojear más despacio, pues cojear deprisa con el estómago vacío no es un juego de niños precisamente.

«¡No te quedes en Berlín!», le había escrito su marido, el cabo segundo de las SS Günter Holle, desde Polonia, cuando Polonia aún era alemana. Y ella le había contestado: «Nuestra casa se ha venido abajo. El quinto piso se ha perdido. Y también el cuarto piso. Y el

tercero. Y el segundo. Y el primero. Solo queda la planta baja, aún está en pie…, pero sin techo. Y el sótano aún sigue en pie, sí, el sótano también. Incluso tiene techo, aunque hay un agujero…, un agujero bastante grande. Pero, querido Günter, ¿es que tenemos que vivir en un sótano? ¡Estaríamos buenos! No, Günter. Ni pensarlo. Me quedo en Berlín, con tus padres. La casa de Berlín aún no ha sido bombardeada».

Y entonces llegaron los rusos. Y abusaron de ella cincuenta y nueve veces. Y ni siquiera se preocuparon por la pata de palo. Y, desde luego, no había sido fácil salir de la capital y abrirse paso hasta Warthenau, con una pierna aria y otra que no era aria, el ánimo inquebrantable, aun cojeando, con dolores en el trasero y en las partes pudendas, los pechos destrozados por los mordiscos, las uñas rotas, aunque realmente era demasiado tarde para emprender el viaje hacia Warthenau, pero más vale tarde que nunca. Y Günter no lo sabría, lo de los rusos. Y cuando Günter regresara de la guerra —por qué no habría de regresar, otros sí regresaban—, sí, entonces le diría: «¡Günter! El quinto piso se ha perdido. Y el cuarto piso. Y el tercer piso. Y el segundo piso. Y el primer piso. Solo queda la planta baja en pie…, pero sin techo. ¡Un sótano, es un sótano, al fin y al cabo! No hay más que cambiar el número de la casa. Tú perteneces a las SS, Günter, eres cabo segundo de las SS, ¿es que no puedes hacer nada?».

El mercado negro estaba en el casco antiguo, en las laberínticas y angostas callejuelas situadas detrás del ayuntamiento y de la Puerta de la Esperanza. A pesar de las redadas diarias y de los porrazos de la policía militar, con sus cascos blancos, se seguía comerciando activamente en ese lugar. Aunque la señora Holle no entendía mucho de negocios ilegales, estaba convencida de que no había nada en este mundo que no pudiera comprarse en el mercado negro de Warthenau.Y cada vez que la señora Holle acudía a él, pensaba en secreto: «Dios mío, ¡vaya forma de regatear! ¡Si el Führer se

enterara! ¡Bajaría de los cielos espantado!».

La señora Holle odiaba el mercado negro y no hacía mucho le había dicho al joven Willi:

—Alemania es una guarida de ladrones. El mercado negro florece por todas partes. ¡Como si hubiéramos combatido por el mercado negro! Es una vergüenza. ¿No es cierto, Willi?

Y el joven Willi había respondido:

—Sí, señora Holle.

Y ella había dicho:

—El pueblo alemán se muere de hambre. Y la gente corre al maldito mercado negro para vender sus últimas pertenencias. Es una vergüenza. El mercado negro es una vergüenza.

Y el joven había dicho:

—Eso hay que agradecérselo a los judíos.

Y la señora Holle había asentido:

—Sí, Willi, es verdad.

Y Willi había añadido:

—No hace mucho estuve en el campo, con los campesinos, y han escondido comida, pero piden unos precios abusivos, como los judíos.

Y la señora Holle había replicado:

—Willi, los campesinos alemanes son todos judíos.

Y la respuesta de Willi había sido:

—Sí, señora Holle, es cierto.

Y la señora Holle había agregado:

—¿Crees que el Führer sabía que los campesinos alemanes eran judíos?

Y Willi había contestado:

—No lo sé, señora Holle.

Cuando la señora Holle llegó al mercado negro, estaba totalmente empapada en sudor. Le dolía el pie derecho de la larga caminata, y también le dolía el muñón de la pierna izquierda, hasta el bastón le

dolía.

El casco antiguo no se había visto afectado por las bombas. Aquí las casas se alzaban tan respetables como antaño, aún arraigadas en la tierra, sin sentir ira contra el cielo, parecían ronronear como gatos al sol, miraban desde lo alto, un tanto adormiladas, pensativas, por las pequeñas ventanas bajo los inclinados tejados de pizarra, miraban a las sinuosas callejuelas de detrás del ayuntamiento y de la Puerta de la Esperanza. La muchedumbre se movía susurrando a la sombra de las antiguas casas, y la señora Holle se preguntaba: «Ay, Dios mío, ¿por qué solo pueden gozar del sol los tejados? ¿Por qué las callejuelas se encuentran a la sombra? ¿Tendrá algo que ver con el mercado negro? Y esto de aquí, Dios mío, ¡es todo luz y chusma temerosa del sol! ¿Y qué se me ha perdido a mí aquí? ¡Si Günter se enterara! ¡Si el Führer se enterase!». El gentío absorbió a la señora Holle, zarandeándola de acá para allá, arrastrándola consigo. Una anciana que se hallaba junto a ella farfulló:

—¿Quiere un par de medias? ¿O una sartén? También cambio dólares. ¿Conoce a alguien que tenga un diente de oro? ¿O que esté dispuesto a arrancarse uno?

La anciana la había agarrado del brazo y la señora Holle se desasió enfadada. Pensó: «¿Dientes de oro? ¿Que si quiero arrancarme uno? ¡Lo que me faltaba! Pero si no tienes ninguno. Estás hambrienta. Pero tienes una alianza. ¡Y esa sí que es de oro! Y hace calor, maldita sea. Pero ¿dónde está el sol?».

No volvió a ver a la anciana. Todo le daba vueltas debido a los innumerables rostros, a las innumerables voces, a su hambre y al bochorno sofocante. A la sombra de un soportal reparó en una campesina con una gigantesca cesta de paja… Y en un hombre bien vestido. Cuchicheaban entre ellos. La campesina sacó tocino y pan de la cesta y el hombre se descubrió el antebrazo y le mostró una colección de relojes de pulsera. «Dios mío —pensó la señora Holle—, ¡tantos relojes en un brazo! ¡Como los malditos rusos en Berlín!». Quería quedarse allí, inmóvil, para ver lo que ocurría, quería ver más de cerca el tocino, y el pan, y los relojes, pero la empujaron…, la

empujaron hacia delante… hacia la acera… Y de la acera a la calzada… Y de la calzada a la acera nuevamente. Un tullido sentado en la acera, al que le faltaban las dos piernas, le dirigió una mirada envidiosa a su pierna sana. Junto a él había una muchacha pequeña, de unos doce años tal vez, coqueteando con un comandante americano. La señora Holle recibió un violento empujón, tropezó y se habría caído de no haberla agarrado el comandante.

—Sorry —dijo el comandante.

La señora Holle no sabía lo que significaba *sorry*. La palabra sonaba como «sorna». Sonrió al comandante con una mueca irónica. Volvía a encontrarse firmemente sobre ambas piernas, la aria y la que no era aria.

—¿Y quién va a andar con sorna hoy día con tantas preocupaciones? —le dijo al comandante—. ¿No es cierto? Mejor la sorna de los americanos que la seguridad de Iván. Esos sí que son violadores y canallas.

El comandante asintió, aunque no entendía una palabra de alemán. Le contestó algo en su idioma, en su idioma extranjero, y la señora Holle no lo entendió, pero asintió porque el comandante asentía. El tullido de la acera seguía mirando con envidia su pierna sana. La señora Holle le sacó la lengua. El comandante lo vio y se rio.

—Ese no debería hablar con usted —dijo el tullido de repente—, va en contra de la Norma de No Fraternización.

—¿Qué significa eso? —preguntó la señora Holle.

—Que no puede meterse en la cama con usted —respondió el tullido echándose a reír sonoramente, acercándose más a ella, mostrándole su raigón negro.

La señora Holle quiso decir: «¡Sí puede! También está hablando con la pequeña», pero no tuvo ocasión, ya que la muchedumbre la obligó a seguir. El comandante avanzaba junto a ella. Y también la muchacha pequeña. «El comandante es alto, delgado y torpe —pensó—. ¡Son todos unos majaderos mascachicles! Pero este no masca nada. Tal vez tenga más clase. Pero es viejo. Sesenta por lo

menos. El pelo a cepillo. Pero gris, entrecano».

—¿Quiere comprar un anillo de oro? —preguntó la señora Holle enseñándole la alianza al comandante—. Esto no debe saberlo mi Günter, pero he de venderlo.

El comandante rio, pero no dijo nada, se limitó a mostrarle su propia alianza, continuó mirando al frente ensimismado y luego, de repente, comenzó a hablar como una cotorra en su idioma, del que ella no entendía ni una palabra.

La señora Holle no se percató de que pasaban ante el ayuntamiento —era más bien la multitud, sus empujones— y acabaron llegando a la Puerta de la Esperanza. La señora Holle volvió la cabeza buscando a la pequeña, pero ya no la vio más. «Se ha esfumado —pensó—. Bueno. Mejor así. Con doce años, yo aún jugaba a las muñecas». El comandante volvió a decirle algo que ella no entendió, y entonces señaló un Mercedes negro requisado que se encontraba en la Puerta de la Esperanza, justo debajo de los pétreos arcos de la esperanza. Cuando llegaron al coche, la puerta, la de atrás, se abrió de golpe y la señora Holle se subió, aunque no había pensado hacerlo. El comandante hizo lo mismo y se sentó junto a ella. Al volante había uno de esos majaderos mascachicles, aunque más joven que el comandante. El pelo también a cepillo. Pero rubio. El comandante habló con el hombre del volante en su idioma extranjero y este se volvió hacia ella y le dijo en perfecto alemán:

—El comandante desearía saber si le gustan las conservas.

—Sí —respondió ella—, me gustan. ¿Es usted alemán?

El hombre del volante rio y dijo:

—No. Pero sí mis padres. Yo soy americano.

—Ajá —dijo la señora Holle—, que si me gustan las conservas… Pues claro que me gustan las conservas.

—El comandante desearía saber si puede quedarse a dormir con usted esta noche —dijo el hombre del volante.

—De acuerdo —respondió la señora Holle—. ¿Qué clase de conservas?

—Carne enlatada —contestó el hombre del volante.

—En realidad me gustaría vender mi alianza —dijo la señora Holle.

—Las alianzas no deberían venderse —dijo el hombre del volante.

—Sí, eso es verdad —repuso la señora Holle.

—¿Está segura de que su marido aún sigue prisionero? —preguntó el hombre del volante.

Y la señora Holle le respondió:

—No lo sé. Estaba en Polonia. Y no he tenido noticias suyas.

—¿Qué hacía en Polonia? —quiso saber el hombre del volante.

Y la señora Holle dijo:

—No lo sé.

La señora Holle se puso cómoda, estiró la pata de palo, encogió la sana, se recostó a sus anchas en el mullido asiento, sonrió al comandante. «No tiene por qué saber que Günter es un genocida —pensó—. No lo entendería. Podrías explicárselo: ¡Eran enemigos del pueblo! ¡Günter se limitó a cumplir con su obligación! ¡Eran órdenes del Führer! ¡Y una orden es una orden! Pero alguien así no lo entendería. Son todos unos majaderos mascachicles».

—Escuche —le dijo seriamente el hombre del volante—, el comandante le dará tres latas de conservas por el primer polvo, cinco por el segundo, siete por el tercero. Y así sucesivamente. Se llama progresión. O *fair play*.

—Pues vale —dijo la señora Holle—. Pero pregúntele al comandante si ha visto la pata de palo.

—La ha visto —repuso el hombre del volante—. Pero no le molesta, más bien lo contrario.

—¿Y eso por qué? —preguntó la señora Holle.

—Su esposa de América tiene dos piernas —dijo el hombre del volante—, dos piernas buenas. Pero su esposa no sirve para nada, aunque tenga dos piernas.

—Ajá —exclamó la señora Holle—. ¿Y cómo es la mujer?

—Americana —contestó el hombre del volante—. Lee el periódico mientras el comandante lo hace con ella.

La señora Holle asintió.

—Yo no leo periódicos —añadió—, son todo mentiras.

El hombre del volante hizo como si no la hubiera oído. Encendió un cigarrillo, echó el humo contra el parabrisas, volvió la cabeza nuevamente hacia ella y le dijo:

—Escuche, el comandante tiene un complejo. ¿Sabe lo que es eso?

—No —respondió la señora Holle.

El hombre del volante sonrió irónico.

—Es que… —le dijo— su esposa le ha castrado el alma. Tiene un complejo de inferioridad. Y teme a las mujeres de dos piernas, dos piernas buenas. Y quiere una con una pierna.

—¿Y eso es un complejo? —quiso saber la señora Holle.

—Sí —respondió el hombre del volante—. Eso es un complejo.

Esta vez fue el comandante quien encendió un cigarrillo, balbuceó algo, corno si quisiera disculparse, le ofreció uno a ella y dijo:

—¡Philip Morris!

—¡Philip Morris! —exclamó la señora Holle—. Aceptaré uno, pero me lo fumaré más tarde. No con el estómago vacío. —La señora Holle tomó el cigarrillo sin dar las gracias y lo hizo desaparecer en su bolso. Se inclinó hacia delante y le dijo al hombre del volante—: Perdí la pierna en 1933…, el día en que el Führer subió al poder… Estaba podrida, es lo que dijeron los médicos…, podrida, así de simple… Ya me dolía mucho antes…, y así fue…, Günter me dijo… «la han embrujado los judíos»…, fue en invierno…, precisamente aquel día…, «no hay nada que hacer»… Günter también dijo eso.

—Entonces, ¿qué? —dijo el hombre del volante—. ¿Está de acuerdo? ¿Con lo de la progresión?

—Está bien —respondió la señora Holle.

—Cuantos más polvos, más conservas —añadió el hombre del volante.

—Está bien —repitió la señora Holle—. No tiene pinta de poder echar muchos polvos. Tendrá sesenta por lo menos.

—Cincuenta y nueve —corrigió el hombre del volante.

4

Fueron hasta la calle Mozart, esquina con la plaza Adolf Hitler. Y allí se detuvo el Mercedes, pues la calzada estaba destrozada y llena de cascotes y de escombros.

La señora Holle le dijo al hombre del volante:

—No está muy lejos de aquí. Podemos recorrer este tramo a pie.

Y el hombre del volante dijo:

—OK.

—OK —dijo la señora Holle, aunque no sabía lo que significaba.

—Lástima que no se pueda seguir en coche —dijo el hombre del volante—. Me habría gustado llevar al comandante hasta la puerta de su casa. Pero lo que no puede ser, no puede ser… Le diré al comandante que mañana por la mañana le espero a las diez en esta esquina con el coche.

—OK —dijo la señora Holle, aunque no sabía lo que significaba—. Entonces mañana a las diez en la esquina. Tendré que sacarlo de la cama a las nueve.

—Sí, hágalo —dijo el hombre del volante riendo. Y la señora Holle rio también. Y el comandante se rio.

Antes de bajarse del coche, el comandante sacó una gran bolsa abierta de debajo del asiento, y la señora Holle pudo ver que allí no solo había conservas, sino también *whisky*. El comandante se colocó junto a ella. Caminaban despacio, aunque la señora Holle habría preferido ir más deprisa, ya que el estómago le ladraba como un perro furioso y todo volvía a darle vueltas. Pero el comandante se tomó su tiempo.

—Es una suerte que no dejara el abrelatas en Berlín —dijo la señora Holle—. Menos mal que lo traje…, es de antes de la guerra. Un abrelatas estupendo.

El comandante rio y la señora Holle dijo:

—Lo que no tengo es una buena cocina. Pero sí una mesa de cocina. Y ahí está el abrelatas…, concretamente en el cajón de la mesa. Y esa sí que es una mesa, lo que yo le diga, ¡una buena mesa! Es que yo vivo en un sótano, ¿sabe?, y por eso no tengo una buena cocina y solo una buena mesa. Y allá en vuestra tierra, ¿también hay gente que vive en sótanos? ¿Y qué tipo de sótanos son los de allí?, y en vuestro país, ¿también las casas de los sótanos tienen una pared larga y otra corta? ¿Y dos ventanas desde las que solo se ve la calle desde abajo y no desde arriba? ¿Y por qué no se ve la calle desde arriba? Son ventanas que dan a la calle, ¿no? Eso también me gustaría saberlo. Y recibo visitas de vez en cuando, ¿sabe? Sin ir más lejos, hoy por la mañana, temprano, vino un hombre que me estaba buscando. Llamó a la puerta. Pero yo aún estaba durmiendo. ¡Debería haber llamado más fuerte! Según me dijo el joven Willi, era un tipo con ojos de rana. Ojos de rana y nariz aguileña, labios gruesos y mala dentadura, un tipo que parecía judío. ¿Son así los judíos? Me gustaría saber quién es. No conocerá por casualidad a un tipo con ojos de rana, ¿no? Debe de ser un tipo raro.

El comandante rio y asintió y le dijo algo en su idioma de locos.

La señora Holle no solo echó la llave dos veces a la puerta del sótano, también corrió el pestillo, que estaba oxidado y chirriaba, cosa que la señora Holle no podía soportar. Tapó las rendijas de la puerta con papel de embalar para que el tipo de los ojos de rana, en caso de que volviera a llamar, no pudiera ver el interior. Después cubrió cuidadosamente las dos ventanas sin cortinas con colchas guateadas.

De repente, el comandante parecía tener prisa, pues ya se había desvestido, se encontraba de pie junto a la mesa, en cueros vivos, el miembro erecto, las piernas peludas, el vientre caído, una botella de *whisky* en la mano, contemplando a la señora Holle, que iba

cojeando de acá para allá con gran ajetreo, controlando la puerta una vez más, probando la llave, el pestillo oxidado, el papel de embalar de las rendijas de la puerta, las colchas guateadas de las ventanas.

—What's your name, baby? —preguntó el comandante.

—OK —repuso la señora Holle, aunque no sabía lo que significaba.

—How about this wooden leg of yours? —preguntó el comandante.

—Seguro que está sorprendido porque he tapado las rendijas de la puerta —contestó la señora Holle—, pero no tiene nada que ver con el joven Willi, aunque a veces anda rondando por aquí y fisga por ellas…, pero al fin y al cabo también fisga en mi casa… Ya sabe, desde arriba…, por el techo…, solo pensaba que, si vuelve el tipo de los ojos de rana…, seguramente mirará por las rendijas. Yo sé lo que me hago. Todas las precauciones son pocas.

La señora Holle se desentendió del comandante. Se limitó a abrir la solitaria cama, ahuecó la almohada, que estaba arrugada, pensó: «Se le están saliendo las plumas. Lo tiene bien tieso, aunque pequeño, quiere hacer la progresión, cuantos más polvos más conservas, y tú tienes un hambre canina, pero seguro que no puede echar más de uno, con cincuenta y nueve años, ¿o no?». La señora Holle comenzó a desvestirse. El sótano estaba oscuro, pero la señora Holle se dijo: «La iluminación adecuada. Más tarde puedes encender la vela a la derecha de la cama. Hay tiempo».

La señora Holle dobló el vestido con cuidado, lo colocó en la desvencijada silla junto a la cama, luego la ropa interior, prenda tras prenda, por orden, se quitó la pata de palo y la colgó donde solía colgarla cuando se iba a la cama, en el clavo ligeramente doblado, a los pies de la cama, en la pared larga.

El comandante seguía de pie junto a la mesa de la cocina, bebiendo. La señora Holle fue cojeando sobre una pierna hasta el otro extremo de la cama y se sentó allí, de repente sintió frío y se frotó los hombros.

—No hay muchas cosas aquí dentro —le dijo al comandante—. Ya ve: una mesa de cocina, dos sillas desvencijadas, una cama, un viejo

ropero, un espejo gastado, el cajón con la vela, otro cajón, el del carbón, y la estufa de hierro en el rincón. La he colocado yo, como todo lo demás; mis anteriores muebles los perdí, las bombas, pero bueno… Y yo estoy delgada, ¿no? Y mis pechos caídos, ¿no? Ya me lo decía mi Günter: «¡Te llegan hasta la barriga!». Y también tengo el pelo canoso. Pero puede teñirse. Y si consigo más conservas volveré a engordar.

La señora Holle sonrió al comandante. El comandante asintió, como si hubiera entendido lo que decía. Se acercó lentamente, arrastrando los pies, la botella de *whisky* bajo el brazo desnudo, se detuvo ante la cama unos segundos, pensativo, miró a la señora Holle, que le hacía sitio, se alejó de nuevo, arrastrando los pies, se detuvo a los pies de la cama, echó otro trago de la botella medio vacía, de repente descolgó la pata de palo con un movimiento brusco, nervioso, la sujetó bajo el brazo, bajo el otro brazo, no el de la botella de *whisky*, se dirigió de nuevo hacia ella y colocó la pata de palo junto a ella, en la cama.

5

Ayer era su cumpleaños, por eso se había quedado durmiendo un poco más. De lo contrario, las aves del verano se encargaban de despertar a la señora Holle todos los días muy de mañana. Las mismas aves que habían puesto perdida la plaza Adolf Hitler, una vergüenza; a pesar de todo, la señora Holle les estaba agradecida a las aves del verano, pues se decía: «A quien madruga, Dios le ayuda»; ¿y quién se atrevía a poner eso en duda?

También hoy los trinos de las aves habían sacado a la señora Holle de su profundo sueño. Como de costumbre, maldijo en primer lugar la pata de palo, aunque esta vez no colgaba de la pared larga, sino que yacía en la cama, entre los muslos del comandante; entonces se

tranquilizó, bostezó, sacó la pierna postiza con cuidado de entre los muslos del comandante y pensó: «Siete polvos me ha echado, y tú con dolor de estómago de tantas conservas, y aún no te las has comido todas; menudo tipo raro, echar siete polvos con una pata de palo». La señora Holle se encajó la pata de palo, se acercó cojeando a la estufa de hierro, la encendió, miró a ver si aún había agua en el cubo, empezó a canturrear como las aves del verano, sacó unos platos del cajón situado junto a la cama, anduvo con ellos, haciendo ruido intencionadamente para que el comandante se despertara. ¡Pero no se despertaba!

«Caramba —pensó la señora Holle—, ¡este sí que tiene el sueño profundo!».

Algo más tarde lo zarandeó, lo puso boca arriba, vio dos ojos azules, inmóviles, eructó de miedo, pensó: «¡Siete polvos!, y el siete es un mal número. ¡Está muerto! ¡Está muerto de verdad! ¡Un ataque al corazón!». Volvió a eructar, sintió pinchazos en la pata de palo, se cubrió la boca con la mano.

La señora Holle no sabía qué hacer con el muerto. «Lo mejor será —pensó— que lo pongas detrás de la estufa de hierro. Así podrás sacarlo de la cama. Si no, la cama apestará».

La señora Holle se puso manos a la obra de inmediato; con cuidado, bajó al muerto de la cama, lo arrastró por el irregular suelo del sótano. «Ajá —se dijo—. No pesa mucho. Son puro chicle».

No tenía ganas de desayunar y se dijo: «Lo primero, informar a las autoridades. Ya desayunarás después».

De repente se le ocurrió: ¡un teléfono! Por supuesto. Debía telefonear. ¡En la plaza Adolf Hitler! ¡Allí había una cabina!

La señora Holle abandonó el sótano a toda prisa, llegó cojeando hasta la plaza Adolf Hitler, vio la cabina de teléfonos de antes de la guerra, que aún seguía allí, y también vio el letrero: «No funciona».

¿Y ahora qué podía hacer? ¿Dónde se podía telefonear hoy en día? Y encima en aquella zona, destruida por los bombardeos.

La señora Holle recorrió cojeando, desesperada, la gran plaza que las aves del verano habían puesto perdida, dobló en la calle Mozart, preguntó a algunas personas. Nadie sabía dónde había un teléfono.

Un hombre le dijo:

—Espere hasta que pase la policía militar.

Pero la señora Holle dijo:

—¿Los del casco blanco y el brazalete? ¡No son mejores que Iván!

La señora Holle volvió cojeando en dirección a la calle Nietzsche. «¡Lo primero es llegar a casa! Pensar tranquilamente lo que hay que hacer, eso será lo mejor». Además, tenía que desayunar de una vez. Al fin y al cabo, un hombre es solo un hombre.

Cuando llegó a casa encontró una nota en el buzón: «He vuelto de la guerra. Traigo recuerdos de Günter. No puedo quedarme mucho. He de volver a desaparecer. ¿Qué tal la pata de palo? ¿Le importa si vuelvo a pasarme? Necesito suerte. Ahora más que nunca. Max Schulz».

¡Max Schulz! El de los ojos de rana. ¡El de la nariz aguileña, los labios gruesos, la mala dentadura! ¡El que parecía judío pero no lo era! «¡Ya caigo! —pensó la señora Holle—. Ahora ya sabes quién es. ¡Pero si es Max! ¿Cómo no se te ha ocurrido antes? ¡Naturalmente! El campo de concentración de Laubwalde. En la Polonia ocupada por los alemanes. Allí donde Günter prestaba servicio. Y Max Schulz. ¿No fue en 1943? Entonces te visitó Günter. Y trajo consigo al tal Max Schulz». Y recordó el diálogo:

—Este es Max Schulz —presentó Günter—. Parece judío, pero no lo es.

Y Max Schulz se rio y dijo:

—¡No!, no lo soy.

Y Günter dijo:

—¡Por fin!, de nuevo en la patria.

Y Max Schulz dijo:

—Sí, Günter.

Y Günter añadió:

—Estarás cómodo con nosotros, Max. Y hay una buena vista desde el quinto piso. Aireado en verano. Cálido en invierno. Y cuando en invierno la señora Holle sacude los cubrecamas de plumas, nieva en nuestra hermosa ciudad alemana.

Y Max Schulz se rio y dijo:

—Sí, eso está bien.

Y Günter dijo:

—Sí.

Y Max Schulz dijo:

—Sí.

Y Günter dijo:

—Max, cuando termine la guerra, recuérdalo, en casa de la señora Holle siempre tendrás un hogar.

6

Willi Holzhammer estaba reparando su vieja bicicleta. Su madre no soportaba el martilleo y tampoco quería tener el salón hecho una pocilga, así que Willi Holzhammer había sacado la bicicleta al aire libre, aunque bien mirado el salón sin tejado también se encontraba al aire libre, pero eso era otra cosa. Había sacado, pues, la bicicleta al aire libre, delante de la puerta de la casa, la había desmontado y vuelto a armar. Ahora los frenos funcionaban, y también la dinamo y ambos faros, acababa de engrasar la cadena, y el guardabarros delantero estaba fijo de nuevo. Solo le quedaba por arreglar la rueda trasera. Fue toda una suerte que salvara de las bombas la caja de las herramientas y de los parches. Incluso contenía papel de lija, guías de protección, goma líquida y parches redondos y cuadrados.

A primera hora de la mañana, el cielo había estado muy nublado; parecía como si las ruinas de la calle Nietzsche fueran a recibir un

baño, pero luego las nubes se disiparon y el sol de la mañana atrapó la calle en su resplandeciente red.

Willi Holzhammer trabajaba con vehemencia. Si la rueda estaba lista antes de mediodía, podría ir a Solendorf a ver a su amigo Rudi Schalke, cuyo padre era agricultor. Allí siempre había algo bueno de comer. Willi se había quitado la camiseta de deporte, empezaba a ponerse moreno, silbaba para sí, echaba un cigarrillo de cuando en cuando.

Hacía aproximadamente una hora que Willi había visto salir de la casa a la señora Holle, cojeando a toda prisa, en dirección a la plaza Adolf Hitler. No le había saludado. Luego había vuelto, con el rostro algo desencajado, le saludó de pasada con la cabeza y había desaparecido en su casa.

Ahora volvía a aparecer la señora Holle. Llevaba un cubo de agua en la mano derecha, lo bamboleaba, le guiñó un ojo, pero esta vez se detuvo. Willi se dio cuenta de que tenía el rostro extrañamente enrojecido.

—¿Va a la bomba de la calle Fleischer? —le preguntó Willi.

La señora Holle asintió.

—¿Qué pasó esta mañana? —preguntó Willi.

—No pasó nada en absoluto —respondió la señora Holle—. ¿Qué iba a pasar?

—Vi al comandante —dijo Willi—. Un tipo raro.

La señora Holle estuvo a punto de decir: «Era un tipo raro», pero se le ocurrió que era imposible que Willi pudiera ver por el agujero la estufa de hierro, tras la cual se encontraba el muerto, por lo que se limitó a decir:

—Sí, un tipo raro.

—Ha dormido mucho —dijo Willi.

—Bebió demasiado —dijo la señora Holle—. A la gente como nosotros no nos gusta el *whisky*.

—Sí —dijo Willi—, al menos no tanto. ¿Ya se ha ido?

—Sí, se fue —dijo la señora Holle—. Se marchó a hurtadillas. Probablemente tenía miedo.

Willi sonrió irónico y le echó el humo a la cara. Dijo:

—La Norma de No Fraternización.

—Algo así.

La señora Holle se estiró el vestido, se quedó mirando fijamente la bicicleta durante un buen rato, en silencio, luego le explicó brevemente que había recibido una nota —del tipo de los ojos de rana— y que le traía recuerdos de su Günter. Entonces se marchó cojeando, bamboleando el cubo vacío, hacia la gran bomba de la calle Fleischer.

Cuando la señora Holle hubo desaparecido, apareció el hombre de los ojos de rana. Willi Holzhammer no lo vio hasta que no estuvo ante su bicicleta; el traje arrugado, macilento, ojos de rana, con un viejo saco a la espalda.

—Vaya —dijo Max Schulz—. ¡Aquí estamos otra vez!

—¿Qué saco raro es ese? —preguntó Willi Holzhammer—. Ayer no lo tenía.

—Lo había escondido —repuso Max Schulz—, entre las ruinas.

—¿Qué hay dentro?

—Y a ti qué coño te importa —dijo Max Schulz.

—Trastos viejos, ¿no? —sonrió Willi con ironía.

—No es asunto tuyo —respondió Max Schulz.

Max Schulz se acercó a la ventana del sótano, arrastrando los pies, para ver si la señora Holle estaba en casa, pero las cortinas estaban echadas y no pudo ver nada.

—Ha ido a la bomba —le dijo Willi a Max Schulz—, y tiene las cortinas echadas, no sé por qué.

—Ya veo —dijo Max Schulz—, no importa. Puedo esperar aquí hasta que vuelva.

Max Schulz se sentó en el umbral de la puerta, sujetó el viejo saco entre las piernas, sacó un Camel del bolsillo y lo encendió. Willi apoyó la bicicleta contra la pared, cerró la tapa de la caja de herramientas y de parches, la colocó junto a la bicicleta empujándola con el pie y se sentó al lado de Max Schulz.

—¿Quiere que cambiemos uno? ¿Un Philip Morris por un Camel?

—Vale —dijo Max Schulz—. Por qué no. La misma mierda perfumada.

—La señora Holle me ha contado que le trae recuerdos de Günter. ¿Es cierto?

Max Schulz entornó sus ojos de rana y rio.

—Era solo una broma pesada, lo de los recuerdos. En realidad, Günter está muerto.

—No lo creo —dijo Willi Holzhammer.

—Es cierto —confirmó Max Schulz—. Puedes creerlo, en serio. Más muerto que una piedra. Lo trincaron los partisanos.

—¿Y cómo fue? —preguntó Willi.

—¡Así de simple! —repuso Max Schulz—. Así fue.

—Vaya —dijo Willi—. La señora Holle se va a llevar un buen susto.

—Sí —dijo Max Schulz.

—¿Y cómo fue? —quiso saber Willi Holzhammer—; eso de «¡así de simple!», quiero decir.

—Le saltaron la tapa de los sesos —dijo Max Schulz—. Y le faltaba el rabo. Se lo cortaron los partisanos. Aquella vez, en aquel bosque polaco cubierto de nieve.

—¿Así de simple? —dijo Willi.

—Así de simple, sí.

Vieron aparecer a la señora Holle que doblaba la esquina de la calle, el cubo de agua en la mano derecha, saludando con la izquierda. Max Schulz saludó también y rio.

—¿Usted también estaba en las SS? —preguntó Willi.

—No, yo no —mintió Max Schulz—. Yo estaba en el ejército. Y cuando nos retirábamos, atravesando Polonia, nos topamos con la unidad de Günter Holle. O mejor dicho, su unidad se topó con la nuestra. Lo conocía de antes. Un poco.

—Ajá —dijo Willi Holzhammer.

—Sí, así fue —dijo Max Schulz.

7

Mientras la señora Holle hacía la cama con nerviosa premura, como si se sintiera avergonzada ante Max Schulz, y se dirigía luego cojeando hacia la mesa de la cocina, limpiándola perfectamente, con agitación…, Max Schulz permanecía sentado en silencio en el cajón del carbón, a la derecha de la estufa de hierro. Había dejado el saco cerca de la puerta, se había quitado la chaqueta sudada y la había colocado descuidadamente sobre el saco. ¿Por qué había echado las cortinas la señora Holle? Sus ojos tardaron un tiempo en acostumbrarse a la penumbra del sótano. «Una gran cama de latón —pensó Max Schulz—, una cama en la que duerme una mujer entrada en años, una cama solitaria, y una mesa de cocina, un cajón con una vela para leer, dos desvencijadas sillas en el lado más largo de la mesa, dos ventanas bajas…; en un rincón, un viejo ropero y un espejo de pared desazogado». Solo cuando Max Schulz giró la cabeza un poco, se percató del cadáver desnudo tras la estufa de hierro. Max Schulz no se sobresaltó. Solo se rascó, se rascó el culo. «Ya no me pica —pensó—, eso era antes».

Max Schulz trató de explicar a la señora Holle que «lo de los recuerdos de Günter» solo había sido una broma pesada, que Günter estaba muerto —es decir, ¡muerto!—, más aún, más muerto que una piedra, yacía sin la tapa de los sesos, sin el rabo, en un bosque polaco, no mejor que una piedra, por más que una piedra no tenía ni la tapa de los sesos ni tampoco rabo, pero sin duda, sin ninguna duda, ¡más muerto que una piedra!

La señora Holle no pareció captarlo de inmediato. Cuando finalmente lo captó, no se echó a llorar de inmediato. Primero abrió los ojos, es más, los abrió como dos platos. Y solo entonces comenzó a llorar.

Max Schulz consultó su reloj de pulsera. Cuando la señora Holle empezó a llorar eran exactamente las 10 horas, 12 minutos y 33 segundos. Y cuando por fin se calmó, eran las 12 horas, 12 minutos y 34 segundos.

La señora Holle estaba tendida en la cama. Max Schulz había esperado durante todo ese tiempo sentado en el cajón del carbón, había contado los segundos, con la mirada perdida. Entonces Max Schulz se levantó, se fue hacia la cama arrastrando los pies, se sentó junto a la señora Holle en el borde de la cama, estaba allí sentado, rígido, sonriendo burlón; y de repente dijo:

—Bien, ¡ahora ya basta! Dos horas y un segundo llorando por un tipo así ¡es ridículo!

—¿Por qué es ridículo? —quiso saber la señora Holle.

—Porque él era diez años más joven que usted —repuso Max Schulz—. Y porque él tenía a otra. Veinte años más joven que Günter. Y eso son treinta años.

—¿Qué son treinta años? —preguntó la señora Holle.

—La diferencia de edad entre usted y la otra —dijo Max Schulz.

—Ah, eso —dijo la señora Holle.

—De todas formas, Günter no habría vuelto.

—Ah —dijo la señora Holle—. Así que es eso.

Max Schulz asintió, sonrió con ironía, sacó un Camel, miró fijamente a la señora Holle con sus enormes y claros ojos de rana, parpadeó, pensó en copos de nieve, pensó en pechos caídos, pechos que llegaban hasta la barriga, imaginó tales y similares pechos bajo el vestido cerrado de la señora Holle, contempló pensativo la pata de palo, luego la pared larga, se percató también del gran clavo doblado, a los pies de la cama de latón, el clavo de la pared larga.

—¿Es para un cuadro?

—¿El clavo grande?

—Sí, ese.

—Es para mi pata de palo — dijo la señora Holle—. Para cuando me molesta, sobre todo en la cama y sobre todo por la noche, entonces la cuelgo del gran clavo.

—Un buen clavo —observó Max Schulz.
—¿Quiere que la cuelgue? —preguntó la señora Holle.
—Por mí… —dijo Max Schulz.

Algo más tarde, la señora Holle dijo:
—¿Ve el agujero del techo, justo encima de la cama? Por ahí me mira a veces Willi.
—Pero si ahora está delante de la puerta de la casa —dijo Max Schulz—, sigue reparando su bicicleta, ahí fuera.
Y la señora Holle dijo:
—Ya.
Y Max Schulz dijo:
—Ahora no puede mirar.
Y la señora Holle dijo:
—Ya. —Y soltó una risita ahogada.

Durante los intermedios amorosos, la señora Holle le contó que el cadáver de detrás de la estufa de hierro era un excomandante americano. Y que le había echado siete polvos con cincuenta y nueve años. Y había muerto de un ataque al corazón.
—Debemos informar a las autoridades de inmediato —dijo la señora Holle—. ¡No puede quedarse ahí tumbado!
—Claro que puede —dijo Max Schulz—, y al mismo tiempo no puede. En todo caso…, ¡de eso ni hablar!
—¿Ni hablar de qué?
—De… las autoridades.
—¿Por qué?
—Porque las autoridades me buscan.
—¡Ah, vaya! —exclamó la señora Holle.
—Sí —dijo Max Schulz.
—¿Y entonces qué hacemos?
—Me lo llevaré de aquí. Cuando caiga la noche.

—Buena idea —dijo la señora Holle.

—Solo tenemos que envolverlo en algo —dijo Max Schulz—. Lo mejor será meterlo en un saco.

—¡Usted tiene un saco! ¿No podría vaciarlo? Seguro que dentro solo hay trastos viejos.

—No puedo vaciarlo —dijo Max Schulz.

—Entonces, ¿qué tiene el saco? ¿Qué hay dentro?

—Eso no es asunto suyo —le espetó Max Schulz.

—Vestiremos al muerto —dijo Max Schulz—. Detrás de la estufa de hierro he visto un rollo de papel de embalar. Lo envolveré con él. Y luego, aprovechando la oscuridad, lo llevaré hasta la plaza Adolf Hitler. Allí hay bancos. Sentaré al comandante en un banco. Y mañana, sí, mañana, aparecerá en los periódicos: «Comandante americano fallece de un ataque al corazón en el banco de un parque. En la plaza Adolf Hitler. En las proximidades del demolido monumento al Führer. ¿Se asustó tal vez el comandante? ¿Un fantasma? ¿Pide el nacionalsocialismo nuevas víctimas? ¿Cuándo acabará todo?».

—Dios mío —dijo la señora Holle—. ¡Es usted un tipo raro! ¡Si el Führer se enterara! ¡Bajaría de los cielos espantado!

—No puedo quedarme mucho aquí —dijo Max Schulz—. He estado buscando a Slavitzki y a mi madre. Pero han huido de los rusos. Paradero desconocido. Por eso he venido aquí. Pero no puedo quedarme mucho. Debo desaparecer. Como sea y donde sea. Sudamérica tal vez. O tal vez no. Y otro nombre. Otra identidad.

—¿Qué es eso, otra identidad?

—Cuando uno se convierte en otro —dijo Max Schulz.

—¿Como un mago? —dijo la señora Holle.

—Parecido —dijo Max Schulz.

—Günter me lo contó todo…, cómo vosotros en Laubwalde…, en ese campo de concentración o como se llame…, en ese Laubwalde…, cómo matabais a la gente allí…, doscientos mil, dijo…, doscientos mil judíos…, eso me dijo.

—No debería habérselo contado. Estaba totalmente prohibido…, todos teníamos obligación de guardar silencio…, también Günter. Nos lo habían advertido: «¡El más absoluto secreto!».

—Pero yo era la mujer de Günter…

—Nadie debía saberlo…, nos dijeron: «Ni siquiera vuestras mujeres e hijos. ¡Nadie!».

—Entonces, ¿estaba prohibido asesinar?

—No —respondió Max Schulz—. No estaba prohibido. Propagar rumores falsos…, solo eso estaba prohibido.

—Pero no eran falsos, ¿no?

—Cierre el pico de una vez —dijo Max Schulz—. Así fue. Yo no puedo cambiarlo.

—Günter… —dijo la señora Holle— era todo un hombre.

—Sí —afirmó Max Schulz.

—Y Günter siempre decía: «Ese Max Schulz. También es todo un hombre».

—Eso era antes —dijo Max Schulz.

—Todo, me lo contó todo… mi Günter…, hasta lo de las grandes fosas… y cómo los prisioneros caían dentro…, uno sobre otro…, «y ese Max Schulz —me decía Günter—, ese Max Schulz… solía sentarse al borde de la gran fosa… con el arma en las rodillas… y una colilla en los labios…, casi siempre ladeada…, pegada al labio… —eso me decía Günter—, y sonreía burlón…, ese Max Schulz…, siempre sonreía burlón. Disparaba a la gente sonriendo».

Max Schulz asintió. Sacó otro Camel, lo encendió, acarició el muñón de la mujer entrada en años, acarició el velludo triángulo gris, lo toqueteó un poco, se rascó, se rascó el culo, volvió a pensar: «Ya no me pica…, eso era antes».

—Teníamos distintos métodos —explicó Max Schulz—. A veces disparábamos a los prisioneros de pie…, de pie ante la gran fosa…, de pie, en fila, mirando hacia la gran fosa y les disparábamos desde atrás. A veces nos miraban y les disparábamos de frente. De vez en cuando dejábamos que saltaran vivos a las fosas, les ordenábamos que se tumbaran y les disparábamos desde arriba. Esa era mi especialidad. De arriba abajo. Desde el borde de la fosa. Cuando uno moría, se tumbaba sobre él el siguiente. Debía hacerse deprisa. Uno tras otro.

—Maté a los primeros judíos en un cementerio…, en Polonia…, en 1939…, en un cementerio judío…, pero no eran muchos. La mayoría de las veces lo hacíamos en el cementerio… por aquel entonces…, en Polonia…, en el 39.

«Una vez condujimos a los judíos a un cementerio cristiano. Había un pequeño Jesús en una de las cruces. Llorando. Mi alférez no podía soportarlo. Y tanto si lo cree como si no…, lo derribó de la cruz de unos disparos. Pero no murió al instante. No quería morir. Y mi alférez me dijo: «¡Max Schulz! ¡Ciérrele la boca de una vez al falso santo! Usted lo hará mejor que yo». Y eso hice.

La señora Holle le apartó la mano del muñón diciendo:

—¡Basta de patrañas! ¡Usted está chiflado! No me lo creo…, lo de Jesús. Pero lo otro…, lo otro sí me lo creo.

—Y más tarde fuimos a Rusia… —prosiguió Max Schulz— con el Grupo de Asalto D, a la región del sur de Rusia. Allí atrapábamos a los judíos como a conejos. También allí había grandes fosas. Y en 1942…, sí…, entonces sufrí un leve infarto… Y me trasladaron a Laubwalde. Así fue.

—¡Laubwalde!

—Sí, Laubwalde. El campo de exterminio sin cámaras de gas.

—¿Sin cámaras de gas?

—Sin cámaras de gas.

—¿Y allí conoció a Günter?

—Sí, allí —dijo Max Schulz—. Pero eso ya lo sabe.

—Sí… —afirmó la señora Holle—, pero quisiera saberlo otra vez.

—¿Es cierto… que antes era peluquero?

—Es cierto.

—¿De los buenos?

—De los buenos.

—¿Y dónde era eso?

—En Wieshalle. Antes de la guerra.

—Entonces, de paso podría cortarme el pelo.

—Sí, podría —dijo Max Schulz—, pero no soy peluquero de señoras.

—¿De qué entonces?

—De caballeros.

—¿Y uno de esos no puede cortarle el pelo también a las señoras?

Max Schulz sonrió irónico:

—A señoras como usted… sí puedo hacerlo.

—Tengo el pelo demasiado largo… —dijo la señora Holle— y enmarañado…, y también querría teñírmelo.

—Ya veremos —dijo Max Schulz—. No llevo conmigo mis útiles… Y en el gran saco…, ahí hay otra cosa… que no tiene nada que ver con mi oficio. Pero déjeme pensar.

—Tijeras tengo yo —dijo la señora Holle—. Y un peine…, un peine también. Y algo para teñir el pelo… también tengo.

—Entonces vale… —dijo Max Schulz—, quizá mañana o pasado mañana o la próxima semana.

—O mejor hoy —dijo la señora Holle—. No olvide que una mujer es mejor en la cama si tiene un buen aspecto.

—Hoy no —dijo Max Schulz—. Hoy seguro que no.

—En Laubwalde… Ya no volví a pensar en mi profesión —dijo Max

Schulz—. Pero después…, cuando todo hubo terminado…

—Sí —dijo la señora Holle.

—Un hombre debe hacer algo —dijo Max Schulz—. Y la guerra ha terminado.

—Dedíquese al mercado negro —dijo la señora Holle—. Hoy día lo hacen todos.

—Lo intentaré —dijo Max Schulz—. Pero eso no puede hacerse siempre…, lo del mercado negro…, quizá una temporada…, pero algún día ha de terminar…

—¿Abrirá entonces una peluquería?

—Querrá decir… un salón de peluquería.

—Eso. Un salón de peluquería.

—Puede apostar la cabeza a que sí —dijo Max Schulz—. Un hombre debe hacer algo. Y la profesión de peluquero… es una profesión honrada.

—Una bonita profesión, en mi opinión —dijo la señora Holle—. Tiene algo, algo…, ¿cómo se dice?

—Algo artístico… —dijo Max Schulz—, un buen peluquero es un artista…, pero un artista que también se gana el pan… y un artista que puede alimentar a su familia.

—Pero usted no tiene familia, ¿no?

—Eso ya vendrá —dijo Max Schulz.

—Una bonita profesión —repitió la señora Holle.

—Lo de Laubwalde…, eso terminó —dijo Max Schulz—. Ahora solo se puede hacer una cosa…

—¿Y qué es? —quiso saber la señora Holle.

—Volver a echar raíces —respondió Max Schulz—. Volver a llevar una vida honrada.

—Ahora dígame qué hay en el saco.

Max Schulz titubeó. A continuación, dijo despacio, aunque no hubiera querido decirlo:

—Dientes de oro…

La señora Holle soltó un grito asustada, encogió la pierna, se incorporó a medias, se quedó mirando fijamente a Max Schulz.

—Y encima algunos trastos… —añadió Max Schulz— y alimentos…, encima…, y un diario… y un libro de oraciones…, también eso.

—¿Un libro de oraciones? ¿Un diario?

—Sí.

—¿Y debajo?

—Dientes de oro —repitió Max Schulz.

—Dientes de oro —murmuró la señora Holle.

—Sí —dijo Max Schulz.

—¿Y qué va a hacer con esos dientes? —preguntó la señora Holle.

—Comenzar una nueva vida —repuso Max Schulz.

8

Poco después de las tres, Max Schulz sintió apetito. También la señora Holle tenía un hambre canina.

Max Schulz la ayudó a encender el fuego, partió tarugos de madera, limpió la estufa, halló una caja de cartón en el cajón del carbón, la llenó de cenizas y restos de carbón, salió, la vació detrás de la casa, entre las ruinas, permaneció un rato allí, meó, miró hacia lo alto, al sol, calculó cuánto faltaría para que oscureciera, se preguntó si el cadáver que habría de llevar no sería demasiado pesado. «Probablemente no —pensó—. Deberías darte un baño; apestas como un puerco».

De vuelta en la habitación, le dijo a la señora Holle:

—Llevo más de cuatro meses en camino. Me he lavado de vez en cuando, pero no me he dado un baño en condiciones.

—La madre de Willi tiene una bañera —dijo la señora Holle—. Podría pedírsela prestada.

—Sí, hágalo —repuso Max Schulz.

—Solo que el agua… —dijo la señora Holle—, tendrá que ir a buscarla usted mismo. En la calle Fleischer hay una gran bomba.

Max Schulz asintió. Abrió el saco con cuidado, sacó un enorme salchichón, huevos cocidos, una hogaza de pan, se lo dio todo a la señora Holle, cerró de nuevo el saco, dijo:

—Bien…, con esto y con las latas de carne…, será todo un banquete. Hasta tenemos *whisky*.

Mientras la señora Holle preparaba la comida, ponía la mesa, iba a buscar la bañera, se peinaba a escondidas entre tanto, se rascaba la pata de palo, soltaba risillas furtivas…, Max Schulz fue a buscar agua a la gran bomba de la calle Fleischer. Hizo varios viajes, trajo varios cubos, llenó los pucheros de la señora Holle, después llenó la bañera redonda, se desvistió y se metió en el agua…

La señora Holle le enjabonó la espalda con jabón de piedra y dijo:

—Venga…, póngase en pie.

Max Schulz se puso en pie, chorreando, envuelto en vapor, dejó que la señora Holle le enjabonara también la barriga y las piernas y dijo:

—Si le parece, también el culo y esa enorme cosa.

La señora Holle dijo:

—No es tan grande. Es normal. —Y preguntó—: Entonces, ¿qué pasa con los dientes de oro? ¿Me dará alguno?

—Le daré alguno —dijo Max Schulz—, pero primero tendré que venderlos. No la voy a dejar sin dinero.

—Y cuando desaparezca —preguntó la señora Holle—, ¿me llevará con usted? Podría cocinar para usted…, podría cuidar de usted…, y tampoco soy tan mala en la cama…, ¿no? No soy exigente…, no supondré una carga para usted…, y si alguna vez encuentra una más joven…, lo entenderé… y no le diré nada…, pero no quiero quedarme sola… podrá hacer conmigo lo que quiera.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Max Schulz.

—También podrá pegarme.

—¿Y hará el perrito? —preguntó Max Schulz.

—También haré el perrito —repuso la señora Holle.

—¿Y cómo piensa hacerlo… con una pierna?

—Eso déjelo de mi cuenta —respondió la señora Holle.

—No debería haberle contado a Willi que le traía recuerdos de Günter. Me preguntó si yo también era de las SS.

—¿Y qué le dijo?

—Que estaba en el ejército. Que me había encontrado a Günter por casualidad… en un bosque polaco…, que lo conocía un poco… de antes.

—Pero no le he contado a Willi nada de usted.

—Bien —dijo Max Schulz—. Y si vuelve a preguntarle, lo dicho: solo era del ejército.

—Vale —dijo la señora Holle.

La señora Holle también se dio un baño caliente… en el agua mugrienta de Max Schulz. Le divertía bañarse en su agua. Dejó que Max Schulz la enjabonara, lo miró con ojos tiernos, lo miró largo y tendido, pero evitó sus ojos…, había algo en ellos que la inquietaba…, no eran los ojos de un hombre…, eran ojos de rana.

A continuación, ambos comieron con avidez, saboreando cada bocado, bebieron *whisky*, hablaron de tonterías, también hablaron de cosas serias, hablaron sobre todo de una nueva vida.

—¿Y qué pasó con los seis millones de judíos? —preguntó la señora Holle—. Viene en el periódico. Me lo ha dicho Willi. Seguro que son todo mentiras.

—No lo sé —dijo Max Schulz.

—Seguro que solo fueron dos millones —dijo la señora Holle.

—No lo sé —dijo Max Schulz.

—O tres o cuatro. Tal vez incluso cinco. ¡Pero seguro que seis no!

—No lo sé —dijo Max Schulz.

—¿Usted cree… que pudieron ser seis?

—Tal vez —respondió Max Schulz—. Es posible. No los he contado.

Max Schulz había comido demasiado deprisa y ahora le dolía la barriga.

—¿Dónde está el retrete?

—Lo destruyeron las bombas —dijo la señora Holle—. Yo siempre voy detrás de la casa.

—Entonces iré detrás de la casa —dijo Max Schulz.

Max Schulz salió arrastrando los pies… Y cuando regresó al cabo de un rato, le dijo a la señora Holle:

—Bien. Ahora Max Schulz se echará una siestecita.

—Acuestese tranquilo —dijo la señora Holle—. Mientras tanto, yo fregaré y luego subiré al piso de arriba a devolver la bañera. Usted no se moleste.

—No he pegado ojo en toda la noche —dijo Max Schulz—, pasé la noche en la calle Mozart… entre las ruinas…, tenía miedo de que me birlaran los dientes.

—Claro —dijo la señora Holle—. Acuéstese tranquilo. Yo le despertaré cuando sea hora de llevarse el cadáver.

9

Max Schulz roncaba como una sierra… Y cuando se despertó, se levantó, arrastró los pies hasta la ventana, descorrió la manta, vio que las ruinas de enfrente estaban en llamas. Fue una ilusión óptica. Era la puesta de sol. Puede que el mundo tuviera ese aspecto… el último día.

«Lástima —pensó Max Schulz—, lástima que solo pueda verse desde abajo… y no desde arriba…, pero esto es un maldito sótano».

«¿Sabes? —le había dicho una vez su padrastro Slavitzki a su madre—, ¿sabes, Minna…?, cuando seamos ricos, nos iremos del sótano. Un sótano, Minna, no es lugar para un peluquero. Lo es para un maldito zapatero. Seguro que le gusta mirar por la ventana.

Contará los zapatos de la gente que pasa por delante. Mirará los tacones y las suelas con y sin agujeros… Pero no es lugar para un peluquero. Un peluquero, Minna, debería vivir al nivel de la calle».

Vistieron al muerto. La señora Holle le ayudó.

—¿Cree usted que Willi sabe algo del muerto? —preguntó Max Schulz.

—Cree… que el comandante hace tiempo que puso pies en polvorosa.

—¿Y qué hay del agujero del techo?

—Tan lejos no alcanza a ver…, quiero decir…, hasta aquí, hasta la estufa.

—Entonces todo va bien —dijo Max Schulz.

Apoyaron al comandante, ya vestido, en la pared larga, no muy lejos de los pies de la gran cama de latón.

—Por el calor de la estufa —dijo Max Schulz—. Mejor será alejarlo de la estufa. Encenderé el fuego de nuevo.

—¿Ya tiene hambre otra vez?

—Sí —asintió Max Schulz.

—¿Sabe? —dijo Max Schulz cuando fuera ya se había hecho de noche—, lo he estado pensando.

—¿Qué ha estado pensando?

—Lo… del muerto. Demasiado llamativo. Especialmente ahora por la noche.

—No querrá sacarlo a la luz del día, ¿no?

—No —repuso Max Schulz—. Eso tampoco. Lo mejor será poco antes de que amanezca. Al alba, cuando la gente va a trabajar. Es cuando resulta menos llamativo ver a un hombre con un bulto a la espalda.

—¿Mañana temprano, pues?

—Sí —dijo Max Schulz.

—Entonces no hace falta que lo envolvamos ahora.

—Hay tiempo. El rollo de papel no va a escapar.

—Bien —dijo la señora Holle.

—Si por casualidad tiene una cuerda —dijo Max Schulz—, démela ahora, para que mañana por la mañana no perdamos mucho tiempo buscándola.

—Sí, tengo una cuerda —dijo la señora Holle—, pero ¿para qué quiere atarlo?

—Por si el viento sopla fuerte —repuso Max Schulz—, para que no se vuele el papel de embalar.

—Ah, bien —dijo la señora Holle.

Max Schulz volvió a partir tarugos de madera, vació la estufa, llevó la caja de cartón con los restos de carbón y las cenizas detrás de la casa, meó en la oscuridad, apuntó a cualquier sitio, a los escombros y los restos del muro, miró al cielo, buscó la Osa Mayor, no fue capaz de encontrarla, pero vio la Vía Láctea y deseó estar muy lejos…

—El 19 de enero de 1945, la guerra terminó para nosotros dos —dijo Max Schulz—, terminó para mí y también para Günter. Günter yacía muerto en aquel sendero nevado del bosque…, en el maldito bosque polaco… Y yo… Yo corría como si el padrecito Stalin en persona estuviera pisándome los talones…, corría hacia cualquier parte, hacia el interior del bosque…; deseaba que me tragara la tierra…

La señora Holle masticaba a dos carrillos. Había recalentado los restos de salchichón y los huevos, abierto otras dos latas de carne, asado la carne…, un poco más de lo debido…, casi carbonizado…, cosa que al parecer no molestó a Max Schulz, ya que Max Schulz no parecía darse cuenta en absoluto de lo que se llevaba a la boca. Se había pasado todo el tiempo mirando la ventana.

—¿Y cómo era el bosque? —preguntó la señora Holle.

—Un bosque polaco —dijo Max Schulz.

—¿Y a qué se parece un bosque polaco? —quiso saber la señora Holle.

—Se parece a un bosque polaco —dijo Max Schulz—. A eso se

parece.

—Cuénteme lo que pasó… aquel día, cuando terminó la guerra.

Aún no había terminado —dijo Max Schulz—. Solo había terminado para mí. Y para Günter. También para los otros miembros de las SS de Laubwalde. También para los prisioneros. ¡Allí!

—Muy bien, ¡cuéntemelo!

—Más tarde —dijo Max Schulz—. Se lo contaré todo más tarde.

—¿Y más aún?

—Y más aún —dijo Schulz.

Los dos estaban algo bebidos, habían vaciado una botella de *whisky*, brindaron a la salud del comandante, hicieron manitas por encima de la mesa de la cocina…

El comandante los miraba fijamente, con los ojos abiertos como platos, sentado en silencio contra la larga pared, a los pies de la cama de latón.

—Habría que cerrarle los ojos —dijo la señora Holle—. No puedo soportarlo. ¡Su mirada! ¡Como si aún quisiera un octavo polvo!

—Nunca les cerrábamos los ojos a los muertos… —dijo Max Schulz —, nunca lo hacíamos. Además, el comandante ya lleva muerto bastante tiempo. Ya no será posible.

Max Schulz se puso en pie y se acercó al muerto haciendo eses, se limitó a contemplar sus ojos, abiertos como platos, sin tocarlo. Volvió haciendo eses a la mesa, se sentó en la silla, frente a la señora Holle.

—¿Y cómo fue lo del bosque polaco? —preguntó la señora Holle.

—Sí…, cómo fue en realidad… —dijo Max Schulz. Max Schulz apoyó la cabeza pesadamente en los brazos, parecía adormilado, luego alzó los ojos de rana, miró a la señora Holle, escuchó atentamente los ruidos…, los ruidos de la calle, los de la planta baja sobre el sótano…; alzó de nuevo la cabeza, se llevó la botella a la boca, solo se humedeció los labios, pareció despertar de repente, dijo—: Sí…, cómo fue en realidad…

—Sí…, cómo fue… —dijo la señora Holle.

Se inclinó hacia delante, curiosa, de repente tuvo miedo de sus

ojos de rana, se reclinó de nuevo, se hurgó en la nariz con circunspección, contempló a Max Schulz, sintió que el miedo desaparecía, pensó: «Bah…, eso era antes… Ya no hace daño a nadie…, no son más que ojos de rana…, eran peligrosos…, pero ahora ya no…, con gusto le echaría otro buen polvo…, quizá más tarde…, eso sí que lo hace bien… Y en el sótano resulta tan íntimo… Y la luz de la vela…, tan íntima…, aunque también un poco estremecedora…, pero me gusta…, y el muerto tiene los ojos abiertos…, pero ya no me molesta…, y me gustaría saber cómo son los dientes de oro… si me dejara echar un vistazo…, y resulta tan íntimo…, y estoy tan satisfecha…, y me siento tan bien…».

—Sí… Y así fue —dijo Max Schulz—. El día anterior. En Laubwalde. De repente me entró dolor de barriga. Y le dije a mi alférez: «¡Mi alférez! Con el debido respeto, le comunico que no puedo matar a los prisioneros. Me duele la barriga».

Y mi alférez respondió: «Entonces haga el favor de ir a cagar. ¡Pero deprisa!».

Y yo dije: «Eso ya lo he hecho. Pero no sirve de nada».

Y mi alférez dijo: «¿Qué es lo que pasa, Max Schulz?».

Y yo dije: «¡Que Varsovia ha caído!».

Max Schulz le dirigió una elocuente sonrisa irónica a la señora Holle, agarró la botella de *whisky*, pero no bebió, volvió a dejar la botella en la mesa, se percató de que tenía algo pegado en el labio inferior…, frío…, muerto…, ladeado…, una colilla…, la tomó entre los dedos, la desmenuzó despreocupadamente, se humedeció los labios…

—Varsovia había caído. Los rusos estaban ante Cracovia, Lodz y Tilsit… Y a unos veinte kilómetros del campo de concentración de Laubwalde. En el campo reinaba el desorden. Las SS se marchaba. Éramos 112 hombres. Y cada uno de nosotros estaba obsesionado con una única idea: ¡largarse! ¡Antes de que llegaran los rusos! ¡Largarse! ¡A Alemania! —Max Schulz sacó un Camel, buscó las

cerillas. La señora Holle se las pasó. — Sí, así fue —dijo Max Schulz —. Había cinco camiones preparados. Debíamos irnos. Y no podíamos llevarnos a los prisioneros. Ya no quedaban muchos. Y los que quedaban debían morir.

Los prisioneros acarrearon los cajones hasta los camiones y los cargaron. No podíamos llevarnos demasiadas cosas: alimentos, munición, también un cajón con joyas y uno con los dientes de oro de los muertos, solo restos que ya no podían ser enviados al Reich por falta de tiempo. Así fue —dijo Max Schulz—. Cuando se hubo cargado el último cajón, el cajón de los dientes de oro, ocurrió una desgracia. El cajón cayó al suelo y se rompió, y los dientes de oro rodaron por el suelo.

Yo estaba junto al camión y me di perfecta cuenta, aunque me dolía la barriga. Pero apreté los dientes, mis dientes, pues era lo que habíamos aprendido.

Así sucedió. Los dientes de oro rodaron por el suelo. No pudo encontrarse otro cajón. No teníamos más. De modo que ordené a un prisionero que me procurara algunas cajas de cartón. Pero por qué le cuento esto. No es importante. Esto es exactamente lo que ocurrió. Los dientes de oro fueron recogidos, metidos en algunas cajas de cartón medianas y, por último, cargados.

Bien, pues así fue. Entonces recibí la orden de matar a los prisioneros. Lo dicho, ya no quedaban muchos. Los había contado: 89.

Los últimos supervivientes. ¿89? ¡Qué son 89 prisioneros! Puede despacharlos un solo hombre.

Pero a mí me dolía la barriga. Y me dirigí a mi alférez y se lo dije. Pero no quiso saber nada.

Max Schulz exhaló una densa nube de humo.

—Pues eso —concluyó—. Los maté con dolor de barriga y todo.

Max Schulz se quedó mirando a la señora Holle.

—Cuando abandonábamos el campo —dijo lentamente—, comenzó

a nevar. No sopló el viento durante un rato y los copos de nieve caían del cielo silenciosos, como plumas de ave. Conducíamos a través del bosque polaco en dirección a Alemania. El bosque parecía sacado de un cuento de hadas alemán, con su sereno cielo sobre los altos árboles y unos copos de nieve como plumas de aves blancas. Así debía de ser el bosque sobre el que la señora Holle sacudía los cubrecamas de plumas, la señora Holle del libro de cuentos de los Grimm…, el libro de cuentos de los Grimm…, el libro favorito de Itzig Finkelstein…, cuando Itzig Finkelstein era pequeño…, el libro de cuentos… del que me leía… Itzig Finkelstein…, el que tanto quería…, su libro de cuentos…, y que fuera un libro de cuentos alemán…

Pero entonces… entonces se levantó el viento. Y el bosque de cuento de hadas alemán se transformó, pareció desaparecer en un remolino de nieve, se transformó de nuevo en un bosque polaco. El frente estaba cerca. Agazapado detrás de nosotros, en la espesura, oculto en alguna parte, cerca, agazapado en el bosque, detrás de nosotros, como una maldita salamandra, vomitando fuego, pero no permaneció mucho tiempo agazapado, reptaba en pos de nosotros, reptaba tan deprisa como nosotros, aunque nosotros conducíamos y no reptábamos, nos envolvió en sus fuegos de artificio.

Yo me encontraba junto a Günter. En el último camión. Junto a nosotros estaba el comandante del campo Hans Müller, junto a las cajas de cartón con los dientes de oro, vigilando los dientes; parecía no confiar ya en ninguno de nosotros, estaba allí, junto a mí y junto a Günter, mirando fijamente los dientes de oro.

Estábamos muertos de frío. Envueltos por completo en nuestros capotes. Yo me agarraba a Günter. Los costados del camión eran bajos y no había techo. Estábamos cubiertos de nieve.

Le dije a Günter: «Alemania».

Y Günter dijo: «Sí. Alemania».

Y el comandante del campo Hans Müller dijo: «El frente cada vez está más cerca. Maldito remolino de nieve… Ojalá pudiéramos avanzar más deprisa. Y apuesto, caballeros, a que los muchachos nos están esperando».

«¿Qué muchachos?», quiso saber Günter.

«Los partisanos —respondió el comandante del campo Hans Müller —. Al final del bosque».

Y Günter dijo: «¿Y dónde está el final? ¿Dónde el principio? Pero si este bosque no tiene fin».

«Los partisanos —dijo el comandante del campo Hans Müller— nos estarán esperando. Mantengan los ojos bien abiertos. Tal vez ni siquiera al final del bosque. Tal vez incluso antes del final».

«Y nosotros nos dirigimos a Alemania —dije yo—. Entre el frente y los partisanos…, por el medio. Justo por el medio, ¿o no?».

«Claro que por el medio —contestó el comandante del campo Hans Müller—. ¡Y de qué manera!».

Volvía a dolerme la barriga. Esta vez no era la caída de Varsovia. Esta vez eran los partisanos. Estaban agazapados por todas partes. Yo lo sabía: ¡íbamos directos a una trampa!

No pedí permiso. Fui tambaleándome hacia la parte posterior, abrí la portezuela, me bajé los pantalones, me acuclillé, con el rostro desencajado, dejé mi congelado culo al aire, colgando, me sujeté a los costados del camión, con la cabeza entre las rodillas, ensucié el sendero del bosque… cubierto de nieve.

Cuando el comandante del campo me vio así, el rostro se le contrajo, se contagió, vino tambaleándose igualmente, hacia la parte de atrás, se bajó los pantalones aún más aprisa que yo, se acuclilló junto a mí, dijo: «¡Así solo cagan los seres inferiores! ¡Pero qué coño! ¡Nosotros sí que no!». Se quejó de dolor, dejó un rastro oscuro tras nosotros, en el sendero del bosque, cubierto de nieve, dejó su rastro junto al mío…

Los otros…, los camaradas…, no paraban de reírse…; volvieron la cabeza hacia nosotros…, cubiertos de nieve en el camión descubierto…, allí, como sardinas…, sin cubierta…, reían…, gastaban

bromas…, también Günter.

El primer camión se detuvo, de repente. También se detuvieron los demás y el nuestro. De repente. La columna de vehículos permanecía inmóvil. Había algo en el camino. Un árbol caído. Y entonces se oyó un disparo. También así, de repente. ¡Y qué disparo! Del bosque. Disparaban. Los partisanos. ¡Eran los partisanos! Tenían fusiles antiguos. ¡Pero disparaban bien! Sí, lo hacían bien.

Me agaché junto a Hans Müller, el comandante del campo. Y él se agachó junto a mí. No nos alcanzaron. Pero los otros, los que reían en el camión abierto…, sin cubierta…, dejaron de reír de golpe…, se desplomaron.

—Tendría que haber visto —dijo Max Schulz— a qué velocidad me subí los pantalones. Nunca en mi vida me había subido los pantalones con tanta velocidad. También el comandante del campo, Hans Müller. Fue incluso más rápido que yo. En menos que canta un gallo tenía los pantalones subidos, dio un salto hacia delante…, entre el montón sanguinolento de las segadas vidas de los camaradas…, agarró un fusil y escupió un disparo tras otro en dirección al bosque.

Yo hice lo mismo. Seguí su ejemplo. Sabía disparar. El dolor de barriga se había esfumado. ¡Tendría que haberlo visto!

—¿Qué tendría que haber visto? —preguntó la señora Holle.

—Cómo embrujamos el bosque —contestó Max Schulz—. Era nuestro último combate.

Y cuando hubimos disparado nuestro último cartucho, se hizo un silencio absoluto. El bosque calló. Y el frente calló. Los partisanos callaron. Hasta el viento se apaciguó, dejó de nevar.

«¡Vamos! ¡Fuera!», gritó el comandante del campo Hans Müller.

Y yo simplemente dije: «¡Venga, maldita sea!».

Arrojamos nuestros fusiles al montón de heridos y muertos. Hans

Müller, el comandante del campo, agarró una de las cajas con los dientes de oro, la levantó en volandas, la lanzó a los matorrales con un enérgico ademán. Luego bajamos de un salto, salimos corriendo y desaparecimos en el bosque.

—¿Y qué pasó con Günter? ¿Murió en el acto?

—No lo sé —repuso Max Schulz—. Günter yacía entre los otros. No volví a verlo hasta el día siguiente.

—Cuénteme eso…, cómo volvió a verlo.

—Sí —dijo Max Schulz—, más tarde.

—¿Y qué era eso del bosque? ¿Estaba realmente embrujado?

Max Schulz asintió.

—El bosque calló. Pero cuando salimos corriendo…, el bosque comenzó a reír.

—Creo que está usted loco —dijo la señora Holle—. Los bosques no ríen.

—Sí que ríen —dijo Max Schulz—. Los bosques saben reír. Incluso cobró vida. El frente volvió a bramar. Los partisanos salieron de sus escondrijos, abrieron fuego detrás de nosotros. Y las nubes se abrieron. El viento ululaba entre los árboles, lanzando nieve pura a nuestros rostros. Corríamos con los calzoncillos pegados, corríamos como seres inferiores.

Perdí de vista al comandante del campo Hans Müller. No podría decir cuánto tiempo anduve errando por el bosque. Unas horas quizá. Más tarde encontré un búnker abandonado, me deslicé en su interior y pasé allí la noche.

—¿La noche? —preguntó la señora Holle.

—Sí, la noche —repitió Max Schulz.

—Dormí unas horas, el frente me arrolló en sueños, no me di

cuenta, luego me desperté, sentí miedo, me sobresalté, me dije: «¿Qué es esto?».

Abandoné el refugio. Aún estaba oscuro como boca de lobo. Cepillé el uniforme con las manos, me cuadré, clamé al cielo.

Clamé: «¡Hágase la luz!».

Clamé: «¡Hágase la luz!».

Clamé: «¡Hágase la luz!».

Pero no pasó nada. Durante todo un año había clamado al cielo, temprano por la mañana. Y el cielo siempre había escuchado. Y ahora…, sin más ni más…, ya no servía. El cielo no escuchaba.

Encendí una cerilla y miré el reloj. Se había parado.

Al rato empezó a amanecer.

—Está usted chiflado —dijo la señora Holle—. Debí habérmelo figurado. Con usted no se sabe lo que es cierto y lo que no. ¿Y qué fue de Günter?

—Ah, sí, Günter… —dijo Max Schulz—. Volví luego, cuando había más claridad, al lugar del tiroteo. Los partisanos se habían llevado el camión. Los habían cogido a todos, menos a nosotros dos, el comandante del campo Hans Müller y yo, habían arrojado a los muertos y a los heridos del camión, yacían en el sendero, en la más absoluta confusión. Ni que decir tiene que los partisanos también habían rematado a los heridos. En resumen: en el camino nevado del bosque solo había muertos. Retiré la nieve de los rostros…, de algunos solamente…, y también de los cuerpos…; finalmente di con Günter…, Günter…, sin la tapa de los sesos y sin rabo.

—¿Qué aspecto tenía Günter… sin rabo? —preguntó la señora Holle.

—El de una mujer menstruando… —dijo Max Schulz—, con un agujero rojo entre las desnudas piernas.

—¿Desnudo? —preguntó la señora Holle.

—Sí —repuso Max Schulz—, todos estaban desnudos.

—¿Sabe a qué se parece un bosque polaco en enero? —preguntó Max Schulz—; ¿al amanecer, poco después de que salga el sol?

—No —dijo la señora Holle.

—Al cuadro del salón de los Finkelstein —dijo Max Schulz—. Tenían un gran cuadro en el salón…, un paisaje invernal…, un extraño paisaje, con un sol frío y rojo, árboles lúgubres, de cuyas ramas nudosas pendían carámbanos de hielo como afilados dientes de dragón…, y los dientes gruñían a la tierra, como si quisieran atravesarla con sus lanzas…, y todo eso y mucho más envuelto en una mortaja blanca y entretejido con un extraño velo gris. En el cuadro de los Finkelstein solo faltaban los muertos, desnudos sobre el sendero.

—¿Quiénes eran los Finkelstein? —quiso saber la señora Holle.

—Los Finkelstein eran los Finkelstein —dijo Max Schulz—. ¿Quiénes iban a ser si no?

Así que yo estaba allí…, en el maldito bosque polaco, en el sendero del bosque, junto a los muertos, y pensé: «Dios, Max…, ¿y ahora cómo vas a llegar a Alemania?».

Me habría gustado echarme a llorar, pero pensé que las lágrimas se me helarían en las pestañas…, porque en Polonia hace frío en enero, tanto frío que la saliva se helaba si uno abría la boca demasiado.

—Entonces lo mejor es cerrar el pico —observó la señora Holle.

—No me quedó más remedio —dijo Max Schulz—. Así que estaba allí, en el sendero del bosque, mirando a los muertos, muriéndome de frío, sin haber dormido apenas, los dientes castañeteando, hambriento…

Naturalmente, los partisanos se lo habían llevado todo…, también los alimentos. Sabía que no sobreviviría sin comida ni cobijo. Tenía que guarecerme en algún sitio, en algún sitio donde hubiera cerillas, puesto que había consumido las últimas, donde pudiera encender fuego, donde hubiera algo de comer. También tenía que procurarme ropas de civil, deshacerme del uniforme y, me dije, tratar de atravesar las líneas rusas hacia el oeste…, hasta Alemania. Nadie

debía saber quién era. Con nosotros, los juicios eran cortos. Con nosotros…, los de las SS. Así era, sí.

Antes de continuar mi camino, busqué los dientes de oro entre los matorrales. Aún estaban allí. La caja estaba cubierta de nieve. Retiré la nieve y el hielo, me la eché a la espalda, seguí el sendero, giré a la derecha y desaparecí nuevamente entre los altos árboles helados, pues era más seguro. Después de caminar un rato me detuve, descargué la caja con los dientes de oro, la enterré en la nieve con las manos. Hice una marca con mi navaja en los árboles que se hallaban en torno al lugar.

Sabía que el comandante del campo, Hans Müller, andaba errando por el bosque igual que yo, y de algún modo me alegraba de haberlo perdido de vista. No cabía duda de que Hans Müller volvería al lugar del suceso del día anterior para buscar los dientes de oro. Me dije: «Es mejor que tengas tú los dientes y no él. Cuando llegue el momento oportuno, desenterrarás los dientes, antes del deshielo…, tal vez dentro de unas semanas o así, y luego continuarás tu camino… con los dientes… hasta Alemania. Y allí venderás los dientes y comenzarás una nueva vida».

El bosque estaba a rebosar de partisanos. Tenía miedo. No podían atraparme. También pensé en Günter. Y en el agujero rojo entre sus desnudas piernas. El miedo ahuyentó la sensación de hambre. Avancé por la profunda nieve y fui entrando en calor poco a poco. Al cabo de un rato, escuché ruido de motores y el triquitraque de las pesadas cadenas de los tanques. «Son las columnas de tanques de Iván… —me dije— y ahí hay una carretera…, ¡debes tener mucho cuidado! ¡Con Iván no se juega! Él… y los partisanos. No es ninguna broma. Y las columnas de tanques avanzan por Polonia. Camino de Alemania.

Volví a girar, me percaté de que estaba vagando en círculo, miré la

posición del sol, calculé cuál era la mejor manera de ir hacia el oeste, creí ir hacia el oeste…

Hacia el mediodía vi humo, vi un claro, me acerqué acechante, olfateando el aire como un animal.

Al principio solo vi un tejado…, un tejado de paja inclinado con una pequeña chimenea de adobe. Un humo negro ascendía por la chimenea, se crespaba sobre el tejado de paja, se enredaba en las copas de los árboles cercanos, diluyéndose a cada nuevo soplo del viento, elevándose hasta el cielo. Seguí con la mirada las espirales de humo, miré al cielo sin querer y me asusté. Pues el cielo sobre el tejado de paja parecía hielo. Hielo azul con un amarillo y helado sol.

—Nunca he visto hielo azul—dijo la señora Holle—. Ni tampoco un sol helado. ¡Pero siga contando!

—Sí, así fue —dijo Max Schulz—. Solo al aproximarme vi el resto de la cabaña…, quiero decir…, lo que había bajo el tejado. No gran cosa. Una cabaña de campesinos baja, de adobe, boñiga y bosta bien prensados, encalada. No vi establos. Ni tampoco granero. Una simple cabaña. Con ventanas angostas, cubiertas de hielo, ventanas con flores de escarcha.

—¿Flores de escarcha? —preguntó la señora Holle.

—Sí —dijo Max Schulz—. Flores de escarcha. Florecen solo en invierno…, sobre todo en los cristales de las ventanas… Y muy especialmente en los cristales de las ventanas de la cabaña de Veronja.

—¿Veronja?

—Sí —contestó Max Schulz—, Veronja.

Y así sucedió.

De repente se abrió una de las ventanas. Vi un rostro. El rostro de una mujercilla arrugada. Un rostro viejo, decrépito.

—¿Cómo de viejo? —preguntó la señora Holle.

—No lo sé exactamente —dijo Max Schulz—. Pero la mujercilla arrugada era ciertamente o al menos dos veces más vieja que usted.

—Dos veces 49… —calculó la señora Holle— hacen 98.

—Dos veces 59… —corrigió Max Schulz— hacen 118.

Sí, fue así.

La ventana se cerró de golpe. Durante unos momentos no se movió nada y yo pensé: «¡Mala suerte! La vieja ha visto el uniforme. ¡Seguro que tiene miedo!».

Pero entonces se abrió la puerta. Se abrió lenta, muy lentamente. Chirriando. La puerta chirriaba de un modo muy extraño.

—Como en Hansel y Gretel—dijo la señora Holle—. Me dan auténticos escalofríos.

—A mí también me dieron escalofríos —dijo Max Schulz, que prosiguió—: De repente, allí estaba, en el umbral de la puerta. Una mujer decrépita. Una mujer que reía burlona, de un modo extraño. Nunca había oído una risa similar.

—¿Cómo era? —preguntó la señora Holle.

—Reía como un ogro —respondió Max Schulz—. Pensé sin querer en un gigantesco puchero en el que flotaba mi culo… color de rosa…, listo para ser trinchado…, vi mis ojos de rana desprendidos, flotando en el caldo. Y mis ojos vieron su rostro, el rostro burlón de una mujercilla arrugada… inclinada sobre el puchero.

—Seguro que se largó de allí al instante… —dijo la señora Holle.

Max Schulz negó con la cabeza.

—¡Al contrario! ¿Adónde iba a ir? Tenía hambre y frío. Y en el bosque acechaban los partisanos. Los tanques del Ejército Rojo no andaban muy lejos de allí, camino de Alemania. Yo era de las SS… y, además, de los que habían hecho el trabajo sucio para los forjadores del Nuevo Orden…, ese era yo…, Max Schulz…, un genocida…, uno que se había dado a la fuga…, y peor aún, tras las líneas enemigas. Los tipos del bosque y los que iban en los tanques… y todos los demás que los seguían…, de un modo u otro, o solo con la vista o solo con el pensamiento…, los que quedaban tras los carros y les deseaban suerte…, los del otro lado…, todos me buscaban a mí, a mí, Max Schulz, el genocida…, ansiaban mi cabeza. Y seguramente, así lo creí entonces, también mi rabo, para cercenarlo…, como habían hecho con Günter…, y con los otros que yacían allí…, junto a Günter…, para destronarme… incluso después de muerto.

Vi a la vieja. Y vi a Günter. Tal como lo había visto por última vez. Me flaquearon las piernas de miedo. Y entonces me dije: «Aquí me quedo, no puedo hacer otra cosa».

Seguí a la vieja, entré en la casa. Farfullé algo en polaco…, algunas palabras que había aprendido. Pero la vieja se limitó a reír y dijo: «Yo también hablo alemán».

El interior de la cabaña constaba de dos estancias y una buhardilla. La vieja me guiaba. Primero entramos en la gran cocina, una especie de cocina-comedor con sillas y banquetas de construcción basta, una mesa cuadrada, un gran banco, un fogón oxidado y un hogar con un banco junto a él. Bajo una de las ventanas había un gran arcón negro que parecía un ataúd… y de las largas paredes colgaban todo tipo de tallas de madera y de tapices extraños. Entre el fogón y el hogar había un haz de paja. Y allí vi una cabra, una cabra diminuta, no mayor que un cordero. Mordisqueaba la paja, pero cuando pasé con la vieja junto al hogar, la cabra giró la cabeza, me miró de forma extraña, abrió la boca y soltó un berrido.

En la segunda estancia solo había una gran cama de madera con un colchón de paja. El resto estaba vacío por completo… La vieja no me enseñó la buhardilla y supuse que allí habría una especie de almiar o un trastero.

Seguro que viene de Laubwalde… —graznó la vieja—, del campo de concentración…, a siete kilómetros de aquí».

«No —dije yo—. De allí no».

«Miente —dijo la vieja—. Salta a la vista». Y la vieja se echó a reír. Sonó como el berrido de la cabra.

Sí, fue así.

En la cocina ardía un buen fuego. La vieja acercó una banqueta, me invitó a tomar asiento, me quitó las botas, también los calcetines, salió arrastrando los pies, trajo un puñado de nieve, se

agachó a mis pies, frotó mis pies desnudos, entumecidos, con la nieve, los frotó, luego les echó el aliento, graznó: «Están morados del frío…, pero no solo los pies…, también todo lo demás…, ahora quítese el uniforme… Y también la ropa interior…, todo».

Hice lo que se me indicó. Al momento me encontraba desnudo ante la cocina. La vieja trajo más nieve, me frotó de la cabeza a los pies, me masajeó concienzudamente, dijo: «Fuera se habría congelado…, ¿qué clase de sangre tiene?… ¿Es sangre de hombre acaso?… Ahora vuelve a circular…, ¡ajá!… Ahora vuelva a vestirse… Y quédese sentado junto al hogar…, haré algo de comer…, ¿tiene hambre?… ¿Cuánto tiempo lleva en el bosque?… ¿Y cuánto tiempo sin comer?».

«Desde ayer a mediodía… —dije—. Hace 24 horas».

«No es mucho tiempo —dijo la vieja—. Y eso que parece muerto de hambre. ¿Es que no resistís más que los seres inferiores?».

«No lo sé —contesté—. Nunca he sido un ser inferior».

«Claro que sí —dijo la vieja—. Ahora lo es».

La vieja tramaba algo. Pero yo no sabía qué. Quizá quería rebanarme el pescuezo durante la noche. Aquella misma noche. O tal vez otra noche. En todo caso, ¡estaba seguro de que quería matarme! La vieja me invitó a comer. Sabía bien. *Borscht*, una sopa de remolacha, con patatas y pan moreno. La vieja comió poco. En realidad, solo me miraba y parecía decir con sus ojillos acuosos: «¡Estás delgado! ¡Tendré que cebarte un poco!».

Empezamos a tutearnos rápidamente. «Pareces judío —dijo ella mientras yo masticaba con la boca llena de patatas, pan y *borscht*—, pero sé que no lo eres».

«No, no lo soy», repuse.

«Mañana te quedarás solo —dijo la vieja—, porque iré al pueblo. ¿Has visto alguna vez un pueblo polaco?».

Yo dije: «Sí. Los pueblos polacos…, los conozco más que suficiente».

«Mi último marido era más joven que yo —dijo la vieja—. ¡Mucho más joven! Y tenía una hija de su primer matrimonio. Ella vive en el pueblo».

«¿Y qué quieres de esa hija?», pregunté.

«Alimentos —dijo la vieja—. Una vez por semana me da algunas patatas, remolacha, pan, vodka. Provisiones para una semana».

«¿Vives de eso?», le pregunté.

«Sí —dijo la vieja—. De eso vivo».

Luego bebimos vodka y fuimos tomando cada vez más confianza. «No puedes irte ahora —me dijo la vieja—. Es imposible que lo consigas en invierno…, llegar hasta Alemania. Te congelarás en el bosque. ¿Y dónde conseguirás comida? Si vas al siguiente pueblo, los campesinos te apalearán hasta matarte. O Iván te atrapará. O los partisanos. O la policía. No puedes marcharte ahora».

«¿Y tú qué propones?», pregunté.

«Esperar hasta la primavera —repuso la vieja—. Podemos vivir los dos de los alimentos que traigo del pueblo una vez por semana, si los distribuimos bien. En primavera podrás ponerte en marcha. Antes venderé tus botas y tu reloj y los cambiaré por alimentos. Luego los repartiremos honradamente. Suficiente para mí. Y también suficiente para ti, para que puedas llegar hasta Alemania».

Bebimos más vodka. A pesar de todo, no se me iba el miedo. Naturalmente, la vieja tenía razón. Estaba atado. Era lo único razonable, esperar hasta la primavera. Tal vez la guerra hubiera terminado en primavera. Entonces podría ponerme en marcha. Con gusto le daría el reloj e incluso las botas. Pero la vieja mentía, seguro, solo quería entretenerme con falsas promesas. ¿Por qué iba a alimentarme hasta la primavera? ¡Una boca inútil! Me rebanaría el pescuezo por la noche. Me quitaría el reloj. Así de fácil. Y las botas también. ¿O no? ¿Me tendría preparado algo distinto?

No pegué ojo en toda la noche, tendido en el gran banco de la cocina; oía a la vieja roncar en la habitación contigua, me levantaba

de vez en cuando para avivar el fuego de la cocina. Fuera, ante la ventana, aullaban los lobos y el viento silbaba entre los árboles. Por supuesto que podía matar a la vieja. Pero entonces, ¿quién me procuraría alimentos hasta la primavera? No podía ir al pueblo. Así que necesitaba a la vieja.

Allí estaba también la cabra, que se llamaba Katjuscha, según había averiguado. Pero era flaca y diminuta como un cordero. Si mataba a la vieja, se me ocurrió, podría sacrificar la cabra y vivir de su carne. Pero ¿cuánto tiempo? Una cabra pequeña, flaca. ¡No! Estaba a merced de la vieja. La necesitaba. Podía hacer conmigo lo que quisiera. Podía alimentarme hasta la primavera. Podía ocultarme debajo de la cama, o en cualquier otro lugar de la casa, si pasaban por allí los partisanos… o Iván…, podía protegerme. Pero también podía delatarme. Dependía por completo de ella.

Pensé en ello toda la noche.

A la mañana siguiente me dijo la vieja: «Podrías matarme. Pero no te lo aconsejaría». Era como si me hubiese leído el pensamiento.

Le dije: «¿Porque me proporcionas alimentos?…». «No solo por eso —dijo la vieja—. Mi hijastra está acostumbrada a verme en el pueblo cada semana. Si dejara de ir de repente, vendría aquí enseguida para comprobar si me pasa algo. Eso te resultaría embarazoso. Y si también mataras a mi hija antes de que fuera a la policía, tampoco te serviría de nada. Porque llamaría la atención en el pueblo de inmediato. La gente comenzaría a indagar. Y ya no podrías seguir viviendo aquí».

Le dije: «Veronja…, ¿cómo puedes pensar eso? ¿Por qué habría de matarte? ¿O a tu hijastra? ¿O a ambas? ¡Llamaría la atención de inmediato! ¡Lo sé perfectamente!».

«Puedes marcharte en primavera —dijo la vieja—. Y hasta la primavera, ¡harás lo que yo quiera!».

«¿Qué quieres de mí?», pregunté.

«Eso ya lo verás», repuso la vieja.

Durante la comida volvimos a beber mucho vodka. La vieja aún disponía de algunas botellas… de épocas mejores. Yo me animé, aunque, de algún modo, el miedo aún seguía ahí, pero no dejé que se me notara. Le conté a la vieja que durante muchos años, por la mañana temprano, había clamado al cielo, le mostré cómo lo hacía. Clamé: «¡Hágase la luz! ¡Hágase la luz!».

La vieja dijo: «Estás bebido».

Y yo dije: «El cielo siempre escucha».

«¿Incluso ahora?», preguntó la vieja.

«Incluso ahora», repuse yo jactancioso.

«No me lo creo», dijo la vieja.

«Es cierto —dije yo—. Puedo demostrarlo».

«Pues demuéstralo», dijo la vieja.

«Bien —dije yo—. Cuando quieras».

«Mañana por la mañana —repuso la vieja—. Te despertaré. Antes de que amanezca. Por lo que a mí respecta, puedes clamar al cielo tanto como desees. Pero ¡ay de ti si me has mentido!».

Sí. Y así fue. La vieja me despertó a la mañana siguiente antes del alba. Me puse el uniforme y las botas. Abrimos una de las ventanas, contemplamos los dos la oscuridad. Me cuadré y clamé: «¡Hágase la luz!».

Clamé: «¡Hágase la luz!».

Clamé: «¡Hágase la luz!».

Pero no pasó nada. La vieja se echó a reír, fue tambaleándose hasta la mesa de la cocina, donde se hallaba la lámpara de petróleo, encendió la luz, alzó la lámpara por encima de su desdentada boca, desternillándose de risa, se dirigió arrastrando los pies hacia el gran arcón negro que se encontraba bajo la ventana, lo abrió, sacó una fusta, aún riéndose, con una risa extraña, entrecortada, se calmó poco a poco. «¡Puedo hacer contigo lo que quiera! ¡Puedo delatarte!

¡Puedo dejarte morir de hambre!», graznó.

Y yo dije: «Sí, claro que puedes. Pero no lo harás».

«Claro que sí —dijo ella—, lo haré si no haces lo que yo quiera».

«Haré lo que tú quieras».

«Aún no he pegado a un dios en mi vida —dijo la vieja—. Y me gustaría pegarle a uno alguna vez».

«¿A un dios?», pregunté.

«A uno que lo era», repuso la vieja.

Entonces levantó la fusta y gritó: «¡Venga! ¡Bájate los pantalones! ¡Y deprisa!».

La vida en casa de Veronja era monótona. Tres veces al día: *borscht* roja, patatas, pan, vodka y paliza. Veronja podía ser muy vieja, pero tenía una fuerza infernal. Me pegaba con violencia y precisión, lanzando entrecortadas risas si lloraba, parecía no cansarse nunca, arrastraba sus viejas piernas más deprisa de lo que yo podía correr, me perseguía debajo de la mesa de la cocina, debajo del fogón…, hasta debajo de la cama de madera de la otra habitación. Yo aguantaba hasta un límite, pero de vez en cuando perdía el conocimiento. Tras el castigo corporal, Veronja solía llenar una de las jofainas con agua de nieve helada. Yo debía sentarme en ella, pues Veronja afirmaba que, de ese modo, las heridas abiertas se cerraban más deprisa. Estaba convencido de que Veronja quería matarme a golpes, y si no lo hacía era únicamente para poder aprovecharse de mí más tiempo.

Había dormido mal desde el primer día, pero la cosa aún fue a peor cuando Veronja empezó a clavar puntiagudos clavos en la superficie del banco de la cocina, mi cama, y me prohibió sacarlos. De vez en cuando, por la mañana, encontraba en mis botas esquirlas de cristal, clavos torcidos y herrumbrosos y, también a menudo, durante las comidas conjuntas, en la sopa.

Pero la sed de sangre de Veronja aún iría a más. Esto era solo el principio.

De vez en cuando recibíamos visitas. Numerosos partisanos no se habían incorporado aún a la vida civil, seguían viviendo como antes, en el bosque, pasaban por allí de vez en cuando para sacar agua del pozo de detrás de la cabaña o para calentarse un rato en la siempre caldeada cocina-comedor. En esos casos, Veronja me escondía bajo el colchón de paja de la otra habitación. A veces también pasaba por allí un cazador o un policía. Una vez incluso dos soldados de Iván. No se quedaban mucho tiempo, y cuando se iban, Veronja me echaba de su cama con maldiciones y puntapiés.

Lo dicho, la sed de sangre de Veronja aún iría a más. Yo llevaba días tratando de averiguar lo que me tenía preparado, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Una noche, Veronja me despertó. Estaba de pie ante mi banco, envuelta en una bata negra, la lámpara de petróleo en la mano. Su abundante cabellera cana le caía sobre hombros y espalda. Veronja me dedicó una sonrisa irónica, maliciosa, me ordenó que la siguiera. Fuimos a la otra habitación. Me empujó, me lanzó sobre el colchón de paja y se arrodilló junto a mí.

«Escucha, Max Schulz —dijo con un graznido—. Esta es una conversación seria. Porque con el amor… no se juega».

«¿Qué quieres, Veronja?», pregunté con recelo.

Me había incorporado, pero Veronja me hundió la cabeza nuevamente en el colchón.

Dijo: «Quiero saber cuántos polvos puedes echar, Max Schulz».

«Eso depende», dije evasivo.

«Déjate de cuentos», atajó Veronja inclinándose amenazadoramente sobre mí. Su excitado, apestoso aliento me produjo náuseas.

«Con una gorda más que con una flaca —dije tartamudeando—, probablemente tiene que ver con el hecho de que mi madre fuera

gorda». Traté de apartarme de ella, pero no pude, por culpa de la cama de madera. «Por supuesto, también depende de la edad —añadí para ganar tiempo—. Cuanto más joven y gorda, más polvos…, cuanto más vieja y flaca, menos, pero también tengo principios».

«¿Qué clase de principios?», quiso saber Veronja.

«Solo me acuesto con mujeres menores de 75 años», dije.

«Ah, eso… —dijo Veronja—, tienes principios…, ¿y no serás también escrupuloso?».

Veronja se rio de mí. Me ordenó que permaneciera tumbado, fue a la cocina, avivó el fuego, preparó una extraña infusión de hierbas, regresó y me la dio a beber. Yo bebí para no enojarla más. Podía delatarme. Podía hacer conmigo lo que quisiera. No debía enemistarme con ella en modo alguno. Bebí para no tener que pensar en su apestoso aliento, para alejar las náuseas, para enjuagar el regusto amargo de mi estómago con la infusión de hierbas. Bebí por temor. Bebí por asco. Bebí por debilidad. Veronja bajó más la lámpara de petróleo y la colocó junto a la cama de madera. Luego fue arrastrando los pies hasta la ventana, permaneció un rato allí… con su bata negra…, murmuró algo para sí, moviendo su abundante cabellera grisácea al ritmo de sus murmullos, apretó la apergaminada frente contra el frío cristal de la ventana, contempló con sus penetrantes ojos, a través del cristal y las flores de escarcha, la noche invernal, parecía escuchar con atención los aullidos de los lobos y el ulular del viento en el bosque, se volvió de repente, regresó a la cama arrastrando los pies, hasta donde yo me encontraba, donde yo había bebido a sorbos hasta la última gota de mi infusión de hierbas, con temor, con asco bajo la piel…, se quedó de pie ante la cama, me miró, ojos penetrantes y ojos de rana, se encaramó a la cama, se hizo un ovillo a mi lado, sonrió irónica.

Y entonces ocurrió. Me empezó a temblar todo el cuerpo. Cuando

Veronja se percató, me bajó bruscamente los pantalones, los tiró al suelo… junto a la cama…, junto a la lámpara crepuscular…, me agarró el muslo, oprimiéndolo contra el colchón de paja, empezó a temblar ella también, resopló, se relamió con su lengua saburrosa, dejando caer gotas de pegajosa saliva, murmuró algo, se abrió la bata negra, se inclinó aún más sobre mí, tanto que sus pechos… marchitos, de pardos pezones…, rozaron mi piel, me acarició la rodilla con manos arrugadas, me acarició el muslo, de repente, estiró los dedos, unos dedos de largas uñas, unas uñas de luto, me echó mano al miembro como por casualidad, con esos dedos viejos, rodeándolo, sin soltarlo…

Fuera aullaban los lobos. El viento ululaba en los árboles. La noche se colaba en la habitación, mirando con sus ojos apagados.

«Este brebaje de hierbas… —dijo Veronja— resucita a los muertos. También a esa rana muerta entre tus desnudas piernas. Así es, Max Schulz. Ahora resucitará. Mudará la piel. ¿Pueden las ranas mudar la piel? Esa sí. Seguro que la mudará. Y crecerá. Como el gigante encerrado en la botella».

Amé a Veronja toda la noche. Y Veronja continuó dándome a beber aquel brebaje. Le conté, durante los intermedios amorosos, lo de mi infarto… en Rusia…, le conté lo de los fusilamientos masivos…, eso fue antes de Laubwalde…, eso fue en Rusia…, en el sur de Rusia… Grupo de Asalto D, en la región del sur de Rusia…; le dije a Veronja: «Sufrí un infarto. No estaba acostumbrado…, no por aquel entonces…, a fusilar a tantos de una vez…, a mujeres y niños… Y los ojos…, los ojos, Veronja…, era demasiado… Y pensé que solo era de fumar y beber…, pero eran los ojos. Sufrí un infarto, Veronja…, aquella vez en el sur de Rusia… Y el capitán médico dijo: "¡Moderación! ¡También con las mujeres! ¡Una vez por semana! ¡Y solo un polvo! ¿Entendido? ¡Una vez significa uno! ¡No dos! ¡Ni por supuesto tres! ¡Ni por supuesto cuatro! ¡Ni por supuesto cinco! ¡Ni por supuesto seis! ¡Ni por supuesto siete!"».

Pero Veronja quería matarme.

A la mañana siguiente, apenas podía tenerme en pie. Logré

arrastrarme de la cama de madera hasta mi banco de la cocina, donde me desplomé agonizante. Pero no se trataba de ningún infarto, aunque tenía sofocos y una extraña sensación de debilidad en las corvas.

Veronja me preparó una infusión…, otra infusión… de otras hierbas que, según decía Veronja, fortalecían el corazón. Veronja no me dijo de dónde sacaba las hierbas, porque ese era su secreto, pero sí mencionó de pasada que la infusión no solo estaba compuesta de hierbas, sino también de otros ingredientes triturados: huesos pulverizados de aves del bosque, topos y ratones de campo prisioneros y muertos, también ojos de escarabajo y moscas de verano secas reducidas a polvo.

Veronja me frotó las piernas, la barriga, la espalda, me dio masajes en el corazón y la nuca. A mediodía ya me sentía mejor, ya no quería estar tumbado en el banco de la cocina, me levanté y comí como siempre, con Veronja, en la mesa de la cocina: *borscht*, patatas, pan y vodka…, aun cuando mi apetito dejaba mucho que desear…

Por la tarde, Veronja abrió una de las ventanas, me ordenó que no mirara las flores de escarcha, sino el bosque, me ordenó que respirara profundamente, que pusiera las manos en las caderas e hiciera tres flexiones con las rodillas. Hice lo que se me indicaba. Luego tuve que dar tres vueltas corriendo alrededor de la mesa de la cocina; más tarde, cortar leña, limpiar la estufa y realizar otras tareas domésticas para favorecer la circulación sanguínea.

Por la noche volví a sentirme en forma, comí con un apetito saludable, bebí vodka, me animé, tuve que cantar canciones alemanas para Veronja, cuadrarme, bramar *Sieg Heil* para confirmar que estaba restablecido…, a punto para la próxima orgía con Veronja, que quería matarme.

Por la noche, Veronja me despertó de mi sueño profundo, me ordenó ir a la otra habitación, me ordenó que bebiera la infusión, el filtro de amor…, no el bebedizo sanatorio…, me ordenó volver a echar unos polvos…, siete polvos.

Durante los días y las noches que siguieron se repitió la misma

cantinela. Por las noches, Veronja me encendía un falso fuego en el lomo, me abrazaba, quería absorberme, se revolcaba lasciva, gemebunda, en el gigantesco colchón de paja…; sin embargo, durante el día ejercía de enfermera, me daba a beber infusiones sanadoras, se preocupaba por mi circulación, me cuidaba, me echaba vodka y me daba de comer en abundancia.

La séptima noche sufrí el esperado infarto. Poco antes del amanecer, más exactamente.

Veronja me tiró de su cama, me llevó a rastras hasta la cocina, me subió al banco con ayuda del ennegrecido atizador lleno de hollín, me puso boca arriba, colocó la llameante lámpara de petróleo a mis pies, esperó hasta que hubo amanecido, entonces apagó la lámpara, se acurrucó junto al banco… bajo la ventana…, bajo las flores de escarcha…, pálido el rostro…, pálido como el crepúsculo…, con sus ojos penetrantes…, ojos como espadas y ortigas…, y su boca… pequeña, burlona…, y sus grandes dientes.

Vi a Veronja a través de un velo de niebla, tumbado boca arriba, agonizante, los ojos abiertos como platos, pensé que iba a morir, oí arpas y violines, vi angelitos reflejados en el cristal de la ventana, donde estaban las flores de escarcha…, vi angelitos sentados… en sus cálices… cantando, jugando, esperando…, vi también a Slavitzki…, me vi a mí mismo recién nacido…, vi mi culo… color de rosa…, vi a mi madre…, la oí ladrar…, me percaté, de algún modo, de que Veronja se había marchado a hurtadillas, oí el atizador avivando el fuego…, supe que Veronja estaba encendiéndolo…, pensé en el gran puchero…, me vi ya cocinado…, me asomé al espeso caldo…, vi mi culo…, no el culo del recién nacido…, el culo del genocida…, vi mis ojos…, vi millones de ojos…

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó la señora Holle—. ¿Por qué no murió? ¿Acaso no habría sido mejor?

—No podía morir —repuso Max Schulz—. Eso está claro. Veronja no tenía ninguna intención de matarme. Lo comprendí por primera vez en el banco…, cuando aparecieron los angelitos sobre los helados cálices de las flores de escarcha. Solo iba a ser martirizado. Nada más. Veronja quería hacerme ver algo.

—Y entonces comencé a recuperarme, lentamente —prosiguió Max Schulz—. El tiempo había pasado. Era marzo. O al menos finales de febrero. Los rayos del sol calentaban ya a mediodía. Las flores de escarcha sentían miedo del sol y meaban, aterradas, los cristales de las ventanas. En el bosque, la nieve se derretía, pero por las noches una capa de hielo volvía a cubrirlo todo.

Cuando el sol se hallaba en lo alto del cielo, abríamos las ventanas. De cuando en cuando, el viento nos traía el eco de golpes sordos de hachas, el chirriar estridente y agudo de sierras, el estruendo de árboles abatidos. Veronja acostumbraba a decir: «Son los leñadores. Talan los árboles del bosque, todos los árboles alrededor del campo de concentración de Laubwalde…, todo en siete kilómetros a la redonda».

Yo le pregunté: «¿Por qué lo hacen?».

Y Veronja dijo: «Por los espíritus malignos que anidan en las hojas de los árboles».

«Los árboles no tienen hojas —repliqué—. Los árboles aún están desnudos».

«Volverán a tener hojas —repuso Veronja—. Pronto retoñarán, si los leñadores no son lo bastante rápidos».

«¿Y dónde están ahora los espíritus?», pregunté.

«Duermen en la corteza de los árboles —contestó Veronja—. Pero volverán a despertar en primavera… Y treparán hasta las hojas y anidarán allí».

El tiempo era más y más cálido cada vez. El deshielo se había

adueñado del bosque. En torno a la cabaña de Veronja aún había nieve, pero era como una fina capa que día a día se iba estrechando cada vez más, que parecía, por así decirlo, derretirse desde dentro, como si fuera a desmoronarse. Aquí y allá se veían grandes charcos, sobre todo ante la puerta y bajo el canalón. Allí donde se hallaba el claro, brotó un torrente del bosque. Los árboles aún se veían desnudos, y a sus ramas se aferraban todavía restos de nieve luchando desesperadamente por no caer. Sí. La nieve estaba desesperada. Pero el sol…, el sol reía…, se reía burlón de la desesperada nieve. El bosque entero rezumaba humedad, y también la cabaña de Veronja.

Ya casi me había recuperado por completo, daba pequeños paseos a la hora del almuerzo, con mis botas, naturalmente, robustas e impermeables. Veronja se cuidaba de que no me alejara demasiado, pero no tenía nada en contra de que saliera de la cabaña de vez en cuando.

En una ocasión estuve más de dos horas fuera. Atravesé el bosque con la esperanza de volver a encontrar el lugar en el que había enterrado los dientes de oro. Siempre había tenido un buen sentido de la orientación. Después de vagar durante algún tiempo, pude ver los árboles que había marcado con mi navaja. Había enterrado profundamente la caja de cartón con los dientes, pero cuando me hallé ante el escondite, comprobé con horror que sobresalía descarada entre la nieve derretida.

No sabía qué hacer, permanecí allí, perplejo, agucé el oído. El bosque hablaba su propia lengua. Los árboles sollozaban a media voz, dejaban caer la nieve derretida… gota a gota…, a ratos oponiéndose enérgicamente al viento que, carente ya de auténtica fuerza, ni ululaba ni silbaba, tan solo murmuraba. Susurraba incluso en la moribunda nieve, y mi imaginación presentía animales diversos, aun cuando no podía ver nada. La tierra había estado sumida en un profundo sueño y comenzaba a desperezarse. También pude distinguir trinos aislados de pájaros. Pero lo que en aquel momento me preocupaba… eran los hachazos de los

leñadores. ¡No muy lejos de allí!

«Max Schulz —me dije—, si tuvieras una pala podrías enterrar los malditos dientes en la tierra. Pero eso sería estúpido, porque, cuando derriben los árboles de este lugar…, ¿cómo vas a encontrarlos? Lo mejor será que te los lleves ahora. Pero ten cuidado de que no te vea la vieja. Puedes ocultar los dientes detrás de la cabaña, entre la maleza… Y por la noche…, sí, por la noche, podrás tomar la gran pala de Veronja, la que está en la buhardilla, salir a hurtadillas de la cabaña… cuando Veronja duerma… y enterrar los dientes».

A unos cien metros de la cabaña de Veronja abandoné el sendero del bosque que conducía al claro y traté de llegar hasta la parte de atrás de la cabaña dando un rodeo, sin ser visto, para ocultar los dientes entre la maleza. Estaba seguro de que Veronja no podía verme desde la ventana de la cocina. Pero me equivoqué. Veronja me había visto. Aguardaba entre la maleza, tras la cabaña, y prácticamente caí en sus brazos.

Me quedé como paralizado…, insensible. Allí estaba yo, frente a ella, mudo, sin habla, la caja a la espalda, mirándola.

«Estaba en la buhardilla —me dijo Veronja con una mueca irónica —, y te he visto por el tragaluz».

Farfullé algo.

«¿Qué traes a la espalda?», preguntó.

«Mis cosas», repuse. Recobré la calma poco a poco.

«¿Qué cosas?», quiso saber Veronja.

«Mis cosas —repetí—. Todo hombre tiene algo que le pertenece, ¿o no?».

«Claro», dijo Veronja sonriendo.

«Debo enterrar estas cosas —dije—, porque en la caja también hay documentos. Y otras cosas que a Iván no le conciernen».

Veronja asintió. Dijo: «¡Por supuesto! Pero la caja está mojada. Si la entierras así, se echará todo a perder. Lo mejor será secar la caja

en la cocina. Luego te daré un saco grueso para que la envuelvas. Y entonces podrás enterrarla».

En eso estuve de acuerdo. Entramos en la cabaña. Y coloqué la caja junto al hogar.

«Ahora, ábrela —dijo Veronja—. Enséñame lo que hay dentro».

«Munición —contesté—. Y también explosivos. Ahora no puedo abrirla. Primero ha de estar seca. Porque el cartón mojado se pega a la mecha. De lo contrario podría explotar».

No sabía si Veronja me creía, pero observé que vacilaba.

«No es verdad, ¿a que no?», preguntó.

«Sí lo es —repuse—. Es verdad».

«¿Y para qué necesitas munición y explosivos?».

«Ya no los necesito. Pero siguen ahí dentro. También metí ese tipo de cosas…, como todos nosotros. Ya sabes cómo es…».

Veronja no dijo nada más. Empujó la caja bien adentro, bajo el fogón…, con el pie…, pero con cuidado…, farfulló algo a Katjuscha, la cabra, hurgó en la estufa con el atizador…, arrojó ramas secas a las llamas…, sopló… y entonces comenzó a pelar patatas.

Cuando hubo oscurecido nos sentamos a la mesa para comer…, como de costumbre…, *borscht*, patatas y pan… y beber vodka. Bebimos más vodka de lo habitual y hablamos sobre trivialidades.

En una ocasión, en el transcurso de la conversación, Veronja dijo: «Seguro que quieres dejarle un último recuerdo a Iván… con los explosivos y la munición».

No dije nada, me limité a negar con la cabeza.

«No te lo aconsejo —dijo Veronja—. Con Iván no se juega. Deja en paz a Iván. Y agradécele que él te deje en paz a ti».

Yo repuse: «Se lo agradezco. La guerra ha terminado para mí».

«¿Sabes? —prosiguió Veronja—, hoy a mediodía casi llegué a pensar que te habías escapado…, tardabas tanto…, pero entonces me dije: "No, no es tan estúpido. Sin alimentos…, sin provisiones para el viaje…, no, no es tan estúpido. Y sabe perfectamente que no puede acercarse a los pueblos porque los campesinos lo matarían a golpes"».

«En eso tienes razón, Veronja».

«Alemania agoniza —dijo Veronja—. En el pueblo se dice… que la guerra habrá terminado en unas semanas. No solo para ti, Max Schulz. También para los demás».

«Sí —acepté—. Todo está perdido. Nuestro gozo en un pozo».

Veronja asintió y dijo: «¿Qué pozo?».

«El pozo de Iván —dije yo—. Tiene un pozo muy grande».

«Sí —asintió de nuevo—. En eso tienes razón. ¿Y qué hay del pozo de los americanos y de los ingleses y del resto?».

«No lo sé», repuse.

«Esos son mejores pozos para ti», dijo Veronja.

Asentí, bebí vodka, sonreí irónico y dije: «Saltaré a un pozo cualquiera y simplemente desapareceré. Pero no al pozo de Iván, de eso puedes estar segura».

«Deberás ir por el bosque hasta que… —dijo Veronja—, hasta que encuentres el pozo adecuado. Iván no está en todas partes».

«Sí —repuse—. Es verdad».

«Mañana me darás el reloj y las botas… —dijo Veronja—, y tal vez algunas cosillas de valor de la caja…, ¿guardas otras botas dentro?… ¿O algo que pueda venderse?… Te daré alimentos suficientes para el viaje…, provisiones para algunas semanas… o más…, entonces podrás largarte».

«Sí».

«Y encontrar un pozo cualquiera al que poder saltar».

Yo dije: «Sí».

Y Veronja dijo: «Pero no te servirá de nada. Porque Dios está en todas partes. De Él no podrás esconderte».

Y yo dije: «Ya veremos».

Y Veronja dijo: «Sí».

Y yo dije: «Sí».

Y Veronja dijo: «¡Entonces lárgate! O, si lo prefieres, quédate un poco más…, hasta abril tal vez…, ¿qué te parece? Ya no te congelarás en el bosque. Pero la tierra está húmeda. Mejor quédate hasta que la tierra esté completamente seca».

«Sí. Primero ha de secarse la tierra del bosque».

También debía secarse la caja con los dientes de oro —dijo Max Schulz—. Pero de todos modos, eso debía aplazarse.

Por la noche yacía despierto en el banco, pensando cómo burlar a Veronja. Al día siguiente debía ingeniármelas de alguna manera para impedir que abriera la caja. Se me ocurrió que podía sacar la caja de la cocina para que por la mañana aún estuviera mojada. Así Veronja no la abriría. Pero por la noche Veronja acudía a menudo a la cocina para ver si yo dormía. Naturalmente, se percataría de que la caja ya no estaba allí. Así que me dije: «¡No!, la caja se quedará en la cocina. De todos modos, el fuego se extinguirá pronto. Probablemente aún no esté completamente seca mañana por la mañana». Y entonces me dije: «¿Y si está seca? ¿Qué harás en ese caso?». Me puse a pensar. «Ya está —me dije—. Mañana te levantarás a primera hora…, antes de que se despierte Veronja…, y comprobarás si la caja está aún mojada. Si no lo está…, le echarás un poco de agua por encima. El cubo está en el hogar. Y luego…, sí, luego ya se te ocurrirá algo». ¡Veronja no debía abrir la caja!

Cuanto más pensaba, más fatigado me sentía. Por supuesto, no me di cuenta de que me iba quedando dormido. Como suele ocurrir.

Pero por la noche, la cabra Katjuscha mordisqueó la caja mojada, la mordisqueó hasta abrir un enorme agujero en el cartón… y los dientes de oro salieron rodando…, rodando por el suelo. No me desperté hasta que Veronja apareció en la cocina medio dormida, alcé la cabeza, vi el percance, vi a Veronja, pensé: «¡Demasiado tarde!».

Cuando Veronja vio los dientes de oro esparcidos por el suelo de la cocina, comenzó a gritar a viva voz, crispando sus viejos ojos como una loca, mesándose los cabellos, mirándome horrorizada, quizá pensando: «¡Están rondando la casa! ¡Son los espíritus malignos de

Laubwalde!». De repente echó a correr hacia la cocina, le propinó un puntapié a Katjuscha, asió el azadón de madera que se hallaba bajo el hogar, gritó aún más alto, corrió con la cabeza gacha alrededor de Katjuscha…, con la boca abierta…, y sus grandes dientes…, babeando…, los ojos centelleantes…, el cabello suelto, enmarañado…; de repente comenzó a dar brincos… como una cabra…, pese a sus viejas piernas…, saltó por encima de la cabra, corrió hacia el banco y me atacó con el azadón de madera.

Fui más rápido que ella. Esquivé el golpe, arrojé a Veronja al suelo, agarré el azadón, incrustado en el banco, lo saqué y destrocé el cráneo de la bruja de tres golpes.

¡Tres golpes! Como suele decirse, todo lo bueno viene por partida triple. La tapa de los sesos de Veronja voló por debajo del banco y fue a dar contra la pared. Una parte de su cráneo salió disparada en dirección contraria y quedó suspendida en el quicio de la puerta del dormitorio. El rostro de Veronja, sin embargo…, se deslizó hasta la cocina, se deslizó bajo las patas de la cabra Katjuscha, que saltó horrorizada contra la estufa. Sobre el rostro de Veronja cayeron cenizas frías. Eché mano de la badila del carbón, recogí rostro y cenizas, los arrojé a la estufa y encendí un alegre fuego.

Y después —dijo Max Schulz—, y después…

Sí, después busqué los restos de la avellanada cabeza, los encontré y los arrojé al fuego. Me eché el cuerpo decapitado de Veronja a los hombros y lo llevé hasta el pozo, detrás de la cabaña. El pozo era profundo. A él arrojé el cuerpo.

«¡Max Schulz! —me dije—. ¡Max Schulz! ¡Ahora debes largarte! La primavera aguarda tras el bosque, pero no puedes esperarla. ¡Ahora debes largarte! Saldrás al encuentro de la primavera…

Maté a la cabra Katjuscha, la descuarticé, encendí un enorme fuego y cociné sus restos. Eché el contenido de la caja con los dientes de oro en un saco de harina vacío, quemé la caja, metí los trozos y los pedacitos de la cabra en el saco, los puse en la parte de arriba…,

sobre los dientes de oro, también metí vodka y el resto de las patatas, el pan y las remolachas. Me quité el uniforme. Y las botas. En el arcón negro, bajo la ventana de la cocina, encontré, además de la fusta, diversas prendas de vestir que un día pertenecieron al marido de Veronja. Elegí lo mejor, el traje de los domingos. También hallé un par de botas de cuero de Rusia, mudas, camisas. Me cambié por completo de ropa, metí algunas mudas en el saco…, me lo eché a la espalda y abandoné la cabaña.

Salí al encuentro de la primavera —dijo Max Schulz—. La tierra del bosque se secaba por momentos. Y un buen día nos encontramos, la primavera y yo.

¿Sabe a qué se parece un bosque polaco en primavera…? —dijo Max Schulz—. ¡A un bosque polaco en primavera! ¡A eso se parece! En primavera, sol y tierra devoran la nieve. Y los árboles dejan de sollozar. Bostezan y se desperezan. Y tierra, sol y lluvia retiran el sudario y tejen un nuevo manto multicolor de hilos de hierba, flores y otras cosas. No lo sé exactamente…, quiero decir…, no sé cómo lo hacen. Solo sé que cada año la primavera viene a Polonia, tanto da si en Polonia reina Iván como si no. Siempre será así…, supongo. La primavera hace caso omiso de Iván. También de mí. Y cuando di con ella, aquella vez en el bosque polaco, la primavera esbozó una sonrisa burlona. Porque a los ojos de la primavera, yo, Max Schulz, no era más que un enronquecido escarabajo, uno que había clamado al cielo mucho tiempo y había perdido la voz.

Sí, así fue —prosiguió Max Schulz—. Caminé por el bosque polaco durante semanas. Atravesé campos y praderas. Y una mañana llegué a la frontera.

Cuando alcancé el primer pueblo alemán, me quedé petrificado. Las casas habían quedado reducidas a cenizas, los habitantes habían huido de los rusos. Vi un indicador que señalaba hacia arriba…,

hacia el cielo. Traté de leer el nombre del pueblo, que estaba borroso, pero no pude.

11

La vela se había apagado hacía ya tiempo. En el sótano reinaba una densa oscuridad. Max Schulz no se había dado cuenta de que la señora Holle se había quedado dormida en la silla de la cocina. Había estado hablando solo durante un buen rato, bebiendo *whisky*, fumando cigarrillos, contemplando la oscuridad con ojos ebrios. Solo cuando la señora Holle, que tenía la cabeza apoyada apaciblemente en el respaldo de la silla, emitió algunos ronquidos ahogados, descubrió el motivo de su prolongado silencio.

Max Schulz le arrojó la botella de *whisky* vacía, enfadado, lo cual hizo que la señora Holle abriera los ojos asustada.

—¿Qué pasa?

—No pasa absolutamente nada —repuso Max Schulz—. Lleva dormida todo el rato.

—No todo el rato —dijo la señora Holle—. Me he despertado de vez en cuando.

Max Schulz se levantó tambaleándose, tropezó con la silla, se dirigió a la cama, sobre sus inseguras piernas, arrastrando los pies, encontró la vela apagada sobre el cajón, la encendió y regresó a la mesa.

—Está bebido —observó la señora Holle.

—No del todo —corrigió Max Schulz.

La señora Holle rio. Se hurgó la nariz durante un rato, pensativa, se pasó la mano por el cabello, buscó migas de pan en la mesa, hizo bolitas, tamborileó juguetona con los dedos, apuntó intencionadamente a la mano de Max Schulz.

—¿Sabe, Max Schulz, que sería suya de buena gana?

—Se ha quedado dormida —dijo Max Schulz—. No me ha escuchado en ningún momento.

—Claro que sí —dijo la señora Holle—. He escuchado el principio de la historia. Incluso le he hecho preguntas. Y he hablado con usted. Y después…, sí, después…, me he quedado dormida…, pero no era mi intención. Sin embargo, me he despertado de vez en cuando…, ya se lo he dicho…, y he estado escuchando un rato…, quiero decir…, el resto de la historia… casi hasta el final.

—Ajá… —dijo Max Schulz—. Bueno. Me importa un rábano.

—¿Sabe que a veces habla como un poeta?

—Me sale a veces… —repuso Max Schulz—, pero no siempre…

—No como un peluquero —murmuró la señora Holle—. Y, ciertamente, no como un genocida, sino como un poeta.

Max Schulz le contó entonces que no solo había evitado las carreteras, sino también las estaciones de trenes. Especialmente estas últimas. Incluso después de la capitulación de la Gran Patria.

—Siempre a pie —dijo Max Schulz—. Aunque tengo los pies planos como un maldito judío. También estuve en Wieshalle —dijo Max Schulz—. Y allí busqué a Slavitzki. Y a mi madre. Pero habían huido de los rusos. También estuve en otras ciudades…, las atravesé… de paisano…, aunque con precaución…, manteniéndome alerta, maldita sea…, pues no tenía papeles… y quería vender los dientes de oro…, sí, eso quería…, pero preferí esperar…, esperar. Sí, así es —dijo Max Schulz—. Y entonces vine a Warthenau. ¿Lo ve?, y ahora estoy cansado. Cansado, maldita sea.

Durmieron solo unas pocas horas. La señora Holle no tenía despertador. Se despertaba a menudo, por temor a quedarse dormida, miraba el reloj de pulsera de Max Schulz, miraba los números luminosos, verdes, cerraba los ojos tranquila, volvía a quedarse dormida para volver a despertarse asustada.

Poco antes de que amaneciera, le dio unos toquecitos a Max Schulz, lo sacudió y le dijo:

—¡Venga! ¡Ya es hora de quitarnos el muerto de encima!

Max Schulz salió de la cama pesadamente, se desperezó, bostezó, hizo tres flexiones de rodillas, se frotó la nuca… y se despertó por completo cuando la señora Holle empezó a maldecir la pata de palo.

El comandante se había caído durante la noche y había rodado un tanto por el desigual suelo del sótano. Yacía muerto ante la gran cama.

Max Schulz tomó el rollo de papel de embalar, lo desenrolló y lo deslizó bajo el cuerpo del muerto. Luego, lo envolvió con él. La señora Holle le ayudó con la cuerda, hizo lazos y nudos como si se tratara de un regalo de Navidad. Cuando, algo más tarde, Max Schulz salió del sótano con el paquete, la señora Holle abrió la ventana para mirarlo, pero no pudo ver mucho.

«Eso sucede —pensó— por vivir bajo la calle».

La señora Holle tenía la sensación de que, con las primeras luces del alba, un murmullo y un susurro recorrían el barrio en ruinas. Las casas, destruidas por los bombardeos, parecían musitar maldiciones, apuntaban con sus dedos de muro hacia arriba…, contra el pálido cielo que las había traicionado…, retirando poco a poco el nocturno vendaje y mostrando al nuevo día sus heridas. Bocas de muro esbozando sonrisas burlonas, suspicaces, al alba, y ojos de muro cegados mirando al horizonte desde las cavernosas ventanas sin cristales.

La señora Holle esperaba a Max Schulz delante de la puerta de la casa. Cuando finalmente lo divisó a lo lejos, el sol ya había salido, tiñendo la destrozada calle Nietzsche de un vivo halo amarillo.

En la calle solo había unos pocos viandantes de aspecto un tanto cansado, que parecían deambular sin rumbo alguno. Aún costaría tiempo eliminar los cráteres de la calzada para que el tráfico rodado pudiera volver a circular por allí.

Max Schulz parecía caminar con lentitud intencionadamente, como si temiera caerse. Cuando llegó junto a la señora Holle, no dijo una palabra, se limitó a hacerle una seña con la cabeza, le hizo un guiño con sus ojos de rana y le dio a entender que prefería hablar con ella en el sótano que en plena calle.

Entraron en el sótano en silencio. Solo cuando la señora Holle hubo cerrado la puerta y se hubo cerciorado de que el rostro del joven Willi Holzhammer no asomaba por el gran agujero del techo, le preguntó con un susurro:

—¿Y bien?… ¿Ha salido bien… lo del muerto?

—¡Y no vea cómo! —exclamó Max Schulz.

—¿Dónde lo ha sentado?

—Donde acordamos, en un banco de la plaza Adolf Hitler.

—¿Y no se ha dado cuenta nadie?

Max Schulz soltó una risa apenas perceptible.

—Fui con una cuadrilla de trabajadores. La mayoría llevaba algo a la espalda. No llamaba la atención. Más tarde…, en la plaza Adolf Hitler…, me senté en un banco… con el paquete, naturalmente…, junto a mí, en el banco. Esperé el momento oportuno. Y justo cuando no pasaba nadie…, desenvolví rápidamente el paquete…, senté al comandante… y me alejé.

—¿Y el papel? ¿Y la cuerda?

—Los hice desaparecer más tarde.

—¿Y el comandante?

—Mirando el demolido monumento a Adolf Hitler —repuso Max Schulz.

12

Como los dos habían dormido poco esa noche, nada más desayunar se tumbaron en la gran cama de latón, se quedaron dormidos al

instante y se despertaron alrededor del mediodía.

Max Schulz se levantó antes que la señora Holle, fue a la parte de atrás de la casa a hacer sus necesidades, regresó a los pocos minutos, se ocupó del saco de los dientes de oro, sacó el resto de los alimentos, sacó también camisas y ropa del interior y, por último, dos libros: uno pardo y uno negro.

La señora Holle lo miraba.

—¿Lo ha sacado todo?

—No todo —repuso Max Schulz—. Los dientes de oro aún siguen dentro.

—¿Y qué libros son esos?

—Los encontré por el camino —dijo Max Schulz—. En un pueblo desierto de la frontera.

—¿Un pueblo destruido?

—Sí. Un pueblo destruido.

—¿En una casa?

—Sí —dijo Max Schulz—. Quedaba una casa en pie, sobre unos débiles cimientos.

—¿Y qué libros son esos?

—Uno pardo y uno negro —contestó Max Schulz—. El pardo era un diario en blanco en el que yo, sin embargo, he ido escribiendo algo.

—¿Y el negro?

—Un libro de oraciones. Un libro de oraciones.

—De modo que… —dijo la señora Holle— un libro de oraciones y un diario.

—Sí —dijo Max Schulz.

—Y la ropa sucia que acaba de sacar del saco…, ¿de dónde la ha sacado?… ¿De la cabaña de Veronja?

—Sí —dijo Max Schulz—. Del arcón negro. Pero entonces la ropa estaba limpia.

—Y los alimentos…, ¿también de la cabaña de Veronja?

—Los alimentos, no —dijo Max Schulz—. Los de la cabaña de Veronja hace ya tiempo que me los comí… y a la cabra Katjuscha también.

—¿Y qué alimentos son esos?

—Eso ya lo ve. Salchichón…, huevos cocidos…, también café.

—¿De dónde los ha sacado?

—Los he cambiado —dijo Max Schulz—. Por un par de dientes de oro sueltos.

—¿Sueltos?

—Sí —respondió Max Schulz.

—¿Por qué no vende todo el saco?

—Porque quiero esperar. Ya se lo he dicho. Demasiado llamativo… ahora. Si se venden los dientes sueltos, uno siempre puede decir: «Me los he arrancado», o «Se me han caído».

Por la noche, en la cama… Max Schulz le dijo a la señora Holle:

—Mire…, soy un ávido lector de periódicos. Desde que regresé a Alemania, leo todo lo que publica la prensa…, digamos…, todo lo que cae en mis manos…, incluso trozos de periódico de los cubos de basura y de la calle…, y estoy enterado: las autoridades saben perfectamente que aún sigo con vida.

La señora Holle se volvió completamente hacia él, acurrucó su vieja cabeza entre sus brazos y le preguntó:

—¿Así que lo saben?

—Sí —repuso Max Schulz—. También saben que el comandante del campo, Hans Müller, sigue con vida y se oculta en alguna parte.

Max Schulz se escupió en los dedos y apagó el cabo de la vela, que hasta entonces ardía.

—Entonces cometimos un error —le dijo con voz queda a la señora Holle—. Cuando abandonamos el campo, el Ejército Rojo aún se hallaba a unos kilómetros de distancia. Éramos conscientes del peligro que suponían los partisanos…, especialmente Hans Müller, el comandante del campo…, sí, especialmente él…, le entraba cagalera solo de pensar en los partisanos…, pero el alférez Adolf Kugelmann…, y sobre todo nosotros, los demás…, estábamos firmemente convencidos…, quiero decir, el último día, cuando nos íbamos…, estábamos firmemente convencidos de que el Ejército Rojo no nos arrollaría y de que incluso atravesaríamos el cerco de

los partisanos. Ya me entiende…, creíamos que podríamos llegar hasta las líneas alemanas. Y una vez con las tropas alemanas, que retrocedían a buen paso, llegaríamos a Alemania. ¿Entiende lo que le digo?

—Nada, no entiendo nada —dijo la señora Holle.

—Bueno —dijo Max Schulz—. Lo que creíamos es que saldríamos triunfantes. Y no nos deshicimos de los papeles. Todos llevábamos nuestra documentación y demás cosas con nosotros. Y todo eso cayó en manos de los partisanos. Y también salió en los periódicos.

»Y aún hay algo más que salió en los periódicos —prosiguió Max Schulz—. Los partisanos entregaron a las autoridades soviéticas los papeles de los que habían caído y de los camaradas a los que acribillaron a balazos en el bosque. Y las autoridades enviaron una comisión al bosque para fotografiar a los muertos. No tenían genitales y a muchos solo les quedaba la mitad de la tapa de los sesos o ni tan siquiera eso…, pero así y todo…, bastaba, y las autoridades soviéticas o Iván… sabían o él sabía exactamente quién había caído y quién no. Y aún hay algo más… que debo decirle antes de que lo olvide. Habíamos quemado las listas de los muertos. Pero no la lista con los nombres de los miembros de las SS. Estaba en una carpeta en el camión del alférez Adolf Kugelmann. Y también cayó en manos de los partisanos y, más tarde, en las del maldito Iván. E Iván… sabe perfectamente que yo, Max Schulz, y que Hans Müller, el comandante del campo…, sabe que ambos seguimos aún en libertad.

»Sí, así es —dijo Max Schulz—. Y las nuevas autoridades alemanas, que lamen el culo a las fuerzas de ocupación, también han acabado por averiguarlo, pues Iván se ha encargado de publicarlo a los cuatro vientos, hábilmente. Lo sabe todo el mundo, aquí y en otros países. Me buscan. Lo sé perfectamente. Sobre todo en Polonia. Sí, maldita sea otra vez. Sobre todo en Polonia. Las autoridades polacas… han puesto precio a mi cabeza…, un precio incluso más alto que el de Iván…, aunque también estuve en el sur de Rusia y armé un poco de ruido en la región, en el mismo hogar de Iván…,

así están las cosas…, los polacos le han puesto precio a mi cabeza…, sí, también a la cabeza de Hans Müller, el comandante del campo…, por asesinato en suelo polaco…, aunque en realidad no importe un carajo si se cometió en suelo polaco o en cualquier otro. Pero así están las cosas. Y yo no puedo cambiarlas.

»¿Y sabe qué? —dijo Max Schulz—, tengo la lengua muy larga…, a veces algo saburrosa…, a veces no…, pero siempre larga…, y a veces me imagino qué aspecto tendría una lengua tan larga si me balanceara en la horca. Lo más probable es que colgara fuera, cuan larga es, como si quisiera lamer algo por última vez, mi lengua, que ha lamido todo lo imaginable en esta vida.

Max Schulz sonrió irónico. Y a continuación dijo:

—Pero no se preocupe. Nunca me atraparán. Solo va a la horca aquel al que consiguen atrapar. Un curioso artefacto… el de la horca…, ¿sabe?…, solo se construye…, y desde tiempos inmemoriales solo se ha construido, para aquellos que se dejan o que se dejaban atrapar.

»Maldita sea otra vez —dijo Max Schulz—. Así están las cosas. Y así se quedarán. Y no de otro modo. Los judíos muertos de Laubwalde escupieron sus dientes de oro para que yo lo tenga un poco más fácil en esta vida. Tal vez haga algo en el mercado negro. Tal vez no. Pero algún día…, sí…, algún día… volveré a abrir una peluquería. Perdón, quiero decir…, un salón de peluquería…, un auténtico salón como es debido. Y cuando vuelva a echar raíces… y vuelva a ser alguien…, cuando la gente diga: «Este es tal y tal…, no es ningún vagabundo…, ningún merodeador…, es peluquero…, se gana el pan con el sudor de su frente…, y además es un buen peluquero…, y menudo peluquero…, y además es miembro de… tal y tal…, y menudo miembro»…, sí…, ¿sabe?…, entonces saldrá el sol por la mañana, suavemente…, y se pondrá por la noche…, y yo dormiré con la conciencia tranquila.

»De pequeño tenía un amigo judío —dijo Max Schulz—. Se llamaba Itzig Finkelstein. Tenía el pelo rubio y los ojos azules. Y otras muchas cosas que yo no tengo. También tenía un maestro judío. Se llamaba

Chaim Finkelstein. Ese sí que era un maestro, lo que yo le diga…, un auténtico maestro. El que todos desearían tener.

»Solía acudir a menudo con los Finkelstein a la sinagoga. Las tardes de *sabbat* me sentaba con ellos a la mesa. También en la fiesta de Pésaj. Y en muchas otras festividades judías. Y sé rezar como un judío. Y muchas otras cosas que saben los judíos.

»¿Y sabe? —prosiguió Max Schulz—, hace meses que pienso cuál sería la mejor forma de desaparecer… y cuanto más lo pienso, más a menudo me digo: «¡Max Schulz! Si existe una segunda vida para ti, deberías vivirla como judío. Al fin y al cabo…, hemos perdido la guerra. Los judíos la han ganado». Y yo, Max Schulz, siempre fui un idealista. Pero un idealista muy peculiar. Uno que se arrima al sol que más calienta. Porque sabe que se vive mejor al lado del ganador que al lado del perdedor. Así es. Y maldito sea si no es así. Los judíos han ganado la guerra.

»Solo he de cortarme el rabo —añadió Max Schulz—. Y eso es algo que no me hace ninguna gracia.

La señora Holle había estado escuchando lo que Max Schulz le contaba sin decir palabra. Pero de repente se sobresaltó.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué ha de cortarse el rabo?

—No es cortarlo realmente —repuso Max Schulz circunspecto—. Solo el prepucio. Entonces estaré circuncidado…, como Itzig Finkelstein.

—¿Dónde está ese Itzig Finkelstein?

—No lo sé exactamente —dijo Max Schulz—. A Itzig Finkelstein lo metieron en Laubwalde en el verano de 1942. La última vez que lo vi…, eso fue en septiembre…, septiembre de 1942…, el séptimo día del mes…, yacía en las profundidades de la tierra. Pero quizá ya esté en el cielo. No lo sé exactamente.

Libro tercero

1
Berlín, 1946

Padezco insomnio. Por eso leo mucho. La mitad de la noche.

No podría enumerar todos los libros que he leído. Simplemente les diré que también leo periódicos…, entre otros, el *Warthenauer Stadtanzeiger*, aunque es un aburrido diario de provincias. En realidad, lo compro por razones puramente sentimentales.

No hace mucho leí en el *Warthenauer Stadtanzeiger* la noticia de la muerte de la señora Holle. No podía creer lo que veían mis ojos. Pero allí estaba, bien clarito: «Viuda del cabo segundo de las SS y genocida Günter Holle fallece al pisar una mina cuando recogía chatarra en una zona prohibida entre las calles Moltke y Hanauer».

Típica muerte del período de posguerra. ¿Pasó hambre después de que me largara? Supongo que sí. ¿Recogía chatarra? ¿Vendía chatarra?

¿Saben lo que me dije?: «Itzig Finkelstein —me dije—, Itzig Finkelstein, antes Max Schulz. La mujer alemana pasa hambre. La mujer alemana recoge chatarra. La mujer alemana recorre cojeando las ruinas del Imperio, del Reich Milenario, recogiendo chatarra. Pues la mujer alemana no quiere pasar hambre. Pero la mujer alemana no ha visto la zona prohibida. ¿Cuándo demonios retirarán de una vez los americanos las últimas minas que nuestros jóvenes plantaron en la tierra…, en la tierra alemana?».

Por Dios…, ¡quería traerme a la señora Holle! Pero luego lo pensé mejor. Me dije: «Max Schulz» —por aquel entonces aún era Max

Schulz—, así que: «Max Schulz —me dije—, tú puedes desaparecer. Pero una mujer con una pata de palo no. Al menos, no con tanta facilidad».

Sé cómo es. La policía la habría visto tarde o temprano. ¡Era la mujer de Günter! ¡Y yo el amigo de Günter! Esos…, los que andan tras de mí, tienen buen olfato. Cualquier pista les vale…, cualquier pista que les conduzca a mí…, incluso una señora Holle.

Le conté algo de Itzig Finkelstein a la señora Holle. También le conté que tenía la intención de convertirme en judío. Pero entonces no le conté el nombre que adoptaría llegado el día.

Actualmente, ahora, soy Itzig Finkelstein. ¡Precisamente…, Itzig Finkelstein! ¡Es la verdad! Ya no puedo cambiarlo. Y puedo decirles, en confianza…, que a Itzig le va bien: ¡ITZIG FINKELSTEIN ha hecho fortuna!

¡ITZIG FINKELSTEIN ha vendido los dientes de oro…, todos los dientes!

Sí. Itzig. Ha invertido bien su dinero:

ITZIG FINKELSTEIN se dedica al estraperlo y comercia con todo lo posible, comenzando por cigarrillos negros… y terminando por virgencitas negras. Entre nosotros…, las virgencitas negras son blancas.

ITZIG FINKELSTEIN vive como un señor, es un hombre de fortuna, sí…, un Hombre de Mundo.

ITZIG FINKELSTEIN ha cambiado. Lleva la cabeza pulcramente rasurada. Gasta perilla y gafas. Se parece a Lenin, aunque no del todo. Además, ¿gastaba Lenin gafas?… ¿Tenía ojos de rana?

ITZIG FINKELSTEIN tiene el miembro viril algo más corto, pues ahora le falta el prepucio.

ITZIG FINKELSTEIN tiene el miembro viril algo más corto, pero no más débil.

ITZIG FINKELSTEIN vive con una bella mujer…, una condesa. Pero de eso hablaremos más adelante.

ITZIG FINKELSTEIN halla placer en las cosas hermosas, la buena música, los libros instructivos. Naturalmente, la condesa le anima a ello.

ITZIG FINKELSTEIN vive intensamente.

La señora Holle había ido a comprar… al mercado negro. Y cuando regresó a casa por la tarde…, Max Schulz había desaparecido. Metió sus trastos en el saco, con los dientes de oro. Se echó el saco a la espalda. Y se largó. ¡Así de simple!

¿Si lloró mucho?

Sí. La vida es cruel, querida señora Holle. Ni siquiera las aves del verano lo tienen fácil. Tampoco resulta fácil viajar por la Alemania ocupada, especialmente si uno es un alemán sin papeles y con una orden de busca y captura contra él. Pero pueden confiar en Max Schulz. Se ha abierto paso… con su saco…, con su rostro de vándalo…, con sus gastadas ropas…, dando rodeos…, sin llamar la atención…, hasta Berlín.

¿Saben cómo hace su entrada un hombre audaz… en la derruida capital del Imperio, del Reich Milenario? Con los zapatos agujereados. Con unas ropas apestosas. Con el rostro cansado y los ojos de rana enrojecidos. Un viejo saco a la espalda, dolorida, un viejo saco en el que ríen y resplandecen los dientes de los judíos muertos.

Justo después de mi llegada a Berlín, enterré los dientes de oro entre unas ruinas. En el sector americano. Tomé nota del lugar. Después busqué un alojamiento. Nada fácil en Berlín. Encontré un cuarto en un sótano, en una casa derruida por las bombas. Allí podía roncar bajo la calle. Ya estaba acostumbrado.

Tenía muchos camaradas. Uno de ellos se llamaba Horst Kumpel.

Era un miembro de las SS, un idealista, un fanático. Horst Kumpel no tenía profesión fija. Durante algún tiempo fue marinero, más tarde camarero en el Drei Mohren. Durante la feria anual acostumbraba a tatuar a determinadas personas en Wieshalle…, había alquilado un rincón en una caseta de tiro. Horst Kumpel fue en su día todo un personaje. Y un buen camarada. Pero tuvo mala suerte, Horst Kumpel. Un accidente. De moto. En el año 1936 perdió las dos piernas. Así que me dije en Berlín: «¡Max Schulz! Horst Kumpel no ha tomado parte en la guerra. Está libre de toda sospecha. Y no se esconde. Sus padres vivían en Berlín. Tal vez sigan viviendo allí. Seguramente sabrán dónde está. Entonces podrás encontrarlo. Era todo un personaje. Hasta sabía hacer tatuajes. Y seguro que aún sabe hacerlos. Y ¿por qué no? Y si no, da igual. También sabe hacer otra cosa, ¡sabe mantener el pico cerrado!».

La casa en que vivían los padres de Horst Kumpel se hallaba en ruinas, al igual que las demás casas de la calle Tulbeck. Pero el sótano, no. El sótano aún seguía en pie.

Di con los padres de Horst Kumpel. Encerrados como dos viejas ratas en el sótano. No me conocieron. Claro que no me habían visto nunca. Me contemplaron suspicaces.

Naturalmente, no les dije quién era en realidad. Me limité a explicarles que era un amigo de Horst, libre de toda sospecha, como él, les dije que le debía dinero a Horst y que quería hablar con él.

Horst también vivía en un sótano. No muy lejos de la calle Tulbeck.

¡Horst Kumpel! Miembro de las SS. Libre de toda sospecha. Sin piernas. Lloró al verme. Se deslizó por el suelo. Con los brazos.

—Joder, Max. Leí tu nombre en el periódico. Te deseé suerte. Me dije: «¡No podrán atraparlo!».

—Sí, Horst. Lo sabía…, me refiero… a que me deseabas suerte.

—Disteis un buen golpe allí… en Laubwalde. Doscientos mil. Salió en el periódico.

—Judíos, Horst. No eran más que judíos. Enemigos del pueblo. Seres inferiores.

—¡Les pagasteis con la misma moneda, Max!

—Dime, Horst. ¿Dónde está tu mujer? No quiero que me vea.

—No te preocupes, Max. Ha ido al campo. A buscar provisiones. Los alimentos escasean en Berlín. Pero en el campo…

—Bien, Horst. No puedo quedarme mucho. Pero una noche…

Un cuarto en un sótano. Una angosta cama para Horst y su mujer. Pensé en el acto: «No es mayor que un niño de cuatro años. No necesita mucho espacio». Una mesa de tosca construcción. Dos sillas de tosca construcción, una estufa de hierro. Una badila. Una jofaina descascarillada. Una ventana. Detrás, un detalle de las ruinas de Berlín desde la perspectiva de un sótano… y un fragmento del desvaído cielo otoñal.

Horst Kumpel se deslizaba con agilidad aquí y allá, encendió fuego en la estufa, cocinó una sopita para los dos, sacó como por arte de magia una botella de aguardiente.

—Escucha, Horst. ¿Aún sabes tatuar?

—Claro, Max.

—¿Conservas tus utensilios? ¿Y todo lo necesario?

—Lo conservo, Max.

—¿Podrías tatuarme, Horst?

Horst sonrió burlón:

—¿Qué quieres? ¿Una mujer con grandes pechos? ¿Con fresas en vez de pezones? ¿O cerezas? ¿O galápagos?… ¿Una vagina o dos? ¿O una rosa?

Respondí:

—El número de un campo de concentración, Horst. Quiero el número de un campo de concentración.

Bromeamos durante un rato. Entonces dijo Horst:

—Joder, Max. Sí que pareces un maldito judío. Solo que se olvidaron de tu número.

Sonreí con ironía y no dije nada.

—¿Cómo pudo ser, Max? ¡Con semejante jeta!

Le dije:

—Número 12314. Y antes del número una letra. La letra A.

—¿Por qué una A? ¿Por qué no una L? Estuviste en Laubwalde, ¿no?

—No hubo supervivientes en Laubwalde, Horst. No era más que un campo pequeño.

—¿Cómo que era un campo pequeño? Pero si os cargasteis a doscientos mil.

—Era un campo pequeño, Horst. La mayor parte de los judíos eran liquidados de inmediato. Nada más llegar. ¿Lo entiendes? De ese modo nunca teníamos que vigilar a muchos.

—Ah, es eso, Max.

—Sí, Horst. Era un campo pequeño. Con pocos prisioneros. Y no escapó ninguno. Estábamos bien organizados.

—Eso sí es cierto, Max.

—La letra A, Horst.

—Bien, Max. Una A, pues.

—Auschwitz, Horst. Surte mayor efecto. Es más conocido.

Conseguí mi número de campo de concentración. Horst Kumpel incluso me dio la dirección de un médico…, de uno que sabía mantener el pico cerrado.

El doctor Hugo Weber tenía ochenta y cuatro años. Un hombre que se había jubilado en 1930. Demasiado viejo para haber participado

en la guerra. Por tanto, libre de toda sospecha. Pero nazi. Un teórico. Un antisemita. Sentimental. Un idealista.

Le dije abiertamente quién era: «Max Schulz. Un pez pequeño». Ese hombre no me delataría.

El doctor Hugo Weber hizo desaparecer primero mi tatuaje de las SS, situado bajo el brazo izquierdo —en realidad, un tatuaje insignificante, una pequeña letra, mi grupo sanguíneo—; a continuación, hizo desaparecer también el prepucio de mi miembro; llevó a cabo con sus temblorosas y gordezuelas manos un último servicio al Führer y a la patria.

Simplemente dijo:

—¡Max Schulz! El miembro mutilado… le va bien a su rostro.

Con gusto le habría respondido: «Doctor. Eso son prejuicios antisemitas. No tengo cara de judío». Sin embargo, preferí guardar silencio.

Durante la primera semana en Berlín, cambié muy a menudo de alojamiento, dormí en otros sótanos o en otras ratoneras, a veces incluso al raso, en cualquier parte entre las ruinas, en una ocasión hasta en una iglesia derruida. Anduve errando. Por la ciudad en ruinas. Urdí planes. Reflexioné. Inventé listas de nombres judíos; por último, recurrí a uno…, al nombre de Itzig Finkelstein.

Max Schulz, el genocida, hijo ilegítimo, aunque de pura raza aria, de Minna Schulz, nació el mismo día que el judío Itzig Finkelstein. Conocía su pasado. Tenía su misma profesión.

2

Mi historia es simple: Soy Itzig Finkelstein, peluquero judío de Wieshalle. En nuestra ciudad no vivían muchos judíos. Una

comunidad pequeña. Los nazis nos habían avisado. Pero no les creímos. Creímos que todo aquel jaleo pasaría. Creímos en una Alemania mejor. Y esperamos. No emigramos.

Y entonces llegó la guerra. Y esperamos un milagro. Y el milagro no llegó. Y un día quisimos emigrar. Pero entonces ya era demasiado tarde.

Porque un día… vinieron a buscarnos. Al alba. A todos los judíos de Wieshalle. Sin olvidarse de ninguno. Nos obligaron a subir en camiones. Al alba.

Nos llevaron a Dachhausen, un campo de concentración en Silesia. Allí asesinaron a algunos de nosotros. Pero no a todos.

En junio de 1942, Dachhausen fue evacuado. Nos llevaban a Laubwalde, un campo de exterminio en Polonia. De allí no regresó nadie.

Pero yo, Itzig Finkelstein, nunca llegué a Laubwalde. El tren que nos transportaba hasta allí atravesaba Polonia. Días y días en tren. Apenas recibíamos algo de comida, y el agua escaseaba. En mi vagón había algunos muertos. En una pequeña estación de Polonia se abrieron las puertas y sacaron a los muertos. Aproveché la ocasión para saltar del tren.

¿Adónde hui? ¿Adónde puede huir un judío en Polonia? Al bosque, naturalmente. No confiaba en los polacos, pues eran aún más antisemitas que los nazis alemanes. Permanecí en el bosque. Me fui alejando poco a poco… en dirección al sur de Rusia, a Ucrania. Allí me uní a los partisanos. Luché por un tiempo en la sombra. Quería vengar a mis padres. Pero entonces, poco después de la caída de Stalingrado, me capturaron. Mi unidad cayó en una trampa. Logré escapar de nuevo. Permanecí un tiempo solo. Vagué por la región. Volvieron a trincarme. Trabajé de sepulturero asignado a un destacamento alemán. Me habrían pegado un tiro. Pero volví a escapar. Regresé a Polonia. Allí me atraparon de nuevo…, fui deportado a Auschwitz.

¡Auschwitz! Sí…, allí gaseaban a la gente. Pero no a todos. Me destinaron a un grupo de trabajo. A mí, Itzig Finkelstein.

Y el frente se acercaba. Se acercaba cada vez más. Y un buen día, Auschwitz fue liberado por los rusos.

¿Si también a mí me liberaron los rusos en Auschwitz? No, señores míos. Una parte del gran campo de tránsito de millones había sido evacuada con anterioridad. ¿Adónde? ¡En dirección a Alemania! ¿Saben lo que es la marcha de la muerte? No puedo describirla. Pero he participado en ella. Durante su curso logré huir.

Me dirigí de vuelta a Polonia. Hacia el bosque, naturalmente. Hacia dónde si no… Y un buen día…, sí…, un buen día, el bosque cayó en manos de los rusos. Yo, Itzig Finkelstein, era libre. Iván me había liberado.

Pero no confiaba en Iván. Tampoco quería permanecer junto a Iván.

No, señores míos. Es cierto que no estoy bien de la cabeza. Pero tampoco estoy tan mal; yo, Itzig Finkelstein, no soy tan tonto como para permanecer junto a Iván. Yo, Itzig Finkelstein, me dirijo a Berlín. ¿Adónde en Berlín? ¡Al sector americano, naturalmente!

Nosotros, los de Wieshalle, éramos una comunidad pequeña, aislada. Mis amigos y conocidos judíos han muerto. También mis padres han muerto. No queda nadie allí. Tengo parientes en Polonia, en Galitzia, para ser más exactos. Pero nunca llegué a conocerlos. ¿Dónde están? No tengo ni idea. Tal vez muertos. Fusilados. O apaleados. O gaseados. No tengo ni idea. ¿Que qué busco en Berlín, en el sector americano? Señores míos, ¡vaya pregunta! ¿Cómo iba a saberlo? Me han crucificado y no estoy muy bien de la cabeza. No quería permanecer junto a Iván.

Berlín es un hervidero de refugiados. Yo también soy uno de ellos. Nosotros los refugiados somos como hormigas asustadas. Recorremos la ciudad en ruinas. Hormigas de todos los tipos posibles. Hormigas alemanas… expulsadas de los territorios ocupados del Este…, antiguos trabajadores forzados polacos, italianos y griegos, y representantes de otros países. Pero yo, Itzig

Finkelstein, soy una hormiga muy especial. Una hormiga judía. Hoy puedo recorrer la ciudad en ruinas sin temor. Porque soy una víctima del régimen derrocado. Y entre todas las víctimas, fui perseguido con la mayor de las crueldades. Por eso hoy se abren a mi paso todas las puertas posibles. Los vencedores no me quieren. A mí nadie me quiere. Pero son indulgentes conmigo. Y las puertas se abren a mi paso. ¿Durante cuánto tiempo se abrirán? No lo sé. Pero mientras sigan abriéndose, seguiré transponiéndolas.

Me limpiaba las gafas a diario…, por aquello de tener una buena perspectiva…, y mantenía mis ojos de rana bien abiertos. Vi que las organizaciones de ayuda a los supervivientes del nazismo brotaban como las setas de la tierra. Creo que personificaban la conciencia del vencedor. Estas organizaciones de ayuda derrochaban su amor, sus cuidados tardíos con nosotros, las víctimas del régimen derrocado. Naturalmente, un poco tarde. Porque millones de los nuestros habían muerto. Pero más vale tarde que nunca. No me pidan que enumere los nombres de todas estas organizaciones. No los conservo todos en la memoria. Así que permítanme decir lo siguiente: yo, Itzig Finkelstein, me puse en contacto con las organizaciones judeoamericanas de ayuda a los supervivientes judíos del régimen nazi. Disponían de fondos. De eso pueden estar seguros, con toda franqueza, pues los judíos americanos… no fueron crucificados. Pero yo, Itzig Finkelstein, su primo carnal, sí fui crucificado. Y mis primos tuvieron compasión de mí…, una compasión aún mayor y más fuerte que la compasión del resto de los vencedores, sobre todo de los oficiales. Pero la compasión es aflicción. Y la aflicción es una cruz. Y cada cual desea librarse de su cruz. Por eso yo, Itzig Finkelstein, tenía a mi disposición dólares bañados en lágrimas para que yo, Itzig Finkelstein, volviera a levantar cabeza, para que sanaran mis sangrantes miembros, para que lograra olvidar mi cruz. Y ellos la suya.

Así que… presten atención:

Me enviaron a mí, Itzig Finkelstein, con otros crucificados, al campo de recuperación de desplazados de Lichtenberg, cerca de Berlín. A un judío no se le formulan preguntas: «¿Estuvo usted en el ejército?», «¿Era usted miembro del Partido?», «¿O tal vez miembro de las SS?». El pasado de un judío es irreprochable. Tampoco ha de demostrar que fue una víctima del régimen derrocado. Porque un judío… un judío es una víctima del régimen derrocado. Naturalmente, debíamos demostrar que realmente éramos judíos. La mayoría de nosotros no contaba con testigos, pues los testigos habían muerto. Y la mayoría tampoco tenía papeles. Naturalmente, nosotros, los que en su día colgamos de la cruz, habíamos nacido en alguna parte, en algún momento. Pero ¿cómo justificarlo? Nuestro mundo se había desmoronado, solo quedaban ruinas y cenizas, ¿y quién nos conocía ahora?

Comparecimos ante una comisión de verificación. Pura formalidad. Un médico nos examinó a nosotros, los hombres, para comprobar si estábamos circuncidados. De este reconocimiento médico quedaban excluidas las mujeres. Se nos dio un libro de oraciones para ver si sabíamos leer en hebreo. Se nos preguntaron las festividades judías. Cada uno de nosotros debía relatar su historia.

Como ya supondrán, algunos de nosotros, los que no parecían judíos, fueron examinados más en profundidad, con más detenimiento, examinados con lupa; otros, por el contrario, menos. Yo lo tuve especialmente fácil. Cuando me tocó a mí y mascullé mi nombre tartamudeando, los señores de la comisión de verificación se echaron a reír. Uno de ellos, uno calvo, dijo:

—Señor Finkelstein, sabemos que es usted judío.

Les mostré mi número de Auschwitz. Ellos se limitaron a asentir. Me desabroché los pantalones y les mostré el miembro. Ellos se echaron a reír. El calvo dijo:

—Señor Finkelstein, no queremos que nos haga una demostración.

Creo que aquellos señores no me tomaron demasiado en serio. Ni me dieron libro de oraciones ni me preguntaron las festividades judías. Tampoco me hicieron ningún reconocimiento médico. Mi

identidad judía era para ellos un hecho irrefutable. A pesar de todo, no me di por satisfecho tan deprisa. No quería favoritismos. ¿Por qué iban a examinarme a mí menos que a los otros judíos? De modo que enumeré las festividades judías, aunque nadie me había pedido que lo hiciera, recité de carrerilla oraciones que en su día aprendiera de Itzig Finkelstein. Pero ellos me indicaron que parase. Se echaron a reír. El calvo incluso se permitió gastarme una bromita. Preguntó:

—Señor Finkelstein, ¿cuántos dioses tenemos?

Yo repuse:

—Uno.

El calvo preguntó:

—¿Está seguro?

Yo dije:

—Completamente seguro. Solo uno. Ningún hijo de Dios. Ninguna Virgen Santa. Nuestro Dios tampoco es ningún mago follador que deje embarazadas a inocentes vírgenes sin desflorarlas antes. Él no gasta bromas de ese tipo.

Entonces aquellos señores dejaron de reír. Podía leerles el pensamiento, así que lo expresé en voz alta:

—¡Este está mal de la cabeza!

El calvo preguntó:

—¿Quién está mal de la cabeza?

Le respondí:

—Yo estoy mal de la cabeza.

Se quedaron mirando fijamente mi número de Auschwitz, ya que había vuelto a abrocharme los pantalones. Podía leerles el pensamiento. Pero esta vez no lo expresé en voz alta, sino en silencio, con los labios apretados: «¡Ha estado en Auschwitz! ¡Este está mal de la cabeza! ¡No es de extrañar!».

Permanecí unas semanas en el campo de recuperación judío de Lichtenberg, cerca de Berlín. Me dieron bien de comer. La dirección del campo judío me instó a aceptar su afecto de manera oficial. Me

dieron ropa nueva. Me pusieron inyecciones de vitaminas. Recibí papeles nuevos… o, para ser más exactos, un carné provisional de desplazado. Ya no tuve necesidad de seguir ocultándome, pues mi carné de desplazado demostraba, bien clarito, que yo, su poseedor, el crucificado Itzig Finkelstein, según mis propias declaraciones…, era Itzig Finkelstein, de profesión peluquero, nacido el 15 de mayo de 1907 en la antigua ciudad alemana de Wieshalle, hoy polaca.

¿Que cuánto dura un carné provisional de desplazado? ¿Es eso lo que quieren saber?

No lo sé exactamente. En cualquier caso, hasta que…, entre nosotros, aquí en Alemania, vuelva a reinar el orden…, hasta que las ruinas desaparezcan… y los campos de desplazados…, hasta que la cosa vuelva a funcionar…, hasta que cese la ocupación…, hasta que logremos sacar los pies del lodo. Y ciertamente eso aún tardará un tiempo.

Una vez me hube recuperado del todo, regresé a Berlín… para vender mis dientes de oro.

Hallé alojamiento… en un sótano, por supuesto…, un cuarto en un sótano con entrada independiente…; desenterré los dientes de oro…, me los llevé a casa.

Yo, Itzig Finkelstein, ya no tenía necesidad de vender los dientes de oro uno a uno ni de explicar a la gente: «Yo mismo me arranqué este diente de oro». Ahora podía venderlos por docenas, pues yo, Itzig Finkelstein, me hallaba fuera de toda sospecha. Nadie me tomaría por un genocida. ¿Yo un genocida? ¡Ni pensarlo!

Ni que decir tiene que no pensé en vender todos los dientes de oro de una vez, ya que eso habría resultado demasiado llamativo. Pero, por docenas, ¿por qué no?

¿Conocen el mercado negro de Berlín? ¿No lo conocen? ¿Y no lo

conocieron? En ese caso, solo puedo decirles que se han perdido algo grande. ¡Eso sí que es un mercado negro!, lo que yo les diga. ¡Digno de ver! Hace que el corazón del traficante se acelere. Que dé auténticos saltos. Resulta especialmente recomendable la zona situada alrededor del edificio del Reichstag. Todo un tesoro para mí, el pequeño traficante judío Itzig Finkelstein.

Establecí contactos: dentistas, orfebres, intermediarios, chanchulleros pequeños y grandes (evité a los mayoristas). El oro escasea en Alemania. También escaseaba por aquel entonces, en el otoño de 1945. Vendí mis dientes por docenas. Siempre contaba la misma historia: «Soy el señor Finkelstein. Compro dientes de oro en grandes cantidades. Se los compro en su mayoría a hombres y mujeres alemanes pobres que se arrancan los dientes de oro para cambiarlos por alimentos. ¡Porque también los alemanes han de comer!».

A los traficantes les daba igual. Pero los dentistas y los orfebres… me odiaban, a mí, al judío Itzig Finkelstein, aunque no dijeran nada. Podía verlo en el brillo de sus ojos, chispas silenciosas: «Tú, miserable, pequeño judío. Deberían haberte gaseado. ¿Qué buscas en Alemania? Compras los dientes de oro, ¿eh? ¡Los dientes de hombres y mujeres alemanes pobres!».

Me habría gustado decirles: «En realidad son dientes de muertos, ¡de judíos asesinados!». Pero no podía. Tampoco merecía la pena…, quiero decir…, discutir con antisemitas. Son del todo incorregibles.

Vendí todos los dientes de oro…, o no…, ¡un momento!… No todos. Conservé tres de recuerdo. Los envolví en un pañuelo. Mandé fundir algunos para uso propio, por así decirlo. Mi propia dentadura estaba mal y quería arreglármela sin falta.

Fui al mejor dentista de Berlín. Le dije:

—Tengo la dentadura mal. Y una persona no debería ir por el mundo con la dentadura mal. Arrégleme la boca, llénemela de oro. Quiero que se vea el oro. Que brille cuando me ría.

Tengo la boca llena de oro. Y aún conservo tres dientes en mi viejo pañuelo. Un recuerdo sentimental.

Pero tomen nota.

Vendí el resto de los dientes. E hice una fortuna, suficiente para iniciar un pequeño negocio de estraperlo. El salón de peluquería no corría prisa. Me dije: «Sí, algún día… abrirás tu propio salón de peluquería. Eso seguro. Porque seguro que querrás echar raíces. De eso depende, ¡volver a echar raíces! Llevar una vida honrada, respetable. Tal vez fundar una familia». Sí, ¿por qué no? ¿Por qué no habría de fundar un día una familia Itzig Finkelstein?

Pero lo dicho: ¡no corre prisa! 1945 fue el año del mercado negro.

Comencé con cigarrillos negros, luego pasé al café negro, más tarde comercié con todo lo posible.

Poco a poco, Itzig Finkelstein se hizo un nombre en el mercado negro de Berlín. Verdaderamente, no podía quejarse.

Berlín continuaba siendo un montón de ruinas, y en aquel entonces, en el año 1945, la ciudad entera tenía un aspecto más desolador que nunca. Al menos a mí así me lo parecía. Por las noches, en la cama, veía pájaros de mal agüero sobre las ruinas carbonizadas. Me acurrucaba bajo la manta.

Berlín está acabada. Se ha derrumbado como un castillo de naipes, así de simple. Yo no puedo cambiarlo. Ya no es asunto mío. Algún día reconstruirán la ciudad. Lo veo venir. Y toda Alemania. Lo reconstruirán todo. Y entonces…, sí, entonces… tal vez vayan al cielo, en busca de su Führer.

¿Conocen a Kriemhild, condesa de Hohenhausen? ¿Me permiten que les presente a la condesa?

Imagínense: una fiesta de traficantes en un local nocturno de Berlín. Un sótano, naturalmente. La sala llena de humo. ¿Humo de cigarros puros? ¿O humo de cigarrillos? ¿Quieren saberlo exactamente?

¡De ambos! Aunque hay más humo de puros. Eso depende. Los realmente grandes fuman cigarros puros. Así es.

En alguna parte de la sala se halla sentado Itzig Finkelstein…, el más pequeño entre los grandes. Itzig fuma Camel. Y en alguna parte entre los grandes también se halla sentada la condesa. Fuma un puro.

Luz mortecina. Velas, claro está. Pequeñas, titilantes, temblorosas, centelleantes llamas… que arrojan sombras, como la llama de la vela en el sótano de la señora Holle…, pero otras sombras, muchas más, pues muchas son las velas. Sustitutos del sol, pues este duerme. Y de la luna, que no se asoma a todos los sótanos. Y de la luz eléctrica, ahora apagada.

Encendidos los rostros, difuminados. Camareros de esmoquin. ¡Champán! Fluyendo de barriles de cerveza alemanes…, de fondo, música gitana. Rusa. Rumana. Húngara. También judía. Melancolía. Recuerdos.

Humo, música, champán. Y la condesa…

¿Quieren que les describa a la condesa? Para mí era simplemente rubia. Quizá también voluminosa. Así pues, rubia y voluminosa. Nada más. Itzig no vio más. Una mujer rubia, voluminosa. Una condesa. Pero mi compañero de mesa, un hombre piadoso, antes fraile, después predicador, ahora metido a traficante…, como todos, creyentes y no creyentes…, vio más que yo. Y me la describió.

—Mírela bien, señor Finkelstein —me recomendó mi compañero de mesa—. Y bien, ¿qué ve?

—Una mujer rubia, voluminosa —respondí—. Nada más.

—¿No ve su perversidad?

—No —dije—. No la veo.

—Mire sus ojos. ¿No ve nada?

—No —repetí—. Nada.

—Ahí dentro está todo —afirmó mi compañero de mesa, fraile y predicador—. Llorosos esclavos negros. Risueños. Fustas. Cascos de caballerías. Sangre. Sábanas blancas con lunares rojos. Sudados almohadones multicolores. Posaderas, trasero, retaguardia, coxis, rabadilla, prolongación de la espalda, pandero, pompis, recto, ano, culo… de la más tierna carne y piel de melocotón. *Domini creatio magnifica!* Y ahí dentro hay algo viril, nervudo, medianero, batracio, sin ojos, resuelto, silencioso, chillón, circuncidado. Y lo que así se une, ríe y suspira y grita, aunque solo los ángeles puedan oírlo. ¿Y no ve, señor Finkelstein…, movimientos en espiral… y una lengua húmeda y piernas femeninas con la fragilidad de la avecilla, largas, preñadas de genealogía, finamente torneadas…, y la cerviz de toro del varón? ¿Y todo unido en un estrecho lazo? ¡Y las piernas se burlan de la lengua y pretenden romper la crisma al hombre! Y la más tierna carne y la piel de melocotón succionan el tuétano de los huesos. ¡Y los huesos son el fin de una milenaria cadena con cansados eslabones esculpidos! Y la cama, muda, paciente. Y el firmamento estrellado tras la ventana. ¿Y no ve la guirnalda de rosas? ¿Ni el pergamino de la Torá? ¿Ni a Cristo sin su cruz? ¿A Cristo libre? ¿Desnudo? ¿Con el miembro erecto? ¿Cristo, que ha descubierto la carne?

Yo dije:

—¡Maldita sea! ¡Nunca había oído a nadie hablar así en mi vida!

Me pregunté: «¿De quién es el miembro que penetra en el culo de la condesa nórdica? ¿Estaba Cristo circuncidado? ¿Es Cristo? ¿O aquel que negó a Cristo? ¿O tú? ¿Y quién eres tú? ¿Y no estás tú también circuncidado? Pero ¿no mataste tú a Cristo?».

—¿De qué vive la condesa? —interrogué a mi compañero de mesa.

—Una vez fue muy rica… —respondió mi compañero, fraile y predicador—; bienes, tierras, hasta un castillo. Todo en el Este. Tomado por Iván. Todo en manos del Estado.

—¿Vive ahora del estraperlo?

—Indirectamente —dijo mi compañero de mesa—. Es la querida de un traficante.

Yo dije:

—Ah, es eso…

—En realidad era la querida. Ya no lo es, porque el traficante murió la semana pasada. Un infarto. Un vagón entero de cigarrillos negros que cayó en manos de la policía militar. No hay corazón que lo resista.

Yo, Itzig Finkelstein, vivía con el miedo permanente de un nuevo infarto. A pesar de ello, no pude resistir la tentación. Lo veía todo claro: ¡tenía la intención de hacer de la condesa mi querida!

Días y días vagué como en sueños por las ruinas de Berlín, di también largos paseos por las afueras…, no tan derruidas…, contemplé solitarias villas…, presencié la llegada de las primeras nieves…; a finales de 1945… pensé en el nuevo año…, pensé en Itzig Finkelstein…, el verdadero…, el muerto…, y en el falso…; pensé en mi nariz aguileña…, en mi circuncidado miembro…, pensé en cómo podría ser… yo, Itzig Finkelstein, el pequeño judío, y la hermosa condesa rubia…; pensé en provocación, en revolución…, pensé en cascos de caballerías y en esclavos negros, risueños y llorosos, en fustas y sábanas blancas con lunares rojos…, pensé en la carne tierna, pensé en melocotones, pensé en su culo… y en mi miembro, circuncidado como el miembro del Señor Jesucristo.

Le escribí una carta a la condesa. Escribí:

Estimada condesa:

Yo, Itzig Finkelstein, hago brillantes negocios ilegales, negocio con cigarrillos negros, café negro, chocolate negro, armas de fuego negras y mucho más, de vez en cuando también con virgencitas negras, la mayoría de las cuales tiene el pelo rubio y los ojos azules, o verdes o grises. Me encuentro en el camino

del éxito. Si tuviera a bien aliviar el dolor de un hombre solitario, trabajador, y quisiera dignarse compartir conmigo los frutos de mi ambicioso trabajo, yo, Itzig Finkelstein, le quedaría eternamente agradecido.

Aprovecho gustoso la ocasión para expresarle el testimonio de mi consideración más distinguida.

Suyo afmo.,

ITZIG FINKELSTEIN

La respuesta no se hizo esperar mucho. La condesa me escribió:

Querido señor Finkelstein:

El éxito le ennoblece. ¿Negocia usted únicamente con chocolate americano o también con chocolate suizo, como, por ejemplo, chocolate con leche de los Alpes? Es uno de mis favoritos. ¡Hágamelo saber!

Le ofrezco, querido señor Finkelstein, mi mano para que la bese (¿acaso sabe cómo se besa la mano de una dama?).

Suya afma.,

KRIEMHILD, CONDESA DE HOHENHAUSEN

4

No hace falta que les diga que la unión entre la condesa nórdica y yo, el traficante judío Itzig Finkelstein, llegó a buen puerto. La condesa quería dinero. Yo quería estatus social. Nos complementábamos. Macho y hembra de un mismo enchufe. Tanteamos el terreno, nos conocimos, funcionábamos.

Visité a la condesa en su villa, una auténtica villa que había sobrevivido a la guerra…, no muy lejos de Berlín…, en el barrio de Blankenstein…, jardines, senderos de gravilla, pastizales, abetos blancos…, por supuesto nevados…, embebidos en invierno…, el

invierno del 45-46…, el invierno de la posguerra.

La condesa me recibió con la sonrisa de Kriemhild al ser sorprendida por Siegfried…, dejó que le besara la mano, me condujo hasta el salón fumador, me ofreció un puro, me sentó en un sillón de cuero, tomó asiento ella misma, me explicó de inmediato que el dinero ofrece más protección que la sangre de drago, preguntó si yo podría protegerla, se informó sobre puros negros, chocolate negro, café negro, virgencitas negras, fumó con nerviosismo, agitó una campanilla, ordenó al mayordomo que sirviera té y panecillos con paté, cruzó sus largas piernas, conscientes de su genealogía, me mostró, furtivamente, la punta de la lengua…, sangre azul, roja…, habló de finanzas, novedades bursátiles, música, libros, me hizo una seña con el meñique, me indicó que me pusiera en pie, dejó que intimara con ella, sonrió, me desabrochó los pantalones con sus delicados dedos, tomó el miembro en su mano, lo vio crecer, tomó una cinta métrica, comprobó la longitud, la anchura y el diámetro del miembro, dijo:

—Sí, es normal. ¡Aprobado!… —Me entregó entonces una llavecita dorada, y dijo—: ¡Es solo simbólico! ¿Ha leído a Tagore? ¿A Zweig? ¿A Dostoievski? ¿A Courths-Mahler? ¿Le gusta Mozart?

La condesa tenía la villa solo en alquiler. Costaba un ojo de la cara. Su anterior amante, el traficante Nikolaus Wanja Stubbe, hijo de una rusa blanca y de un comerciante de automóviles berlinés…, Nikolaus Wanja Stubbe, llamado Zarévich…, era uno de los *grandes*, y para él no significaba nada. Sin embargo, yo, Itzig Finkelstein, el judío, solo era uno de los *pequeños*, aunque hacía buenos negocios y me encontraba en el camino del éxito. Pero así y todo…, no podía permitirme esos lujos. Una villa tan costosa, con todos los requisitos, sin duda no podía…, o… sin duda no debía permitírmela.

Por supuesto, la condesa tenía, además del mayordomo, servidumbre adicional: doncella, cocinero, cocinera, jardinero, criada, chófer. El coche del traficante Nikolaus Wanja Stubbe se hallaba en el garaje y huelga decir que a mi disposición.

Una vez instalado en casa de la condesa, se me inculcó de

inmediato que el verdadero éxito va estrechamente unido al estilo de vida en el que o con el que uno vive. Cada día me llevaban al mercado negro en el Mercedes negro. Eso llamaba la atención de los *realmente grandes*, que se acercaban a mí y trataban de entablar negocios conmigo. La condesa celebraba fiestas en nuestra villa con regularidad e invitaba a los *realmente grandes*, a quienes enredaba con sus delicados dedos, y me conseguía encargos que superaban todo lo que jamás hubiese soñado. Naturalmente, también crédito. Hasta entonces solo había hecho chanchullos menores y efectuado sumas que una persona normal podía hacer de memoria…, ahora las cifras tenían tantos ceros que hube de comprar una calculadora. En nuestro círculo no se hablaba de cartones de cigarrillos aislados, ni de barras de chocolate aisladas, ni de latas de café aisladas, ni de virgencitas aisladas…, se hablaba de vagones completos: un vagón de cigarrillos, un vagón de chocolate, un vagón de café, un vagón de virgencitas.

Si creen que nada más llegar a la villa de la condesa me metí en su cama, por así decirlo, cohabitando en toda regla…, están muy equivocados.

Durante la primera semana no pude tocarla. Antes bien, me vi obligado a dormir en la cama del mayordomo…, un hombre circunspecto, cumplidor de sus deberes, leal y experimentado, a quien la condesa había ordenado iniciarme en el arte del amor.

El mayordomo me explicó que cuerpo y alma constituyen una unidad, que en un cuerpo vivo no puede habitar un alma muerta, pero sí una dormida, y que el alma dormida ha de ser despertada al igual que el alma dormida de un violín despierta en manos del violinista adecuado. El mayordomo me explicó la diferencia entre deseo y anhelo y cómo el uno aumenta gracias al otro, también habló de teatro, habló del arte dramático, habló de la importancia del prólogo, que estimula el acto principal, cuyo eco se percibe de nuevo por medio del epílogo. El mayordomo me explicó que el

hombre tiene o debería tener fantasías, pero el animal no, pues este no las tiene, que la fuerza del amor da alas a la fantasía y está en situación de transformar las cosas terrenas, hasta que el dedo deja de ser dedo, la lengua lengua, los dedos de los pies dedos de los pies, la nariz nariz, el miembro miembro, la vagina vagina, el trasero trasero, los fluidos fluidos, el excremento excremento, y así sucesivamente.

El mayordomo me explicó que la abeja introduce su laboriosa trompa en las profundidades del cáliz de la flor en busca de la miel, que la tierra es femenina y el granizo masculino, al igual que el sol, que la mujer acoge al hombre y no al contrario, que las montañas tienden sus brazos al viento primaveral, que los queridos pájaros son criaturas de Dios al igual que el caballo… y que los queridos pajarillos no se avergüenzan de picotear el sabroso grano en la hedionda bosta del caballo, pues el grano es fruto de Dios. ¿Y es acaso el hombre mejor que un pajarillo?

El mayordomo habló de fustas, de cuero legítimo e ilegítimo, de mangos duros y blandos…, ornados con plata o bronce…, cojines de seda o terciopelo para estimular el contacto y, de vez en cuando, para intensificarlo, habló de ortigas, aceite de oliva, baños de espuma, vaselina, perfume, bigudíes, néctar y champán, habló de las suaves curvas del cuello de las botellas de cristal, de la secreción vaginal, impregnada de champán y de néctar, dulces cerezas deshuesadas, pantuflas, amenazó con su dedo de mayordomo, aclaró circunspecto que sorber ruidosamente solo estaba permitido cuando el champán no se bebe de un vaso ni directamente de la botella, habló de la necedad del cáñamo y del espíritu del vino…

Me zumbaban los oídos de tanta teoría y experimenté una sensación casi de alivio cuando finalmente el mayordomo llamó a la criada a la habitación para sustituir la clase teórica por la práctica. Sí, eso me ocupó el resto de la semana. Aprendí una barbaridad. Aprendí sobre todo las siete posturas más importantes, incluida la última…, la postura de la «contemplación pura».

¿He conseguido despertar su curiosidad? ¿Quieren saber si el traficante judío Itzig Finkelstein, el antiguo genocida ario Max Schulz, salió airoso la primera noche del gran examen con la noble belleza, con la señora Kriemhild, condesa de Hohenhausen?

¿Saben qué es un fracasado? ¿Han estudiado psicología? ¿Saben algo sobre la naturaleza del pánico escénico? ¿Conocen la expresión «examen oficial»? ¿Son capaces de ponerse en el pellejo de un estudiante loco de ambición cuando comparece ante el tribunal?

Llegado el momento del *gran examen*, olvidé todo lo que había aprendido, me quedé temblando de miedo, con los ojos de rana abiertos como platos, en sus brazos, pensé en el ojo del pólipo, oí al ojo reír, me vi atravesado por sus rayos, atravesado por su luz, por su mirada, ridiculizado, humillado, castrado. Solo una vez… en el transcurso de aquella primera noche… logré sacar fuerzas de flaqueza, me enfurecí, traté de vengarme, proferí una formidable maldición, me lancé sobre la condesa y la tomé por asalto, un asaltó que duró tres segundos… o, para ser más exactos, tres segundos y medio.

¿Y saben lo que dijo la condesa?

—Señor Finkelstein, es usted un bárbaro.

—Judío —dije—. Nada de bárbaro.

—Tanto peor —añadió la condesa—. «Lo que heredaste de tus antepasados, habrás de adquirirlo si quieres poseerlo». Una cita de Goethe. ¡Tome nota!

—Pero nuestra herencia es la Biblia —dije yo.

—Cierto —asintió la condesa—. ¿Pero no habéis tenido relación con los antiguos griegos? ¿Ni tampoco con Babilonia? ¿No visteis nada allí? ¿No aprendisteis nada? ¿Nada de nada?

Está claro: ¡la condesa es antisemita!

En el último momento se ha quitado la máscara.

Cada día me veo obligado a aguantar comentarios mordaces y burlones. La expresión «cerdo judío» es la única que aún no se ha pronunciado, que probablemente nunca pronuncie, pues esas y similares expresiones no entran dentro de su léxico. La expresión «cerdo judío» se me servía más bien disfrazada. Pero siempre lo bastante clara. Hasta los criados lo han notado. Ya ni se molestan en reír furtivamente a mis espaldas. Se ríen abiertamente en mi presencia.

Ayer dijo la condesa:

—Dicen que vosotros, los judíos, erais un pueblo orgulloso. Un pueblo de agricultores, escribas y soldados. Supuestamente, ningún pueblo ha luchado tanto por su libertad como el pueblo judío. Entonces, ¿qué ha sido de vosotros?

Yo pregunté:

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Que qué quiero decir con eso? —repitió la condesa burlona—. Quiero decir que la historia ha mentido. De lo contrario, vuestro pueblo no habría engendrado un ejemplar como usted, señor Finkelstein. ¿Se ha mirado alguna vez al espejo?

¿Qué había dicho la condesa? «*Supuestamente*, ningún pueblo ha luchado tanto por su libertad como el pueblo judío». ¿Qué significaba *supuestamente*?

¡La historia habría mentido! ¿Acaso no había dicho eso? ¡Menuda desfachatez! Pretende humillarme por completo.

Hoy por la mañana, nada más desayunar, le he ordenado al mayordomo que me procure una *Historia judía*.

—La Biblia la conozco —dije—. Pero eso no basta. Procúreme una *Historia judía* objetiva.

Del mayordomo puede uno fiarse. Me ha procurado una *Historia*

judía. Es más, ¡un resumen! Un resumen con las citas más importantes y con extractos de la obra completa del historiador Graetz. De lectura fácil y rápida. Además, la *Historia del moderno sionismo*, *El Estado judío*, de Theodor Herzl, y *Roma y Jerusalén*, de Moses Hess, escritos de Max Nordau, discursos impresos de Jabotinski, literatura sionista de extrema derecha y cosas por el estilo. Estoy satisfecho con el olfato del mayordomo. Le demostraré a la condesa que la historia no ha mentido.

Un hombre que trabaja tanto como yo dispone de poco tiempo. Todos los días, sesiones y conferencias en el mercado negro, además de otras tareas menores en el Mercedes negro o a pie, aunque no tengo ninguna necesidad de hacerlo, además de seis a ocho horas de lectura, por la noche, naturalmente, *Historia judía*, historia sionista y lo demás. Entre tanto también acudo a la sinagoga, en primer lugar para practicar la oración, en segundo lugar porque quiero dejarme ver…, eso no hace daño a nadie.

Últimamente…, mantengo largas discusiones con la condesa. El tema: ¿ha mentido la historia o no? Le muestro con una irónica sonrisa mis libros, nombres famosos y citas auténticas que he subrayado en azul y cuya credibilidad es irrefutable. La condesa sigue mofándose de mis ojos de rana, de mi nariz aguileña, de mis pies planos, de mi ocupación como traficante, me llama judío de segunda, llama enojada al mayordomo, hace que le traigan el *álbum de los periódicos*, me muestra recortes del *Stürmer*, del tristemente célebre libelo nacionalsocialista, antisemita, de antaño, y me dice:

—Mire esta caricatura, señor Finkelstein…, así son los judíos…, ¿y acaso no se parece a usted?… ¿O no?…

Pero cada vez se siente más insegura, puesto que yo rebato todo lo que dice… basándome en las citas, seguro gracias a las citas, consciente de las citas:

—Mire, condesa, ¡eche un vistazo a este libro! ¡Y a este! ¡Y a este otro! La condesa dice:

—¡Nariz corva! ¡El señor Itzig Finkelstein!

Yo replico:

—¡Moisés!

La condesa dice:

—¡Ojos de rana! ¡Pese a las gafas!

Yo contraataco:

—¡Jesús!

La condesa dice:

—¡Pies planos! ¡Pese a los zapatos de ante!

Yo contesto:

—¡Karl Marx!

La condesa dice:

—¡Cráneo rasurado para ocultar su cabello crespo!

Yo insisto:

—¡Sigmund Freud!

La condesa dice:

—¡Traficante!

Yo exclamo:

—¡Einstein! Mire, condesa, la base de la civilización occidental descansa sobre los hombros de cabezas judías.

—¿Desde cuándo los hombros descansan sobre la cabeza? —pregunta la condesa—. ¿Acaso no son tergiversaciones judías, señor Finkelstein?

Pero yo me río de ella, le hablo de Judas Macabeo…, a quien llamaban el Martillo…, le hablo de los héroes judíos de la fortaleza de Masada, le hablo del alzamiento de Bar Kojba, le hablo del exilio, le hablo de la Inquisición española, le hablo de hogueras encendidas, le explico cómo la gente muere por sus creencias, le hablo de resistencia, de martirio, de heroicidad pasiva, le digo:

—Condesa…, dos mil años de exilio no son nada para nosotros, no más que dos para vosotros, porque a nuestro modo de ver, los ceros se borran…, incluso varios ceros. Lo que los nazis hicieron, también podemos hacerlo nosotros. Pero de otro modo. Ellos borraban ceros humanos. Nosotros borramos los del tiempo. Nada ha cambiado

para nosotros. Aquí estoy yo y no puede ser de otro modo. ¿Quién dijo eso? ¡Lutero lo dijo! ¡Un antisemita fue quien lo dijo! Pero a la mierda, no me importa. Porque yo, querida condesa, también lo digo. Aquí estoy yo y no puede ser de otro modo. Soy judío. Y estoy orgulloso de serlo. Y si no le gusta, ¡que le den por el culo!

La condesa se limitó a decir:

—Eso se hace…, pero no se dice. ¡Qué poca delicadeza, señor Finkelstein!

Cada mañana, el mayordomo me deja el periódico junto al plato, a la izquierda. Tengo por costumbre leer las noticias que tratan del genocidio en primer lugar, las recorto, las guardo, las subrayo previamente, antes de clasificar los nombres de los criminales que han sido capturados, así como de los que aún son perseguidos. A menudo me topo con el nombre del comandante del campo Hans Müller, de cuando en cuando también con el mío propio.

La condesa suele observarme, burlona, mientras realizo esta operación. Ayer me dijo:

—Señor Finkelstein. Está usted chiflado. Además, se comporta como un niño de seis años. Reúne estos disparates. ¡Subraya nombres! Además, ¿por qué subraya dos veces determinados nombres?

Yo dije:

—Porque estos determinados nombres son los de dos criminales de Laubwalde.

—Eso ya lo sé —repuso la condesa.

—Hans Müller —dije—. Y Max Schulz. Dos pájaros de cuidado.

—Genocidas —añadió la condesa—. Como todos los demás.

—Exactamente —dije.

—¿Y quién es ese Hans Müller?

—Era el comandante del campo. Venía en el periódico.

—¿Y quién es ese Max Schulz?

—Un pez pequeño —dije—. Tan solo un pez pequeño.

Tras la lectura sobre el genocidio, acostumbro a echar un breve vistazo a las páginas literarias, también leo las carteleras de cine y teatro, estudio el mercado inmobiliario, leo las novedades bursátiles, paso por alto o me salto artículos que no me interesan y, para terminar, leo sobre política.

Siento especial interés por los acontecimientos de Palestina. Allí la cosa está fea. Todos los días la prensa trae noticias con titulares como «¡Terror judío! ¡Revuelta! ¡Tropas inglesas llegan a Tierra Santa! ¡Los judíos reclaman el derecho de autodeterminación! ¡Los judíos son una minoría! ¡Los judíos aspiran a la mayoría! ¡Persiste la emigración masiva de judíos pese al bloqueo! ¡La banda Stern ataca un cuartel inglés, una comisaría de policía de Tel Aviv salta por los aires! ¡La organización terrorista Irgún Tzvaí Leumí hunde un barco inglés! ¡Capitán inglés secuestrado! ¡Estado de excepción! ¡Disturbios árabes!».

—¿Qué está pasando allí realmente? —pregunta la condesa.

Yo respondo:

—Los judíos quieren que se les devuelva su tierra. ¿Ha oído hablar del sionismo alguna vez?

La condesa contesta negativamente, como esperaba.

Procedo a explicarle:

—El sionismo no es ninguna idea nueva. Es tan vieja como el exilio del pueblo judío.

La condesa dice:

—¿De modo que no es ninguna idea nueva?

Yo continúo:

—Mi pueblo nunca ha renunciado a la idea de regresar a Tierra Santa. Hemos alimentado esa idea durante siglos. Incluso en nuestras plegarias: *Leshana haba ba Jerushalajim*, es decir, ¡el próximo año en Jerusalén! —Y prosigo—: En mis libros dice que no solo hubo un exilio. Pero nosotros hablamos del último exilio, un exilio que ya casi ha durado dos mil años.

Y yo digo:

—Deben diferenciarse dos fases, querida condesa…, el sionismo mesiánico y el sionismo político.

Y yo digo:

—Durante la primera fase, los judíos esperaron pacientemente la llegada del Mesías, que habría de guiarlos de vuelta a Tierra Santa. Pero el Mesías de los judíos no tiene mucha prisa. ¿Cuánto tiempo podían esperar los judíos? Ya han esperado casi dos mil años. Y él aún no ha acudido. ¿Lo capta, condesa? Los judíos esperaron como corderos, rodeados de lobos. Y el cordero sintió miedo y se transformó. Se convirtió en avestruz. Ocultó la cabeza en la arena. Y no vio las fosas comunes. Ni las cámaras de gas. ¿Lo capta, condesa?

—Lo capto —respondió la condesa.

Y yo digo:

—El sionismo político es un sionismo práctico. Su lema: «¡No esperar más! ¡Adelantarse al Mesías! ¡Reconquistar Tierra Santa por cuenta propia!». Mediante estratagemas políticas, mediante inmigraciones masivas, si es preciso…, mediante la fuerza de las armas. ¿Lo capta? ¡Un Estado judío! ¡Un ejército judío! ¡Un hogar permanente para el pueblo judío! Protegido por la ley. Por nuestra ley. La ley judía. No la ley de los otros.

Luego le hablé a la condesa de Theodor Herzl, el fundador del sionismo moderno, político, con un objetivo práctico, le hablé de los primeros pioneros procedentes de Rusia, le hablé de la tarea de reconstrucción judía, de nuevos asentamientos, le hablé de Trumpeldor, el héroe nacional manco, caído en Tel Chai, Trumpeldor, luchador infatigable, Trumpeldor, creador del Hechaluz…, el movimiento socialista de pioneros trabajadores judíos…, le hablé de la primera oleada de inmigración, de la segunda y la tercera, le hablé de otras oleadas, le hablé de nuestra lucha durante el dominio otomano…, y más tarde…, de la lucha durante la época del mandato

inglés, le hablé de las luchas entre árabes y judíos, le hablé de la Haganá, la fuerza defensiva judía, también le hablé de la Declaración Balfour, de la promesa inglesa de garantizar un hogar permanente en Tierra Santa al pueblo judío sin patria.

La condesa hallaba escaso interés en todo esto. Sin embargo, me escuchaba atentamente, incluso me profesaba cierto respeto pasajero, decía:

—No os creía capaces de algo así. ¡Conquista! ¡Reconstrucción! ¡Ejército! ¡Trabajo! Pensaba que erais un pueblo de cobardes, comerciantes y eso.

No sé por qué quiero impresionar a la condesa. ¿Tendré complejo de inferioridad? ¿Será este un típico complejo judío?

Yo me pregunto: «¿Acaso no tendrás también complejo de castración?».

A pesar de todo, continúo con estas discusiones. Le muestro a la condesa nombres subrayados en azul de científicos, médicos, filósofos, artistas, literatos, poetas judíos, humanistas, inventores, filántropos, políticos, revolucionarios judíos…, le muestro nombres, nombres subrayados de cerrajeros, carpinteros, zapateros, sastres, peluqueros judíos…, le explico que nosotros, los hombres, somos todos iguales, le digo:

—Eso ya lo afirmó Émile Zola en el caso Dreyfus.

Pero yo, Itzig Finkelstein, anteriormente Max Schulz, sé que no conduce a nada. No puedo cambiar a la condesa. Y no la cambiaré. Un antisemita es como un enfermo de cáncer. Lo que está tan profundamente arraigado ya no puede extirparse.

El mayordomo nunca se inmiscuye en nuestras conversaciones. Cuando trae té…, o coñac…, o panecillos con paté…, si bien es verdad que aguza el oído, su rostro permanece inalterable. Es un mayordomo como debe ser, que hace como si no oyera ni viera nada. Un chino que las mata callando.

Hoy le pedí opinión.

—Dígame…, ¿qué opina usted de nuestras discusiones sobre el pueblo judío?

—No sabía que usted, señor Finkelstein, discutiera con la señora condesa sobre el pueblo judío. Nunca escucho nada. No es asunto mío.

—No me venga con cuentos. Por supuesto que escucha.

—No escucho, señor Finkelstein.

—No le pregunto como mayordomo, sino como persona…, esta es una conversación de persona a persona. O de hombre a hombre.

—En ese caso, señor Finkelstein…, como persona, diría que usted, señor Finkelstein, tiene un complejo de inferioridad típicamente judío.

—¿Y por qué diría eso…, quiero decir…, como persona?

—Porque usted fanfarronea, señor Finkelstein.

—¿Con mi pueblo?

—Con su pueblo, sí.

—No me queda otro remedio. ¿O acaso sí?

—No es cierto, señor Finkelstein. Como persona le diría, señor Finkelstein, que un judío orgulloso de su pueblo no se queda en Alemania. Nunca viviría aquí. Ni tampoco trataría de convencernos a nosotros los alemanes…, quiero decir…, con palabrería.

—¿Qué haría un judío orgulloso?

—Emigrar, señor Finkelstein.

—¿A América?

—A América no, señor Finkelstein. Un judío orgulloso emigraría a Palestina. Si no me equivoco, allí se vive una guerra de guerrillas. Empuñe un arma, señor Finkelstein. Luche por su tierra. ¡Muéstrele al mundo lo que es un judío orgulloso!

Mi chófer está enfermo. Su sustituto, un tipo más flaco y más alto con pequeños y alegres ojos de borrachín, me recuerda de algún modo a uno de mis cinco padres, el cochero Wilhelm Hopfenstange.

Hace poco, cuando nos dirigíamos a la ciudad en el Mercedes

negro, el nuevo chófer dijo:

—Señor Finkelstein, he estado fisgando un poco. Vive usted en un entorno antisemita.

—Sí. Lo sé.

—Ayer le comentó la cocinera al mayordomo: «Me gustaría saber cómo sobrevivió el señor Itzig Finkelstein al campo de concentración».

»Y el mayordomo repuso: «Sí. A mí también».

»Y la cocinera dijo: «Mi anterior señor era un profesor de universidad judío. Hitler lo mató».

»Y el mayordomo respondió: «Ya. Es una lástima».

»Y la cocinera prosiguió: «Los judíos respetables han muerto y uno como Itzig Finkelstein sigue vivo».

»Y el mayordomo asintió: «Sí. Así son las cosas. Lo primitivo sobrevive con mayor facilidad».

»Y la cocinera añadió: «Hitler mandó gasear a los judíos equivocados. Tendría que haber gaseado a Itzig Finkelstein y a los de su calaña».

»Y el mayordomo dijo: «Sí. O fusilado. O ahorcado. O apaleado».

Hoy estuve en la sinagoga. Me he esmerado en la oración. En las pausas…, en las oficiales…, hablé alemán con mi nuevo Dios. Le dije:

—Dios mío, no sé dónde estás, si en el cielo o tan solo en mi lengua. Pero me importa un bledo. A pesar de todo, quería hablar contigo. Así que escucha: «Yo, Itzig Finkelstein, sostengo una lucha diaria con el servicio y con mi querida, que en realidad no es mi querida, sino mi socia, ya que a través de ella consigo fantásticos contactos y hago negocios millonarios. Pero no era eso lo que quería decir. Solo quería decir que debo defenderme de ataques antisemitas de continuo. Estoy desesperado. Pretenden pisotear mi dignidad humana en mi propia casa». ¿Me habré convertido en un judío? ¡Pensaba que los judíos habían ganado la guerra!

Berlín, 1947

La condesa ha invertido toda mi fortuna en un único negocio. Hoy durante el almuerzo me lo explicó:

—Señor Finkelstein. Se trata del mayor alijo de armas de la historia.

Yo pregunté:

—¿Y si algo se tuerce?

La condesa replicó:

—¿Y por qué iba a torcerse? Mire, señor Finkelstein, respondo a una pregunta con otra pregunta. ¡Su influencia judía! ¡Mire hasta dónde ha llegado!

¡El mayor alijo de armas de la historia! Si el negocio sale bien…, ¿y por qué no iba a salir bien?…, yo, Itzig Finkelstein, pondré fin de una vez por todas a mi actividad de traficante, pues yo, Itzig Finkelstein, seré uno de los hombres más ricos de la Alemania de la posguerra; mi fortuna, expresada en números, tendrá aún más ceros tras los números de los que ya tiene.

Hoy he averiguado que algunos de nuestros enlaces trabajan en el gobierno militar de las fuerzas de ocupación… aquí en Alemania, en las distintas zonas…, otros en el extranjero…, naturalmente, en grandes ciudades…, Zúrich, Madrid, Londres, París, Nueva York, Atenas, El Cairo, Tel Aviv, Damasco.

«¡Se trata del mayor alijo de armas de la historia!», dijo la condesa, o algo parecido. Tanques, botín de guerra procedente del trastero de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. ¡Ametralladoras! ¡Cajas de munición! ¡Lanzagranadas! ¡Morteros! ¡Granadas de mano! ¡Y mucho más!

Mientras hablábamos, le comenté a la condesa:

—Pero ¡yo no tengo tanto dinero! ¿Quién más ha invertido aparte

de mí?

—¡Otros de su calaña, señor Finkelstein!

—¿Probos judíos?

—Judíos y no judíos —repuso la condesa—. ¡Pero todos de su calaña!

¡Correo! ¡Correo! ¡Correo sin sellos! La condesa corría excitada de un lado a otro de la villa, se olvidó de cambiarse de ropa, tenía bolsas azules bajo los ojos. ¿Qué edad tiene en realidad? Yo mismo, yo, Itzig Finkelstein, puedo constatar que mi tensión arterial aumenta día a día. Mi futuro pende de un hilo. ¡Multimillonario o mendigo!

5

Ayer me mudé de la villa. Así es. Así y no de otro modo. La vida es, entre otras cosas, a menudo y con frecuencia, incluso a veces y de vez cuando, extremadamente irónica.

Yo, Itzig Finkelstein, estoy arruinado. Me quedan siete dólares negros en el bolsillo. En el bolsillo de los pantalones, porque me quito la chaqueta a menudo. Los pantalones son más seguros.

Naturalmente, querrán saber lo que pasó. Fue así: ¡un negocio! ¡Un negocio colosal, único, inmejorable! ¡El mayor alijo de armas de la historia! En él invertí toda mi fortuna. Lo dejé todo en manos de mi querida, que en realidad no era mi querida, sino únicamente mi socia. Pero ¡ya saben lo que pasa cuando se deja hacer negocios a un gentil!

¡Todo está perdido! ¿Y ahora qué voy a hacer yo, Itzig Finkelstein, con siete dólares negros en el bolsillo?

Aquí estoy metido y no puedo hacer otra cosa; en una desolada habitación de hotel, en el sector americano de Berlín…,

contemplando el cielo, negro, no solo porque lo veo todo negro, sino porque está lloviendo en Berlín. ¿Creen ustedes que yo, Itzig Finkelstein, podré empezar de nuevo desde cero? ¡Ya tengo casi cuarenta años!

Hoy por la mañana, al levantarme, pensé en la condesa. Nuestra despedida fue fría:

—Señor Finkelstein. El mayordomo le llevará hasta su hotel en el Mercedes.

—Sí. Muchas gracias.

—Vaya al hotel Patria. A decir verdad, es un hotel sórdido, pero también barato.

—Sí. Eso haré.

En el hotel Patria viven dos judíos: el judío Max Rosenfeld y el judío Itzig Finkelstein.

Según dicen, los judíos se reconocen los unos a los otros de forma instintiva. Nosotros, Max Rosenfeld y yo, coincidimos por vez primera en el vestíbulo del hotel, el vestíbulo del hotel Patria, nos vimos, nos reconocimos, nos guiñamos un ojo, nos tanteamos, olfateamos nuestras almas, nos arrojamos el uno sobre el otro, impulsivamente, nos dimos la mano, dijimos:

—*Shalom*.

Preguntamos:

—¿Qué le trae por Berlín? ¿Qué hace en el hotel Patria?

Respondimos a nuestras preguntas con preguntas:

—¿Qué le trae por Berlín? ¿Qué hace en el hotel Patria?

Eso fue antes de desayunar…, quiero decir, la primera coincidencia. Luego nos sentamos, no faltaba más, a la misma mesa, desayunamos, conversamos, cambiamos impresiones. Traté de explicarle a Max Rosenfeld que nosotros —él, Max Rosenfeld, y yo, Itzig Finkelstein— nos habíamos reconocido por el olor de nuestra

alma.

—¿El olor del alma? —dijo Max Rosenfeld—. ¡Habría que subrayar en rojo esas palabras!

Yo dije:

—¡En azul!

—¿Por qué en azul? —preguntó Max Rosenfeld.

Podría haberle respondido: «¿Y por qué no?», pero me serví de otro método de respuesta y dije:

—¡Porque las verdades deberían subrayarse en azul!

Max Rosenfeld asintió, si bien dirigió una compasiva mirada a mi número de campo de concentración, probablemente pensó: «¡Este perdió el juicio! ¡Botas de las SS! ¡Patadas en la cabeza! ¡Está mal de la cabeza!».

El olor del alma…

Hoy he pasado toda la tarde pensando en estas palabras. ¿Qué es lo que emana de nosotros los judíos? Y cuando coincidimos, ¿qué olfateamos y reconocemos con la nariz de nuestra alma? ¿Qué es ese misterioso no sé qué? ¿De qué estará compuesto? ¿Será nuestro pasado? ¿Nuestra irrepetible historia? ¿La herencia de nuestros antepasados? ¿Nuestra alianza con Dios? ¿Nuestra aflicción? ¿Dos mil años de persecución? ¿Nuestra añoranza de Jerusalén?

En la cena conjunta le pedí a Max Rosenfeld que me respondiera a una pregunta.

—Nos hemos reconocido por el olor de nuestras almas, ¿no es así? —le pregunté durante el desayuno.

Max Rosenfeld dijo:

—Será mejor que… omitamos lo del *nos*.

—¿Qué quiere decir con eso?

Max Rosenfeld repuso:

—Quiero decir eso, que no nos hemos reconocido. Más bien *yo* le

he reconocido a *usted*. Y a usted no le quedó más remedio que reconocerme a mí.

Yo dije:

—Ah, se trata de eso.

Y Max Rosenfeld dijo:

—Sí, de eso.

Y yo añadí:

—¿Y cómo me ha reconocido? ¿Por el olor de mi alma?

Max Rosenfeld negó con la cabeza.

—No, por el olor de su alma no, señor Finkelstein. ¡Me bastó con su jeta! —Max Rosenfeld dijo estas palabras con tono jocoso, me guiñó un ojo, rio, volvió a ponerse serio y añadió—: ¡No se enfade!

No pude pegar ojo. Me levanté poco antes de medianoche. Me puse ante el espejo, me dije: «Itzig Finkelstein. No pareces judío. Tan solo una caricatura. Pero ellos se lo creen. Incluso Max Rosenfeld. Se lo han metido en la cabeza. Solo eso».

Volví a tumbarme. Traté de dormir. No pude. Volví a levantarme. Hice anotaciones en el diario. Pensé: «Ya es más de medianoche. Has de cambiar la fecha. ¡Al diablo con la fecha!».

Volví a situarme ante el espejo. Pensé desesperado: «Tal vez te haya reconocido por tus ojos». Busqué ese algo en mis ojos…, busqué mi alma judía… y no pude encontrarla.

Permanecí largo rato de ese modo ante el espejo de la pared. Me dije: «En tus ojos, Max Schulz, no se halla el alma de ningún pueblo, ni del judío, ni de ningún otro, ni siquiera del alemán. ¡Son solo unos ojos de rana!».

6

He vuelto a hacer trabajillos en el mercado negro. Por el momento solo negocios de intermediario. Mi valor para afrontar la vida aumenta día a día. ¿Volveré a hacer carrera?

El sórdido hotel Patria es un hotel claramente patrio. Quien crea que aquí los huéspedes vienen de todo el mundo, se equivoca. Aparte de nosotros dos, judíos, aquí solo viven alemanes.

Ni que decir tiene que se ha corrido rápidamente la voz de que Max Rosenfeld y yo somos judíos. A pesar de ello, aquí no percibimos nada de antisemitismo. Más bien al contrario. Se nos respeta. Parece que ocupamos una especie de posición preferente. Lo he comprobado: nos dan coba. ¡Todos! Tanto el personal del hotel como los huéspedes. ¿Qué ocurre en realidad? La gente se descubre ante nosotros, las muchachas hacen una reverencia, e incluso, de vez en cuando, hasta las señoras de más edad. En el almuerzo nos sirven en primer lugar. Por la mañana temprano, cuando hacemos cola ante el único lavabo de caballeros, nos dejan pasar: «Por favor, señor Rosenfeld…, por favor, señor Finkelstein…, ¡ustedes primero!».

Max Rosenfeld halla todo esto…, quiero decir, el extravagante, singular, extraño, raro, peculiar, inusitado, insólito, excéntrico, estrafalario, curioso comportamiento o conducta de los huéspedes del hotel y del personal del sórdido pero patrio hotel Patria con respecto a nosotros, es decir, con respecto a mí, Itzig Finkelstein, y a él, Max Rosenfeld, del todo natural. Correcto, por así decirlo.

—Mire, señor Finkelstein. En mi opinión, el hotel Patria es la típica… personificación de la Nueva Alemania, en su relación con sus huéspedes judíos. Lo que aquí se ve reflejado, querido Finkelstein o querido señor Finkelstein…, es el espíritu de la época. Sencillamente, el espíritu de la época. Nada más. ¿Acaso no lo sabía?

Me quedé mirando fijamente a Max Rosenfeld, estupefacto.

—Parece no saber dónde se encuentra —dijo.

—En el hotel Patria —repuse.

Max Rosenfeld rio. Una risa compasiva. Sin duda no me toma en serio.

Quería decir algo más, pero olvidé lo que quería decir, me acordé entonces de los dentistas y orfebres antisemitas del año 1945, poco después de la derrota, pensé en ello durante un momento efímero, me tragué mis pensamientos, no los consideré importantes, le hablé únicamente de mis experiencias con la condesa, le hablé de la villa, le hablé de mi complejo de inferioridad judío…

Sin embargo, él, Max Rosenfeld, reía, reía a carcajadas.

—¿Complejo de inferioridad? ¡Señor Finkelstein! ¡Vaya disparate! Hoy en día, ¿qué judío tiene aún complejo de inferioridad? ¿Es que no sabe que hemos ganado la guerra?

—Sí. Por supuesto que lo sé.

—¡Pues entonces! ¿Y qué dice de una condesa? ¿De una villa? ¡Seguro que lo ha soñado!

—¿Soñado?

—¡Desde luego! ¡Soñado! Este círculo, señor Finkelstein, ¿sabe lo que es… un círculo?, este círculo, la villa…, ¡pero si eso ya no existe! Esa condesa de una época extinguida…, en el año 1947…, una condesa con un toque…, un toque moderno…, y literatura basura nacionalsocialista en el desayuno…, y ese mayordomo…, sus panecillos con paté…

Yo pregunté:

—¿Qué encuentra usted tan absurdo… en esos panecillos con paté?

Ciertamente no fue un sueño, aunque no esté seguro del todo. Porque ¿qué hay seguro en esta vida? ¿Acaso yo soy yo? ¿Seguro? Y, sin embargo, ¡no soy capaz de convencerlo!

Para el judío Max Rosenfeld solo existe el hotel Patria.

—Mire, señor Finkelstein, mire cómo nos dan coba los alemanes. ¡Se sienten culpables! Ninguno de ellos está en situación de resucitar

de nuevo a los seis millones. ¡Seis millones de judíos asesinados! ¡No es moco de pavo!

Yo dije:

—Eso es cierto.

—Los alemanes del hotel Patria nos quieren pedir perdón… —prosiguió Max Rosenfeld— a nosotros, los supervivientes…, pero no saben cómo. Tampoco es que sea fácil.

—¿Y qué hacen?

—Se descubren ante nosotros —respondió Max Rosenfeld—. O hacen cómicas reverencias. ¡Ya lo ve!

Yo dije:

—Y cuando hacemos cola ante el servicio de caballeros…

—En efecto… —dijo Max Rosenfeld—, ¿lo ve?, ¡hasta en ese lugar tenemos preferencia! No quieren que tengamos quebraderos de cabeza. Eso es importante. Al menos por el momento. Hasta que la culpa haya sido redimida.

El nuevo espíritu de la época es filosemita. Un fantasma con ojos húmedos que un día se secarán. ¿Cuándo?

No me gusta soñar. Los sueños me asustan. Especialmente mientras duermo.

Ayer por la noche soñé… que estaba en el teatro. Se representaba el espíritu de la época. Vi un escenario. Vi el hotel Patria. Vi a los actores correr de un lado a otro. Vi también a Max Rosenfeld. Vi igualmente a Itzig Finkelstein. Pensé: «Estás sentado en el patio de butacas… y te ves sobre el escenario». Me pregunté: «¿Qué demonios es esto?».

Por fin he averiguado algo sobre Max Rosenfeld. Es el único superviviente de una familia de seis miembros. Se imagina que su mujer y sus cinco hijos fueron convertidos en jabón por obra del apóstol Adolf Hitler. Como peluquero, me habría gustado preguntarle qué tipo de jabón, porque, como es sabido, hay distintos tipos. Pero creí más conveniente callarme.

¿Que qué aspecto tiene Max Rosenfeld? Max Rosenfeld tiene precisamente el aspecto… de Max Rosenfeld. Yo diría que el de un abogado judío que no es abogado porque no ha finalizado los estudios…, pero es contable, un contable que se considera abogado…, que era líder sionista, oriundo de Praga…, aproximadamente de mi misma edad, pero algo menos alto…, diría más bien que achaparrado o una cabeza más bajo de lo que debería…, una cabeza con el cabello ya cano, un rostro afilado, gafas de concha grandes, negras, parecidas a las mías, aunque las mías son pardas y los cristales de un cristal corriente…, que no tiene los ojos azules como Itzig Finkelstein, el otro…, sino de un pardo claro… que a menudo parece amarillento…, ¿como qué?…, qué sé yo…, que siempre pueden mirar de otro modo, confundiéndolo a uno por completo.

Es cierto. Su mirada cambia con demasiada frecuencia. A veces es como el jabón de piedra.

Ahora lo tengo: ¡jabón de piedra!

Max Rosenfeld vive de amorosos paquetes que le envían desde América. Le gustaría volver a trabajar.

A menudo conversamos sobre el futuro Estado judío. Max Rosenfeld es un fanático sionista.

—Tenga cuidado, señor Finkelstein…, cuando llegue el momento…, y el momento llegará pronto…, sacaremos un ejército de debajo de las piedras, como ya lo hizo Judas Macabeo.

A menudo hablamos sobre el levantamiento de los Macabeos y sobre el levantamiento de Bar Kojba, y Max Rosenfeld se alegra

cuando ve lo enterado que estoy de la historia judía.

—Señor Finkelstein…, ¿sabe?…, me gustaría empezar de nuevo…, pero no aquí…, al otro lado.

—Al otro lado… ¿dónde?… ¿En América?

—No. En nuestra propia tierra.

—¿Qué quiere hacer allí?

—Aún no lo sé. Empezar una nueva vida. Fundar una nueva familia.

Max Rosenfeld suele acompañarme al mercado negro, aunque lo odia. Solo lo hace para estirar las piernas… y para hablar con alguien.

Ayer mismo dijo:

—¡Señor Finkelstein! ¡Los judíos como usted son caldo de cultivo para la propaganda subversiva de los antisemitas!

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Los traficantes como usted!

—Pero, señor Rosenfeld…

—Quiero decir…, que es volver a echar leña al fuego, a un fuego por el momento apagado.

—Le ruego…

—Debería emigrar, señor Finkelstein. Vaya a Palestina. Empuñe un arado. Un arma. ¡Colabore en la reconstrucción! Contribuya a la liberación de su tierra. En lugar de quedarse aquí, en Alemania, y volver a fomentar el antisemitismo con su labor de traficante.

¿Acaso no dijo el mayordomo algo similar?

Como esperaba, más tarde Max Rosenfeld se disculpó, de hecho, antes de la cena. Apuramos una botella de vino tinto entre los dos, bebimos por el futuro Estado judío, bebimos por el final de la diáspora, bendijimos el Nilo, que devoró a las huestes del faraón, bendijimos la ciudad a orillas del Volga. «Porque allí, ante la ciudad a orillas del Volga, colgaba un letrero. Y en él decía: "Vosotros, huestes del Nuevo Faraón…, este camino no conduce al Volga…, ¡sino al Nilo!"».

Le expliqué a Max Rosenfeld que se había equivocado.

—Mire, señor Rosenfeld…, usted cree que yo, Itzig Finkelstein, tarde o temprano volveré a fomentar el antisemitismo con mi labor de traficante. ¡Podría ser! Pero créame, señor Rosenfeld, en el fondo, qué caraja importa que yo, Itzig Finkelstein, sea traficante o académico, agricultor u obrero, artesano o soldado. De todas formas, tarde o temprano, la gente me odiará a mí, Itzig Finkelstein, ¿sabe por qué? ¡Por ser judío! ¡Y se acabó!

Max Rosenfeld asintió.

—¡No en nuestra propia tierra! —dijo en voz queda—. Allí no.

La cosa vuelve a prosperar. Yo, Itzig Finkelstein, gano dinero a manos llenas. A decir verdad, aún no estoy, o ya no estoy, entre los *grandes* o entre los *realmente grandes*, sino solo entre los *pequeños*, aunque no entre los *realmente pequeños*. ¡Vivo! ¡O se vive! ¡O se vive como se puede! Cada uno a su manera, como suele decirse…

Para ser totalmente sincero, me da igual lo que los alemanes piensen de mí, del judío Itzig Finkelstein. Tengo la sensación de ser un mosquito. Lo mismo da que zumbe, rumbe, pique, pinche, que aguante aquí, que me quede. No pueden soportarme. Tarde o temprano me aplastarán hasta matarme. Soy «la paja en el ojo ajeno». ¡O el mosquito! ¡Aunque no soy ningún mosquito! Pero eso ellos no lo saben. ¡Tan solo lo sé yo! ¡Soy judío!

Ayer Max Rosenfeld y yo dimos un paseo en el Mercedes negro —es que me he comprado uno; uno usado, claro está, pues aún no soy *grande* ni *realmente grande*—; decía que dimos un paseo en el Mercedes negro por los alrededores. Visitamos algunos campos de desplazados judíos. Cada vez están más vacíos. La gente va emigrando poco a poco. Muchos a Estados Unidos, otros a Canadá, Australia, Sudáfrica…, la mayoría, sin embargo, a Tierra Santa.

Max Rosenfeld dijo:

—¡El éxodo de millones!

Seguro que no son millones. ¿Acaso quedamos tantos? Pero cientos de miles sí. ¡Eso seguro! Los judíos emigran. Se nota hasta en el mercado negro.

Cada mañana traen el periódico *Patria Contrita* al hotel Patria con la falta de puntualidad propia de los nuevos alemanes. Hoy son más de las nueve.

Me llaman la atención dos imágenes de la primera página: la imagen de un gigante judío rubio y, a su lado, la imagen de un alemán pequeño, de pelo negro, pies planos, estevado. El titular: «Los judíos, un pueblo de agricultores, pioneros, soldados».

Le digo a Max Rosenfeld:

—¿Ve usted? ¡Yo siempre lo he sabido!

Me he llevado el *Patria Contrita* a mi habitación. Leo: «La marcha de millones».

Exageran, incluso aquí. ¡Solo son cientos de miles! Además, ¿qué significa «marcha»? ¿No van acaso en barcos? Leo: «Millones de supervivientes del valeroso pueblo judío emigran al "Estado de Israel"».

¿Qué significa eso? Si el Estado de Israel aún no existe. ¡Parece que el *Patria Contrita* tiene prisa! Y luego lo de «millones de supervivientes», ¡deben de estar chiflados!

Leo: «Pioneros judíos logran burlar el bloqueo inglés». Leo: «El Mediterráneo bulle de barcos de refugiados judíos. Se advierte a los barcos o buques privados del peligro de colisión».

Leo: «Inglaterra en guardia. Inglaterra niega a los repatriados judíos el derecho a desembarcar. Dios castigue…».

¿Qué significa eso? Dios castigue…, ¿a quién? ¿A Inglaterra?

Mientras estoy leyendo, llaman a la puerta. Es Max Rosenfeld.

—¿Tiene cerillas, señor Finkelstein?

Le doy cerillas. Max Rosenfeld fuma nervioso, lee por encima los titulares del periódico, pregunta:

—¿Qué significa eso?… ¿Dios castigue…?

Yo le respondo:

—¡A Inglaterra! ¡Está bien claro!

Max Rosenfeld asiente, exclama:

—¡Dios castigue a Inglaterra! —Me mira desafiante—. Le apuesto cualquier cosa, señor Finkelstein, a que conseguimos el Estado judío.

Yo digo:

—Señor Rosenfeld, el Estado de Israel ya existe. Lea si no el *Patria Contrita*.

—¡Tonterías! ¡Exageran! ¡Eso es lo que hace el *Contrita*!

Yo digo:

—Conseguiremos el Estado judío. ¡Seguro! ¡Expulsaremos a los ingleses! No este año. ¡Ni prusianos ni judíos disparan tan deprisa!

—¿Quizá el año que viene?

Yo respondo:

—Sí. Cuando los dos les deseemos suerte…, usted, señor Rosenfeld, y yo, Itzig Finkelstein…, entonces conseguiremos el Estado judío, quizá el año que viene.

A mediodía escuchamos las noticias en el vestíbulo del hotel, prescindimos de lo que no nos interesa, aguzamos el oído cuando hablan de… ¡Palestina!

Llueve de nuevo en Berlín. Hoy me quedaré en casa. El mercado negro no me hará cambiar de idea. A mediodía leo la edición extraordinaria del *Patria Contrita*: «El pueblo judío se prepara para librar la última batalla».

Ha llegado el momento. Max Rosenfeld ha hecho la maleta.

—¿Así que quiere emigrar?

—Exactamente, señor Finkelstein. A Palestina.

—En ese caso, le deseo mucha suerte.

Max Rosenfeld me mira durante un rato. Casi me parece que le doy pena. Únicamente dice:

—¡Venga conmigo, señor Finkelstein! ¡No se quede en Alemania!

No he podido dormir en toda la noche. «¡Venga conmigo, señor Finkelstein! ¡No se quede en Alemania!» ¿Acaso no tiene razón el señor Rosenfeld? ¡Pues claro que la tiene!

Yago despierto en la cama. Me digo una y otra vez: «¡Max Schulz! ¡Max Schulz! Si te quedas en Alemania, te echarán el guante tarde o temprano. Piensa en ello, Max Schulz…, piensa en ello, la Alemania dividida será peinada activamente por los vencedores y sus nuevos aliados en busca de antiguos nazis. No estarás seguro en ningún sitio. Ni con los comunistas ni con los capitalistas. ¡Representas el desagradable pasado!». «¡Venga conmigo, señor Finkelstein! ¡No se quede en Alemania!».

«¡Max Rosenfeld tiene razón! ¡Deberías ir a Palestina! ¡Nadie te buscará en la guarida del león!».

—¡Señor Rosenfeld! ¿Cómo es en realidad? ¿Cuánto cuesta el pasaje a TIERRA SANTA?

—Nada, señor Finkelstein. Se paga con los fondos de las organizaciones de ayuda judías. O, dicho de otro modo, su pasaje, señor Finkelstein, ¡lo paga el pueblo judío! Exactamente, señor Finkelstein. ¡El pueblo judío!

He vendido el viejo Mercedes. Y he hecho las maletas…, la de piel de cerdo y una de cuero de imitación que me regaló la condesa cuando nos despedimos. ¡Cuero de imitación! ¡Una verdadera desfachatez!

Estoy en mi habitación y sonrío. Mis dientes de oro resplandecen.

Max Rosenfeld está muy excitado.

—¡Así que ha decidido venir conmigo!

Es una pregunta con signo de admiración. Y una respuesta al

mismo tiempo. Típicamente judío.

Descubro tres dientes de oro en un pañuelo. Lo había olvidado por completo. Un recuerdo. Sí. Naturalmente. Un diente pequeño. Uno mediano. Y uno grande.

Hoy hay algo nuevo en el *Patria Contrita*. Grandes titulares: «Famoso historiador afirma que no existe la culpa colectiva. No todos los alemanes son culpables. Unos dijeron "sí", otros "no"».

Otros titulares: «El hecho irrefutable es que quienes dijeron "no" fueron arrollados por quienes dijeron "sí"».

Otro: «Su "no" fue demasiado bajo».

Otro: «Lamentable lesión de las cuerdas vocales».

Me dije: «Sí, ¿y qué? ¡Quien sufre una lesión en las cuerdas vocales también es culpable! ¿Acaso es culpa de Max Schulz no haber oído su "no"?».

Me dije: «Déjalos, deja que los que dijeron "no" expíen tu culpa, Max Schulz. ¡Eso no puede hacerte daño!».

Hoy me he preguntado: «En realidad, ¿quién vive en el hotel Patria…, además del señor Rosenfeld… y además del señor Finkelstein? ¿Los que dijeron "no", los que expiarán tu culpa? ¿O los que dijeron "sí", los que expiarán tu culpa? ¿O acaso quienes entonces dijeron "sí" y "no"?».

Me dije: «¡Max Schulz!, eso es rizar el rizo. Demasiado agotador. ¡Piensa en lo mal que estás de la cabeza! ¡Podría empeorar!».

—Pasado mañana parte un transporte, señor Finkelstein. Rumbo a Marsella. Ya estarnos en la lista. Usted y yo, Max Rosenfeld e Itzig Finkelstein. Gracias a Dios, no he tenido dificultades…, por mi pasado sionista…, me conocen en la organización…, también los de la Bricha…, todos conocen a Max Rosenfeld…, allí tengo buena reputación. Y bien, ¿qué me dice? ¿Ha hecho las maletas?

—Hace tiempo, señor Rosenfeld. De todos modos, no me llevo

demasiadas cosas. ¿Sabe?, un judío ha de viajar ligero de equipaje. Ya me lo decía mi padre, el peluquero Chaim Finkelstein.

Libro cuarto

1

¿Quién mató a Itzig Finkelstein? ¿Al auténtico Itzig Finkelstein? ¿Aquella vez… en Laubwalde… el 7 de septiembre de 1942?

El gran interrogante… en la oscuridad…, sobre mi cama…, ante mis ojos…, invisible… y, sin embargo, tan al alcance de la mano…, lo he atrapado… con la mirada…, lo invisible…, la idea…, lo tengo…, ya lo tengo…, podría desvelarlo…, pero no quiero…, podría duplicar el signo de interrogación…, podría transformar el signo en un guion. ¡Pero no quiero!

¿Slavitzki? ¿Qué decía mi padrastro Slavitzki?

«¡Deja que las ratas sigan siendo ratas!» Eso decía. Pero yo digo: «¡Deja que las preguntas sigan siendo preguntas!».

Querido Itzig. No sabes quién te disparó. Aquella vez. En Laubwalde. A *él* no lo viste. Porque *él* te cogió por sorpresa. Porque *él* no quería que lo vieras. Porque *él* se hallaba detrás de ti. Dos pasos tras de ti.

Él también disparó a tu padre. A Chaim Finkelstein. Y también a tu madre. A Sara Finkelstein. Él os mató a todos.

¿Lo conoces? ¿A *él*? ¿Sabes quién es el asesino? ¿Tu asesino? ¿El asesino de tu padre? ¿El asesino de tu madre? ¿Quieres que te desvele el secreto?

¡Ajá! ¡Te mantengo en vilo! ¡Abre tus exangües ojos! ¡Deprisa! ¡Tranquilo! ¡Aguza tus oídos exangües! No te servirá de nada. No desvelaré el secreto.

Querido Itzig. Dicen que se odia lo que se quiere negar. Yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, siempre he parecido judío…, aunque no sea cierto. Pero la gente lo decía. Sí, la gente lo decía: «¡Parece judío!».

Piensa en ello, Itzig. Solo por este motivo tendría que haberos odiado. Para negar lo que no soy…, pues simplemente tenía miedo de que pudiera serlo. O porque creían que lo soy, aunque yo sabía que no lo soy. ¿Lo captas?

Ajá. Lo captas. Yo también. A pesar de ello no os odié. Extraño…, ¿no? Pero cierto. Yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, nunca odié a los judíos. ¿Por qué no os odié? No lo sé. Yo solo sé que yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, nunca odié a los judíos.

¿Y tú qué dices? ¿Por qué maté? No sé por qué. Tal vez por los bastones. Había un bastón amarillo y un bastón negro. Y otros bastones, bastones sin color. Y manos, muchas manos, blandiendo los bastones. Y cada bastonazo, su silbido, hería el aire para luego caer sobre mi trasero…, o el trasero que llaman alma…, pues el alma es también un trasero, ¡y a veces el alma ha de hacer las veces de trasero! ¡O a menudo! ¡O muy a menudo!

Ajá. Así fue. Y yo también quería ser quien blandiera el bastón alguna vez. O los bastones. Mas de otro modo. Con más fuerza. ¿Lo captas? Ajá. Lo captas.

Pero nunca habría podido blandir el bastón, o los bastones, con tal fuerza, con tanta desmesura…, de no haber mediado una orden. Una orden, la orden de golpear.

¿Me entiendes? Sin orden nunca me habría atrevido a hacer aquello que hice. No habría osado. Porque yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, solo era un pez pequeño, temeroso, dando coletazos, pequeño, que solo podía golpear porque le estaba

permitido.

No solo matamos judíos. También matamos a otros muchos. También matamos a otros, fusilados, ahorcados, gaseados, apaleados…, a otros… que no eran judíos. Pero yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, solo me dediqué a liquidar judíos. ¿Por qué? No sé por qué.

Es cierto. Yo mismo parecía judío…, al menos eso era lo que la gente pensaba…, y por ello debía matar mejor que los otros…, debía demostrarles… que yo no era uno de ellos…, quiero decir…, que yo no era judío. ¿Puedes entenderlo? ¿Que cuántos he matado? No lo sé. Nunca los he contado. Pero créeme, Itzig: yo no era antisemita. Nunca lo he sido. Solo participé.

¿Puedes oírme, Itzig? ¿Puedes verme? ¡Vamos! ¡Juega conmigo! ¡Búscame! ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy escondido?

¡Ah! ¡Ah! ¡Gallinita ciega! ¡Búscame! Vamos, ¡búscame! ¿Dónde estoy? ¿En la habitación de mi hotel? ¡Fallaste! ¿En mi cama? ¡Sí! Pero no en Berlín. Ni tampoco en una habitación de hotel. Querido Itzig, no tengo habitación. Mi cama es solo un camastro…, una litera…, parecido a Laubwalde…, y sin embargo distinto. Pues yo, Itzig Finkelstein, soy un hombre libre.

Estoy en un barco. Y el barco me ha devorado. Solo durante la noche. Yago en su vientre. En una sala grande, oscura. En una litera. Sí. También aquí hay literas.

¿Que qué clase de barco? Querido Itzig, eres curioso. Un barco, he dicho. Un barco de refugiados judíos. Ajá. Ahora ya lo sabes.

Yo, Itzig Finkelstein, o el genocida Max Schulz, llevo días en alta mar. Me dirijo a Palestina en tu lugar. Porque ahora yo soy tú. Soy Itzig Finkelstein.

Querido Itzig. ¿Te acuerdas? De pequeños… solíamos hablar de Jerusalén…

Querido Itzig. Esto no es una carta. O estas no son cartas. Ni siquiera las escribo en mi diario. Ni siquiera escribo. Solo pienso. O creo que pienso. Imagino que te escribo. ¿A quién? ¡A ti! ¡A un muerto!

Itzig. ¡Vamos! ¡Háblame! Déjame hablar. Escúchame. Así es. Así y no de otro modo. Acompáñame a Jerusalén. Déjate llevar. ¡Vamos! ¡Escucha!

Querido Itzig. No fue fácil en absoluto. Una vez os hubimos matado a todos, desmontamos las tiendas. La consigna: «¡Largarse!». La consigna: «¡Es suficiente!».

Los rusos ya no se hallaban lejos de Laubwalde. No debían cazarnos.

Sí, querido Itzig. Corrían malos tiempos. Atravesamos el nevado bosque polaco en nuestros camiones. En dirección a Alemania. Se oyeron disparos en el bosque. Los malditos partisanos. También sabían disparar.

A mí no me atraparon. A mí no. Ni tampoco a Hans Müller, el comandante del campo…, lo conoces, ¿no?… A él tampoco lo atraparon. Solo atraparon a los otros. Incluso a Günter Holle. Pero a nosotros no. No, a nosotros no.

¿Que qué fue lo que pasó entonces? No pasó nada en absoluto. Nos apeamos de un salto. ¿De dónde? ¡Dios!… Idiota…, ¡del camión! De dónde si no. Y luego nos largamos, por supuesto. Así de fácil.

Sí, así fue… Hacía frío. En el maldito bosque polaco. Eché a correr. Y también él…, Hans Müller, el comandante del campo. Echamos a correr como si lleváramos un petardo en el culo. Eso es. Echamos a correr. Exactamente. ¿Adónde? A cualquier parte.

Hacía frío, querido Itzig. No es de extrañar que se perdiera Polonia. Allí hace frío. Allí se le congelan a uno las lágrimas y la saliva si abre la boca. Así es Polonia. Y así el bosque polaco. Bosque polaco he dicho…, ¡el maldito bosque polaco!

¿Que qué pasó entonces? No pasó absolutamente nada. Solo que hacía frío. También por la noche. Tal vez más frío aún. Y el cielo rio burlón. Durante la noche. Y más aún antes del alba. Bastante clamé yo ya contra él. Pero él solo rio burlón. El cielo, quiero decir, rio burlón. Y no escuchó.

Había terminado. Sí, querido Itzig. Había terminado. Habíamos perdido la guerra. Vosotros la habíais ganado. Los judíos. Pero no tú. Ni tampoco tu padre. Ni tampoco tu madre. Pues habíais muerto.

Apenas puedo acordarme. Un sendero nevado por el bosque, al alba. Camaradas muertos, con el rabo cortado. Luego… una choza. Una apartada choza. O una cabaña. Sí. Una cabaña. Una cabaña apartada, en medio de aquel bosque polaco. Y una bruja. Veronja, se llamaba.

Sí, maldita sea de nuevo. Allí había una cabaña. Y en la cabaña vivía Veronja, la bruja.

Me torturó. Me castigó. Me humilló. También me atizó. ¡Y todo porque una vez fui un dios! Me hacía beber té. Me hacía follar. Follar con desmesura. Y yo lloré. Tuve miedo. Porque tengo el corazón débil. Sí, querido Itzig. Corrían malos tiempos.

¿Te he contado algo de los dientes de oro? No. Aún no te he contado nada de eso.

Bien, los dientes de oro. Los dientes de mis muertos. Una pequeña fortuna. En una caja de cartón. No todos los dientes de oro de todos los muertos. La mayoría los habíamos enviado anteriormente al Reich. También los tuyos. Y los dientes de tu padre. Y los dientes de tu madre. Solo una caja de cartón, querido Itzig. Solo una. Me la llevé. La escondí en el bosque. Y más tarde… la llevé a la cabaña…, la vacié… en un saco. Sí, querido Itzig. No todos los dientes de oro de Laubwalde. Solo los últimos restos. Pero, así y todo, una pequeña

fortuna.

Y maté a Veronja. La primavera aguardaba tras el bosque. Y yo, por aquel entonces aún Max Schulz, fui al encuentro de la primavera. De vuelta a casa. ¿Adónde? A casa he dicho. A Alemania. A Alemania, por supuesto. Solo. Completamente solo. Pero con mis dientes de oro. Sí, querido Itzig. Sin los dientes de oro, no.

No sé dónde está mi madre. Ni tampoco dónde está Slavitzki. Pero me cago en mi madre. Y me cago en Slavitzki.

Luego me dirigí a Warthenau. Con mi saco. Con mis dientes de oro. Y en Warthenau… vivía la señora Holle.

¿Que quién es? Querrás decir quién era. La señora Holle es la señora Holle. O eso es lo que era. Una señora con una pata de palo.

Y allí en el sótano, porque vivía en un sótano, allí conocí al comandante. Un americano muerto. Estaba muerto. Y bebí *whisky*. Comí carne enlatada. Follé también un poco. Pero con mesura.

Sí, querido Itzig. Así fue. Así y no de otro modo. Tampoco me quedé mucho tiempo…, en Warthenau, quiero decir…, con la señora Holle. Me marché a Berlín. Con mi saco. Con mis dientes de oro.

Ya no volviste a ver Alemania… después. Un montón de ruinas, querido Itzig. Por vuestra culpa. ¡Os revolvisteis en vuestra tumba! ¿Quiénes? ¡Vosotros! ¡Los peluqueros judíos! Todos vosotros. Todos los que estaban contra nosotros, a los que despachamos. Y cada vez que os revolvíais, temblaban las casas en Alemania…, se derrumbaban muros…, reventaban cristales en las ventanas…, fragmentos esparcidos por la calle…, como aquella vez, aquella Noche de los Cristales Rotos.

Tú no has visto Berlín, querido Itzig…, después…, aunque tus ojos muertos se hallaran por todas partes…, por todas partes, en Berlín. Sí, también en Warthenau. También en…, por todas partes en verdad.

¿Que qué hice con los dientes de oro? Los vendí, querido Itzig. Como suele decirse…, los cambié… o los convertí. Y, dicho sea de paso, también a mí. Transformé un tanto a Max Schulz. Así de simple. Ahora está de moda, ¿sabes?, lo de las transformaciones.

¡Es una lástima que no llegaras a conocer al traficante judío Itzig Finkelstein! Itzig Finkelstein en Berlín. Itzig Finkelstein…, el del Mercedes negro. Era todo un personaje, lo que yo te diga. Lo recortaron del *Stürmer*. ¿Que quiénes? Los antiguos nazis. Desempolvaron el *Stürmer*, esos antiguos nazis. Lo desempolvaron, así de fácil. Con la fotografía de Itzig en primera página. Luego recortaron a Itzig. Lo llevaron a Berlín. Lo pusieron en el mercado negro. Lo metieron en la cama de una condesa rubia.

¿Que por qué lo hicieron? ¿Esos antiguos nazis? No lo sé. Tal vez… para joder a los sionistas…, o a los judíos orgullosos…, o… para volver a esparcir veneno. No lo sé.

Viví bien en Berlín. No siempre. Pero sí la mayor parte del tiempo. Sí. Durante una época me fue bien. De maravilla. Pero no era feliz. ¿Que quién? ¿Max Schulz? No, querido Itzig. Itzig Finkelstein no era feliz, aunque hubiera ganado la guerra.

Sufrió la humillación de la condesa. ¿Que quién? ¡Pues Itzig Finkelstein! ¡O yo! Me vi obligado a defenderme. Es decir, no me vi obligado, pero quise hacerlo. O sea, quería demostrarle que yo, Itzig Finkelstein, era alguien. No solo yo. También mis antepasados. Me esforcé de veras…, sí, querido Itzig…, me esforcé para demostrarle,

a ella, a la condesa, que yo, Itzig Finkelstein, tenía todos los motivos para sentirme orgulloso de mi herencia. No me gusta que me miren por encima del hombro. No puedo soportarlo. Y entonces le dije: «Que le den por el culo».

Y en el hotel Patria…, allí no me humillaron. Allí fue aún peor. Se arrastraban a mis pies, arrastrando su culpa. Señor Finkelstein esto, señor Finkelstein lo otro. No. No era lugar para mí. Entonces me dije: «Tú ya no eres Max Schulz. Eres Itzig Finkelstein. Y él no quiere ser un ser inferior. Tampoco un ser superior, un superhombre. Tan solo un ser normal. Nada más. Un ser corriente entre seres corrientes. Ni la oveja negra inferior. Ni la oveja negra superior».

Ya no sé exactamente cuándo tomé la determinación de ir a Palestina. En todo caso, me hice a la idea. Pensé para mí: «¡Nadie te buscará en la guarida del león!».

Así fue. Y esa no fue la única razón. Hoy tengo perfectamente claro que yo, Itzig Finkelstein, quiero vivir entre judíos, entre mis semejantes, en mi propia tierra…, pues yo, Itzig Finkelstein…, ya no puedo sentirme bien entre gentiles. ¿Me entiendes, querido Itzig?

Mi querido Itzig. Últimamente me he informado mucho sobre vosotros…, no solo sobre el exterminio…, eso era antes…, sino sobre vuestra historia, la historia en general, judía y sionista, todo resumido, se sobreentiende…; he comenzado a apasionarme por vuestros asuntos nacionales. ¿Qué digo por vuestros asuntos? No. Por mis asuntos, que también son los vuestros.

Escúchame, Itzig. Aguza tus muertos oídos.

Lichtenberg es un campo de desplazados judíos cerca de Berlín. Un hervidero de refugiados. El campo se queda vacío de cuando en cuando, pero vuelve a llenarse. Así es. Los judíos están bien organizados. Sobre todo, los sionistas. Quien quiera emigrar a Palestina tan solo ha de ponerse en contacto con los sionistas. La

Organización se encarga de los trámites. Traen a los judíos desde los territorios del este hasta Lichtenberg…, también hasta otros campos de desplazados…, depende…, para reunirlos…, ¿lo captas?…, Para el gran viaje…, nosotros también lo hicimos, aunque nuestros objetivos…, por aquel entonces…, y los objetivos de los sionistas…, como suele decirse…, son de naturaleza opuesta.

Sí, querido Itzig. En primer lugar, se reúne a los judíos. Luego se les hace pasar… por las fronteras entre sectores y entre zonas…, después… por la frontera francesa…, de vez en cuando también por la frontera española o la italiana o la griega o la yugoslava…, ¿lo captas? Sí…, y luego…, luego hasta el mar. ¿Que qué mar? El mar Mediterráneo. Pero ese no es aún el final del gran viaje. Es más bien el principio.

Así que escúchame: Max Rosenfeld y yo —Max Rosenfeld es un amigo mío—, decía, Max Rosenfeld y yo nos desplazamos hasta Lichtenberg, ligeros de equipaje…, no dejamos que nos reunieran…, nos desplazamos nosotros mismos para llegar hasta los *recolectores*. En Lichtenberg recibimos visados mexicanos. ¿Que por qué? ¿Que si pretendíamos ir a México? ¡Tonterías! Solo para hacer el viaje hasta la costa francesa. Sí. Fuimos primero a Francia.

Fue un juego de niños. Y, además, gratis. La Organización se encargó de todos los trámites en mi lugar. Y en lugar de Max Rosenfeld. Así que fuimos a Francia con nuestros visados mexicanos. Hasta la costa. ¿Que dónde? ¿Que en qué lugar? No lo sé. Solo era un lugar. En algún punto de la costa. No soy tan tonto como para hacer preguntas. Eso es secreto. Yo, Itzig Finkelstein, viajo ilegalmente a Palestina… a costa del pueblo judío… para disgusto de los ingleses…, para desembarcar en la oscuridad…, para hacer historia…, aunque yo ya he hecho historia…, ¿crees que encima iba a hacer preguntas?

Bueno. Un día llegamos a la costa. En algún punto de Francia. Los franceses estaban al corriente. Son nuestros amigos. Son paticortos. Y los ingleses patilargos. No les gustan los ingleses. Por eso o por este motivo, Francia fomenta la inmigración ilegal a Palestina,

territorio bajo mandato inglés.

Sí. Y allí esperaba un barco. ¿Que qué clase de barco? ¡Un barco de refugiados judíos! ¡Que burlaría el bloqueo!

Allí no había puerto. Allí solo había playa. Allí no se podía echar el ancla.

Nos llevaron al barco en pequeños botes. ¿Que cuándo? ¡Por la noche! ¿Que por qué por la noche? Porque la noche es negra y porque los agentes ingleses apenas si ven en la oscuridad. Por eso.

Querido Itzig. El barco no era un barco, sino un cascarón de lamentos. Le dije a Max Rosenfeld:

—Señor Rosenfeld, ¿pretende llegar a Palestina en este cascarón? Le garantizo que todos moriremos ahogados.

Pero Max Rosenfeld dijo:

— No se asuste, señor Finkelstein. ¡Con este cascarón haremos historia!

Así fue, querido Itzig. Así y no de otro modo. El Mediterráneo bulle de cascarones de este tipo y similares. Uno de ellos el nuestro…, el cascarón de lamentos Exitus.

¿Exitus? ¿Partida? ¿Fin? ¿Muerte? ¿Por qué este nombre? ¿Será un barco fantasma?

Pues sí, querido Itzig. Es un barco fantasma. Ahora sé por fin por qué se llama así: ¡la marcha de los millones! Porque no somos millones. Pero con nosotros viajan los muertos. ¡Los seis millones! ¡Millones de muertos! ¡Los apaleados! ¡Los ahorcados! ¡Los fusilados! ¡Los gaseados! Todos ellos viajan con nosotros. ¿Que adónde, querido Itzig? ¡Pues vaya una pregunta! ¡A la histórica patria de los judíos! ¡A su casa!

2

El Exitus antes se llamaba La Belle Claire. Si no me equivoco, antes sabías francés…, querido Itzig…, sí…, en la escuela… por aquel entonces… eras el mejor en francés. Por tanto, sabrás lo que significa: ¡La Bella Clara! La Belle Claire, vapor fluvial con el culito color de rosa, gloria del Sena, simbólico como la parisina torre Eiffel, maravilla turística y orgullo del capitán Maurice Dupont. ¿Que cuándo fue eso? No lo sé exactamente. Hacia finales de siglo. Al menos eso creo.

La Organización compra lo que puede para poner en marcha a los *millones*. El capitán Maurice Dupont pasó a mejor vida hace ya tiempo, al igual que el vapor La Belle Claire. Pero la Organización tiene ideas. Fue a buscar La Belle Claire al reino de los muertos, podrida como estaba, sin carnes y sin piel, un esqueleto sin ojos. Ahora se llama Exitus.

¿Un barco del reino de los muertos? Sí, querido Itzig. Pero en perfectas condiciones para navegar.

Nuestro capitán es griego. Su nombre es Tiresias Pappas. Una conocida mía, aquí, en el Exitus, la antigua bailarina judía Hanna Lewisohn, de Berlín, me explicó lo que significa Tiresias Pappas. Pappas es Pappas. Eso no lo sabe exactamente. Probablemente un nombre. Un apellido griego. ¿Y Tiresias? También un nombre. Un nombre de pila en este caso. Pero significativo. Tiresias…, según dijo Hanna Lewisohn…, era el vidente ciego de *Antígona*, una tragedia del griego Sófocles. ¿Sabes quién es Sófocles? ¿El griego?

Tiresias Pappas no es ciego. Tiresias Pappas es un vidente, sin duda. Ya que Tiresias Pappas ha profetizado que él, Tiresias Pappas, con su barco de muertos, con su barco fantasma, el Exitus, burlará el bloqueo para desgracia de los ingleses… gobernándolo… durante

la noche. «¡Los ingleses no nos atraparán! —dijo Tiresias Pappas—. El Exitus llegará a buen puerto. Con muertos y con vivos. ¡Como me llamo Tiresias Pappas!». Sí, eso fue lo que dijo.

La tripulación del Exitus es internacional, querido Itzig. La mayoría son griegos, plurilingües, al igual que Tiresias Pappas, gente que ha visto mucho mundo, viejos marineros, aventureros, y también hay franceses, noruegos, portugueses, españoles y otros, gente de la misma camada. Cuando vi a la tripulación por vez primera, por poco me asusto, al ver su aspecto aventurero. Yo diría que eran un puñado de salvajes lo bastante buenos para un barco pirata o para burlar el bloqueo, para el vapor fluvial o para el cascarón de lamentos, para el Exitus. Sin embargo, nuestro capitán, Tiresias Pappas, mantiene a su gente a raya. Les dijo: «No violaréis a las mujeres. Ni tampoco a los niños. Y nada de desvalijar a los pasajeros. Ni de sacudir a los indefensos. ¡El que no lo entienda, irá de cabeza al Mediterráneo!».

Tiresias Pappas no gasta bromas al respecto. Parece muy formal, este Tiresias; menudo, patizambo, calvo, barbudo, un ojo como ascuas. Sí, querido Itzig. Es tuerto. Pero no ciego.

¿Que quién nos protege aquí en el Exitus…, aparte de Tiresias Pappas? Querido Itzig…, la Organización…, ¿quién si no? Es decir, David Schapiro también está en el Exitus. ¿Que quién es David Schapiro? Un comandante de la Haganá, querido Itzig. La Haganá es la fuerza de defensa judía en Palestina, un ejército ilegal desde el punto de vista de los ingleses; legal desde el nuestro. ¿Lo entiendes, querido Itzig? La Haganá es el ejército clandestino y de defensa legal ilegal judío en Palestina.

Además de David Schapiro, aquí hay otros… soldados de la Haganá…, también dos representantes del Palmaj…, los comandos judíos en la Tierra Prometida —sería mejor que los llamáramos fuerzas de choque, ¿no…, Itzig?— y, por supuesto, también algunos agentes del Mossad Le Aliyá Bet, la organización responsable de la emigración ilegal de los judíos a Palestina —ilegal desde el punto de vista de los ingleses, querido Itzig…, no lo olvides…, legal desde

nuestro punto de vista—; tenemos a bordo incluso a un representante del Rechash, quien se ocupa del suministro de armas, un hombre que ha cumplido su misión en Europa y vuelve a casa con nosotros…, ya ves, Itzig…, todos ellos gente que trabaja para la Organización, o como nosotros decimos, para la Organización Central o para el Gobierno en la sombra del futuro Estado judío.

¿Que si estamos armados? ¡Vaya pregunta!… Querido Itzig, los de la Haganá están armados hasta los dientes y también los del Palmaj y los otros. ¿O acaso crees que Tiresias Pappas podría mantener a raya a su tripulación si no supiera que le respaldan los combatientes por la libertad judía, eh?

Se me ha ocurrido una cosa. Veo… una lata de sardinas flotante. ¡Ya lo tengo! El Exitus es una lata de sardinas. Nosotros somos sardinas. ¿Y nuestros muertos? También. Están de pie, tumbados, sentados o agachados entre nosotros. Sardinas inmateriales.

Aquí no hay sitio. Es casi como vuestro barracón de Laubwalde.

El Exitus está abarrotado, y aún diría más, de ilegales, nosotros. Mil seiscientas personas en un barco de setecientas toneladas. Ahora ya sé por qué Tiresias Pappas se santigua tres veces al día.

Recientemente dijo Tiresias Pappas:

—Señor comandante de la Haganá David Schapiro…, si vosotros los judíos no habéis embrujado el barco…, es que yo no me llamo Tiresias Pappas.

Y el comandante de la Haganá David Schapiro dijo:

—Señor capitán Tiresias Pappas…, ¿qué significa eso?

Y Tiresias Pappas repuso:

—¡Un pasajero por tonelada de desplazamiento! Eso es lo permitido en caso de necesidad en un barco pequeño. Así lo aprendí en los libros. Un barco de setecientas toneladas para setecientos pasajeros. No más.

—Ya, ¿y qué? —preguntó David Schapiro.

—Lógicamente, nos ahogaremos todos —respondió Tiresias Pappas —. Mil seiscientos pasajeros ilegales además de la tripulación. Es demasiado.

—No nos ahogaremos —afirmó David Schapiro, el comandante de la Haganá—. En primer lugar, porque hemos embrujado esta *bañera*…, y en segundo, porque usted, Tiresias Pappas, vaticinó que llegaríamos a buen puerto.

Sí, querido Itzig. Somos demasiados. No es ninguna broma. Aunque los muertos no pesan. Pero nosotros, los vivos…, ¡sí pesamos! ¿Cómo es que… no nos ahogamos? ¿Tendrán alas los muertos? ¿Llevan ellos el Exitus?

He tenido suerte en lo de dormir. Los que no pescaron litera duermen en el suelo. Aquí, en la bodega, el aire está viciado. Huele a sudor y a vómito. De vez en cuando, el Exitus se balancea como un columpio y los que se marean vomitan en cualquier sitio…, pues no resulta fácil subir tambaleándose cada vez que a uno le entran las ganas…; hay personas durmiendo por todas partes…, hasta en los pasillos y las escaleras. Yo no duermo mucho. Me despierto a menudo… con gritos desgarradores. ¿Qué dices, Itzig? ¿Qué me preguntas? ¿Que por qué gritan algunos… por la noche…, que por qué gritan? Son los supervivientes, querido Itzig, de nuestros campos de concentración. No sé por qué siguen gritando si hace tiempo que todo terminó. ¿Pesadillas tal vez? Realmente no lo sé. Sí, querido Itzig. Los niños de pecho gimotean. Ellos también.

Me alegro cuando amanece. Apenas puedo esperar el día. Incluso antes de que rompa el alba, salgo arrastrándome del vientre del Exitus, tropiezo con los numerosos cuerpos, subo a tientas…, como si me asfixiara…, a respirar. Durante el día también al aire libre está todo repleto y los que se hallan en cubierta tratan

desesperadamente de andar o permanecen apretujados en la borda, como sardinas. Sin embargo, muy de mañana hay bastante sitio en cubierta. Bastante sitio. También para mí, el genocida Max Schulz. Para estirar las piernas.

Sí, querido Itzig. Cuando Dios, recién levantado, abre los ojos, cuando su primera mirada, aún soñolienta, se posa sobre el mar, donde se juntan cielo y mar…, cuando Dios tose ahuyentando a la noche…, y cuando la noche dice: «¡Calma! ¡No vaya salir corriendo! ¡Me eclipsaré lentamente!»…, entonces, querido Itzig, paseo lentamente, yo, Max Schulz, el genocida, o Itzig Finkelstein, el judío, entre la cubierta de popa y el castillo de proa, arriba y abajo, me muevo libre, lleno mis pulmones del fresco aire salado, respiro oxígeno.

Me apoyo en la barandilla, extiendo los brazos, permanezco así con los ojos cerrados…, los abro lentamente… como el Dios soñoliento…, y no veo nada…, pero oigo… la voz de *Aquel* que no es: «¡Hágase la luz!»…; y ese mar verde oscuro cambia de color poco a poco, desprendiendo, enigmático, reflejos tornasolados. Contemplo el primer arrebol. Veo cielo y tierra fundiéndose en el este… en un fuego sonriente. Allí nos dirigimos. En pos del este. Allí donde se halla ese fuego sonriente. Allí nos dirigimos, allí, con nuestros muertos. Para que resuciten.

Intento pensar con lógica. Me digo: «Te has equivocado. Llevamos a los muertos con nosotros. Cierto. Pero ¿realmente son solo los seis millones? ¿Acaso no viajan todos los muertos con nosotros, los que murieron una vez en el exilio, tras la destrucción del Segundo Templo o antes de eso?».

Me digo: «Itzig Finkelstein. Eso es cierto. Pero el Exitus no es el único barco que regresa a su patria. Otros lo han hecho ya antes y otros le seguirán. Así pues, el Exitus no lleva todos los muertos. De lo contrario los otros barcos, los otros cascarones de lamentos saldrían perdiendo».

Hace poco vi tu sombra en cubierta. Y la sombra de tu padre. Y la sombra de tu madre.

Y no os disteis la vuelta. Pasé a través de vosotros. Miré el mar…, me cegó el sol.

Tu padre le dijo a tu madre:

—Sara, creo que *Él* disparó contra nuestro hijo.

Y tu madre dijo:

—Chaim, creo que *Él* disparó contra nuestro hijo.

Y tú les dijiste a ellos:

—Padre, madre, creo que *Él* os disparó, por la espalda. —Y luego preguntaste—: ¿Quién os disparó cuando yo no estaba? ¿*Él*? ¿Os disparó *Él*?

Adivina lo que pasó después…, cuando di un paso atrás…, cuando salí de vuestra sombra…

Choqué con Max Rosenfeld. Estaba tras de mí…, me dijo:

—¡Señor Finkelstein!

Y yo dije:

—¡Señor Rosenfeld!

—¿Por qué tan pensativo?

—Pensaba en mis padres.

—Ah, ya…

—Los mataron en Laubwalde.

Max Rosenfeld me miró de pasada, clavó la vista en el mar y en la estela del Exitus, como si tuviera miedo de mirarme.

—Aquí…, mire…

Saqué algunos recortes de periódico del bolsillo del chaleco, se los mostré a Max Rosenfeld. Los titulares: «Genocidio en Laubwalde. Cómo los liquidaron. En Polonia, tras las alambradas…», y así sucesivamente… Le señalé con el dedo el nombre de Max Schulz.

—¡Subrayado! —exclamó Max Rosenfeld.

—Siempre lo subrayo.

—¿Por qué?

—Mató a mis padres.

—¿Cómo lo sabe? ¡Allí había más miembros de las SS!

—Es cierto —admití—. Realmente es cierto.

Mi colección de recortes de artículos de periódico, aquí en el Exitus, va de mano en mano. Max Schulz es desconocido. Un nombre, un nombre cualquiera en la compleja lista de nombres del horror. La gente hace ya tiempo que está insensibilizada. Sufrieron el horror, lo sufrieron demasiado. La mayoría lee mi colección con aburrimiento, pero es capaz de comprenderme, pues entre tanto se ha corrido la voz de que yo, Itzig Finkelstein, procedo de Wieshalle, una pequeña ciudad silesiana…, al igual que Max Schulz. A nadie sorprende el hecho de que yo lo conociera, ni de que Max Schulz —algo que admito abiertamente— se hubiera criado en el mismo barrio que yo e incluso entrara de aprendiz con mi padre, Chaim Finkelstein…, no para aprender el oficio de genocida, sino la honrada profesión de peluquero. La gente también entiende por qué, de entre todos los miembros de las SS de Laubwalde, sospecho de Max Schulz, aunque no pueda demostrarlo. «¡Porque él mató a mis padres! ¡Él… y nadie más!».

La gente me aconseja:

—No piense más en ello. De lo contrario le destrozará. Piense en el futuro, señor Finkelstein…, no en el pasado.

Y yo les respondo:

—¡Siempre lo he hecho!

¡El futuro! Querido Itzig…, por eso me gusta tanto estar en cubierta, mirando hacia la Tierra Prometida.

¿Un barco fantasma, preguntas? Sí, querido Itzig. Pero divertido. A pesar de los gritos que desgarran la noche.

Porque no se trata de la noche…, sino del día, querido Itzig. El Exitus parte de la noche. Pero va al encuentro del día. Durante el día los hombres son felices. A todos los que están aquí parece gustarles el día. Y en eso yo, el genocida, no soy ninguna excepción. La

comida es mala. Es cierto. Pero en la comida cantamos canciones. Así entra con más facilidad. Aquí se canta mucho. Y también se baila. ¿Conoces el baile nacional judío, la Hora? Lo bailan viejos y jóvenes. Hasta Tiresias Pappas, que aunque es griego baila con nosotros.

Sí, bailamos la Hora, querido Itzig, y el que no baila lleva el compás batiendo palmas. ¿Que dónde está la capilla? ¡No hablarás en serio! Cantamos, querido Itzig. ¡Cantamos! Y algunos muchachos tocan la armónica. ¡Tendrías que verlo! Tus ojos muertos resplandecerían. Es divertido, te lo digo yo.

¿Que si los muertos también bailan? Pues sí, querido Itzig. También bailan. Tú también. Solo que no lo sabes. Tu padre también. También tu madre.

Adoramos el día, Itzig. Hace buen tiempo. Con eso hemos tenido mucha suerte. Con el tiempo. El sol se alegra con nosotros. Pregúntaselo al sol, Itzig. Juega con los pequeños en cubierta, también con los mayores. El sol mira y sonríe. Todo ha terminado, Itzig. Ahora podemos reír…, aunque a veces aún tengamos ganas de llorar.

¿Y el mar? El mar también se alegra con nosotros, Itzig. Una tormenta podría derrotarnos. Pero el mar está en calma. ¿Presiente el mar acaso que a nuestro barco lo llevan las alas de los muertos? No lo sé, Itzig. Realmente no lo sé.

El mar está en calma. En cubierta, las madres ponen a sus pequeños a hacer pis —y así durante todo el día—, mean y mean…, y el mar alza sus verdes ojos, de soslayo, pero no dice nada, traga indulgente, no se rebela.

Hace poco, Tiresias Pappas dijo:

—La mar está en calma. La mar podría tragarnos a todos…, nosotros, ilegales. Pero no lo hace. Porque eso alegraría a los

ingleses. Y la mar lo sabe. La mar no quiere a los ingleses, pues los ingleses la han dominado durante demasiado tiempo. Exactamente, señores míos. ¡Crean a Tiresias Pappas!

3

Te asombrarás, Itzig, cuando te confiese en este momento que yo, Max Schulz, artista del cabello, ya casi he olvidado cómo se corta el pelo. Han pasado muchos años. Durante mucho tiempo practiqué solo con el fusil…, como suele decirse, con mis blancos judíos…, guardé peine y tijeras.

Poco antes de partir adquirí algunos útiles: peine, tijeras, navaja de afeitar, maquinilla de afeitar y algunas otras cosas. Ya sabes, lo imprescindible. Me dije: «¡Trae suerte».

¿Que si le corto el pelo a la gente del Exitus?

Claro. Alguna vez hay que empezar de nuevo. Y aquí, en el Exitus, tengo la oportunidad de volver a practicar. Soy el único peluquero en este cascarón de lamentos. Bien pensado, es indispensable.

¡Qué día tan memorable! El día en que yo, el genocida Max Schulz, ¡volví a ser peluquero! Un hombre con una profesión burguesa y honrada. Si tuviera un calendario, rodearía, encerraría este día, tan memorable día, en un círculo azul, un círculo de trazo azul grueso, firme, ininterrumpido.

Así empezó todo, querido Itzig: mi amigo Max Rosenfeld conversaba en cubierta con el capitán Tiresias Pappas. Le dijo:

—Yo en su lugar me arreglaría la barba. Porque la gente dice: «¡Este Tiresias Pappas parece un salvaje! ¡Casi igual que la tripulación!».

Y Tiresias Pappas dijo:

—En Haifa iré a arreglarme la barba.

Y Max Rosenfeld sugirió:

—¿Y por qué no aquí mismo?

Y Tiresias Pappas repuso:

—¡Porque aquí no conozco a ningún peluquero!

Y Max Rosenfeld exclamó:

—¡Pero yo conozco a uno!

Y Tiresias Pappas dijo:

—¿De verdad? ¿Quién es? No sabía que hubiera ninguno aquí.

Y Max Rosenfeld dijo:

—¡Pues sí lo hay! Hay uno. Yo conozco a uno. A un peluquero. Y además bueno. ¡Itzig Finkelstein!

Así empezó todo.

El capitán Tiresias Pappas me hizo llamar a su camarote al punto y me dijo:

—Señor Finkelstein. ¿Podría arreglarme la barba?

—Puedo —repuse—. Y también puedo afeitarle la pelusilla de la calva… y esa especie de corona que le crece ahí… en las sienes.

—Bien, señor Finkelstein. —Tiresias Pappas estaba entusiasmado —. Pero aquí en la cabina, no. Se pondría todo perdido. Mejor fuera, al aire libre.

Sí. Así fue, querido Itzig. Así empezó todo.

Sacamos una silla…, una con un gran respaldo…, la colocamos ante la baranda… en el puente de mando, cerca del asta de la bandera. Tiresias Pappas se sentó esparrancado, dejó que lo envolviera entre toallas —pues no había traído servilletas ni la tan importante capa; olvidé comprarla antes de partir—; así que se hubo esparrancado, Tiresias Pappas dejó que lo envolviera sin oponer resistencia.

Así empezó todo, Itzig.

Algunos pasajeros nos vieron. Apenas había comenzado mi trabajo, cuando se acercaron a mirar. Cada vez eran más. Pronto nos vimos

rodeados —Tiresias Pappas y yo— de una multitud de mujeres y niños que parloteaban, gesticulaban excitados. Algo más tarde, a las mujeres y los niños se unieron también los hombres. La gente gastaba bromas, hablaba de la barba de Tiresias Pappas, de su calva, mordisqueaba cortezas de pan, sus propias uñas; los niños pequeños gritaban y los mayores trataban de tirarle de la barba a Tiresias Pappas, metían los dedos entre el peine y las tijeras, hacían caso omiso de mis advertencias y del ojo de Tiresias, que se revolvía como un loco, tuerto y envuelto en toallas. Fue divertido, lo que yo te diga.

Sí, así empezó todo, querido Itzig. Ese mismo día todo el barco sabía que Itzig Finkelstein era peluquero. Recibí encargos. Primero vinieron los presumidos del Exitus pidiéndome un auténtico corte escalado. Otros vinieron detrás, respetables padres de familia, apocados solteros, después los hijos de las madres orgullosas de sus hijos. También acudieron mujeres de forma aislada: «Señor Finkelstein. Querría un corte de pelo de caballero. ¿Está de moda?».

¿Que si también afeito? ¿Aquí en el Exitus? No, querido Itzig. Para eso no tengo tiempo, soy el único peluquero aquí, la gente puede afeitarse sola. A lo sumo, rasuro cabezas. Pero eso es algo completamente distinto. Trata de entenderme. Hay mucha afluencia de gente. Al fin y al cabo, solo tengo dos manos.

¿Qué dices? ¿Que qué clase de manos?

Ni que decir tiene que también gano dinero. Pero no mucho. Los ricos pagan más, los pobres menos. Hago como los médicos. Cuando huelo dinero en un paciente, se lo saco hábilmente. Así ayuda a pagar lo de los otros. Sí, querido Itzig. Así es. Por desgracia, la mayor parte de los que están en el Exitus son pobres diablos, muchos faltos por completo de recursos, de modo que no me queda más remedio que atenderlos gratis. Cuestión de honor. De vez en cuando, uno ha de hacer algo por la humanidad. ¿No es así?

Sí. Hace buen tiempo y trabajar al aire libre me divierte. Los mechones de pelo no siempre caen en suelo firme, como es costumbre en un salón de peluquería normal, sino que si la brisa

sopla fuerte salen volando hacia mar abierto, son arrastrados por el viento fresco, por encima de la baranda, acompañados por los brillantes rayos del sol y el alegre griterío de los niños, para regocijo de Dios y enfado de los hambrientos peces, que avanzan junto al Exitus con sus bocas abiertas.

4

Max Rosenfeld también duerme en la bodega, pero en el lado opuesto. Solemos sentarnos juntos… para comer. Por lo demás, pasamos mucho tiempo juntos. Él ejerce de mirón cuando trabaja o camina o se ve obligado a caminar conmigo arriba y abajo a la hora del paseo, entre la cubierta de proa y la de popa.

¿Conoces a Tiresias Pappas? Claro que lo conoces. Le gusta conversar conmigo:

Señor Finkelstein, ¡mire allí! ¡Es la costa griega! Y allí, en el cielo, no hay ningún ángel, sino aviones ingleses, la RAF…, ¡la Royal Air Force! Exactamente, hemos izado la bandera mexicana. ¿Que si se han dado cuenta del engaño? Aún no. Son solo puntitos, los aviones, solo puntitos. Pero cuidado, señor Finkelstein, en el instante en que entremos en aguas territoriales palestinas…, los puntitos se convertirán en pájaros gigantes…, y volarán en círculo sobre nosotros…, pero no se asuste…, no se asuste, señor Finkelstein…, Tiresias Pappas ha ideado un gran plan para engañar a los ingleses…, el plan de desembarco ilegal más sublime de todos los tiempos.

Y al comandante de la Haganá, David Schapiro. Tiene el pelo rojo, un bigote rojo. Vino a que le arreglara el bigote. Entablamos conversación:

—¿Es cierto, señor Finkelstein…, que usted… conoció al genocida Max Schulz? Eso dicen aquí en el Exitus.

—Es cierto, señor comandante de la Haganá.

—¿Qué clase de tipo era?

Yo respondí:

—Un cazador de ratas que estaba mal de la cabeza.

David Schapiro asintió y dijo:

—Un día de estos le echaremos el guante. Agentes judíos. Un día de estos. Lo llevaremos a Jerusalén. Y lo colgaremos del árbol más alto.

Yo pregunté:

—¿Hay allí árboles altos?

—Claro que hay árboles altos —contestó David Schapiro.

Sí. Es David Schapiro. Un tipo gigantesco, con el tórax de un gorila, las manos de carnicero, hirsuto, cubierto de un vello rojizo hasta las uñas de los dedos, dos ojos duros como el acero, azules como el cielo. Se pasea de un lado a otro de la cubierta, con cuatro revólveres, dos a la izquierda, dos a la derecha…, balanceándose por encima de la rodilla…, cargados…, el terror de la tripulación.

En una ocasión me dijo:

—Señor Finkelstein, si Max Schulz cayera en mis manos, lo descuartizaría personalmente. Vivo. Lo partiría en miles de pedacitos… para que los devoraran los chacales.

Le pregunté:

—¿Hay allí chacales?

—Claro que hay chacales —repuso David Schapiro.

—¿Y qué será de los árboles altos? ¿O del árbol alto? ¿En Jerusalén? Allí donde va a ahorcar a Max Schulz…, quiero decir…, cuando lo haya despedazado personalmente.

—¡Al diablo con el árbol alto! —exclamó David Schapiro.

Es David Schapiro. Me tiene mucho cariño.

Cada mañana, el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter es mi primer cliente. Un pequeño juez de primera instancia.

El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter es judío. Un judío alemán establecido desde hace tiempo. Sin embargo, se parece a Churchill: cabeza grande, pelón…, fumador también…, fumador de puros. Sin embargo, solo habla alemán. Un alemán de cabo a rabo, aunque sea judío y se parezca a Churchill. El olor de su alma es distinto al mío y al de los otros judíos del Exitus. El alma del consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter huele a cerveza. Sí, querido Itzig, cerveza, tertulia, albóndigas de patatas y *chucrut*.

Ya te he contado, querido Itzig, que aquí, en el Exitus, no afeito. Por principios. Por falta de tiempo. Solo rasuro cabezas. Pero rasurar cabezas entra dentro del campo de los cortes de pelo. Pues bien, querido Itzig. Con el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter hago una excepción. No solo le afeito la pelusilla de la calva, sino que también le rasuro los cañones. ¿Que por qué hago una excepción con él? No sé por qué.

Como te decía, siempre mi primer cliente. Puntual como un reloj. Le afeito incluso antes de desayunar. Lo quiere así. Sí, querido Itzig. Enjabono al juez temprano, a la salida del sol. Cuando empieza a clarear, cuando los peces dan volteretas con la primera luz, cuando Dios ayuda a quienes madrugan, entonces enjabono al juez, hago caso omiso de la cabezadita que se echa —siempre se la echa cuando lo enjabono—, no me importa en absoluto, llevo a cabo mi trabajo, paciente y feliz.

El juez acostumbra a despertarse nada más terminar de enjabonarlo, cuando empiezo a raspar con la navaja de afeitar…, se despierta, el juez, parpadea, mira al mar, que entre tanto se ha teñido de un rojo sangre, y dice:

—Bonito…, ¿no…, señor Finkelstein?

—Sí, señor consejero del juzgado de primera instancia.

—Rojo sangre… —dice el juez—, como si todas las sirenas del mar estuvieran menstruando a un tiempo. ¡Todas a un tiempo!

—Las sirenas no menstrúan… —corrijo—, se equivoca, señor consejero del juzgado de primera instancia…, el mar solo se ha

asustado.

—¿De quién? —pregunta el juez—. ¿De los ingleses?

—No… —respondo—, del sol.

—Ah —dice el juez—, así que del sol. Y entonces, ¿cómo explica usted el color rojo, señor Finkelstein?

—Sonrojo —afirmo—. Las sirenas no existen. Solo existe el mar. El mar es la doncella. La casta doncella. Y se ha asustado porque el descarado sol la ha sorprendido en sueños.

—¿Es usted poeta, señor Finkelstein? ¿Un poeta prohibido tal vez?

El juez ríe. Pero yo hago caso omiso. Su alma de cerveza no comprende a la mía. Por eso en su tierra hubo un Schiller y un Goethe.

Una vez habló conmigo de Max Schulz.

—El caso me interesa, señor Finkelstein. ¿Realmente lo conoció?

—Sí, y muy bien.

—¿Y desapareció sin dejar rastro?

—¡Sin dejar rastro!

—No puede ser. ¡En alguna parte habrá rastros! Solo hace falta un buen olfato. ¡Ese es el problema!

—¿Realmente le interesa el caso?

—Sí. ¡Mucho!

¿Ya te he presentado al rabí, querido Itzig? No, aún no. No es cliente mío. Pero casualmente duerme en la litera de encima. ¡Así que es mi compañero de sueños!

Solemos conversar en voz baja antes de dormirnos:

—¡Señor Finkelstein! ¿Está usted aún despierto?

—Sí, rabí.

El rabí no es un auténtico rabino, solo un hombre muy piadoso que se ha ganado honradamente el sobrenombre de *rabí*. Imagínatelo: un hombre grande, un tanto corpulento, vestidura larga, negra, llamada caftán…, ojos claros, inteligentes, siempre algo burlones pero nunca maliciosos, barba entrecana, negra y gris, el rostro

pálido, enmarcado por un sombrero guarnecido con piel que lleva incluso al sol. ¿Que si se quita el sombrero por las noches? No lo sé. Duerme encima de mí y en la oscuridad únicamente oigo su voz. Pero supongo que no duerme con el sombrero de piel, sino solo con un quepis redondo y negro.

—¡Rabí! ¿Cómo sobrevivió a la guerra con semejante atuendo? ¿Cómo puede uno ocultarse llevando un caftán?

—Sobreviví a la guerra en el bosque, señor Finkelstein. En el bosque polaco.

—Así que… un judío del bosque.

—Sí, un judío del bosque.

—¿Y la barba?

—Allí también podía llevar barba.

—¿En el bosque?

—Sí, en el bosque.

—¿En qué clase de escondite?

—En un búnker.

El rabí es de Kolomýia, Galitzia. En una ocasión le dije:

—Mis padres vivían en Galitzia antes de venir a Alemania. No muy lejos de Kolomýia.

—¿Dónde?

Dije:

—En Pohodna. Mis padres me hablaron mucho de Pohodna.

—Conozco Pohodna. Ah, ya…, los Finkelstein de Pohodna. Los conocí.

—¿A Chaim Finkelstein y Sara Finkelstein?

—No. A ellos no los conocí. Ya no estaban allí cuando yo llegué a Pohodna. Pero sí conocí a Moische Finkelstein. Tenía un hermano, Chaim Finkelstein, que emigró a Alemania.

—Ese era mi padre.

—¿Cómo? ¿Su padre?

—Sí.

—De modo que… sí.

—¿Así que conoció a mi tío, Moische Finkelstein?

—Sí que lo conocí.

—Yo no lo conocí. Nunca nos visitamos.

—Entiendo —dijo el rabí.

—¿Moische Finkelstein?

—Lo gasearon los nazis. También a su mujer, Rifka Finkelstein. Y a sus doce hijos. Y a los hijos de sus hijos. Una gran familia.

Yo dije:

—Sí.

Y el rabí dijo:

—Sí.

Y yo dije:

—Sí.

Y el rabí dijo:

—Pero aún queda uno… de los Finkelstein…, aparte de usted, naturalmente…, aún queda uno…, su primo Ephraim Finkelstein…, lo llamaban Froike. Froike Finkelstein.

—¿El hijo de Moische Finkelstein?

—Sí. El hijo de Moische Finkelstein. Y de Rifka Finkelstein.

—Entonces, tuvo más de doce hijos. ¿Tuvo trece?

—Sí, trece —repuso el rabí.

Yo repetí:

—Trece.

Y pensé: «Mal número. ¡Como el siete!».

—¿Y dónde se encuentra mi primo Froike Finkelstein… ahora? ¿De camino a Palestina?

—No. Sigue en Polonia. En Pohodna. Lo vi después de la guerra. Hablé con él.

Yo dije:

—Ojalá venga a Palestina. Somos los últimos. Me gustaría conocerlo.

El rabí dijo:

—Sí. Pero es comunista. Allí ocupa un buen cargo.

Yo dije:

—Ajá…

Y el rabí dijo:

—Sí.

Ya puedes imaginarte, querido Itzig, el alivio que sentí al averiguar que mi primo Froike Finkelstein es comunista y no vendrá a Palestina. La cuestión es: ¿por cuánto tiempo continuará siendo comunista un hijo de Moische Finkelstein? ¿Acaso un buen día su corazón judío no latirá como el corazón de un judío… volverá a latir? ¿Y acaso no regresará entonces a casa? ¿No vendrá con nosotros para vivir en tierra judía? ¿Y por qué este quebradero de cabeza ahora? Por el momento, Froike Finkelstein es comunista, vive en Polonia y no tiene intención de reunirse conmigo.

Hablo a menudo con el rabí de historia judía, y el rabí está sorprendido y al mismo tiempo contento de que esté tan informado. Le he dicho abiertamente que olvidé cómo se reza y que después de la guerra he tenido que volver a practicar, que resulta un poco complicado, pero no mucho, que apenas voy a la sinagoga, aunque me he propuesto hacerlo en las fiestas importantes, sí, que ni siquiera me pongo la filacteria por las mañanas…, el tefilín.

—Señor Finkelstein —me dijo—. Usted no es el típico judío asimilado como lo es por ejemplo el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter. Sino medio asimilado… ¡Eso es lo que es usted! ¡Un medio asimilado! Aún queda algo de tradición…, naturalmente; como hijo de Chaim Finkelstein y sobrino de Moische Finkelstein…, no podría ser de otro modo…, una familia piadosa y distinguida…, los Finkelstein…, pero salvo eso…, salvo eso, no es usted mucho mejor que los demás, todos los demás judíos que han olvidado el espíritu de la Torá.

No, querido Itzig. No llamo la atención. La mayoría de los judíos aquí en el Exitus distan mucho de ser judíos piadosos, no piensan mucho o nada en absoluto en Dios. Muchos han declarado la guerra a Dios

abiertamente y se enfrentan a Él, el protector, que ha fracasado, con desobediencia y hostilidad.

Sí, querido Itzig. Dios es un gran fracasado. ¿Qué hizo cuando sus hijos caían rodando en las profundas fosas comunes? ¿Qué ejército envió para ayudarnos? ¡Gusanos! ¡Querido Itzig! ¡Gusanos! ¿Y qué hizo Dios por los que salieron por las chimeneas convertidos en humo? Solo las nubes se apiadaron de ellos y tal vez la lluvia, con la que volvieron a descender… hasta nosotros los de la Tierra.

No, querido Itzig. La mayor parte de nosotros, los del Exitus, ya no cree en Dios. Se dirige a casa, a la tierra de sus antepasados, para tener tierra bajo sus pies, para fundar un Estado y un ejército para que eso no vuelva a repetirse. Nosotros los del Exitus ya no queremos ser ovejas. Nunca más volverán a llevarnos sin más al matadero. Esos somos nosotros, querido Itzig, nosotros los del Exitus…, así se lo expliqué al rabí. Y el rabí lo entiende. Pero el rabí no pierde la esperanza. ¿Sabes lo que dijo? «Señor Finkelstein —dijo —, comprendo su amargura. Y la amargura de los otros. Pero un día hallarán el camino de vuelta a Dios. Usted y los otros».

No puedo recordar exactamente tu bar mitzvá, un día tan importante en vuestra familia como tu circuncisión. Fuiste a la sinagoga con tu padre y cuando regresaste me dijiste: «Ya soy un hombre. Ya soy mayor de edad». Solo tenías trece años. Pero según las creencias judías, el día del bar mitzvá es el día que se responde ante Dios.

Querido Itzig. Desde tu bar mitzvá, debías ponerte cada mañana la filacteria y musitar aquella larga oración matutina, al igual que tu padre, Chaim Finkelstein, al igual que un hombre con responsabilidad. Y en la sinagoga… te llamaban para que leyeras la Torá por tu nombre hebreo completo, Jitzchak ben Chaim, al igual que un hombre con responsabilidad.

¿Sabes, Itzig? Le dije al rabí:

—Présteme su filacteria. Y el libro negro.

—¿Qué libro negro? —preguntó el rabí.

—El *Sidur* —respondí—. A ese me refiero.

—¿Y el tefilín?

—Sí —dije—. También el tefilín…, la filacteria.

—¿Sabe cómo se usa aún el tefilín? —preguntó—. ¿Y cómo vestirse conforme a lo prescrito?

—Lo sabía en su día —repuse.

El rabí me mostró cómo se hace… conforme a lo prescrito…, me mostró lo que casi había olvidado, volvió a enseñármelo, me dijo:

—Esto es una mitzvá…, una buena acción ante Dios.

Sí. El rabí quería salvar mi alma. Me prestó su filacteria, me prestó su libro de oraciones, aunque yo tenía uno propio…, un libro de oraciones negro…, en la maleta…, pero no quería deshacerla…, sí…, tengo un libro de oraciones…, pero ninguna filacteria…, de modo que pedí prestadas las dos cosas… Y el rabí se situó junto a mí y cuidó de que lo hiciera correctamente…, me puse la filacteria conforme a lo prescrito…, elegí la oración adecuada… del libro negro…, la larga oración matutina que ha de musitarse largamente…, al principio lo hice mal…, pero luego lo hice bien.

¿Y sabes lo que pasó? Adivina, querido Itzig. El rabí me dejo solo. Fue al servicio, colgó el caftán de la litera y el sombrero de piel, fue al servicio solo con el quepis, medio desnudo. Y entonces me puse rápidamente el caftán negro. También el ancho sombrero de piel, el libro negro o *Sidur* en la mano, musité mi oración matutina, balanceándome a un lado y otro, tal como hacen los judíos piadosos.

Y adivina lo que pasó luego. ¿Lo adivinas, querido Itzig?

Cuando estaba allí en pie, sumido profundamente en la oración, llamé la atención de los niños del dormitorio… y me rodearon y dijeron:

—¡Rabí!

Ese es el rabí. Ya te lo he presentado. Es él. Y yo también podría serlo.

Ya te he presentado a Tiresias Pappas. Y a David Schapiro. Y a Max Rosenfeld. Y a Wolfgang Richter…, el juez. He mencionado a otros. Y

más adelante te presentaré a otros. Ten paciencia.

5

Todos los niños del Exitus reciben inyecciones de vitaminas. Se anunció por el altavoz.

¿Inyecciones de vitaminas? ¿Inyecciones? ¿Inyecciones letales? ¿Recuerdos?

Querido Itzig…, de vez en cuando en Laubwalde, en casos especiales, se administraban inyecciones. ¡Fenol! ¡Mortífero!

Me acuerdo de que durante un tiempo presté servicio en el hospital militar porque uno de los enfermeros estaba enfermo. Un trabajo fácil. En una ocasión matamos a alrededor de cien niños. Se hacía pasar a los niños a la enfermería de uno en uno. Tras una cortina había una silla. Y tras la silla, el enfermero Zalewski, un polaco. Sujetaba firmemente al niño, al niño al que le tocaba, ya sabes…, y delante de la silla estaba yo, Max Schulz.

Yo estaba delante de la silla, delante del niño. Siempre delante del niño al que le tocaba. Sujetaba la jeringuilla con el mortífero fenol en la mano. ¿Que en qué mano? En la mano izquierda. Porque soy zurdo, querido Itzig.

Entonces clavaba la aguja, veloz como el rayo, en el corazón de mis pacientes, de mis niños. Morían al instante. Pequeños angelitos muertos.

Tras el anuncio del médico de a bordo, el doctor Steiner, yo, el genocida Max Schulz, fui al punto a la enfermería y me presenté voluntario.

Dije:

—Señor doctor Steiner. Hoy la gente puede esperar a que le corte

el pelo. Si necesita ayuda, con gusto estoy a su disposición. Una vez fui enfermero.

El doctor Steiner se alegró visiblemente. No hizo preguntas. ¿Dónde? ¿Cuándo? Tal vez pensó que con los partisanos o en cualquier otro sitio; únicamente preguntó:

—¿Sabe poner inyecciones?

—Sé —dije.

—No tengo ayudante. Nadie. Es muy amable por su parte, señor Finkelstein.

Querido Itzig. He administrado inyecciones a los niños del Exitus. Me sentí como si fuera un santo, un genocida purificado, reformado. ¡Porque ninguno de mis niños cayó muerto de la silla!

Desde el tratamiento a base de vitaminas, los niños me adoran. Antes acostumbraban a llamarme «señor Finkelstein». O «señor peluquero». Ahora solo «¡*chawer* Itzig!».

¿Sabes lo que significa *chawer*? Significa «amigo» o «camarada». Los niños me rodean allí donde me encuentre. Apenas puedo librarme de su amor. «*Chawer* Itzig, ¡otra inyección!». Y así todo el adorable día. O «*Chawer* Itzig, ¿eres rabí?». O «*Chawer* Itzig, ¡córtame el pelo otra vez!».

Cinco literas superpuestas. El rabí duerme en la superior. Es el número uno, por así decirlo. Pero también podría ser el número cinco. Yo soy el número dos o el número cuatro. Todo depende, querido Itzig, de si tú, el muerto, comienzas a contarnos a nosotros, los vivos, desde abajo o desde arriba.

Debajo de mí hay un hombre. No sé cómo se llama. Simplemente un hombre. Y bajo el hombre hay una mujer. No sé cómo se llama. Simplemente una mujer.

Pero adivina quién duerme abajo del todo. ¿El número uno o el número cinco?

Abajo del todo está Hanna Lewisohn, de Berlín, la bailarina. La mencioné de pasada antes. Me explicó quién era Tiresias… Tiresias, el vidente ciego de *Antígona*.

Hanna Lewisohn sostiene que sobrevivió a Berlín cuando Berlín fue incendiado, que se alejó flotando, danzando, sobre rescoldos… porque las bailarinas danzantes no danzan, ¡flotan!

Hanna Lewisohn se encuentra entre mi clientela femenina. Fue la primera que dejó que yo, el genocida Max Schulz o Itzig Finkelstein, le cortara el pelo: «¡Señor Finkelstein! ¡Un corte de caballero para una bailarina!».

Entablamos una buena amistad y ya nos tratamos de tú. Está mal de la cabeza, como yo… Y sin embargo, de un modo por completo distinto. Creo que está realmente loca. Pero nos llevamos bien. Sí. Estupendamente. A veces me parece que soy la única persona con la que puede hablar. Es como es: una cuestión de confianza.

¿Loca? Sí, está loca. Y, sin embargo, a ratos del todo cuerda. Me explicó lo que significa «Tiresias». De una manera normal, cuerda. Una noche sentí ganas de vomitar. El Exitus temblaba por todos sus remaches, tenía la tensión alta, revolvía sus ojos de fantasma, embestía furioso contra las burlonas olas, gemía en la noche. De vez en cuando, el Exitus se encabritaba como una ballena herida, se abalanzaba sobre las nocturnas aguas, trataba de alcanzar las nubes, pero se hundía de nuevo, agotado, quedaba suspendido, furioso, entre las olas, giraba sobre sí mismo… Así que descendí de mi litera, pasé ante los dos desconocidos, ante la bailarina Hanna Lewisohn, avancé tambaleándome, tropezando con aquellos que dormían, por el suelo de la bodega, quería ir arriba, pero vomité en la empinada escalera. Una vez me hube calmado y enjuagado la boca, regresé dando traspiés, hallé en la oscuridad la litera de Hanna Lewisohn, pensé: «Bien, por aquí es por donde has de subir,

tres por uno es tres y la cuarta es la tuya…». Ya estaba en la escalera… cuando dos manos me agarraron.

—¿Eres tú, Itzig?

Repuse:

—Sí. Soy yo.

—Se me ha ladeado el corte de pelo.

Yo dije:

—Bah, tonterías. Es imposible.

—Que sí —afirmó Hanna Lewisohn—. Que no es imposible.

Me hizo bajar de la escalera, me agarró y me arrastró bajo la manta.

No podía ver su cara en la oscuridad, pero la conocía bien. La cara de la bailarina Hanna Lewisohn tiene una expresión infantil, es la cara de una niña de seis años con la piel de una vieja. ¡Tendrías que ver sus ojos, querido Itzig! Ojos negros, redondos como bolas…, ojos que podían sonreír como si fueran labios, un tanto perdidos…, pero muy alegres…, sí…, querido Itzig…, muy alegres. Su cabello también es negro, demasiado negro para no estar teñido; me di cuenta al instante con la diestra mirada del peluquero. Pero es suave como la seda, indicado para un corte de caballero. Le queda estupendamente…, es decir…, el corte de caballero…, mi corte de caballero…, el corte escalado sin trasquilones. Una vez le dije:

—Hanna, un corte de caballero escalado tan estupendo, sin trasquilones, solo pueden llevarlo a cabo tres peluqueros: Chaim Finkelstein (mi padre) y yo. Y también el genocida Max Schulz.

—¿Él también? —preguntó ella.

—Él también —respondí yo.

Sí. Conocía su cara. A pesar de todo, la toqué con mis manos de asesino e hice como si no la conociera. Toqué su cara como si fuera ciego. Como si fuera un genocida ciego. Y Hanna Lewisohn no dijo nada, tenía los ojos cerrados, respiraba profundamente, respiraba contra mi mano, contra mi cara…, sobre la suya…, en la oscuridad. Su respiración olía a carne enlatada, querido Itzig, como la carne enlatada de la señora Holle…, ya que aquí en el Exitus no comemos

más que carne enlatada, somos devoradores de carne enlatada, porque nuestra despensa está llena hasta los topes de latas de conserva. ¿Que qué clase de conservas? Ya te lo he dicho. ¡Carne enlatada! Carne picada en salsa de lágrimas. ¿Qué dices? ¿Qué preguntas? ¿Que qué clase de lágrimas? Las mismas lágrimas, querido Itzig, del mismo manantial que los dólares bañados en lágrimas de las organizaciones de ayuda judeoamericanas que financiaron nuestra carne enlatada. Así es. Pero hablo demasiado o pienso demasiado o divago.

Su nariz es pequeña y huesuda, su boca, por el contrario, grande, aunque no tan gruesa como la mía. Hanna Lewisohn yacía inmóvil mientras tocaba su cara, solo que respiraba entrecortadamente, delatando así su excitación. De repente me estrechó entre sus brazos, me hizo rodar hasta ponerme boca arriba, se arrojó sobre mí, se sentó sobre mi endurecido miembro, haciéndolo desaparecer en sus entrañas, sentada sobre mí como un escarabajo, volvió a arrastrarse debajo de mí, me levantó la cabeza repentinamente y apretó sus labios contra los míos.

Ese fue nuestro primer beso.

¿Te he puesto caliente, querido Itzig? ¿Quieres saber si tuvo un orgasmo?

Al besarla, querido Itzig. Varias veces. Luego me apartó de sí, me volvió la espalda y no dejó que la tocara más. Está un poco loca. Un poco demasiado.

—Y entonces eché a correr —dijo Hanna.

—¿Hacia dónde? —pregunté de nuevo.

—No lo sé —respondió Hanna—. Simplemente eché a correr. Y había una calle. Estaba oscura. Todo estaba oscuro. Y hacia allí corrí.

—¿Hacia dónde? —pregunté de nuevo.

—Hacia lo oscuro —dijo Hanna.

—¿Y qué pasó entonces?

—Allí había una casa —dijo Hanna.

—¿Solo una casa?

—No lo sé —dijo Hanna—. Yo solo vi una casa. Y una puerta abierta. Hacia allí corrí. Subí por la oscura escalera. Hasta lo más alto. Hasta que ya no pude subir más.

—Sí, Hanna —dije—. Sí, Hanna.

—Y allí arriba…, arriba del todo…, había una puerta, una sola puerta. Llamé.

—¿Y te abrió alguien?

—Sí —repuso Hanna.

—¿Quién era?

—Un jorobado —contestó Hanna—. Un enano. Con piernas cortas y delgadas y una cabeza enorme. Y largos brazos…, y una lámpara… en sus grandes manazas.

—¡Seguro que también tenía dientes grandes!

—¡Sí! ¡Dientes grandes!

—¿Un devorador de hombres?

—Sí —afirmó Hanna—, ¡un devorador de hombres!

—¿Te devoró?

—No —dijo Hanna—. No me devoró.

»Le dije: «Soy judía. La Gestapo me persigue. ¡Quieren matarme!».

»El enano se me quedó mirando fijamente. Me miró largo tiempo, de repente me agarró, me arrastró a la habitación y me dijo en voz baja: «¡Yo la esconderé!».

Y yo dije:

—Sí, Hanna.

—Una buhardilla —dijo Hanna—. Una cama, una mesa, una silla. ¡Y un gran banco!

—Y una ventana —agregué.

—Sí. Y una ventana — repitió Hanna.

—Y desde la ventana se veía Berlín, ¿no? Berlín desde arriba.

—Sí —dijo Hanna—. ¿Cómo lo sabes?
—¿Y qué pasó entonces, Hanna? ¿Te devoró?
—No —negó Hanna—. Simplemente, me ató al gran banco.
—¿Cuántas veces, Hanna?
—Solo una —repuso Hanna.
—¿Y durante cuánto tiempo?
—Durante mucho tiempo —respondió Hanna.
—¿Cuánto tiempo, Hanna? ¿Cuánto tiempo pasaste atada allí?
—Tres largos años —dijo Hanna.

»Sí. Se ocupaba de mí. Me traía comida regularmente. Me lavaba y me tendía el orinal.
—¿Tres largos años?
—Tres largos años.
—¿Y nunca te desató?
—¡Nunca me desató!
—¿Y te pegaba?
—No —dijo Hanna—. Nunca me pegó.
—¿Te violó?
—Eso tampoco.
—Entonces, ¿qué hacía?
—No hacía nada en absoluto. Tan solo me miraba.

—¿Y qué pasó entonces, Hanna?
—Entonces comencé a bailar —respondió Hanna.
—¿Estando atada?
—Sí —dijo Hanna—. Soy bailarina. Tengo que bailar.
Yo dije:
—Sí. Tenías que hacerlo.
—Y bailé —prosiguió Hanna—. Bailé durante tres largos años. Tendrías que haberme visto.
—¡Seguro que estabas espléndida!

—Sí —dijo Hanna—. Lo estaba. Mejoraba día a día. Mejor cada día. Mejor que la Pavlova. ¡Mejor! ¡Mucho mejor! Coseché triunfos. Conmigo trabajaban los coreógrafos más famosos. Con Hanna Lewisohn. *Prima ballerina assoluta!* Tendrías que haber oído los gritos de júbilo, el aplauso tras cada aparición en escena. Y tanta luz…

»Luz —repitió Hanna.

—Sí, Hanna.

—Y fuego —dijo Hanna.

—¿Qué clase de fuego, Hanna?

—Berlín estaba en llamas —dijo Hanna—. Alrededor de nuestra casa, todas las casas estaban en llamas. La nuestra era la única que no ardía.

—Sí, Hanna. Y no podías bajar al sótano cuando caían las bombas, como hacían los otros, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Hanna—. Es cierto. Y el fuego…

—¿Qué pasó, Hanna?

—Entonces fui bailando hacia la ventana… —dijo Hanna—, como una mariposa…, y volé bailando hacia el fuego.

—¿Y no te chamuscaste las alas?

—Sí —dijo Hanna—. Caí muerta sobre la tierra.

—Sí, Hanna —dije.

—Pero un día… —siguió Hanna—, un día…

—¿Qué pasó un día, Hanna?

—Resurgí bailando de las cenizas. ¡Tendrías que haberlo visto!

¿Has visto, Itzig? ¿Cómo pudo resurgir bailando de las cenizas? Está loca, te lo digo yo…, aunque yo también estoy loco a veces. Pero de otra forma.

¿Qué dices, Itzig? ¿Que no me contó nada en absoluto? ¿Que esta conversación entre Hanna Lewisohn y yo nunca tuvo lugar? ¿Que me lo he inventado todo?

Si Itzig Finkelstein estuviera loco…, ¿quién sería entonces el loco, tú o yo? ¡Ten cuidado, Itzig! ¡No te pelees conmigo! ¡Debemos llevarnos bien! ¡Nosotros dos! ¡Tú y yo!

Así que supongamos… que me lo contó. Supongamos que la entendí mal, lo cual no es, o no sería, culpa mía. Supongamos, pues, que el enano jorobado no es ningún enano jorobado. El enano jorobado es un hombre cualquiera, un hombre totalmente normal y corriente…, o una mujer…, sí…, ¿por qué no una mujer?…, o cualquiera…, digamos que cualquiera que la protegiera hasta que todo hubo terminado. Supongamos que la buhardilla era una casa, una casa amplia, espaciosa, incluso cómoda. Y el gran banco, ningún gran banco, sino un sofá…, digamos que un sofá afelpado. Supongamos, pues, que todo sucedió de otro modo. Sobre todo lo de las cadenas: podríamos imaginarnos que las paredes de la casa eran las cadenas que la retuvieron durante los tres largos años. O el hombre era las cadenas o la mujer o el enano jorobado, que era o no un enano. Supongamos que su alma quiso salir volando junto con las piernas de la bailarina, mas no pudo porque no era aconsejable o era peligroso.

Ya ves…, es posible que la entendiese mal. ¿O acaso no la habré entendido mal, sino bien? Y me lo ha contado así intencionadamente…, tal como lo entendí, para pintar una descripción más expresiva. Tal vez crea que, de otro modo, yo, un peluquero…, no entendería la verdad. ¿Será acaso posible?

6

El Exitus cambia de rumbo cada noche. Nadie sabe lo que Tiresias Pappas se ha propuesto hacer con nosotros. Ayer por la noche pusimos rumbo a la costa africana y, sin embargo, al amanecer viramos y regresamos por la misma ruta. Los ojos del Exitus están abiertos como platos de espanto. De cuando en cuando, Tiresias Pappas mantiene el cascarón de lamentos dando vueltas, como si el Exitus fuera una de mis ratas persiguiendo su propio rabo con la

boca.

¿Qué pasa en realidad? Hablé con el comandante de la Haganá, David Schapiro:

—Maniobras de despiste —dijo David Schapiro—. ¿No se ha dado cuenta de que cambiamos el rumbo cada noche?

Yo repuse:

—Sí, me he dado cuenta.

—Y la bandera —añadió David Schapiro.

—No me he dado cuenta.

—Entonces, fíjese —dijo David Schapiro.

Hice lo que me indicó, querido Itzig. Fue ayer. Subí arrastrando los pies hasta donde está el asta de la bandera, bajo el puente de mando, y me di cuenta, para sorpresa mía, de que navegábamos bajo bandera japonesa.

—Anteayer era portuguesa, y hace tres días, sueca, y hace cuatro días, mexicana, y hace cinco días era la bandera de la Unión Soviética —explicó David Schapiro riéndose cuando volvimos a tropezarnos en cubierta—. Y bien, ¿qué tiene que decir al respecto, señor Finkelstein?

—Nada de nada —dije—. ¿Y qué pasa con el nombre Exitus?

—Por el momento sigue igual—respondió David Schapiro—. Está algo borroso y no se lee bien.

Yo dije:

—Así que es eso…

Sí, querido Itzig. Es eso. También hablé con Max Rosenfeld. Max Rosenfeld opina que Tiresias Pappas es un charlatán. O alguien que quiere engañarse a sí mismo. Hace poco, Max Rosenfeld dijo:

—¡El plan de desembarco ilegal más sublime de todos los tiempos! Eso dice Tiresias Pappas a los pasajeros. Tonterías, señor Finkelstein. Si tenemos suerte lograremos atravesar el bloqueo sin que adviertan nuestra presencia. Si no, no.

A veces, en pleno día, el altavoz nos hace llegar los bramidos de

Tiresias Pappas: «¡Que todo el mundo abandone la cubierta! ¡Que solo quede arriba la tripulación!». Entonces comienza la carrera hasta las escaleras que conducen a la entrecubierta. Medidas de precaución. Nada más. Solo son necesarias cuando aparece un barco extranjero o puntitos sospechosos en el cielo. ¡Nadie debe saber quiénes somos!

A pesar de todo, yo, el genocida Max Schulz o el judío Itzig Finkelstein, estoy convencido de que los ingleses saben perfectamente quiénes somos. Saben que estamos en camino para desembarcar de manera ilegal. Los ingleses esperan, pacientes. Tan pronto hayamos entrado en aguas territoriales palestinas, arremeterán contra nosotros con su flota…, con sus aviones.

¿Que qué pasará entonces? No lo sé, Itzig. Entonces lo más probable es que nos internen en la isla de Chipre. O tendremos que luchar para desembarcar.

Ayer dijo el comandante de la Haganá David Schapiro:

—¡Será un ejercicio de tiro al blanco! Abriremos fuego contra los ingleses desde la borda como si fueran gorriones… ¡También tenemos cócteles molotov! ¡Lucharemos! ¡Como luchamos en Varsovia!

Le pregunté:

—¿Y podremos desembarcar?

—Por supuesto que desembarcaremos —dijo.

—¿Y luego?

—¡Luego mandaremos a los ingleses a tomar por el culo!

Cuanto más nos aproximamos a la costa palestina, más inquieta se muestra la gente. Esta mañana se distribuyeron armas: revólveres, viejos fusiles, cócteles molotov, incluso algunas metralletas. La voz del comandante de la Haganá resonó por el altavoz: «¡Todo el que sepa manejar un arma, que venga a verme!».

Ni que decir tiene que me presenté de inmediato. Le dije a David Schapiro:

—¡Señor comandante de la Haganá! ¿Cuántas metralletas le quedan a su gente?

—Cinco, señor Finkelstein.

—¡Entonces, deme una!

—¿Sabe manejar ese tipo de cosas, señor Finkelstein?

Yo repuse:

—Por supuesto que sé.

—¿Dónde aprendió a hacerlo?

—Con los partisanos.

Querido Itzig. Me dieron mi metralleta. Y también un par de cócteles molotov. Estoy muy excitado. Lástima que en este momento no lleve un diario. De lo contrario, habría anotado lo siguiente:

«Yo, el genocida Max Schulz, soy a partir de hoy… un combatiente por la libertad judía».

Le corto el pelo a la gente con la metralleta al hombro. Bajo el sillón de peluquería provisional hay cócteles molotov. Mujeres y niños continúan formando corro cuando trabajo, como antes, de vez en cuando incluso algunos hombres que no tienen nada mejor que hacer, pero nadie gasta bromas. Me respetan. Hanna Lewisohn se ha vuelto completamente loca desde que soy un soldado. No solo por la noche. También durante el día. No se aparta de mi lado y me besa siempre que tiene oportunidad.

Por lo demás, aquí en el Exitus no pasa gran cosa. Nadie sabe si Tiresias Pappas pondrá rumbo hacia la costa palestina hoy o mañana por la noche o si se desviará de nuevo. Tal vez hoy por la noche nos dirijamos de nuevo hacia África o tal vez continuemos dando vueltas o efectuemos artísticos movimientos en zigzag.

El tiempo continúa siendo bueno. Un pequeño chaparrón no habría perjudicado al Exitus, en caso de que Dios hubiera resuelto lavar este cascarón de lamentos antes de desembarcar, una, dos, tres veces, sin pérdida de tiempo, para secarlo al instante con Su sol, pero no parece que Él pueda hacerlo, pues por estas latitudes no suele llover en verano. Tiene que ver con el clima.

Hace buen tiempo y el cielo es azul. La gente en cubierta parlotea

una con otra, excitada, y los niños pequeños que mean en cubierta mean en silencio, callados, sin griterío, sin vocerío, como si conocieran el motivo del recogimiento. Porque se deja sentir hasta en los huesos: ¡la Tierra Prometida está cerca!

Extraño. Siempre que me mira el rabí, yo, Max Schulz, el genocida, tengo la sensación… tengo la poderosa sensación de que sus ojos reflejan dudas, como si no supieran si realmente deberían bendecirme. ¿Qué pasa?

Lo evito. Por eso paso bastante tiempo con el juez —el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter—, no solo a primera hora, cuando lo afeito…, también en otras ocasiones. No puedo quitármelo de encima tan fácilmente. El juez cada vez se interesa más por Max Schulz. Me pide información. Me sonsaca. Me asegura en todo momento:

—Señor Finkelstein, el caso me interesa. Y no es que no crea que el tipo ha desaparecido. Pero ¡en alguna parte estará! ¿O no? Y yo le apuesto a que un día resolveré el dilema. ¿Qué nos apostamos?

—Bien —dije—. ¿Qué nos apostamos?

—¡Una botella de champán, señor Finkelstein!

—Bien —acepté—. Una botella de champán.

¡Ha llegado el momento! ¡Itzig Finkelstein! ¡Hombre! ¡Muchacho! ¡Abre bien tus difuntos ojos! ¡Hoy por la noche desembarcamos!

En primer lugar habló Tiresias Pappas. Lacónico. Solo dijo: «¡Desembarcamos hoy por la noche!».

Luego habló David Schapiro. David Schapiro habló durante más tiempo. Dijo que desembarcaríamos porque nuestro derecho histórico era desembarcar en nuestra patria. «¡Y no es un desembarco ilegal! ¡Sino legal!» Su voz clamó al cielo por el altavoz: «¿Quién es ilegal en Palestina? ¡Los ingleses! ¿Y quién lleva allí dos mil años ocupando nuestra tierra, mientras nosotros estábamos ausentes? ¡Todos los gentiles del mundo! ¡Y los árabes! ¿Y a quién pertenece la tierra por derecho? ¡A nosotros! ¿Y quién nos la ha

dado? ¡Tú!». No puedo acordarme exactamente de todo lo que dijo David Schapiro. Solo puedo acordarme exactamente de una palabra. De una sola palabra. David Schapiro dijo: «¡Resurrección!».

Querido Itzig. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Se acerca realmente la resurrección? ¿Qué resurrección? ¿La resurrección de los muertos? ¿O la resurrección del pueblo judío? ¿Y quizá pudiera suceder que los muertos no resucitaran realmente? ¿Que solo el pueblo resucite? ¿Y nosotros con el pueblo? ¿Y con el pueblo su extinguida historia? ¿Y con la historia… los muertos, hasta la última generación? ¡No lo sé, querido Itzig! Solo sé que la gente del Exitus perdió la cabeza al oír la palabra «resurrección». Alguien gritó: ¡Nuestro barco ya no se llamará Exitus! ¡Se llamará Resurrección». Otro gritó: «¡Debemos cambiarle el nombre!». Y la multitud bramó: «¡Y la bandera! ¡Abajo la bandera falsa!». Y Tiresias Pappas bramó: «¡No! ¡No!».

Nadie hizo caso del «no» del griego Tiresias Pappas. La víspera del desembarco rebautizamos el cascarón, borramos el nombre Exitus. Ahora se llama Resurrección. La palabra está por todas partes…, en todos los idiomas…, está pintada por todo el barco… para que también la vea el cielo…, y tal vez…, el mundo entero… Y en el asta de la bandera, querido Itzig…, ondea ahora la bandera blanquiazul con la estrella de David.

Es nuestro último día en el exilio. O digamos que esta es la última noche.

¿Puedes verme…, Itzig Finkelstein? Estoy en cubierta, con una metralleta al hombro…

Libro quinto

1

Estaba en cubierta, mirando por la borda; comprobé la metralleta, volví a colgármela al hombro, miré el mar. Vi al mar devorar el sol. Vi a las olas capturar la última luz, oí el mudo griterío de los peces, vi la luz desesperada agitarse entre las juguetonas crestas, pensé: «¡Ha llegado el momento!». Cerré los ojos, los mantuve así, cerrados, largo tiempo, luego parpadeé, abrí los ojos…, los ojos de rana…, los míos…, los ojos del otro Itzig Finkelstein…; vi que la noche había surgido del mar.

Junto a mí, en la oscuridad, se hallaba David Schapiro. Le pregunté:

—¿Ha llegado el momento?

—Aún no —repuso David Schapiro.

Le oí toser suavemente.

—Alrededor de las tres de la madrugada —dijo David Schapiro—. Alrededor de las tres, el Resurrección…

—¿Qué?

—… llegará a la costa palestina.

—¿Alrededor de las tres de la madrugada?

—Alrededor de las tres de la madrugada.

Asentí. Alcé la vista al cielo.

—Ojalá Él vele la luna, cuando llegue el momento —dijo David Schapiro, como si me hubiese leído el pensamiento.

Yo pregunté:

—¿Quién? ¿Tiresias Pappas?

—No —respondió David Schapiro—. Él no.

Los ingleses no vieron el barco.

Alrededor de la tres de la madrugada, Tiresias Pappas, al timón del Resurrección, cruzó el invisible límite de las tres millas. Teníamos las armas listas para abrir fuego contra el enemigo, que acechaba en alguna parte, en la oscuridad. Poco antes del Nuevo Amanecer llegaron hasta nosotros las barcas de pescadores de la Haganá. Subimos a ellas, escarabajos negros en la noche, tras descender por las escalas del Resurrección con todos nuestros bártulos. Dejamos atrás la noche. Cuando arribamos, el Nuevo Día nos abrió sus brazos. Pero precavido. Como alguien que despierta y no se atreve a abrir los ojos. La playa continuaba sumida en la oscuridad.

La gente se quitó los zapatos, saltó de las barcas, rompió a llorar, se abrió paso por las aguas poco profundas, se abrió paso insegura, sollozando…, recorrió el último tramo a pie, los pies descalzos, insegura, sollozando…, los pies mojados…, de pronto echó a correr. Llegó hasta tierra firme. Se arrodilló, dio gracias al Señor, en quien ahora volvía a creer, así, de repente, y besó la Tierra Santa.

Una playa oscura, aunque ya era de día. A mi alrededor, personas arrodilladas para quienes parecía que no hubiera nada más importante en el mundo que besar la arena.

Ya se imaginarán que yo, el genocida Max Schulz, estaba un tanto confundido. ¿Qué debía hacer? ¿Besar la Tierra Santa? ¿O no besarla? ¿Llorar o no llorar? ¿Dar gracias al Señor o no dar gracias? Así que me arrodillé, para no llamar la atención, besé la Tierra Santa y di gracias al Señor.

Es de día. Y a pesar de ello, la playa está oscura. El sol aguarda. El sol quiere protegernos hasta que estemos seguros.

Una hilera de camiones espera al borde de la carretera. Por todas partes, miembros de la Haganá armados, hombres y mujeres jóvenes de uniforme color caqui, sombras vigilantes en la oscuridad.

Yo, el genocida Max Schulz, he besado la tierra. Tengo la boca llena de arena. Me pongo en pie, escupo la arena, me percato de que Hanna Lewisohn, que se halla junto a mí, también escupe arena, se vuelve de repente, se me echa al cuello y dice:

—¡Itzig! ¡De nuevo estamos en casa!

Hanna llora. Yo también. Sigo llorando. Hanna dice:

—Itzig, ¡dejemos de llorar!

Yo digo:

—Sí, Hanna. Ya hemos llorado bastante. Esta es la última vez.

Hanna asiente. La veo en la oscuridad, una sombra mueve la cabeza. Una sombra que asiente. Hanna dice:

—La Haganá ha rodeado la playa.

Yo digo:

—Sí, Hanna. Si vienen los ingleses, habrá lucha.

Miro a mi alrededor, mas solo veo sombras, supongo que son sombras con uniformes color caqui, metralletas…, soldados judíos armados.

No sé cuánto duró todo aquello: la llegada, el abrazo a la tierra, la jaculatoria, el despertar, el paroxismo, la carrera por la Playa Santa hacia la carretera, la avalancha sobre los camiones. Solo sé que Hanna y yo logramos llegar a la columna de camiones, que manos compasivas nos ayudaron a subir, que Hanna se hallaba junto a mí cuando arrancó el motor, que de pronto el amanecer envolvió el paisaje, que el desierto recobró sus contornos, que el sol asomó, juguetón, por detrás de las dunas, que el cielo se abrió ante nosotros.

Habíamos perdido mucho tiempo. Llevábamos casi dos mil años esperando este momento. Ahora debíamos continuar antes de que aparecieran los ingleses.

Nos pusimos en marcha. Solo la retaguardia de la Haganá quedó atrás, en la playa, para cubrir nuestra retirada.

O…, digamos…, para asegurar nuestro avance.

2

Algunos pastores árabes habían observado nuestro desembarco y, naturalmente, habían dado la voz de alarma a los ingleses. Pero eso fue por la tarde. *Baruk Hashem* —que significa «Alabado sea Su Nombre»—, eso fue por la tarde, mucho después de que nosotros, ilegales o legales, hubiéramos desaparecido entre las montañas, o, mejor dicho, tras las dunas del desierto. Los ingleses buscaron a conciencia, furiosos porque se habían dormido, golpearon con la débil mano del agonizante Imperio…, pero demasiado tarde. Ya podrán imaginarse que el asunto pronto llegó a oídos de la prensa, incluso se dieron a conocer detalles sobre el barco fantasma y su fabuloso viaje después de que algunos de los hombres de Tiresias Pappas, que a la vuelta desembarcaron en un puerto griego, proclamaran a gritos, borrachos, nuestro secreto.

La prensa mundial anunció la noticia de nuestro desembarco con grandes titulares. Recorté algunos, los corregí ligeramente con unos pocos trazos y, por supuesto, los guardé. ¿Les interesan los titulares?

Titulares: «El Resurrección desembarca en Palestina». «El 14 de junio de 1947, mil seiscientos emigrantes ilegales logran burlar el bloqueo inglés». «Los ingleses llegan demasiado tarde». «Los emigrantes ilegales huyen en camiones». «Desenfrenada marcha por el desierto». «Unidades del ejército secreto judío cubren la huida». «Camiones llenos de ilegales desaparecen al amanecer, sin dejar rastro». «Los ingleses peinan la Tierra Santa en busca de los ilegales». Otros titulares: «Los emigrantes ilegales reciben papeles

falsos del Gobierno judío en la sombra». «Los papeles falsos son papeles legales».

¡Titulares! Titulares: «Detenciones masivas en Haifa, Tel Aviv, Jerusalén». «Detenciones masivas en todas las ciudades». «Las detenciones masivas no conducen a nada». «Es de suponer que los ilegales no se hallan en las ciudades, sino en asentamientos secretos judíos colectivos».

¡Otros! Otros titulares: «En una entrevista con sir Edward Hunter, el experto en la cuestión palestina, quien suscribe estas líneas averiguó que los judíos de Tierra Santa, en particular los que se encuentran en los asentamientos colectivos secretos, sufren de ceguera y sordera temporales. Nadie parece haber visto u oído nada».

El pueblo judío devolvió a Itzig Finkelstein a la tierra de sus antepasados. Su llegada, tras un exilio de dos mil años, fue un momento histórico. Por ese motivo los combatientes por la libertad judía ocuparon la Playa Santa, para proteger a Itzig Finkelstein, que regresaba a su patria, para garantizar su segura desaparición en Tierra Santa…, pues Itzig Finkelstein, que regresaba a su patria, no podía caer bajo ningún concepto en manos de los ingleses, ya que estos lo deportarían… de vuelta al exilio.

Los camiones se dispersaron en todas las direcciones. El de Itzig Finkelstein viajó durante tres horas en un arriesgado trayecto por un desierto de arena y rocas con el que Itzig Finkelstein ya estaba familiarizado gracias a las fotografías de los libros y a las postales.

A Itzig Finkelstein le dolía el estómago. Sintió deseos de vomitar. ¿Qué pasaba ahora? ¿Que el camión daba extraños saltos o que Itzig Finkelstein se estaba transformando? Itzig Finkelstein se había transformado demasiadas veces. El inocente niño de pecho que una vez se llamó Max Schulz pasó a ser un pequeño cazador de ratas. Y el cazador de ratas, un señorito cultivado. Y el señorito cultivado, un peluquero…, y el peluquero, un soldado de las SS. Y el soldado de

las SS, un genocida. Y el genocida…, el pequeño traficante judío Itzig Finkelstein. Y ahora, el pequeño traficante judío Itzig Finkelstein…, un pionero, alguien que regresaba a su patria, un combatiente por la libertad.

Sí, maldita sea. Sentí deseos de vomitar. Las múltiples transformaciones…, todos los pequeños y grandes Max Schulz e Itzig Finkelstein se revolvían en mis tripas, nacían, se transformaban, ascendían por peldaños intermedios y escaleras de servicio, arriba y abajo, crecían y morían. El camión avanzaba a toda velocidad, a trompicones, por el desierto. Me hallaba encajonado entre los otros ilegales, contemplando el sol de la mañana, contemplando el resplandeciente cielo azul y el paisaje de las fotografías de los libros. Avanzábamos a toda velocidad atravesando una nube de Polvo Santo, lejos de la carretera…, la carretera que aún pertenecía a los ingleses. De vez en cuando aparecían pueblos árabes, sucios, pero no los atravesábamos. Dejábamos los pueblos a izquierda o a derecha. Pasábamos por campamentos de beduinos que apenas si se veían. Solo a través del velo que cubría mis ojos. Eran destellos que el Nuevo Sol irradiaba en el Polvo Prometido, que a su paso todo lo arrastraba: formas embozadas, tiendas de pelo de camello y de cabra, perros sarnosos que salían corriendo de los *uadis* —de los lechos y valles fluviales secos—, ladrándonos, camellos y burros que apenas alzaban la cabeza y rebaños de ovejas grises y sucias y de curiosas cabras pequeñas y negras. Primero viajamos hacia el interior del país, lejos de la costa cercana a Gaza, viajamos por las rutas de caravanas que atravesaban el desierto, cambiamos de dirección, viajamos hacia el norte, trazando un amplio arco, y volvimos a la costa.

Sí, así fue. Alrededor de las siete de la mañana llegamos a los primeros asentamientos judíos. ¡Campos! ¡En medio del desierto! ¡Plantaciones! ¡Bananeros y naranjos! ¡Pequeñas casas luminosas con tejados planos, rodeadas de árboles y arriates! ¡Depósitos de agua! ¡Aspersores! ¡Chorros de agua describiendo círculos bajo el dorado sol! Entonces me dije: «¡Max Schulz! ¡Un milagro! Los judíos

no solo nos han salvado a nosotros, sino también al desierto».

Seguimos viajando al mismo ritmo, viajamos atravesando el transformado desierto, nos alegramos al ver los multicolores campos, con los ojos como platos. Hanna Lewisohn, que se hallaba más adelante en el camión, se abrió paso hasta mí, me pasó el brazo por el hombro y dijo:

—Itzig Finkelstein. Tus ojos de rana se han vuelto más grandes y redondos.

Traté de reír y dije:

—¡Porque el desierto se ha transformado!

—Mira —dijo Hanna.

—Ya veo, Hanna.

—¡Campesinos judíos! ¡Ahí! ¡En los campos! ¡Nos saludan!

Hanna les devolvió el saludo. Y yo también. Y los demás también. Los saludamos.

Llegamos a una carretera. Por todas partes había puestos de la Haganá que nos indicaban por señas que no había moros en la costa. Ni rastro de controles ingleses. Viajamos durante un tiempo por la carretera Tel Aviv-Haifa. Al pasar el cruce Haifa-Netanya torcimos a la derecha, atravesamos un bosquecillo de eucaliptos, fuimos a dar a un sendero, volvimos a ver plantaciones de bananeros y naranjos, las atravesamos; el camión daba saltos de alegría, daba saltos lentos, luego más rápidos y se detuvo de repente. Habíamos llegado. Al kibutz Pardess Gideon.

Nada más llegar al kibutz Pardess Gideon, Max Schulz o Itzig Finkelstein recibió ropas nuevas. Recibió un uniforme caqui, un par de burdos zapatos pardos, una pequeña gorra caqui redonda que debía proteger del tórrido sol su cabeza, una cabeza importante —una medida de precaución frente a las jaquecas—; además, Max Schulz o Itzig Finkelstein recibió mudas limpias, cigarrillos, una cama y, por supuesto, documentación nueva.

No. No tuve miedo. Ni de los judíos ni de los ingleses. Para los

judíos era un judío, un judío que regresaba a su patria. Para los ingleses, un hombre con documentación legal, intocable, un ciudadano del territorio bajo mandato inglés de Palestina. Nombre: Itzig Finkelstein. Profesión: peluquero.

3

Llevo unos días en el kibutz Pardess Gideon. Ya he aprendido algunas palabras hebreas. Nuestro saludo: *shalom*. Significa «paz». Otras palabras: kibutz…, «asentamiento colectivo» o «aldea colectiva». Su plural es… *kibutzim*. *Chawer*, es decir, «camarada» o «amigo», una palabra que ya había aprendido en el barco. Su plural es… *chawerim*. Así que recuerden: *shalom*, kibutz…, *kibutzim*, *chawer*…, *chawerim*. Los miembros de un kibutz se llaman *kibutzniks*. Pero todos los *kibutzniks* son al mismo tiempo *chawerím*. ¿Demasiado complicado para ustedes?

Un kibutz es un asentamiento colectivo sin salón de peluquería. Al menos es así en Pardess Gideon. Ni rastro de salón de peluquería. En ningún sitio. Me pregunté al instante: «Entonces, ¿dónde se cortan el pelo los colonos? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién?».

Lo descubrí pronto: «¡De vez en cuando! ¡Cuando es necesario! Y, además…, tras las duchas…, al aire libre…, si hace buen tiempo…, si brilla el sol…». Me lo dijo Nathan Herzberg, el cerrajero, un hombre hábil que puede hacer de todo…, hasta cortar el pelo.

Un kibutz no es lugar para un peluquero como es debido.

El kibutz Pardess Gideon: un pequeño paraíso, un oasis en el desierto.

A Hanna le gusta esto. Es feliz. Hanna trabaja en el gallinero, y yo, en el establo vacuno. No es lo mismo. Solo estamos juntos en nuestro tiempo libre. ¿Que qué hacemos? ¿En nuestro tiempo libre? De todo. La mayor parte de las veces paseamos. Sí, solo eso. Cuando paseamos, Hanna y yo vamos de la mano. A Hanna le gustaría huir conmigo, pero no lejos de aquí; no, lejos no, solo revolotear un poco, pero no la dejo, la retengo.

Paseamos por plantaciones de bananeros y naranjos, pisoteamos los patatales con nuestros burdos zapatos. Aquí también hay praderas, auténticas praderas. Pero no un salón de peluquería. Las casas son pequeñas, y la mayor de las pequeñas estancias es el comedor común. En hebreo se llama *chadar okel*. En el *chadar okel* también se celebran reuniones y divertidos actos sociales, por ejemplo, el *oneg sabat*, una especie de festividad sabática con canciones y bailes populares. Recuérdenlo, *chadar okel*: el comedor común de un asentamiento colectivo o de una aldea colectiva o de un kibutz… que cumple diversos cometidos.

Aun me acuerdo perfectamente… de la bañera en el sótano de la señora Holle. La pidió prestada a la madre de Willi Holzhammer para que yo, Max Schulz, el genocida, chapoteara desnudo. Aquí no hay bañeras para adultos. Se utiliza… un espacio con duchas. Uno con muchas duchas. Y de las duchas salen chorros de agua caliente…, nada de gas…, al abrir el grifo, naturalmente.

Aquí incluso hay una biblioteca. Con muchos libros instructivos. Estos judíos son unos campesinos extraños. Campesinos que leen libros, discuten, mantienen conversaciones sobre filosofía. Creo que todos ellos eran otra cosa anteriormente.

¿Que si ganan mucho dinero, aquí en Pardess Gideon? No. No ganan nada de nada. Cada uno ofrece lo que puede ofrecer y a cambio recibe lo que necesita para vivir. Así es. Ninguno gana dinero para sí. Solo la comunidad. Y la comunidad construye nuevas casas, adquiere nuevas tierras para que tengan sitio… los que llegan.

¿Qué dicen? ¡Que nada de eso! ¡Que nadie es tan estúpido como para trabajar en balde! ¡Y menos los judíos! ¿Si no me estaré equivocando? ¿Que esos no serían judíos? Sí que lo son. Sí son judíos.

¿Quieren que les describa la vida en un asentamiento colectivo? ¿Cómo transcurre el día? ¿Desde el principio? ¿Con el primer golpe de gong en el *chadar okel*? ¿Y con el último? ¿Cómo se come en comunidad? ¿Y se trabaja en comunidad? ¿Qué aspecto tienen las habitaciones aquí, en las pequeñas casas luminosas con los tejados planos? ¿Y qué aspecto tienen las tiendas? ¿Y por qué aquí sigue habiendo tiendas cuando hay casas? ¿Si hay falta de espacio? ¿Quieren saber si las camas son grandes o pequeñas? ¿Cómodas o incómodas? ¿Si aquí dormimos con almohada, sobre colchones duros o blandos? ¿Que cómo huele la tierra? ¿Y el cielo? ¿Y el sol? ¿Si cielo y sol acaso huelen? ¿Si aquí todo es distinto? ¿Quieren saber qué diferencia aquí el día de la noche? ¿Si solo son la luz y la oscuridad? ¿Quieren saber si tenemos alambreras o mosquiteros? ¿Y qué aspecto tiene la luna al mirar por la ventana o por la abertura de la tienda por la noche? ¿Y cómo aúlla un chacal? ¿O muchos chacales? ¿Si el desierto tras las plantaciones susurra por las noches? ¿Si guarda silencio? ¿Es eso es lo que quieren saber? Si tuviera que hacer una descripción detallada de lo que es un kibutz y de cómo se vive en un kibutz, bien podría empuñar la pluma y escribir un libro sobre Palestina o sobre un kibutz. Y eso solo conseguiría apartarme innecesariamente, quiero decir, apartarme de mi historia…, de la verdadera historia del peluquero y pionero Max Schulz, alias Itzig Finkelstein.

No me va bien en absoluto. Yo diría que como peluquero de caballeros que finalizó su aprendizaje, que ha de trabajar en un establo, me va mal. Así que veamos, llegué aquí el 14 de junio. Al

kibutz Pardess Gideon. Ni que decir tiene que necesitaba descansar. ¿Y se imaginan qué pasó? ¿Tras el agotador viaje en el barco fantasma? Pues bien, me metieron de inmediato en un establo.

4

Trabajé allí una semana. Hasta que se me hincharon las narices. Me dije: «Itzig Finkelstein o Max Schulz. Este no es lugar para un peluquero como es debido. Además, necesitas descansar. Viaja un poco. No te hará daño. Aún te quedan algunos dólares negros».

Dejé la maleta en el kibutz. Provisionalmente. Viajé sin maleta. Pero con mi nueva documentación.

Nathan Herzberg, mi rival, el cerrajero que de vez en cuando ejercía de peluquero, me llevó en un carro tirado por una mula hasta la estación de autobuses más cercana. ¡Sí, también es cochero!

—¿Nervioso, *chawer* Itzig?

—Sí, *chawer* Nathan.

—Lo comprendo —dijo *chawer* Nathan—. Conoce tu tierra.

—Sí.

—Hace dos mil años que no la ves.

Yo dije:

—Cierto. Siento curiosidad.

La estación de autobuses más cercana se encontraba a cinco kilómetros de distancia. Viajamos con tranquilidad. Atravesamos las plantaciones y un tramo de desierto. Conversando.

—Siempre igual —dijo *chawer* Nathan—. Los recién llegados trabajan algunos días a prueba. Les damos ropas y nueva documentación. Y luego cada cual sigue su camino. Algunos prefieren vivir en la ciudad, algunos van a otro kibutz, algunos se quedan.

—Me gustaría quedarme con vosotros, *chawer* Nathan —afirmé—.

Pero soy peluquero. Y también me gustaría ejercer mi profesión.

—Pues claro —dijo *chawer* Nathan—. Siempre podrías cortar el pelo aquí. Podrías ayudarme. Pero aquí no necesitamos un peluquero a jornada completa.

—La profesión de peluquero no es una ocupación accesoria, *chawer* Nathan. No podría aceptar algo así.

—Claro, claro… —dijo *chawer* Nathan—. Si eso es lo que crees… Pero te diré que el trabajo es trabajo. Si no hay pelos que cortar, pues trabajas en el establo, o en los campos, o en la plantación de bananeros, o en el naranjal, o en la cocina, o donde sea. Aquí siempre hay trabajo.

Así fue. Conversamos. Fumamos. Sudamos. Hacía calor. La mula apestaba. Dos hombres en un carro tirado por una mula, avanzando a trompicones, un carro con ruedas de goma debido a la blanda arena, con ruedas de automóvil. Dos hombres con uniformes de color caqui sobre un asiento de madera…, uno de cuarenta años, llamado Itzig Finkelstein…; el otro con sesenta largos, un hombre con el rostro carcomido por el tiempo, la piel curtida, de un moreno intenso, con el pelo cano y el cuerpo como una rama seca.

—Cuando llegué aquí hace cuarenta y cinco años —empezó a relatar Nathan Herzberg—, en este lugar solo había arena y rocas y un pantano. Retiramos las rocas. Y la arena. Desecamos el pantano. Trabajamos como mulas. Y los malditos mosquitos… No fue ningún paseo.

Yo dije:

Sí. Me lo imagino perfectamente.

—Éramos treinta hombres y nueve mujeres. Así empezamos. Luego llegaron más. Hoy somos casi cuatrocientos. Aunque continuamos siendo un pequeño kibutz. Pero algo es algo.

—Sí, *chawer* Nathan —afirmé.

—Los primeros llegaron desde Rusia —prosiguió *chawer* Nathan—. Hoy, entre nosotros hay judíos de todos los países. Hasta judíos alemanes como tú.

Yo dije:

—Sí.

—¿Eres realmente un judío alemán, *chawer* Itzig?

Yo repuse:

—Mis padres eran de Galitzia.

—Entonces eres galitziano —razonó Nathan Herzberg.

—Es lo que creo.

Así fue. Conversamos. Como se conversa… sobre un carro tirado por una sola mula, bajo el sol, poco antes de mediodía.

—¿Tienes dinero como para permitirte hacer un viaje? —preguntó *chawer* Nathan.

—Dólares negros —respondí.

—Dólares negros… —repitió *chawer* Nathan sacudiendo la cabeza —, ¡así que eres uno de esos! Aquí debes cambiar, *chawer* Itzig.

No. No tuve problemas. El chófer de la compañía de autobuses Egged, línea Haifa-Tel Aviv, no quería cambiar dólares negros, pero me dejó subir de balde al decirle al oído que acababa de llegar hacía poco. ¿Y los ingleses? No me plantearon dificultad alguna. De vez en cuando dábamos con controles. ¡Los malditos *Tommys*! Paraban a todos los autobuses judíos. Pero no, no tuve dificultades. No. No las tuve. Eso no. O esas no. Tenía la documentación en regla. Mis ropas no llamaban la atención. Solo era Itzig Finkelstein, un hombre con documentación legal, un hombre con pantalones caqui, con una camisa caqui, con una gorra caqui, un hombre con burdos zapatos, un hombre procedente de un kibutz.

5

Cuando marchábamos hacia Rusia, los confines del país parecían ser infinitos; la tierra se abría, inabarcable, bajo el silencioso cielo,

devorándonos las suelas de las botas, burlándose de nuestros fatigados pies. Aquí, por el contrario, todo es finito, limitado.

Viajé durante unos días, aquí y allá. Sentía curiosidad. Creo que todo el mundo siente curiosidad cuando llega aquí por vez primera, en especial un judío y más en especial un antiguo nazi como yo. Y si uno es las dos cosas, como yo…, entonces ya no basta con dos ojos.

Mis ojos de rana fotografiaron todo tipo de cosas, transmitiéndolas al rincón dañado de mi cabeza, registrándolas, conservándolas en la memoria del genocida Max Schulz o en la memoria del judío Itzig Finkelstein.

Los pueblos y ciudades árabes estaban llenos de mugre, y la miseria que vi casi me inspiraba compasión, a mí, al genocida.

Estuve en un pueblo árabe sin nombre. Y allí vi a un muchachillo, al borde de la carretera. Bajo un sol abrasador. Con los ojos medio ciegos, purulentos. Y moscas negras, sonriendo burlonas, posadas sobre sus ojos, zumbando.

El horror me hizo cerrar los ojos. Y cuando volví a abrirlos…, vi a otros muchachos y muchachas. A adultos también. Algunos todavía jóvenes. Otros no tanto. Algunos ya viejos. O muy viejos. Y aquellos otros estaban allí donde antes estuviera el muchachillo. Con los mismos ojos. Con las mismas moscas sobre los ojos.

Luego divisé un café. En la esquina de la calle. Algo me rondaba la cabeza. Martillitos golpeteando: ¡un café! ¡Y una radio bramando! ¡Un sol abrasador! Hedor. Un pueblo sin nombre. Casas de adobe. Casas excavadas en la roca. Arena. Mucha arena. Arena del desierto. Una tierra moribunda. Pequeños asnos hambrientos, berreando. Pequeñas cabras hambrientas, balando. Sacos de piel y huesos. Sol. Arena. Sentí náuseas.

En los pueblos judíos no he visto ojos enfermos. Ni moscas negras sonriendo burlonas, posadas sobre los ojos, zumbando. Ni he oído durante el día una radio bramando. Ni he visto hombres en cafés, contemplando las moscas, pequeñas moscas negras, zumbando,

devorando pus. En los pueblos judíos que vi… yo, el genocida Max Schulz…, todo lo que devoraba pus, chupaba sangre… y zumbaba… combatió hasta el final, en su lucha contra el judaísmo. En los pueblos judíos, el pantano violentado pide ayuda a gritos como el niño pide ayuda para que su madre le cambie los pañales…, del mismo modo pide ayuda a gritos el pantano que los judíos desecan. Así es. Sedimento violentado. Y los campesinos judíos le arrancan las entrañas a la tierra moribunda, despiadados, con sus rastrillos y sus palas, para darle nueva vida.

Y en las ciudades…, en sus ciudades…, no vi ningún mendigo…, han huido. Supongo que por los sindicatos. El asfalto ha cubierto los caminos de arena, y escuelas y hospitales y fábricas han hecho las paces… con las casas, quiero decir, con las alamedas, con los paseos, para reinar sobre la fisonomía de la ciudad, juntos, en caprichoso pacto.

6

Éramos mil seiscientos ilegales… el 14 de junio…, muy de mañana, en la playa. No sé dónde están. Algunos fueron a Pardess Gideon. Yo también. Hanna también.

¿Que qué hace Hanna? Trabaja, como antes, en el gallinero. Hanna adora todo lo que tiene alas.

Regresé a Pardess Gideon. Para recoger la maleta. Como llegué a última hora de la tarde, no me quedó más remedio que pasar la noche en el kibutz. Dormí en la tienda de Hanna. En realidad, no me gusta acostarme con Hanna. Está demasiado delgada para mi gusto. Me gustan las mujeres gordas. Gordas como mi madre. ¡Tendrían que haberla visto! ¡Era toda una mujer!

Estaba oscuro en la tienda. No podía ver a Hanna, únicamente sentía la presión de su frágil cuerpo. Un catre. Demasiado estrecho. Demasiado estrecho para víctima y verdugo. Pero eso… no parecía molestar a Hanna.

—No has visto nada, Itzig Finkelstein. Estuviste viajando cuatro días… y no has visto nada de nada.

Hanna ríe quedamente en la oscuridad. Sé que solo quiere provocarme. Quiere que se lo cuente. Pero yo no quiero.

—He visto muchas cosas, Hanna. Pero primero tengo que asimilarlas.

—¿Viste Jerusalén?

—Sí, Hanna.

—¿Y el Muro de las Lamentaciones?

—Sí. También. Incluso recé allí.

—¿Acaso crees en Dios?

—A veces sí, a veces no…, Hanna. Como la mayoría de la gente. No lo tomo en serio.

—Entonces, ¿por qué rezaste ante el Muro de las Lamentaciones?

—Por tradición, Hanna.

—¿Por tradición?

—Sí, Hanna. Por tradición.

—¿Y qué hiciste allí…, ante el Muro de las Lamentaciones?

—Llorar, Hanna.

—¿Por qué, Itzig?

—Por tradición, Hanna. Por tradición.

»Mira, Hanna. Allí hubo otros judíos, rezando y llorando antes que yo. Durante siglos y más siglos.

»Recuerdo, Hanna…, de niño…, estaba junto a mi padre en la pequeña sinagoga de la calle Schiller. Rezando. Nuestra mirada dirigida al este. Pensando en Jerusalén y en los restos del Gran Templo…, el Muro de las Lamentaciones, que para nosotros lo simboliza todo…, todo…, Hanna…, nuestro pasado único…,

libertad…, exilio…, agonía…, muerte en vida…, la voluntad de renacer.

—Hablas muy bien, Itzig Finkelstein. Háblame más de Jerusalén.

—Allí hay dos ciudades, Hanna. La nueva y la antigua Jerusalén.

—¿Qué aspecto tiene?

—No puedo describirlo, Hanna. La ciudad nueva parece lo que no parece la antigua. Pero la ciudad nueva vive de la antigua.

—¿Viste la iglesia del Santo Sepulcro?

—Sí que la vi.

—¿Y la mezquita de Omar?

—También.

—¿Y el huerto de Getsemaní?

—También.

—¿Y la Vía Dolorosa?

—También, Hanna.

—¿Y qué hiciste en Jerusalén?

—Pasear, Hanna. Sacar fotos.

—¿Con qué?

—Con mis ojos de rana.

¿Pueden vernos? ¿Oyen las risas de Hanna? Estoy fumando un cigarrillo. Hanna dice:

—Ten cuidado. No vayas a quemar la cama. O la tienda.

Yo sigo fumando y permanezco inmóvil.

—¿Y viste el Mea Shearim…, el barrio de los judíos ortodoxos? ¿Y es cierto que… allí los judíos llevan caftanes y sombreros de piel? ¿Y que tienen la barba larga? ¿Como antes, en el gueto?

—Sí, Hanna. Es cierto. Siguen viviendo como en el gueto. En Mea Shearim. Allí rezan mucho. Es otro mundo, Hanna. Se alza en el centro del mundo de los pioneros, como un monumento, Hanna, para que no olvidemos a Dios.

Sigo fumando. Miro por la abertura de la tienda y veo una única estrella. Sobre Jerusalén.

—¿Estuviste en el mar Muerto, Itzig?

—Sí que estuve allí.

—¿Y qué hay allí?

—Calor, Hanna. Allí hay calor.

—¿Y qué hiciste allí?

—Bañarme, Hanna. Y tragar sal. Allí nadie se hunde. Ni siquiera un genocida.

—¿Qué tonterías dices? Estás completamente loco. ¿Y viste el Jordán? ¿Y el río Yarkon? ¿Y estuviste en el mar Rojo?

—Sí, Hanna. Pero ahora déjame en paz.

—¿Y estuviste en el Néguev?

—¡Pues claro que estuve en el Néguev!

—¿Y a qué se parece el Néguev?

—A un paisaje lunar, Hanna.

No quería hablar de nada. A pesar de ello, le hablo, le hablo de Cafarnaúm, que busqué y no encontré, le hablo de Belén y Nazaret y de los caminos de Cristo, que se creía un dios, le hablo del Jordán y de las huellas de san Juan Bautista, dejo que las ideas salten y corran, le hablo de Cesarea y de las estatuas romanas, que las aves del verano han dejado perdidas, al igual que el monumento al Führer de la plaza Adolf Hitler de Warthenau. Le hablo de pantanos desecados, de una tierra roja y negra, del cielo y del sol, de las doradas arenas del desierto y de los peñascos de caliza blanca, le hablo de pueblos judíos y de asentamientos colectivos más hacia el interior, tan parecidos a Pardess Gideon y, sin embargo, tan diferentes.

¿Pueden ver a Hanna? ¿Pueden verme a mí? La tienda está oscura. Hanna tiene ojos de niño. Un tanto perdidos. Una vez estuvo atada. Durante tres largos años. A un banco. Y un día salió volando; de repente, podía volar.

—Debe de ser bonito, Itzig, allí arriba, el monte Carmelo.

—Sí, Hanna. Allí hay también bosque. Y en el bosque viven enanos. Como en Alemania. Y allí el bosque es distinto y los enanos son distintos.

—¿Y la bahía?

—Está abajo, Hanna. Muy abajo. Y desde arriba, desde la cima del monte…, si se mira hacia abajo, a la bahía, dan ganas de volar. Como las mariposas.

—¿Como las mariposas?

—Sí, Hanna. Exactamente igual.

—Tendré que probarlo.

Asiento y digo:

—Sí, Hanna. Allí podrás volar. Revolotear un poco…, ¿o no? Sobrevolar la bahía. Solo has de tener cuidado con la flota inglesa.

Hanna dice:

—No temo a los barcos.

—Está bien, Hanna.

Salgo de la estrecha cama, cierro la abertura de la tienda, pues me molesta la estrella, cierro los ojos de rana, ahora quiero dormir.

Hanna pregunta de repente:

—¿Y qué es lo que más te ha impresionado?

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, en Palestina.

Respondo:

—Los árboles jóvenes, Hanna. Los árboles jóvenes que los judíos han plantado en el desierto.

Hanna exclama:

—¡Los árboles!

Repito:

—Sí. Los árboles jóvenes. Cada árbol joven es el alma de un muerto.

—¿De un judío? ¿De una judía? ¿De nuestros muertos?

—Sí. Hanna.

—¿Es eso realmente cierto, Itzig?

—Sí, Hanna. Es cierto.

—¿Y cuántos árboles jóvenes viste?

—No los conté, Hanna. Son demasiados.

—¿Millones?

—No lo sé, Hanna. Pero cada día se plantan más. Hay más cada vez.

—¿Es la resurrección de los muertos?

—Sí, Hanna. Todos regresan.

—¿Todos?

—Sí, Hanna. Todos los que un día murieron en el exilio.

—¿Y los otros…, los que un día murieron aquí?

—Esos ya están aquí, Hanna. No tienen que volver.

—¿Resucitarán también?

—Sí, Hanna. Poco a poco.

—¿Y qué pasa con nosotros?

—Nosotros también hemos resucitado. Hay dos resurrecciones.

—¿Cómo es eso, Itzig Finkelstein?

—La resurrección de los muertos y la resurrección de los muertos en vida.

—Entonces, ¿éramos muertos en vida?

—Sí, Hanna. Todos los judíos en el exilio son muertos en vida. Viven sin raíces firmes. Y eso no es vida.

—¿Cómo es eso, Itzig Finkelstein?

—Los muertos en vida vienen hasta aquí, Hanna…, a echar raíces.

—¿Como los árboles?

—Sí, Hanna, igual que los árboles. Y, sin embargo, tan distinto.

Yo digo:

—Hanna, aún existe una tercera resurrección. David Schapiro la mencionó una vez. ¡La resurrección del pueblo judío! Comienza allí donde… las otras dos… resurrecciones… concurren, se unen y bailan una danza singular.

¿De qué les he hablado? ¿De mi última noche? ¿En Pardess Gideon?

¿En la tienda de Hanna?

Conversamos. Y luego nos amamos. Y después me dormí.

Dormí intranquilo, tuve un sueño extraño, soñé… que me transformaba de nuevo, que volvía a ser Max Schulz:

Y Max Schulz, el genocida…, iba a Jerusalén… para mear tres veces simbólicamente…, una vez en la iglesia del Santo Sepulcro…, «PUES AQUÍ YACIÓ EL CUERPO DE CRISTO. AQUÍ RESUCITÓ»; una vez en la mezquita de Omar…, «PUES AQUÍ, DESDE LA ROCA SAKHRA MAHOMA SUBIÓ A LOS CIELOS. A LOMOS DE SU CORCEL BLANCO, EL BURAQ»; y una vez ante el Muro de las Lamentaciones…, «PUES AQUÍ, JUNTO A LOS ÚLTIMOS RESTOS DEL TEMPLO DE SALOMÓN, SE ALZABA EL SANTO LUGAR DE LOS JUDÍOS».

En el Muro de las Lamentaciones lloraban los judíos, judíos jóvenes y judíos viejos. Y yo me hallaba entre ellos y había meado. Y nadie lo había visto. Pues yo, Max Schulz, soy un hábil meón.

Pero llorar es contagioso. Hace tiempo que lo comprobé. Y al ver a los otros llorar, comencé a llorar yo también. Y de repente ya no era Max Schulz. Volvía a ser judío. Era Itzig Finkelstein.

E Itzig Finkelstein se avergonzaba de haber meado, aunque de sobra sabía que no había meado como Itzig Finkelstein…, sino como el genocida Max Schulz. E Itzig Finkelstein borraba las manchas del Muro y lloraba amargamente.

Y entonces Itzig Finkelstein, que volvía a ser Itzig Finkelstein, regresaba a la mezquita de Omar y allí también borraba las manchas o la mancha… de Max Schulz…, y luego regresaba a la iglesia del Santo Sepulcro y hacía lo mismo.

Ya es tarde. Estoy sentado en el comedor. En el *chadar okel*. Escribo. Subrayo cosas de vez en cuando. Es mi último día en Pardess Gideon.

Me marcho hoy. ¿Adónde? Aún no lo sé. A alguna parte iré. ¡En alguna parte habré de hacer pie! Seguro que en alguna parte habrá… un salón de peluquería como es debido… donde yo, Max Schulz, pueda ejercer de peluquero como es debido.

7

Estuve otra vez en Jerusalén. Pero esa no es ciudad para un peluquero. No pude encontrar trabajo. Entonces busqué trabajo en Petaj Tikva, en Rishon LeZion, en Haifa, por último, en Tel Aviv. Resultado idéntico: nulo.

Tel Aviv es una ciudad para peluqueros. Se mueve. Es un hervidero de peluquerías y salones de peluquería. Sí. Es la ciudad adecuada. Pero no pude encontrar trabajo.

Y entonces, ¡allí estaba ese anuncio en el periódico! Me senté en un café. En Tel Aviv. Tomé un buen desayuno. Había cambiado algunos dólares negros, los había transformado. Estaba pagando con la moneda adecuada… cuando vi el anuncio en el periódico: «Urge peluquero. Imprescindibles referencias. Salón de peluquería Schmuel Schmulevitch. Beth David».

Acudí de inmediato. A Beth David. Con mis dos maletas. Con mis dólares negros. Con billetes de libras nacionales y piastras nacionales.

El salón de peluquería Schmuel Schmulevitch era el único en Beth David. Hay personas que van corriendo al punto cuando sienten curiosidad. ¿Adónde? ¡Hacia allá! Hacia el objeto de su curiosidad. Yo soy distinto. Saboreo a fondo mi curiosidad. Prolongo la tensión, los nervios. Me dije: «Realmente deberías ir de inmediato a este Schmuel Schmulevitch. ¡La competencia es mucha! y otros

peluqueros podrían presentarse, presentarse antes que tú… y birlarte el puesto en tus propias narices».

Pero entonces me dije: «Itzig Finkelstein. Primero date una vuelta por la ciudad. Al fin y al cabo, no tiene ningún sentido aceptar un trabajo en esta precisa ciudad si esta precisa ciudad no te gusta, aunque esta Beth David se parezca a primera vista a Tel Aviv o a un pequeño Tel Aviv…, pero la primera vista no es la segunda vista. Pasa como con el amor. Debes asegurarte».

Yo, el genocida Max Schulz, anduve dos horas callejeando… por Beth David…, simplemente, recorriendo las calles. Vi la ciudad a fondo. Espié conversaciones. Pregunté a algunas personas. Luego, seguí mi camino. Nadie notó nada especial en mí. No llamaba la atención. Nadie se sobresaltó por mi mirada. Nadie se asustó. Ni siquiera el sol pestañeó.

Sí, y cuando hube visto suficiente me dije: «Bien. Ahora irás a Schmuel Schmulevitch, ahora te presentarás; salón de peluquería Schmuel Schmulevitch, calle Tercer Templo, 33-45».

8

Schmuel Schmulevitch se parecía a Chaim Finkelstein: menudo, hombro caído…, el izquierdo; sí, el mismo hombro…, como si de ese hombro concreto pendieran dos mil años de sufrimiento y persecución, del hombro izquierdo, el más cercano al corazón; nariz… un tanto moquiteante…, calvo…, ojos grandes y expresivos, sabios, bondadosos, versados en la Biblia. Como Chaim Finkelstein.

Ya podrán imaginarse el susto que me llevé al ver por vez primera

a Schmuel Schmulevitch. Se me escapó un pedo del susto, pero Schmuel Schmulevitch hizo como si no se hubiera dado cuenta. La peluquería…, perdón, el salón de peluquería… estaba lleno. Diez sillones ocupados, oficiales parlanchines, laboriosos aprendices, limpiabotas sonrientes, esbeltas manicuras con el pelo recogido. Actividad febril reflejada en costosos espejos. Viejos sonidos que inspiraban confianza: retazos de conversaciones, recortes, rasurados, zumbidos.

El aire de ese salón tenía un olor familiar, tal como debía oler en un negocio de categoría. El aire incitaba al fisgoneo. Algunos caballeros aguardaban pacientes en cómodos sillones de cuero, varios eran calvos, fumaban cigarros puros, leían u hojeaban revistas ilustradas, otros tenían pelo, fumaban cigarrillos o no fumaban nada: una clientela variada.

Me había tirado un pedo, pero Schmuel Schmulevitch se limitó a decir:

—Por desgracia no nos queda ningún sillón libre. Pero pronto habrá uno libre.

Yo balbuceé:

—No soy cliente. Vengo por lo del trabajo.

Schmuel Schmulevitch me hizo pasar a la habitación contigua, una sala angosta, el vestuario, supuse, al menos eso parecía…, para que el personal se cambiara de ropa, también para hacer café…, con percheros de pie, infiernillo y un cuarto de baño al lado.

Yo dije:

—Me llamo Itzig Finkelstein. Leí su anuncio en el periódico.

—Ajá —dijo Schmuel Schmulevitch—. ¿Itzig Finkelstein?

Asentí y dije:

—Tal vez haya oído hablar de mi padre…, Chaim Finkelstein…, un conocido peluquero…, autor del famoso manual *Cortes de pelo sin escalones*.

—No lo he oído nunca —dijo Schmuel Schmulevitch—. ¿Chaim Finkelstein? No lo he oído nunca. Pero el libro…, sí, el título me suena.

Yo añadí:

—Un título conocido.

Y Schmuel Schmulevitch respondió:

—Eso es lo que pasa con la literatura hoy en día…, con la literatura moderna.

Pregunté:

—¿Qué es lo que pasa?

Y Schmuel Schmulevitch contestó:

—Pasa lo que pasa. Mire. Uno recuerda los títulos. Pero no los autores. ¿*Cortes de pelo sin escalones*? Sí. Lo recuerdo. Pero a Chaim Finkelstein… no, no lo recuerdo.

Así fue. Entablamos una conversación. Hasta tomamos asiento. En un banco cojo. Junto al perchero. Le conté mi historia a Schmuel Schmulevitch, un tanto rápida y un tanto lacrimosamente, incluso le mostré mi número de Auschwitz.

Schmuel Schmulevitch escuchó pacientemente y, cuando hube terminado, solo movió la calva cabeza y dijo:

—Sí. Ha sufrido usted mucho. Pero supongo que… es un buen peluquero.

—Sí que lo soy.

—Su padre era un autor famoso.

—Lo era.

—Ahora me acuerdo. Un libro único. Escrito por un peluquero único.

—Sí. Es cierto.

—Entonces, tuvo un buen maestro.

—Sí. Es cierto.

—Ya se han presentado varios peluqueros… antes que usted…, pero ninguno servía.

Yo dije:

—Ya, ya…

Y Schmuel Schmulevitch dijo:

—Ya ve. Así es.

Ni que decir tiene que me contrató. Comencé al día siguiente. Para ser exactos, el 5 de julio de 1947.

Permítanme presentarles a mis nuevos colegas: Isu Moskowitz, Joine Schmatnik, Sigi Weinrauch, Max Weidenfeld, Lupu Gold, Michel Honig, Benjamin Jakobowitz e Itzig Spiegel. Como pueden ver, ocho oficiales de peluquería. Yo soy el noveno.

¿Diez sillones de peluquería y solo nueve oficiales? Sí, así es. En el décimo sillón trabaja nuestro jefe, Schmuel Schmulevitch.

Como pueden ver…, todo perfectamente organizado.

Olvidé mencionar los nombres de los dos aprendices, las manicuras y los limpiabotas. Discúlpenme. Los dos aprendices son Franzl y Motke; las manicuras…, Rita e Irma; los limpiabotas, Amos y Raphael.

¿Están confusos? ¿Son demasiados nombres? ¿Acaso su lenta inteligencia no me sigue? Está bien, por el momento bastará con que recuerden a mi colega Itzig Spiegel, rubio como Itzig Finkelstein, el auténtico, su fiel reflejo…, pero con bigote…, bigote retorcido, de audaz elevación, con dos peligrosas puntas. Ojos: no azules. No como los ojos de Itzig Finkelstein. Los ojos de Itzig Spiegel son verdes. O de un gris verdoso. Voz un tanto aflautada. Probablemente no fumador. Itzig Spiegel es soltero como yo. Los padres, de Galitzia. Como los míos. Me dijo ya el primer día:

—Señor Finkelstein. Dos Itzigs son un poco demasiado para este salón. ¡A partir de hoy se llamará Jizchak!

Le dije:

—Ni pensarlo. No me cambiaré el nombre.

—Está bien —dijo—. Entonces, a partir de hoy me llamaré Jizchak.

Le dije:

—Como usted quiera, señor Spiegel. Me parece justo. Pero no entiendo por qué está mal… dos personas con el mismo nombre… en este salón.

—Por su mujer —dijo—. No soporta a los judíos del Este. Y dos empleados con semejante nombre… seguro que no le va a gustar.

—¿A qué mujer se refiere, señor Spiegel?

—A la mujer de Schmuel Schmulevitch.

—¿Acaso no es un judío del Este? ¿Schmuel Schmulevitch?

—Por supuesto que lo es. Ese es el inconveniente.

¡Vaya un personaje! ¡La mujer de Schmuel Schmulevitch! Me olvidé por completo de presentársela. Ella es quien manda aquí. Además de Schmuel Schmulevitch. Lo captan…, ¿no? Me olvidé de ella. Pero está aquí. Segurísimo. Siempre está aquí. Sentada en la caja. También se ocupa de las ventas. En realidad está en todas partes, aunque solo sea con los ojos.

¿Qué dicen? ¿Que describa más detalladamente a la señora Schmulevitch? En otro momento. No resulta fácil describirla.

La señora Schmulevitch: el rostro momificado. Le echo noventa años. Pero tal vez no sea cierto. A Veronja, la bruja del bosque polaco, le echaba ciento dieciocho, y tampoco era cierto. No. No puede ser tan vieja, ya que los ojos de su momificado rostro están extrañamente vivos. Ojos de pájaro pequeños y furiosos, unos cautivadores ojos, que con su hipnótica fuerza, a oficiales, aprendices, manicuras, limpiabotas y hasta al jefe Schmuel Schmulevitch logran encadenar a su trabajo. Aquí en la peluquería…, perdón, en el salón de peluquería, decimos… «cuando ella mira, aquí se trabaja…, y además a toda máquina, sin perder el tiempo». Sí, cuando la señora Schmulevitch alza la vista nadie se atreve a hurgarse la nariz o a rascarse el culo ni mucho menos a fumar…,

sino que se corta y se recorta, se rasura y se peina, se dan masajes y se aplican compresas a toda marcha; en definitiva: se trabaja.

No hace mucho, Jizchak Spiegel me dijo:

—Bien pensado, los dos diametralmente opuestos… Schmuel Schmulevitch, un hombre con un corazón de oro…; la mujer, por el contrario, ¡una víbora!

Lleva el pelo teñido de rubio platino. La mayor parte de las veces lleva bigudíes, como si quiera mostrarnos a todos que ella, una vieja, aún no se ha resignado a serlo.

Lleva una cadenita de plata. Y de ella cuelga algo, una joya oculta, asentada en algún punto entre los mustios pechos, bien oculta bajo el vestido, cerrado hasta el cuello.

Le pregunté a Jizchak Spiegel:

—¿Qué clase de joya es?

—Nadie la ha visto nunca —repuso Jizchak Spiegel—. ¡Pero corren rumores!

—¿Qué rumores?

—De una orden alemana.

—¿Es una judía alemana?

—Lo es. Prusiana.

—¿Y Schmuel Schmulevitch?

—Ruso.

—Vaya, vaya.

—Sí, ya ve…

—¿Y qué clase de orden es?

—Se rumorea que es la Cruz de Hierro de Primera Clase. Su primer marido era un oficial prusiano.

—¿Judío?

—Sí. Judío.

—¿Un recuerdo…? ¿La Cruz de Hierro?

—Sí. Un recuerdo.

Una judía prusiana que no puede olvidarse de Prusia. Lo que me faltaba. Y encima aquí, en Tierra Santa.

¿Saben lo que Schmuel Schmulevitch me dijo recientemente?

—Señor Finkelstein —me dijo—. Somos compañeros de infortunios. Yo soy ruso y usted de Galitzia…, si no me equivoco. Debemos tener cuidado con mi mujer.

Yo le dije:

—Mis padres son de Galitzia, pero yo nací en Wieshalle, una antigua ciudad alemana.

—Da lo mismo —dijo—. Usted es galitziano, señor Finkelstein.

Le pregunté:

—¿Votó su mujer en aquella ocasión?

Me preguntó:

—Votó ¿a quién?

Le dije:

—¡A Adolf Hitler!

No. Hasta el momento no he tenido ninguna dificultad con la señora Schmulevitch. Es cierto que a veces me mira algo mal cuando hablo yidis con los clientes, pero no me dice nada. Sabe que hay algo que hago bien. Soy un buen peluquero. Hago mi trabajo.

9

Me dije: «¡Itzig Finkelstein! ¡Has de tener cuidado! ¡Maldita sea, has de tener cuidado! Por el momento te está dejando en paz. Pero nunca se sabe…, pareces judío. Demasiado judío. Aunque no sea

cierto. Pero ella así lo cree. Tienes cara de vándalo».

Por la mañana soy el primero en llegar a la peluquería…, perdón, al salón de peluquería…, y el último en salir por la tarde. Mi celo es proverbial. Trabajo incluso durante la hora del almuerzo, nunca pierdo tiempo, no me hurgo la nariz cuando trabajo, no me rasco el culo y no fumo.

Ayer Schmuel Schmulevitch me confió la llave. Me dijo:

—Señor Finkelstein. Mi mujer está impresionada. Ya que es el primero en llegar y el último en marcharse, a partir de ahora abrirá la peluquería por las mañanas y, al terminar el trabajo, la cerrará todas las tardes.

¡Qué les había dicho!

Ayer por la tarde vino un cliente rezagado. Hacía ya tiempo que se había marchado el personal. Incluso la señora Schmulevitch. En el salón solo quedábamos Schmuel Schmulevitch y yo.

Mientras yo, como de costumbre antes de cerrar, comprobaba que todo estuviera en orden en el salón, movía o colocaba en el lugar conveniente utensilios aquí y allá, toallas, cremas, botellitas y demás, revisaba enchufes, apagaba luces, cerraba grifos…, Schmuel Schmulevitch conversaba con el cliente rezagado; entonces se acercó a mí y me dijo:

—Un judío americano. Un turista. Debemos atenderlo. —Schmuel Schmulevitch dijo en un susurro—: No se debe herir la susceptibilidad de un judío americano. Nuestro futuro Estado, al fin y al cabo, necesitará una buena suma de dinero. ¡No lo olvide!

Yo dije:

—Váyase tranquilo a casa, señor Schmulevitch. No haga esperar a su mujer con la cena. Me esforzaré al máximo con el turista, y en lo que respecta a las horas extra…, no se preocupe. Tengo tiempo. No pasa nada.

Estábamos solos. El cliente y yo. Hablábamos en yidis.

El cliente dijo:

—He venido para escribir un artículo. Sobre Palestina.

—¿Es usted periodista?

—No. Soy el presidente de una organización benéfica judía. Editamos un pequeño periódico. De vez en cuando escribo algo. Un editorial cualquiera.

—Muy interesante. ¿Un periodista aficionado?

—Llegué ayer por la tarde. Ya era de noche. No vi nada. Primero fui a casa de mi tía. A Beth David. Dormí allí. Me desperté temprano con lumbago. Pasé todo el día en cama. Por la tarde recibí un telegrama de Nueva York. Mi mujer está con dolores. Prematuramente. Inesperadamente. Debo regresar hoy mismo.

—Le felicito. Ojalá sea niño, ¿no?

—Ojalá.

—En realidad es una pena. Ha venido aquí a propósito para escribir un artículo sobre Palestina… y no ha visto nada. ¡No ha tenido tiempo!

—No he visto nada de nada.

—¿Y qué pasará con el artículo sobre Palestina?

—Debo escribirlo.

—¿Sin haber visto nada?

—Sí.

—¿Y cómo va a hacerlo?

—No lo sé.

—Tal vez pueda ayudarle.

—¿Usted?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Cómo podría ayudarme?

—Podría proporcionarle material.

—No es mala idea.

—Llevo aquí tan solo unas semanas y aún no he visto mucho. Pero he visto más que usted. Porque… ¡usted no ha visto nada de nada!

—Cuénteme lo que ha visto. Tal vez baste para el artículo.

Estábamos solos en el salón. El cliente y yo. Le puse la bata, conforme a lo prescrito, con pericia, manejé la palanca regulable del sillón con mis certeras manos de peluquero, puse el respaldo, y con él el cuerpo que se hallaba a mi merced, en la posición correcta, enderecé reposacabezas y reposapiés, le mostré al cliente que sabía lo que me hacía.

En primer lugar, las compresas calientes. Algo muy importante. Para ablandar la barba. El enjabonado por sí solo no hace nada. Me tomé tiempo.

El cliente se encontraba cómodo, tenía los ojos medio cerrados. Medité lo que debía contarle. ¿Lo que había visto? Sí. Eso le contaría. Pero más tarde. No ahora. Primero debía hablar de historia. Porque ¿qué es esta tierra sin su historia?

Primero hablé de historia. Comencé por nuestro patriarca, Abraham, y su esposa Sara, le expliqué a mi cliente que nosotros los judíos nunca habríamos afirmado que Dios personalmente dejara embarazada a Sara, nuestra matriarca, la esposa de Abraham, al igual que María, la madre del Señor Jesucristo…, aunque tuviéramos derecho a realizar esta afirmación, ya que esta afirmación, que no hicimos nosotros, habría sido absolutamente lógica, evidente, por así decirlo, porque el embarazo de Sara fue un milagro, porque Sara ya estaba entrada en años o era muy mayor o era una anciana, mientras que María, la madre del Señor Jesucristo, aún era joven y podría haberse quedado embarazada de una manera totalmente normal…, es decir, de un rabo masculino totalmente normal, de un rabo entre dos piernas.

—Mire —le dije a mi cliente—. Desde luego que podríamos haber afirmado que Dios dejó embarazada a Sara personalmente. En ese caso, todos nosotros, los judíos, seríamos descendientes personales de Dios. —Esbocé una sonrisa triunfal al cliente y añadí—: Sin

embargo, no afirmamos nada por el estilo. Porque algo por el estilo habría sido una insolente impertinencia.

Tras las compresas comencé a darle a la brocha, enjaboné con celo, me esforcé visiblemente. Hablé de los descendientes de Sara y Abraham. Hablé de Egipto, hablé de años de vacas gordas y de vacas flacas, hablé de la esclavitud, hablé de un recién nacido depositado en un cestillo en el río, que más tarde se convertiría en un guía para el pueblo, le hablé de una zarza en llamas, le hablé de la salida de Egipto, del éxodo de los hijos de Israel, le hable del maná y de la diarrea —el maná es un purgante—, le hablé del monte Sinaí, de Moisés, que ya no era un recién nacido en un cestillo, sino que tenía barba, le hablé de los Diez Mandamientos, le hablé de los cuarenta largos años, le hablé del becerro de oro, le hablé de la Tierra Prometida.

No sé cuánto tiempo estuve enjabonando a mi cliente, pero para cuando llegué a nuestro primer rey, las jabonaduras estaban duras como el cemento; tuve que rasparle mal que bien las mejillas y luego volver a enjabonarlo de nuevo, nuevo jabón, nuevo enjabonado.

Le hablé de muchos reyes, de la división del Gran Reino, de enemigos victoriosos y derrotados, de ocupación y liberación, de muchas guerras grandes y pequeñas, hablé de la destrucción del Primer Templo, hablé del exilio babilónico, hablé de nostalgia y de añoranza, cité: «Si me olvido de ti, que se marchiten mis derechos. Que se me pegue la lengua al paladar si no pienso en ti, Jerusalén»…, hablé del Talmud y del regreso, hablé del Segundo Templo.

Para cuando llegué a los romanos, tuve que raspar otra vez las endurecidas jabonaduras, enjabonarlo de nuevo. Solo cuando llegué a la destrucción del Segundo Templo di con el procedimiento adecuado. Afeité a mi cliente a toda prisa, le lavé la cara, utilicé agua aluminosa y agua de colonia, le di un masaje, lo sequé, lo empolvé un poco, le sacudí el polvo, dije:

—¡Listo! ¿El señor desea también un corte de pelo?

Ni que decir tiene que el cliente quería. Durante el corte de pelo hablé del exilio, hablé de la huida del Señor Jesús, dije:

—No quiso decir eso…, al menos no de esa manera…, pero a pesar de todo lo dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque días vendrán en que se dirá: "Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron"».

Hablé del sufrimiento del pueblo judío, hablé del demonio con la falsa cruz, hablé del derramamiento de sangre en nombre de Dios, que no sabía nada del tema, hablé del Señor que era un señor, pero no el hijo de Dios, aunque él así lo creía o no lo creía…, porque ¿cómo iba a saber o tan siquiera afirmar yo, Itzig Finkelstein, algo así con seguridad?… Hablé de los primeros pogromos y de los últimos, aunque no tenía ni idea de si los últimos habían sido los últimos o de si el último es el último…, porque ¿cómo iba a saber yo, Itzig Finkelstein, algo así? ¿Saber o tan siquiera afirmar con seguridad?… Hablé de números…, mencioné el número dos mil… Dije:

—Podrían ser años…, años largos y años cortos, años de exilio —dije—. ¡Eso sí es un número! —dije—. ¡Pero los números son números! —dije—. ¡No me gusta contar! ¡Tampoco conté los millones! ¡Aquella vez! —dije—. ¡Los números son números! —dije —. ¡Y los años son años! —dije—. ¡Solo años! —dije—. ¡Años de agonía! —dije—. ¡Y a veces el moribundo miraba con los ojos o se estremecía con el corazón, a veces se encabritaba; sí, se encabritaba! Y no podía morir.

Hablé de asesinatos mayores y menores, de asesinato premeditado e impremeditado, hablé de cuervos negros, de madera de roble y de banderas, de flequillos y bigotes, de ojos proféticos, de bastones de muchos colores, de procedimientos de gaseado e incineración. Dije:

—¡No es fácil! —dije—. ¡También ha de saberse lo que se hace!… —Hablé de fosas masivas—. ¡Y cómo estaban allí de pie!… ¡Y cómo caían allí dentro! —dije—. Así de fácil; sí, así fue: así de fácil…

A mi cliente le corté el pelo demasiado corto. Pero yo, Itzig

Finkelstein o el genocida Max Schulz, ya no podía alargarlo. Lo que pasó, pasó. El cliente también lo comprendió.

Efectué algunos retoques más para tranquilizarlo, hablé de un árbol frutal desarraigado que echaba raíces en sí mismo para que no le faltara la fruta, hablé de raíces espirituales, hablé de raíces auténticas, hablé del hogar, de la tierra ajena y de la propia, de sangre y suelo y del regreso a la patria, hablé de la marcha del pueblo judío, hablé del presente, ya no hablé más del pasado, dije únicamente:

—¡Bien! ¡No queremos morir durante más tiempo! ¡Y si no podemos morir…, entonces podemos vivir!

Y el cliente también lo comprendió.

Cuando hube terminado y mi cliente lo hubo anotado todo cuidadosamente, me entraron ganas de repetir alguna que otra cosa, de volver a hablar…, de modo que yo, el genocida Max Schulz, le dicté al judío americano Jack Pearlman…, que en modo alguno era un judío tan bueno como yo, porque yo vivo aquí y él sin embargo allí…, decía que le dicté las siguientes líneas… Le dije:

—Señor Pearlman, escriba usted, por favor:

«La tarea de reconstrucción judía en Palestina me ha impresionado a mí, Jack Pearlman, profundamente. No solo me han impresionado los fétidos canales y los medios de abastecimiento de aguas y las centrales eléctricas y las carreteras y las ciudades y escuelas y hospitales…, sobre todo me han impresionado los campos en el desierto y los árboles jóvenes que los judíos han plantado en la sedienta tierra.

»Querido lector, se dice que en cada árbol plantado vive el alma de un muerto. De nuestros muertos. Y yo he visto muchos árboles. Y aún se plantarán muchos otros. ¡Se habla de millones!

»Querido lector, yo me pregunto: ¿y qué hay de los judíos vivos? ¿Serán en realidad solo muertos en vida? ¿Los muertos en vida de la diáspora? ¿Únicamente vivos de verdad cuando vienen aquí? ¿Tendrán que vivir en Tierra Santa para resucitar? ¿Y echar raíces? ¿Al igual que los árboles? ¿Y sin embargo, de un modo muy distinto?

»Querido lector, ¿qué hemos de hacer nosotros? ¿Nosotros, los judíos de América? ¿Acaso no podremos también resucitar? Eso es lo que yo, Jack Pearlman, vuestro presidente, me pregunto».

Llevé a mi cliente hasta la parada de taxis más cercana. Huelga decir que antes apagué la luz del salón…, luego cerré. Un hombre es consciente de sus responsabilidades.

10

Hoy por la mañana colgaba un inglés muerto, ahorcado, ante mi ventana. Soy una persona de despertar lento. Tiene que ver con la circulación. O con lo mal que estoy de la cabeza. Riego sanguíneo deficiente. Siempre he de frotarme un poco la cabeza… con mis manos de genocida… para que funcione. Y ni siquiera así va bien del todo.

En primer lugar, bostecé medio dormido, me desperecé, me froté el punto exacto de la cabeza, estiré brazos y espalda, luego las piernas, los pies planos; por último, los moví aquí y allá, parpadeé, primero con el ojo izquierdo, luego con el derecho, miré el techo de la habitación, pensé: «Es el techo de la habitación de un hotel».

¡Y entonces vi al inglés!

Si creen que di un salto como electrizado, similar al de aquella vez en el bosque polaco, desde el camión, cuando se oyeron disparos… en el bosque… y bajé de un salto… del camión… y corrí… como si yo, Max Schulz, llevara un petardo en el culo…, están completamente equivocados.

En determinadas situaciones conservo la sangre fría. Me levanté pausadamente, me restregué los ojos para alejar el sueño, me dirigí a la ventana arrastrando los pies…, a la ventana de mi habitación de

hotel…, empujé un poco al inglés…, no mucho…, solo un poco…, me dije: «¡Itzig Finkelstein! ¡Tú no tienes nada que ver con esto! No pueden cargarte el muerto. Tú no lo ahorcaste. Y, además, ¡tienes una coartada! Ningún asesino colgaría a su víctima delante de su propia ventana. Eso está bien claro».

Me vestí y salí a la calle. Reflexioné: «Mi ventana daba al patio interior. Probablemente un buen motivo por el que aún no habían descubierto al inglés. Aún era demasiado temprano y en las otras habitaciones cuyas ventanas daban también al patio interior, la gente seguía durmiendo. Mi ventana estaba en la planta baja. Práctico para el verdugo. No había necesidad de trepar. ¿Quién podría haberlo hecho? ¿Terroristas judíos? Claro. Quién si no. Yo no tenía nada que ver.

Mientras caminaba por la calle caí en la cuenta de que era sábado. Los sábados aquí está todo cerrado. Hasta nuestro salón. Por consiguiente, no tenía que trabajar. Resolví desayunar en el café Trumpeldor, en la calle Ben Jehuda.

Elegí una mesa en la soleada terraza…, en la soleada terraza del café Trumpeldor. Es famoso por sus vistas. Se ve todo tipo de cosas, por ejemplo, la estación de autobuses. Una estación de autobuses Egged de lo más normal. Tras ella, una calle de barracas donde vivían los nuevos inmigrantes. Son casitas de madera, pobres, con los tejados de chapa ondulada, cuyas ventanas, pequeños ojos vidriosos, miran con disimulada envidia las hermosas casas nuevas de Beth David…, las casas al otro lado de la estación de autobuses Egged. Una suerte que no tenga que vivir allí, pues yo, Max Schulz o Itzig Finkelstein, aún tengo dólares negros en la maleta. Y un trabajo fijo.

Se está edificando al sur de la ciudad. Es decir, que Beth David está siendo ampliada. Algún día, Tel Aviv se verá desbordada. Estoy completamente seguro. Algún día, los nuevos inmigrantes abandonarán sus barracas y se mudarán al nuevo bloque de

edificios. ¿Que cuándo será eso? Algún día. Supongo que cuando se hayan marchado los ingleses, cuando se haya construido el Estado judío.

Hoy es sábado…, *sabbat*…, o, como se dice en hebreo, *sabbat*. Las obras duermen. Los andamios han sido abandonados. Reina el *sabbat* por doquier. Las tiendas están cerradas, incluso los autobuses de la estación de autobuses Egged descansan.

En *sabbat*, la ciudad despierta más tarde de lo habitual. Aún es temprano. Las calles yacen como sin vida, pero eso no es totalmente cierto, ya que los ojos de las calles se muestran vigilantes. Tomo nota: en la esquina de la calle Ben Jehuda…, dos tanques ingleses. Soldados fumando en la torreta. Algo más tarde, un *jeep*. ¿Saben algo? ¿De mi inglés? Soy el primer cliente del café Trumpeldor. El camarero parece adormilado. Me conoce.

—¿Un café con nata, señor Finkelstein?

Le respondo:

—Sí. Con nata.

—¿Zumo de naranja? ¿Dos huevos? ¿Tostada?

Le digo:

—No. Deme un desayuno alemán normal y corriente, sin vitaminas ni proteínas. Café con nata, pan con mantequilla y mermelada.

Fuerzo mis ojos de rana, dejo vagar la mirada de rana por la lejanía. Allí hay palmas datileras y allí está el mar, rojo por la sangre de mi inglés. En realidad, el mar debería ser azul, porque, como yo me digo: «Itzig Finkelstein. El inglés tiene la sangre azul».

El camarero me trae café, pan con mantequilla y mermelada. Mientras desayuno, el mar cambia de color. El azul oculta el rojo. El rojo se torna azul.

Me digo: «Lástima que desde esta terraza… no pueda verse el bosque de los seis millones».

El camarero ha olvidado el azúcar. Vuelve de nuevo, pero ya hace tiempo que me he bebido el café.

—¿Cree usted que ha vuelto a pasar algo durante la noche, señor Finkelstein?

—Es posible. En la plaza Herzl hay tanques. Hoy por la mañana también vi algunos en la calle del Rey David, en la calle Jabotinsky, en la calle Tercer Templo. No solo en el cruce. Y más que de costumbre. Incluso aquí, en la calle Ben Jehuda, hay tanques.

—Quizá los terroristas hayan vuelto a matar a algún inglés.

—Es posible.

—O a ahorcarlo.

—También es posible.

—Al fin y al cabo, los ingleses también ahorcan a judíos. ¿O no?

—Naturalmente.

—Hace poco, los ingleses ahorcaron a Moische Kaplan. ¡Y a Ben Gideon! ¡Y a Ben Amos! ¡Y a Schloime Suppengrün! ¡Cuatro terroristas! ¡Cuatro héroes nacionales!

—Cierto.

—Ajá. Por cada judío ahorcado…, ¡un inglés ahorcado! ¡Les pagamos con la misma moneda!

Yo digo:

—Eso no es del todo cierto. Nosotros matamos a más. Nos cargamos a los ingleses como si fueran conejos. ¿No leyó ayer ningún periódico? ¡El ataque por sorpresa al campamento Ziona! ¡Hubo 154 ingleses muertos!

El camarero sonríe irónico. Dice:

—Murieron combatiendo. Eso es otra cosa. No ahorcan a muchos. Solo de cuando en cuando…, solo cuando ellos cuelgan a uno de los nuestros. ¡La horca es un castigo!

Las calles de Beth David despiertan. Veo a algunos madrugadores. El verde de los eucaliptos de la calle Ben Jehuda se vuelve más claro por momentos, son los rayos del sol, que ríen con fuerza. Las blancas casas del centro surgen de entre las sombras, exponiendo sus cuerpos al sol. Le pido al camarero un par de periódicos palestinos en yidis y en alemán, y mientras se aleja, sorbo el resto del café.

Las temidas organizaciones terroristas en Tierra Santa son el grupo Stern y el Irgún Tzvaí Leumí. Pero hay unos cuantos grupos menores de terroristas más. En Beth David reina el grupo terrorista Schwarz. A su líder, Jankl Schwarz, se le llama popularmente Jankele.

Cuando el camarero regresa con los periódicos y deja el legajo sobre la mesa, le pregunto:

—¿Cree usted que Jankl Schwarz colgaría a un inglés en un patio interior?

El camarero repone:

—Imposible, señor Finkelstein. Jankele nunca haría algo así. Cuando cuelga a alguien lo hace en la calle principal.

—¿En la calle Tercer Templo?

—Sí, y además del eucalipto más alto.

—¿Y por qué no en un patio interior? ¿Y por qué precisamente en la calle principal? ¿Y por qué del árbol más alto?

—Para que la prensa se entere —responde el camarero—. Y para que llegue a oídos de la opinión pública mundial. ¿Entiende, señor Finkelstein?… Al fin y al cabo, se trata de que las Naciones Unidas… sienten de una vez por todas sus gordos culos… y tomen una decisión.

¿Saben lo que es la opinión pública mundial? ¡Son millones de oídos sordos! ¿Y saben lo que yo me dije? Itzig Finkelstein —me dije—, la prensa mundial ha de meter mucha bulla. De lo contrario la opinión pública mundial no oye nada. El camarero tiene razón. ¡Al inglés no puede ahorcársele en un patio interior! ¡Solo puede ahorcársele en la calle Tercer Templo! ¡Debes de haber visto visiones!».

Hojeo el legajo de periódicos. Las noticias sobre el pasado genocidio han perdido importancia. Aparecen en la última página… también aquí…, al igual que en todas partes. Selecciono los recortes como de costumbre, me meto las noticias en el bolsillo, echo una

ojeada a las primeras páginas, con las noticias de última hora sobre el levantamiento y el terror en Palestina…, y me dispongo a irme.

Fui a casa de mi jefe, Schmuel Schmulevitch, para comentarle el asunto del inglés ahorcado.

Schmuel Schmulevitch vive en la calle Sholem Aleijem. Un famoso poeta judío del Este…, el tal Sholem Aleijem. Fui despacio, pues tenía tiempo. Era *sabbat*. Pensé en mi inglés. Pensé también en las historias de Sholem Aleijem que Itzig Finkelstein me leyera un día, entre otras. Permanecí unos instantes ante el monumento del cruce de las calles, el monumento a Tevye, el lechero. Me pregunté: «¿Por qué no lo habrán puesto perdido las aves del verano?». Luego seguí mi camino.

Schmuel Schmulevitch me recibió en bata. Su mujer aún dormía. Dejé que me invitara a un segundo desayuno y le conté brevemente lo del inglés y también lo de mi conversación con el camarero del café Trumpeldor.

Schmuel Schmulevitch reflexionó largo tiempo y luego dijo:

—El camarero tiene razón, señor Finkelstein. Jankl Schwarz no colgaría a ningún inglés en un patio interior.

—Pero yo he visto al inglés, señor Schmulevitch. Incluso le di un empujoncito.

—En ese caso solo hay una explicación posible, señor Finkelstein.

—¿Que sería…?

—¿Hay algún tipo de gancho o ganchillo en su ventana?

—Sí, señor Schmulevitch. Hace poco tendí la colada y puse dos fuertes ganchos.

—¿Es su ventana la única con ganchos en el patio?

—Creo que sí, señor Schmulevitch.

Schmuel Schmulevitch me ofreció otro panecillo, y también mantequilla y mermelada, me sirvió más café, observó cómo me zampaba el panecillo, y también la mantequilla y la mermelada y me bebía el café.

—¿Desayuno alemán?

—Sí. Órdenes de mi mujer.

Schmuel Schmulevitch me ofreció un cigarrillo, pero yo lo rechacé.

—No fumo en *sabbat*, señor Schmulevitch.

—¿Ah, no? No sabía que fuera usted piadoso, señor Finkelstein.

—No soy piadoso, señor Schmulevitch.

—Y entonces, ¿por qué no fuma en *sabbat*?

—Por tradición, señor Schmulevitch.

—Entonces, tampoco conducirá en *sabbat*, señor Finkelstein…

—Por lo general, no, señor Schmulevitch. Solo cuando he de hacerlo. En casos de urgencia. No se debe fumar. Cuestión de disciplina. Nada más.

Schmuel Schmulevitch asintió. Yo vi que quería encender uno…, un cigarrillo…, pero reprimió las ganas…, supongo que por respeto. No quería ofenderme.

—Supongo que procede de una casa de padres piadosos, ¿no, señor Finkelstein?

—Sí. Mis padres eran gente piadosa.

—También los míos —dijo Schmuel Schmulevitch—. Pero su piedad no les sirvió de nada.

Pregunté:

—¿Auschwitz?

—No. Eran demasiado viejos para Auschwitz. Perdieron la vida en 1903. Rusia. Los pogromos. Pero volviendo a su inglés, señor Finkelstein…, así es como yo me lo imagino: Jankl Schwarz agarró al inglés poco antes de que amaneciera…, quiero decir…, él y su gente. Luego lo arrastraron a la calle Tercer Templo, donde tenían pensado colgarlo…, como bien dijo su camarero, del árbol más alto. Pero no salió bien. ¿Entiende, señor Finkelstein?… Las patrullas inglesas por la calle…

—Sí. Ya me hago una idea.

—Él y su gente tropezaron con una patrulla inglesa. En el último momento… se pusieron a salvo en un patio, en el primero que pillaron.

—¿En mi patio?

—Exactamente. El patio del hotel Beth David. Querían esperar allí hasta que no hubiera moros en la costa. Vieron su ventana. Vieron los dos ganchos. Y colgaron al inglés allí provisionalmente.

—Lógico, señor Schmulevitch.

—Lo dejaron ahí colgado un rato. Digamos que una media hora. Temporalmente, por así decirlo. Y entonces… usted, señor Finkelstein…, se despertó. Vio usted al inglés, se dirigió a la ventana arrastrando los pies y le dio un empujoncito. Sí. Así fue. Y usted no sabía, no podía saberlo, que el inglés solo estaba allí provisionalmente.

—No. No lo sabía.

—Ahora ya hace rato que cuelga en la calle Tercer Templo.

—Eso no lo entiendo.

—Es muy sencillo —dijo Schmuel Schmulevitch—. Empecemos por el principio. Jankl Schwarz y su gente colgaron al inglés en su patio provisionalmente. Luego…, cuando no había moros en la costa, lo desengancharon…, lo arrastraron hasta la calle Tercer Templo y lo colgaron de nuevo.

—¿Del eucalipto más alto?

—Del eucalipto más alto.

—¿Por la prensa mundial? ¿Para que el asunto no pase inadvertido?

—Eso es.

—Entonces, ¿a no está ahorcado ante mi ventana?

—Puede usted jurarlo. Hace tiempo que no está.

—Entonces, ¿no tengo por qué preocuparme?

—No tiene que hacerlo, señor Finkelstein.

Schmuel Schmulevitch y yo fuimos al patio después de desayunar, a echar un vistazo. El inglés había desaparecido. Más tarde fuimos a la calle Tercer Templo. Allí había una multitud. No pudimos ver mucho. La calle estaba congestionada de curiosos, *jeeps*, policía, militares.

Le pregunté a una mujer que se hallaba junto a la calle. La mujer me dijo:

—Había un inglés ahorcado. Ya lo han bajado. Un inglés con una nota en el pecho.

Pregunté:

—¿Qué ponía en la nota?

Y la mujer respondió:

—«Schloime Suppengrün ha sido vengado».

11

¿Qué puede hacer un soltero que pasa de los cuarenta, no fuma los sábados, no va en tren ni en coche a no ser que no haya otro remedio, no lleva aquí mucho tiempo y no tiene relación amorosa alguna? ¿Qué puede hacer en un día libre?

Podía ir a ver un partido de fútbol: el Maccabi de Tel Aviv contra el Hakoa de Beth David, en el estadio Max Nordau, tras el parque Herzl. Podía ir a nadar, a mirar piernas gruesas y flacas, con suerte hasta tocar una, en el agua, por casualidad, como quien dice; podía contemplar el sol podía ir de paseo, por ejemplo, al bosque de los seis millones…, a tres kilómetros de aquí…, pero es un bosque sin sombras, pues los árboles plantados aún son bajos…, antes han de crecer…, crecer fuertes. Podía ir de nuevo al café Trumpeldor, conversar con el camarero, beber café.

De camino al café Trumpeldor pensé en Hanna Lewisohn. Sentí de repente un pinchazo en el estómago. Tenía el presentimiento de que a Hanna le había pasado algo.

Me di la vuelta y fui en dirección a la estación de autobuses Egged.

Tenía calor. Los pantalones caqui y la camisa caqui se me pegaban al cuerpo. Tenía la perilla húmeda, los cristales de las gafas empañados, los ojos de rana hinchados, tenía manchas rojas en las

axilas y entre los muslos, lo sabía aunque no podía ver las rojeces. ¡Pero me picaba!

Yo, Itzig Finkelstein, fui…, pues…, en dirección a la estación de autobuses Egged. Me dije a mí mismo: «¡Itzig Finkelstein! No sueles viajar en coche en *sabbat*. Pero esto es una emergencia. ¡A Hanna le ha pasado algo!».

Entonces se me ocurrió que no había autobuses ese día… porque nosotros, aquí en Beth David, hemos suscrito un contrato con Dios: ¡ningún autobús en circulación profanará el sagrado *sabbat*! ¡Solo los automóviles particulares y los taxis! Porque son privados.

Me di la vuelta de nuevo y fui en dirección a la parada de taxis. Se hallaba en el parque Herzl.

Los días de fútbol no resulta nada sencillo encontrar un taxi. Uno ha de tener suerte. Encontré un taxi. Subí a él. Dije: «Al kibutz Pardess Gideon, carretera Haifa-Tel Aviv. ¡A toda velocidad!».

¿Qué les había dicho? ¡A Hanna le ha pasado algo!

En el kibutz Pardess Gideon me dieron la siguiente información:

—Se ha vuelto loca.

Yo exclamé:

—¡Siempre ha estado loca!

—¡Pero no tanto!

Pregunté:

—¿Cómo?

—Sufrió un ataque. De repente comenzó a gritar. Noche y día.

—¿Y dónde está ahora?

—Se la llevaron. Al sanatorio Guggenstein. En Tel Aviv.

Huelga decir que fui allí al instante. Pero no me dejaron entrar. Uno de los enfermeros me dio la más amable de las informaciones:

—¡No puede verla!

—Me llamo Itzig Finkelstein. Ella me conoce.

—No puede verla, señor Finkelstein. Lleva una camisa de fuerza.

Pregunté:

—¿Una camisa de fuerza?

Y el enfermero repitió:

—Una camisa de fuerza.

Luego conversamos afablemente el enfermero y yo.

Le dije:

—Durante la guerra, Hanna pasó tres largos años atada a un banco.

El enfermero dijo:

—Solo son imaginaciones suyas. Simplemente estuvo escondida. Como muchos otros.

—Pasó tres largos años atada. Y ahora que está en un país judío… vuelven a atarla.

—Yo no puedo hacer nada, señor Finkelstein. ¡Intentó volar!

—¡Volar! ¿Adónde?

El enfermero contestó:

—Desde el tejado de la clínica Guggenstein al algarrobo que hay delante del portón de entrada.

Pregunté:

—¿Como un pajarillo?

Y el enfermero respondió:

—Sí. Como un pajarillo.

Mi taxi esperaba ante la clínica Guggenstein. Le dije al conductor:

—¡Lléveme al burdel más cercano!

—¿Tan mal fue? —preguntó el conductor del taxi.

Asentí y dije:

—Sí. Fue mal.

Fuimos serpenteando por el tráfico de Tel Aviv, deslizándonos, dando sacudidas, los frenos chirriando, entre las nubes de polvo y la luz del sol, nos colocamos en fila detrás de pequeños vehículos privados y despreocupados peatones que preferían pasear por la

carretera. La ciudad se achicharraba bajo el sol del *sabbat*, las casas y el empedrado reflejaban la luz del sol y los árboles junto a la carretera parecían sudar. Fuimos por la calle Rey Jorge, pasamos por la plaza Mugrabi, algo después llegamos a la calle Dizengoff, que se distingue por sus cafés y por sus coquetas tiendecillas.

No podía quitarme de la cabeza esa imagen, Hanna con una camisa de fuerza. Traté de pensar en las piernecillas de Hanna…, me entraron náuseas.

—Una con el culo gordo —le dije al conductor—. Hoy quiero follarme a una así.

—Entonces, vamos en dirección equivocada —dijo el conductor—. En el hotel Reina de Saba solo hay putas finas.

—¿Finas?

El conductor asintió:

—Finas. Sí, señor. Yo le recomendaría a la flaca Zippora. Yo mismo estuve con ella un día. Cuando se mueve…, le tabletean los huesos.

Yo dije:

—Eso no es para mí. ¿Conoce otro burdel en el que haya putas con algo de chicha?

—No en Tel Aviv —repuso el conductor—. Como mucho, en Jaffa.

Fuimos a Jaffa. Al hotel Abdulla.

—La gorda Fátima le gustará —afirmó el conductor—. Con esa también estuve.

—¿Culo gordo?

—¡Y menudo culo! —exclamó el conductor—. Redondo como la luna llena. De un moreno delicado. Con dos pezones de regalo, uno a la izquierda y otro a la derecha. Así hay de donde agarrarse. También tiene unos pechos grandes, gordos, sudorosos. Si le divierte, con esa podrá follar entre los pechos.

El sábado Tel Aviv huele a sol, a flores y a árboles, a polvo, a villas y

a casas luminosas, a perfume caro y barato, a tiendecillas recién limpias, a café, a nata, a pastelería internacional, a soda, a zumo de frutas, a sudor de camarero, a pies empolvados, a axilas empolvadas, a piernas empolvadas y a genitales empolvados, a capitalismo y a socialismo, a mar Mediterráneo y a aire salado. Naturalmente, también a loción de afeitar, a zapatos de señora y de caballero y a muchas cosas más. En definitiva, huele como Beth David, aunque Beth David es más pequeño.

En Jaffa, los olores son distintos. Aquí la brisa marina se mezcla con el hedor de la basura. Aquí huele a gatos enfermos, perros sarnosos, casas caducas, a pescado y a carnero asados, a café y a *arac* turco, a pimienta y a nueces, a sésamo y pipas de girasol, a pies sudados, a sífilis, a moscas, a ropa sucia, a niños pequeños, a retretes y a muchas cosas más.

Cuando llegamos a la puerta del hotel Abdulla sentí ganas de vomitar. No me bajé inmediatamente. Mis ojos de rana registraron una callejuela estrecha con altas casas caducas y sucias, arcos romanos, un viejo pozo en mitad de la calle…, bullicio también aquí, niños harapientos, mujeres embozadas y sin embozar, hombres con vestimentas claras y oscuras. Árabes. Ante el hotel Abdulla, en la acera, había algunos hombres sentados en semicírculo, fumando en narguiles y bebiendo café turco en pequeñas tazas redondas. Algunos de ellos lucían kufiyas en la cabeza; otros, coloridos quepis bordados. Miraban nuestro taxi fijamente, con hostilidad. Encendí un cigarrillo y me asomé a la ventanilla. Lo constaté reflexivo: «El mismo sol que en Tel Aviv. Solo que aquí las pinceladas del sol pintan de otro modo los colores».

Mi conductor dijo entre toses:

—Ayer mataron a dos judíos en Jaffa. ¿No lo leyó en el periódico?

Respondí:

—Sí.

—¿Lleva un revólver en el bolsillo?

Repuse:

—No.

El conductor esbozó una sonrisa burlona:

—En ese caso no le aconsejaría ir solo al hotel Abdulla.

—Así que cree que podría pasarme algo…, o sucederme algo.

—Un cuchillo en la espalda —dijo el conductor—. O el cuello rebanado. Es difícil de decir. Una cosa o la otra.

Mi conductor me pidió un cigarrillo. Le di uno.

—Sin embargo, a usted no le pasó nada… cuando estuvo con la gorda Fátima.

—Eso fue hace mucho. Entonces la situación política era otra.

Me había hecho ilusiones con la gorda Fátima, ya había visto mentalmente su gigantesco trasero, sus sudorosos pechos…, mi propio miembro, normal, despierto, tieso, tembloroso…, ya me había dicho: «Itzig Finkelstein… Hace tiempo que no estás con una mujer. Y hoy es *sabbat*. Y en *sabbat* los judíos no van en coche. Pero tú vas únicamente cuando es absolutamente necesario. Y este rodeo para llegar a Jaffa era necesario. ¡Porque follar es una cosa urgente!». Pero luego me dije: «Itzig Finkelstein… Mejor vivo sobre la flaca Zippora en el burdel judío de Tel Aviv… que con un cuchillo en la espalda o con el cuello rebanado sobre la gorda Fátima en el burdel árabe de Jaffa».

Le dije al conductor:

—¡Regresamos a Tel Aviv!

Volvimos a Tel Aviv. Nos detuvimos ante el hotel Reina de Saba. Me bajé, entré, examiné a las damas, también a la flaca Zippora, las hallé a todas demasiado flacas, me di la vuelta y regresé al taxi. Le dije al conductor:

—No he sido capaz de decidirme. ¡A Jaffa otra vez!

Me infundí aliento. Me dije: «Itzig Finkelstein, todos exageran y mucho. Nadie te va a clavar un cuchillo en la espalda. Ni a rebanarte

el cuello. Seguro». Pero cuando llegamos a Jaffa y nos detuvimos ante el hotel Abdulla, se me cayó el alma a los pies.

Fuimos varias veces más desde el hotel Abdulla hasta el hotel Reina de Saba, de acá para allá, hasta que me cansé y decidí volver a casa.

12

He comprado un método de hebreo. Hago progresos. También estoy aprendiendo inglés, un idioma emparentado con el alemán.

Juego a juegos excitantes. La pasada semana conté árboles. Conté todos los árboles de la calle Tercer Templo, también los de la calle Jabotinsky, los de la calle Sholem Aleijem, los de la calle Ruppin, los de la calle Anski, los de la calle Peretz. También quería contar los árboles de la calle Rey David y los de sus bocacalles y los del parque Herzl, y las palmas datileras de la playa. Hasta pensé en ir al bosque de los seis millones. Pero no lo hice.

Es un juego peligroso. No me gusta contar. Eso ya lo saben. Aquella vez tampoco los conté. Me pregunté: «¿Por qué los cuentas si no te gusta contar?».

Me dije: «Es que te entra un hormigueo…».

Me dije: «Si hay un juicio final…, y si allí se puede escoger una pena…, le dirás a Dios: "En lo que a mí respecta, cualquier cosa… menos contar árboles. O contar almas". Es que me entra un hormigueo…».

No vayan a pensar que yo, el genocida Max Schulz o Itzig Finkelstein…, no me entrego a la reflexión práctica…, quiero decir,

mientras paseo. Hace poco reflexioné sobre dónde abriría mi futura peluquería o salón de peluquería. Ya entenderán lo que quiero decir. No quiero ser el eterno empleado. Algún día me independizaré.

He examinado todas las calles de Beth David que podrían tenerse en cuenta para una peluquería. La peluquería solo puede estar en una esquina, pues El Hombre de Mundo, el salón de mi padre, estaba en una esquina, ¡en la esquina adecuada! Me dije: «¡Itzig Finkelstein! Primero hazte al país y a sus gentes. Aprende su idioma. Fisgonea un poco. Ten bien abiertos ojos y oídos. Pon tus consideraciones en la balanza. Sopesa con cautela. Lee los periódicos. Sé paciente. Los ingleses se largarán muy pronto. Y entonces aquí habrá guerra. Y si tienes que ir a la guerra…, eso no será bueno para un nuevo negocio».

Nadie sospecha de mí. Cuando hablo yidis soy galitziano, un galitziano que habla un mal yidis, porque nunca he vivido en Galitzia. Comprensible. No soy un auténtico galitziano. La gente me llama galitziano en broma. Cuando hablo alemán, soy un judío alemán. Y cuando hago uso de palabras del vocabulario del Cuerpo Negro, entonces soy un desgraciado que estuvo en un campo de concentración. A mí siempre me falta algo. ¡Basta! ¿Y por qué no? ¿Qué culpa tengo yo? ¡En eso no tuve elección!

Nada ha cambiado en el salón de peluquería de Schmuel Schmulevitch. Ni siquiera las conversaciones sobre política. Mi nuevo cliente habitual, el fabricante de tejidos Daniel Rosenberg, es decir, el futuro alcalde, me pregunta cada mañana lo mismo:

—Señor Finkelstein, ¿qué opina usted de la situación política?

Mi respuesta es siempre la misma:

—¿Y qué opina usted de ella, señor alcalde?

Entonces él suele decir:

—Aún no soy alcalde.

Huelga decir que yo respondo:

—Pero pronto lo será, señor alcalde. Apuesto a que sí.

La situación política es grave. Yo diría que muy grave. El terror va en aumento. Recientemente, unos terroristas judíos hundieron dos barcos ingleses. Un general cayó asesinado. Nueve tanques destruidos por cócteles molotov. Un tren de mercancías asaltado. Un polvorín inglés…

Ayer por la noche temblaron las casas de Beth David. Una fuerte detonación. Me caí de la cama. Luego bajé a la calle. No se veía mucho. Vi llamas. El cielo estaba arrebolado. No averigüé lo que pasó hasta hoy por la mañana. Jankl Schwarz y su gente…

Grupo de Asalto A…, asalto a la prisión de Beth David. El edificio salta por los aires. Liberados todos los terroristas encarcelados por los ingleses. Durante la acción también se fugan delincuentes habituales. No pudo evitarse. Grupo de Asalto B…, limpieza callejera. Destruido un tanque inglés en la esquina de la calle. Tiroteadas otras patrullas inglesas. La consigna…, ¡esta es una ciudad judía!

Grupo de Asalto C…, asalto a la comisaría de policía, en la esquina de las calles Sholem Aleijem y Pinsker. Veinticinco muertos.

En Beth David reina el estado de excepción.

Pero eso no es nada. ¿Han leído los periódicos? Todos los días llegan nuevas tropas inglesas. ¿Que no me ría? Inglaterra está en bancarrota. Demasiado costosa esta guerra de guerrillas. No pueden seguir aquí. Los ingleses van a largarse. ¡Y muy pronto! Me apuesto con ustedes lo que quieran. ¿Y qué pasará entonces? Una tierra de nadie en Palestina. Y dos grupos de población enfrentados entre sí, los judíos y los árabes. ¿Qué apuestan? Muy pronto habrá aquí guerra.

Sí, maldita sea otra vez. La situación política es grave. Ni que decir tiene que hemos de contar con los árabes. Ya están afilando sus cuchillos y cargando las armas. Por el momento solo practican. Nada más.

¿Lo han leído en el periódico? Aparece bien clarito: «Judíos degollados en Jaffa». Fue una suerte que no estuviera con la gorda

Fátima.

Sí. Viene en el periódico. Titulares: «Árabes emboscados abren fuego contra un autobús judío en las montañas de Jerusalén. Sinagoga reducida a cenizas. Ataque sorpresa árabe al kibutz Quar Joseph ben Nathan». Esos cerdos han prendido fuego a nuestros campos. Quemado plantaciones de bananos. Fue ayer. ¿Y la semana pasada? Lo de los tres pueblos judíos. ¿Lo han leído? Sencillamente, entraron por la fuerza… en nuestros pueblos… bandas armadas árabes, raptaron a dos mujeres, prendieron fuego a las casas, las saquearon…

No tengan miedo. Cuando los ingleses se larguen, entonces ajustaremos cuentas. Recibirán su merecido. Y yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, o viceversa, no seré un mero espectador. ¡Vaya si tomaré parte en el juego! ¡Pueden jurarlo!

Tres días de estado de excepción. Ya han terminado. Por lo visto, los ingleses quieren negociar con Jankl Schwarz. No sé…

A Beth David han llegado tropas inglesas de refuerzo.

¿Que si sé dónde se esconde Jankl Schwarz? Ni idea. Ni siquiera lo sabe Schmuel Schmulevitch. ¡Y eso que es un conocido peluquero!

Nadie sabe dónde se esconde Jankl Schwarz. Ni tampoco qué aspecto tiene. Yo me lo imagino como un gigante. ¡Un gigante judío! ¿Acaso se parecerá al bíblico Sansón?

13

Entre mis colegas hay dos judíos alemanes, Sigi Weinrauch y Max Weidenfeld. Yo personalmente, yo…, Max Schulz…, tenía a Max

Weidenfeld por un buen judío. Si es o no piadoso, no lo sé. Pero sionista…, eso seguro que sí. Yo diría que es un idealista. Un miembro activo de la Haganá, el ejército clandestino legal ilegal judío. También estuvo en un kibutz y plantó los primeros árboles en el Néguev.

Pero el otro…, Sigi Weinrauch, es un enemigo del pueblo. Gasta bromas sobre el sionismo —nosotros llamamos a algo así *desmoralización*—, ofende a nuestro líder —nosotros llamamos a algo así *ofensa al líder*—, habla continuamente de las cosas perdidas —nosotros llamamos a algo así *divulgación de propaganda hostil y derrotismo*—, pero lo peor es que… Sigi Weinrauch ama a Alemania.

¿Pueden entenderlo? ¡Un judío que ama a Alemania! ¡A pesar de los seis millones! No es mejor que mi jefa…, con la Cruz de Hierro…, la señora Schmulevitch…, con la Cruz de Hierro oculta entre sus mustios pechos.

Los dos están confabulados. Está claro. También hablan abiertamente, hablan del hermoso Rin y del Mosela, de cerveza y de carne adobada, de albóndigas de pan y de salchichas blancas de Baviera. A ninguno de los dos le gusta esto.

Hace poco le dije a Sigi Weinrauch:

—Si no le gusta esto, señor Weinrauch…, ¿por qué no se vuelve a Alemania?

Él repuso:

—Estoy esperando a que Alemania se recupere.

Y la señora Schmulevitch metió baza. Dijo:

—Sí. Yo también.

Y mi jefe, Schmuel Schmulevitch, preguntó:

—¿No querrás regresar ya?

Y la señora Schmulevitch respondió:

—¡Claro que quiero regresar!

—¡Sin mí! ¿Qué pasa con el salón?

—El salón… lo venderemos.

Y Sigi Weinrauch se limitó a sonreír burlón, sin decir nada, se limitó a sonreír burlón. Agarré un buen cabreo.

¡No puedo entenderlo! ¡Tan poco idealismo! Les dije cuatro cosas bien dichas. Olvidé por completo que debía tener cuidado…, por mi trabajo. Pero la señora Schmulevitch no dijo nada. Solo rio con sorna.

Estuvimos discutiendo todo el día. Yo, el genocida Max Schulz, sostenía que nuestra patria era Palestina, mientras que los dos judíos alemanes, Sigi Weinrauch y la señora Schmulevitch afirmaban… que su patria era Alemania.

Un peluquero ha de conversar con sus clientes. Yo hablo casi todo el día. De historia, nuestra historia, de la historia judía. Repito lo que le expliqué al judío norteamericano Jack Pearlman sobre nuestra historia, hablo alto y claro para que todos me oigan en la peluquería…, hasta la señora Schmulevitch y Sigi Weinrauch.

Me lo he distribuido de la siguiente manera: los domingos —porque aquí se trabaja los domingos— hablo de la salida de Egipto de los Hijos de Israel. Los lunes, de la conquista de la tierra de Canaán. Los martes, de la partición del reino. Los miércoles, del levantamiento de los Macabeos. Los jueves, de los héroes de la fortaleza de Masada. Y los viernes, de la rebelión de Bar Kojba.

Esta semana varié mi programa… para hacer rabiar aún más a Sigi Weinrauch y a la señora Schmulevitch. Ya no temo a la señora Schmulevitch. Porque… es una cuestión de honor.

El domingo hablé del exilio judío, fui breve. El lunes hablé de un punto crucial: un hombre escribe un libro… inspirado en el caso Dreyfus…, el hombre se llama Theodor Herzl; el libro, *El Estado judío*. Se gesta una idea… o no se gesta…, simplemente se transforma, se le da nueva vida… Ahasver salta a la fuente de la eterna juventud…, enciende la chispa…, comienza la marcha.

El martes hablé de los primeros asentamientos judíos de Palestina, mencioné la Primera Guerra Mundial y las hazañas del Cuerpo de

Muleros de Sión y de la Legión Judía, que, junto con los ingleses, lucharon contra los turcos hasta que finalmente estos fueron derrotados. Hablé de la Declaración Balfour y de la promesa de Inglaterra de crear un hogar judío en Palestina.

El miércoles hablé del genocidio, dije: «¡Los hijos de Ahasver! ¿Por qué no vinieron antes? —pregunté—. ¿A qué estaban esperando?».

El jueves hablé del presente. Y hoy…, el último día de la semana…, del futuro.

14

Me comporté como es debido toda la mañana. Hice acopio de fuerzas. Cedí la palabra a mis colegas. Son unos auténticos charlatanes.

Por la tarde, mis colegas estaban cansados de hablar. ¡Lo que yo estaba esperando!

Hablé larga y profusamente sobre la retirada de los ingleses. Mientras describía el panorama, que adornaba con todo lujo de detalles y analizaba fase por fase, realicé varios cortes escalados, sin ningún escalón, como es debido. Más tarde afeité a varios clientes y hablé de la fundación del Estado judío y de la guerra contra los árabes, una guerra inminente. Afeité pulcramente, sin hacer cortes, sin dejar ni un cañón, como es debido.

Cuanto más hablaba, más me enardecía. En el rincón dañado de mi cabeza golpeteaban pequeños martillitos. Ante mis ojos de rana se extendían velos de niebla. Aún realicé otro corte escalado como es debido, en el siguiente ya cometí errores, hablaba a trancas y barrancas, febril, tenía visiones, hablé de millones de niños pequeños, hablé de bombas atómicas, hablé de expansión, hablé de la insignificante China, hablé del dominio del mundo. Sentí un picorcillo en el culo, el rabo se me puso tieso, me quité las gafas, me

miré en el espejo, vi dos gigantescos ojos de rana, vi un flequillo y un bigote, hablé más alto, me embriagué con mi propia voz…, sonaba… sonaba tan parecida… o tan igual… a la voz del monte de los Olivos, tras el altar. Cuando mi discurso tocó a su fin, todo vibraba en el salón de peluquería, todo lo que no estaba clavado y requeteclavado. Los bruñidos espejos emitían destellos de luz en la habitación. No sabía si los clientes, el personal y Schmuel Schmulevitch y su mujer realmente habían comprendido la última parte de mi impetuoso discurso, pero estaba seguro de que el tono de mi voz no había perdido su efecto hipnótico. Pues cuando callé, durante algunos momentos reinó el silencio en el salón, reinó un silencio igual al de aquella vez en el monte de los Olivos, tras el vigoroso discurso. A continuación, los clientes se levantaron de un salto de sus asientos, haciendo caso omiso de tijeras y peines, de maquinillas de afeitar y de entresacar, de brochas y jabón, gritando como dementes: «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!». Hasta el personal gritó «¡Amén!». Hasta Schmuel Schmulevitch y su mujer.

Me importa un carajo que me crean o no. Hagan lo que gusten. Yo solo quiero seguir contando mi historia. Nada más.

Algo así se divulga deprisa. Al fin y al cabo, nosotros…, el salón de peluquería Schmuel Schmulevitch…, somos el único salón de peluquería de Beth David. Todo el mundo viene aquí. Aquí están representadas todas las clases sociales. El pueblo, en definitiva.

Desde que pronuncié mi discurso, la gente hace cola aquí. Caballeros que antes solo se cortaban el pelo una vez al mes acuden ahora con más frecuencia. Algunos vienen a afeitarse dos veces al día o se llegan bajo algún otro pretexto, por ejemplo, lavar la cabeza o un masaje o entresacar un poco más o un tratamiento contra la caspa, una manicura urgente…

Un negocio redondo. La señora Schmulevitch sabe apreciarlo. No piensa dejarme marchar.

Hace poco me dijo Schmuel Schmulevitch:

—Señor Finkelstein, ¿ha notado usted algo raro?

Pregunté:

—¿Notado qué?

—La gente de Jankl Schwarz…, los terroristas.

—¿Qué pasa con ellos?

—Vienen por aquí…, por mi salón. Miran a través del escaparate. Miran a Itzig Finkelstein.

—Estupendo, señor Schmulevitch.

Schmuel Schmulevitch me miró serio. Muy serio. Dijo:

—Me da en la nariz que era la gente de Jankl Schwarz. Y aún hay más, también creo que Jankl Schwarz estuvo aquí el otro día personalmente para observarlo.

—¿Solo lo cree? O… ¿conoce usted a Jankl Schwarz? ¡Dígamelo sinceramente! ¿Sabe quién es y qué aspecto tiene?

—No, señor Finkelstein. Solo sé que no puedo librarme de la sensación de que Jankl Schwarz ha estado aquí, en la peluquería…, perdón, en el salón.

Una tarde…, cuando me dirigía a casa desde el café Trumpeldor…, dos individuos me cerraron el paso.

La iluminación de la calle aquí es escasa, aunque se trate de una ciudad moderna. Los cristales de las gafas estaban algo empañados. Apenas supe qué estaba pasando. Sí me percaté de los uniformes color caqui, de las caras tostadas por el sol, de las soñolientas casas de cuyas ventanas salía una luz mortecina…, también me percaté de las farolas a la entrada del parque Herzl; me pregunté: «¿Por qué tuviste que pasar precisamente por aquí?». También me percaté de un tanque inglés que iba en dirección opuesta… Entonces a mí, al genocida Max Schulz, me hicieron bajar violentamente de la acera, me metieron en un taxi a empujones…, en el asiento delantero. Unos hombres que se hallaban detrás de mí me agarraron, me vendaron los ojos, me metieron un pañuelo en la boca. «Se acabó —pensé—. ¡Te han atrapado!». Durante el trayecto comencé a pensar

con mayor claridad. ¿Quiénes podrían ser? ¿Agentes del servicio secreto judío en Palestina? ¿La gente de Jankl Schwarz? ¿Qué querían? ¿Qué querían de mí? ¿Acaso sabían algo? ¿O no sabían nada?

El taxi iba despacio. Probablemente para no llamar la atención. ¿Por qué me habían sentado en el asiento delantero? En las películas es de otro modo. En ellas, el prisionero siempre se sienta atrás…, entre sus guardianes. ¿Qué diablos se proponían? ¿Querían liquidarme por la espalda? ¿Al igual que *él*… despachara a Itzig Finkelstein?

Estaba allí sentado, rígido. Conservé la calma. Pero me mantuve atento. Me dije: «Bueno. Ahora estamos dando vueltas al parque Herzl. No pueden engañarme. Y ahora… ¡en dirección sur! ¡A las obras! ¡Ajá! Aquí hay baches. Ya no hay carretera. ¡Son las obras! ¿Estará aquí su cuartel general?».

Me sacaron del taxi. Suelo desigual. La noche olía a luz de luna, a humedad, a cemento, a argamasa, a ladrillos, a andamios de madera, a gravilla, a arena…, a niños de casas por construirse. En alguna parte había una escalera. Me condujeron hacia ella… escaleras abajo. Olía a sótano.

Me retiraron la venda de los ojos y el pañuelo de la boca. Podía hablar de nuevo. Ver de nuevo. Pero no dije nada. Miré a mi alrededor: un sótano, lo que suponía. Escasa iluminación aquí también. Pero distinta. Una cuerda larga. No. No para ahorcar a nadie. Solo una cuerda, en el bajo techo del sótano, con algunas linternas colgando. Luz deslumbrante. Sí. Pero nada de electricidad. Sin duda era la obra. Tal como suponía.

Ojos de rana…, vi un gran escritorio. Y a un hombre… tras él. Vi a otras personas delante del escritorio. Sentadas en semicírculo como los árabes de Jaffa ante el burdel de la gorda Fátima. Pero no eran árabes. Algunos vestían de caqui. Otros no. Dos eran calvos. Los

otros no. También vi a una mujer. Con un vestido claro de algodón. Con una cadenita al cuello. Pero ninguna Cruz de Hierro. Vi la estrella de David.

Alguien me deslizó una silla bajo el culo.

¡El cuartel general de Jankl Schwarz! Jankl Schwarz no era como yo me lo había imaginado. Era completamente distinto: hidrocéfalo, con gafas de concha…, corto de vista del ojo izquierdo, un ojo oscuro, ojo de gueto; buena vista en el ojo derecho, un ojo claro, ojo de libertad…, un ojo así… y el otro asá…, pasado y futuro tras las mismas gafas…, ¿y dónde escondía el presente?

No puedo describir su cuerpo porque solo vi la cabeza… y los ojos. Y no quería agacharme. Pues agacharse es peligroso.

Estaba sentado tras el escritorio. ¡El hombre tras el escritorio era Jankl Schwarz!

Su voz era algo ronca. Seguro que el pasado atenazaba su garganta como un nudo que quería escupir.

Me dijo:

—Señor Finkelstein. Recientemente proclamó la hegemonía mundial del judaísmo.

Yo le dije:

—Lo proclamé como una anticipación.

Jankl Schwarz sonrió. Me miró directamente a los ojos de rana. Con el ojo del pasado y con el ojo del futuro. Sus miradas me golpearon como bofetadas, aunque era una única mirada.

Jankl Schwarz dijo:

—No es eso lo que queremos, señor Finkelstein.

Pregunté:

—¿Qué?

—La hegemonía mundial —repuso Jankl Schwarz.

—Entonces, ¿qué quieren, señor Schwarz?

—Darles su merecido a los ingleses.

—¿Y qué más?

—Crear el Estado judío.

—¿Dónde, señor Schwarz?

—Aquí, señor Finkelstein, dentro de las fronteras históricas.

—¿Y después, señor Schwarz?

—Después nada, señor Finkelstein. Después queremos vivir aquí, vivir en paz.

—¿Y qué hay de las puertas, señor Schwarz?

—Quedarán abiertas —respondió el señor Schwarz.

—¿Para los millones?

—Para todos aquellos… que quieran venir aquí —dijo el señor Schwarz.

Jankl Schwarz se quitó las gafas, las limpió unos instantes y se las volvió a poner.

Yo quise saber:

—¿Y los árabes?

—Eso aún no lo sé —repuso Jankl Schwarz, aún sonriendo, pero con un tono que a mí me pareció enojado—. Hemos pintado los bancos del parque Herzl a rayas azules y blancas —prosiguió—. Y hemos colgado un letrero en árabe con la inscripción: «Sentaos en los bancos judíos». Cuando llegue la hora, todos los bancos que se hallen dentro de las fronteras históricas serán pintados a rayas azules y blancas. Y colgaremos los mismos letreros por todas partes. Es una oferta generosa, señor Finkelstein.

—Sí que lo es —reconocí—. Es cierto. Pero ¿y si no la aceptan? ¿Qué haremos entonces?

—Eso aún no lo sé —afirmó Jankl Schwarz.

—¿Un problema?

—Sí —convino Jankl Schwarz—. Un gran problema.

Yo dije:

—Así es.

Y Jankl Schwarz dijo:

—Sí. Así es.

Reparé en que mi aprendiz, Motke, se hallaba entre los del semicírculo. No había reparado en él. ¡Así que él también…! ¡Un terrorista!

—Sus conferencias sobre historia judía son profanas —dijo Jankl Schwarz—. Pero es usted un conferenciante entusiasta, señor Finkelstein. Un hecho que nos ha llamado la atención.

Vi que Motke sonreía burlón. Me guiñó un ojo. ¡Menuda desfachatez! ¡Un aprendiz!

—¿Estuvo en un campo de concentración, señor Finkelstein?

—Sí.

—¿También en el sur de Rusia?

—Sí. Eso fue antes. En 1941.

—Lo sabemos. Ha estado haciendo observaciones en su salón de peluquería, es decir, en el salón del señor Schmulevitch, sobre su actividad en el sur de Rusia. Lo mencionó en el transcurso de sus conversaciones. Ha estado fanfarroneando. ¿Tengo razón?

—Podría ser. No puedo acordarme de todo lo que digo, sobre todo en el trabajo. Se habla mucho.

—¿Así que es cierto? ¿Estuvo allí? ¿En el sur de Rusia?

—Sí. Estuve allí.

—¿Y qué hizo allí? ¿Qué hizo realmente?

—¡Disparar!

—¿Ah, sí?

—Claro, disparaba.

Jankl Schwarz asintió:

—Eso fue lo que nos dijo Motke. ¿Es cierto, entonces?

—Sí. Es cierto.

—¿A cuántos mató, señor Finkelstein?

—No lo sé. No los conté.

—¿Y qué tipo de armas disparaba, señor Finkelstein? ¿Armas de fabricación rusa?

—No. De fabricación alemana.

—Bien —dijo Jankl Schwarz—. Excelente.

Un sudor frío me corría por la frente. Se lo imaginan, ¿no? Pero me

puse a pensar. Pensar sí que podía.

Por lo visto, Jankl Schwarz me tomaba por un antiguo partisano que había combatido con armas alemanas procedentes de nuestro botín…, del lado bueno…, no del malo.

—¿Aún sabes disparar, *chawer* Itzig?

¿Se dan cuenta? ¿Del cambio de tono? ¿Del cambio de tratamiento: *chawer* Itzig?

Repuse:

—Sí, *chawer* Jankl.

—Bien —dijo *chawer* Jankl—. Eso está muy bien.

15

Podría describir todo lo que ocurrió en el sótano, pero prefiero hacer solo un breve comentario. Tras la conversación con Jankl Schwarz, se sirvió café. Una conversación agradable. El genocida Max Schulz estrechó muchas manos, fue presentado a los demás, salvo a Motke, pues ya lo conocía.

Después del café se sirvió aguardiente. Y luego, pinchos morunos. Y luego, café otra vez. Fumaban mucho. De hecho, allí no hay nadie que no fume. Ni ningún vegetariano. Son todos normales. O así me lo pareció. O esa fue mi impresión. ¿Que si me hicieron miembro? ¿Eso es lo que quieren saber? ¿Miembro del temido grupo terrorista Schwarz?

Yo no decido nada. Jankl Schwarz decide quién ingresará. Él toma la última decisión. Ningún otro.

Naturalmente. Yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz…, soy miembro.

Durante las siguientes semanas no tuve noticias de Jankl Schwarz. ¡La primera vez fue en mi noche de bodas!

¿Qué acabo de decir? Mi noche de bodas. Pero estoy adelantando

acontecimientos. Y no es esa mi intención. Así que permítanme seguir con mi relato en el orden debido.

Así fue.

A finales de agosto despidieron en el acto a las dos manicuras, Rita e Irma. El motivo: arrogancia.

La señora Schmulevitch:

—Algo así no se puede tolerar. ¡Arrogancia! Porque yo estoy sentada en la caja. Pero cuando un caballero le confía a una dama su mano, y más las uñas…, que como es sabido delatan lo que un hombre hace o deja de hacer…; entonces es vulnerable.

Sí. Así fue. Un día se armó el escándalo. Y una cosa llevó a la otra…, como suele decirse.

De pequeño fui una vez al circo. Y allí vi a la mujer más gorda del mundo. Se llamaba Johanna. Aquella vez me enamoré perdidamente. Porque era aún más gorda que mi propia madre. Pero eso fue hace tiempo.

La nueva manicura se llama Miriam, o Mira. Y es todavía más gorda que mi propia madre. Y más gorda que Johanna, la mujer más gorda del mundo. Y si no me equivoco, también más gorda que Fátima, la del burdel Abdulla, aunque nunca he visto a Fátima.

Pasamos algunos días sin manicura. Y la señora Schmulevitch empezaba a impacientarse. Y también Schmuel Schmulevitch. Comenzaron a pelearse.

La señora Schmulevitch dijo:

—Es muy cierto. Dos manicuras son un buen reclamo para un salón de primera. Pero realmente nunca han hecho falta dos. Con una es suficiente…, siempre que sea amable y atenta con los clientes.

—En eso tienes razón —reconoció Schmuel Schmulevitch—. Pero ¿de dónde la sacamos? En Beth David no hay ninguna. Ya he puesto un anuncio en el periódico local y no se ha presentado nadie.

—Es cierto —afirmó la señora Schmulevitch—. Nadie se ha presentado.

—Llamaré a la Histadrut de Tel Aviv.

—¿Pero qué bobadas dices? ¿Qué es eso de la Histadrut?

—Ya va siendo hora de que aprendas hebreo. Es el sindicato.

—No quiero tener nada que ver con esos.

—Entonces, a la agencia Mankelevitch.

—Con esos mucho menos. Fueron quienes nos enviaron a Rita. Y también a Irma.

Así fue. No se ponían de acuerdo. Esta vez la señora Schmulevitch estaba incluso en contra de insertar un anuncio en un periódico suprarregional…, el penúltimo recurso. Y así solo quedó el último: Mira.

¿Mira? Una sobrina de Schmuel Schmulevitch del kibutz Degania D. No muy lejos de aquí.

Esa misma tarde, tras la gran decisión de contratar a Mira…, Schmuel Schmulevitch me invitó a cenar.

Mantuvimos una agradable conversación:

—Ya estuvo una vez en el salón… —dijo Schmuel Schmulevitch—, en primavera, a decir verdad…, trabajó bien. Pero luego se marchó. Al kibutz.

—¿Por qué, señor Schmulevitch?

—Porque allí daban mucha comida.

—¿Come mucho?

—Sí —afirmó Schmuel Schmulevitch—. Come mucho.

Aquella tarde con Schmuel Schmulevitch averigüé muchas cosas acerca de Mira. Aunque no todo:

Mira es del pequeño pueblecito ucraniano de Wapnjarka-Podolsk. En 1941 abrieron fuego contra todos los judíos de aquel lugar en el cementerio. ¿Que en qué cementerio? ¡En el cementerio judío!

No. Ella no está muerta.

—Está vivita y coleando —dijo Schmuel Schmulevitch—. Aunque muda. De la conmoción.

¡Así que muda!

Continuación del relato: Miriam, o Mira, logró salir a gatas de la fosa común.

Comentario: Supongo que las SS no tenía buena puntería.

Continuación del relato: Mira no salió a gatas sola. Había otra mujer. Una mujer mayor.

Y la mujer mayor, que ahora se encuentra en Palestina y a quien Schmuel Schmulevitch conoce, le contó a Schmuel Schmulevitch lo siguiente:

—No podíamos quedarnos cerca del cementerio. Así que nos fuimos de allí. Nos fuimos a cualquier parte. Nos fuimos a pie. Y Mira había enmudecido y no podía hablar. Pero sí caminar. Mejor que yo. Pues yo era una mujer mayor. Y Mira, joven.

Y un buen día nos capturaron. Sucedió en alguna parte. Y nos deportaron. A alguna parte. Y allí había un campo de concentración. Y allí nos quedamos. Y no nos dispararon. Ni tampoco nos gasearon. Allí no había nada de comer. O casi nada.

Y cuando volvimos a salir en 1945, Mira estaba flaca, parecía un esqueleto, un saco de huesos con ojos…, unos ojos que a veces se movían.

Y entonces Mira comenzó a comer. Comía de la mañana a la noche. Incluso masticaba en sueños.

Una máquina de tragar. Muda. Una máquina de tragar muda.

Le pregunté a Schmuel Schmulevitch:

—¿Y cómo va a sacar a *algo así* de un kibutz… y traerlo de vuelta a su salón de peluquería?

Schmuel Schmulevitch repuso:

—Con una promesa, señor Finkelstein. Le diré: «Mira, mi niña. Pues claro que vivirás con nosotros. Seremos buenos contigo. Y en lo que respecta a la cocina de mi mujer, en nuestra casa se cocina todos los días, tanto como quieras».

Cuando Mira… apareció en el trabajo con algo de retraso, la navaja de afeitar se me cayó de la mano del susto. ¡No había visto algo así en mi vida! Schmuel Schmulevitch tenía razón: una máquina de tragar. Volumen gigantesco. Muda. Una boca condenada al silencio. Un enorme culo que se había vengado de los años de hambre.

Mira nos dio la mano a todos. «Tal vez veintiocho —pensé—. O treinta. No más. Un bonito rostro con pequeños hoyuelos. Pero los ojos… como los de un pez —me dije—. Un pez muerto que mueve los ojos».

No volví a pensar en Jankl Schwarz. Pensaba solo en Mira. Durante el día, en la peluquería…, perdón, en el salón…, me costaba mucho concentrarme. Quiero decir, en mi trabajo, importante y de gran responsabilidad. A mediodía tragaba fatigosamente la comida, apenas me enteraba de lo que comía. Ni que decir tiene que lo mismo me pasaba por las mañanas con el desayuno. Y también por las noches. Es que yo como tres veces al día.

La comida ya no me sabía a nada. No olía a nada. Era inodora.

Por las noches yacía despierto, pensando en Mira, dando vueltas en mi solitaria cama…, ya que de repente era solitaria… Me dije: «Bien. Ahora ya sabes lo que es una cama solitaria».

Desde que Mira entró en mi vida…, con toda su grasa y todos sus gritos mudos…, practico el onanismo noche y día. Apenas puedo mantenerme en pie. Durante el día lo hago en el servicio del salón

de peluquería de Schmuel Schmulevitch; por la noche, en mi solitaria cama.

Miren, Mira es la personificación de algo que creo conocer y que, sin embargo, no acierto a comprender qué es. Cuando pienso en ella, me entran ganas de dar golpes, destrozar, devorar, de darme un atracón, perdiendo con ello mi buen semen…, y después de perder el semen desearía volver a escupirlo todo, remendarlo, acariciarlo, aplacarlo…, pero no soltarlo, como si tuviera que retenerlo para volver a devorarlo.

Miren…, soy otra persona… y, sin embargo…, cuando pienso en Mira… querría… volver a vivirlo todo, de algún modo…, el ayer…, pero de otra manera, ¿lo entienden?…, vivirlo con Mira…, ¡solo eso!… Vivirme a mí mismo, el que fui y ya no soy, o sí soy, aunque de otra manera. ¿Lo entienden? Y también el hoy querría vivirlo con ella. ¡Y el mañana!

¿Saben lo que es el amor? Yo no lo sé exactamente. Pero creo que esto que yo, el genocida Max Schulz, siento por Mira, creo yo, debe de ser…, quiero decir…, ¡amor!

¿Que si estuve allí? ¿En Wapnjarka-Podolsk? ¿Allí… donde murieron todos los judíos… menos dos…, una mujer mayor y una más joven…, aunque también a ellas les dispararon…, solo que mal?

No lo sé. He visto muchos bosques y muchos cementerios, en Polonia y en Ucrania. También estuvimos en esa región…, quiero decir…, en la región de Mira. Pero solo recuerdo los nombres de las grandes ciudades. Wapnjarka-Podolsk era un lugar sin importancia…, un poblacho insignificante. Ya no lo sé. Tal vez estuve allí. O tal vez no. Nunca pasábamos mucho tiempo. Unas horas o un día…, quiero decir…, en las ciudades pequeñas y sin importancia…, hacíamos nuestro trabajo…, cumplíamos nuestro deber, no nos quedábamos mucho tiempo y seguíamos nuestro camino…

16

Ayer invité a Mira. ¿Adónde? Al café Trumpeldor. El camarero se quedó con los ojos y la boca abiertos.

Pedí un trozo de pastel para mí, el genocida Max Schulz, y pedí diez para Mira…, cinco pastelitos de manzana, tres trozos de pastel de chocolate, un trozo de bizcocho con uvas pasas y un pastelito de crema.

Como Mira no podía hablar, no me quedó más remedio que hacer yo solo todo el gasto de la conversación. Eso nunca me ha importado. Más bien al contrario. Ya lo saben, soy un hombre al que le gustan los monólogos.

¿Que qué hicimos después? ¿Eso es lo que quieren saber? Fuimos al cine. A ver una película de Ingrid Bergman.

Naturalmente, los asientos resultaban demasiado estrechos para Mira. Pero el dueño del cine, el señor Mandelstamm, era muy amable y le trajo a Mira un amplio y mullido sillón del vestíbulo que colocó junto a la salida de emergencia. Hicimos manitas. No me atreví a más. Porque esto es Beth David. Y no Wapnjarka-Podolsk.

Mira trabaja bien, aunque no rápido. Es que también come durante el trabajo. Sin parar. Y eso quita mucho tiempo, comer.

La bata de trabajo, blanca, de Mira tiene grandes bolsillos. Siempre están llenos de diversas golosinas: higos, dátiles, nueces, uvas pasas, también cortezas de pan duro, almorí y bolitas de almortas…, unos manjares de campo que siempre abren de nuevo el apetito de Mira.

Los clientes conocen a Mira, le traen caramelos y chocolate y también panecillos duros, sobras, comida para perros…, pues los clientes lo saben perfectamente: eso la excita sobremanera. También

estuvieron en un campo de concentración…, al menos muchos de ellos.

¿Si todos tienen tanto apetito, todos los desgraciados que estuvieron en un campo de concentración? No todos. Solo algunos. La mayoría ha vencido al hambre. Se ha vengado de otra manera. De algún modo.

En lo que respecta al personal, mostramos comprensión por Mira. Siempre le dejamos algo comestible… de los bocadillos de nuestro segundo desayuno o, si no, toda clase de… mondas o cáscaras de manzana, migajas de pastel, huesos de ciruela o de melocotón en los que aún queda *algo*; siempre lo dejamos, como sin querer, en cualquier sitio, la mayor parte de las veces en un rincón del suelo, en un extremo del gran tocador…, o en cualquier otro lugar…, ya que a Mira estas cosas le gustan de verdad…, quiero decir de *verdad*…, cuando no están tan a la vista, cuando resulta difícil dar con ellas…, cuando las birla, por así decirlo.

Hoy volví a colocarme largo tiempo ante el espejo y me miré los dientes de oro. ¿Qué diría mi madre si supiera que quiero casarme con Mira? Seguro que diría: «Vaya, Anton. Mi Max quiere casarse. A los cuarenta. ¿Qué me dices a eso?».

Y Slavitzki diría seguramente: «A los cuarenta, no todos los culos son iguales. Uno se vuelve exigente».

Y mi madre diría: «Cierto, Anton».

Y Slavitzki diría: «Ha de ser un buen culo».

Y mi madre diría: «¡Un culo judío! ¡Y más gordo que el mío! ¡Eso excita a mi Max!».

La decisión está tomada. He pedido a Mira en matrimonio. Se ha limitado a asentir.

Mi futura esposa: ¡Miriam Schmulevitch! Hija de Joseph Schmulevitch…, asesinado el 9 de julio de 1941. En el cementerio

judío de Wapnjarka-Podolsk.

17

No tengo familia aquí. Pero Mira sí tiene familiares. Schmuel Schmulevitch y su mujer. Y también otros.

No. El padre no. Lo mataron aquella vez. La madre tampoco. Ni los cinco hermanos. Ni las seis hermanas. Los mataron a todos. También a sus tías y tíos y primos y primas… de Wapnjarka-Podolsk. Los matamos a todos. Sin embargo, la familia Schmulevitch es extensa.

Sí. Mira aún tiene familia. Aparte de Schmuel Schmulevitch y su mujer. Otras tías y tíos y primos y primas. ¿Que dónde viven? En Mea Shearim, el barrio judío ortodoxo de Jerusalén. Son judíos piadosos.

No tengo familia aquí. Es cierto. Pero Mira sí tiene familia. Y pronto su familia también será la mía. Los hemos invitado a todos. A la boda. A todos.

Mira y yo contrajimos matrimonio conforme a la ley judía el 3 de septiembre de 1947, en Beth David, ante el rabino Nachum Nussbaum. Así contrajo matrimonio mi padre, Chaim Finkelstein. Y mi madre, Sara Finkelstein. ¡Bajo el baldaquín!

El rabino Nachum Nussbaum apenas había dado comienzo a la ceremonia cuando mis nuevos parientes prorrumpieron en sollozos. Y cuando pronuncié las palabras decisivas, al igual que mi padre, Chaim Finkelstein, las pronunciara una vez ante mi madre, Sara Finkelstein, los sollozos de mis parientes aumentaron en intensidad. Yo dije: «He aquí que tú me has sido consagrada según la Ley de Moisés y de Israel».

Una vez el rabino Nussbaum hubo declarado el lazo matrimonial y cantado las siete bendiciones, bebimos un traguito de la copa de vino ceremonial, al igual que hiciera mi padre, Chaim Finkelstein, y al igual que hiciera mi madre, Sara Finkelstein. Tomé la copa de vino y la arrojé al suelo para que se rompiera en mil pedazos, pues esa era la costumbre, al igual que mi padre, Chaim Finkelstein, hiciera.

Cuando salimos del baldaquín, un matrimonio recién salido del horno, mis nuevos parientes y algunos clientes del salón de peluquería Schmuel Schmulevitch a los que yo había invitado y también el personal, ellos también, nos dieron la enhorabuena. Nos estrecharon la mano, exclamaron: «*Masel Tov*! ¡Que tengáis suerte!».

Por consideración hacia mis piadosos parientes, la fiesta se celebró en un hotel de estricta tradición judía, el hotel Cohen, a la vuelta de la esquina del café Trumpeldor. Alquilamos el salón para la noche.

Imagínense: una gran mesa vestida de blanco; un banquete: pescado relleno, sopa de fideos, estofado de carne con patatas hervidas y *zimmes*, o sea, zanahorias confitadas. De postre, compota de manzana con uvas pasas y un bizcocho al que mi madre, Sara Finkelstein, llamaba *bizcacho*, pastel de nueces, pastel de manzana, pastel de cerezas, fruta, dátiles, higos y huelga decir que café y té.

Imagínense: una capilla como antaño, no como la nuestra de Wieshalle, pero sí como la de Wapnjarka-Podolsk. Cantamos canciones en yidis. Tocamos música cíngara. Imagínense: música en la capilla y la gente bailando. Los piadosos judíos de Mea Shearim en largos caftanes negros, quepis y sombreros de piel, bailando entre sí, girando en círculos, chasqueando los dedos, balanceando las barbas. A este baile se le llama *mitzveh*.

Imagínense: los piadosos judíos arrancándome a mí, al genocida Max Schulz, de mi asiento —un gesto amistoso— y sacándome a bailar con ellos. Imagínense: todos estamos ya un poco achispados. Los piadosos judíos riendo, chasqueando los dedos, balanceando las barbas, girando alegres en círculos. Me arrastran con ellos. Bailo con

ellos. Estoy achispado. Lo veo todo distinto. Me veo a mí mismo. Con el saco de oro a la espalda. Me veo bailar. Veo a mis muertos. Bailando también.

Una danza macabra. Y nosotros, los vivos, en medio de ellos. Y la música suena para nosotros.

¡No! Los muertos no lograrán ablandarme. Si los muertos quieren bailar conmigo, no tengo nada en contra.

Vuelvo tambaleándome a mi asiento, me dejo caer sobre la silla, apoyo la cabeza en las manos. Alguno de mis parientes suelta una sonora carcajada. No puedo soportarlo. Esa risa. ¿Qué motivo hay para reír?

Oigo voces: «¡Ha bailado! ¡Como debe bailar un desposado! ¡Pero está bebido!».

Maldita sea otra vez. ¡No estoy nada bebido!

¿Estuve allí? ¿O no estuve allí? ¿En Wapnjarka-Podolsk?

¿Y qué pasa con la prensa? Mi nombre ya no ha vuelto a mencionarse. En ningún sitio. Y yo sigo en mi empeño de coleccionar noticias sobre el genocidio. Veo otros nombres. Pero no el mío. ¿Habrá dejado de ser importante?

No. No estoy bebido. No, realmente. Pero ¿por qué no? ¿Por qué no iba a estarlo?

Apuré un par de botellas de vino…, de buen vino, aunque dulce. Traté de pasar inadvertido. Quería dormir la mona. Mira me llevó a casa.

Schmuel Schmulevitch nos aconsejó que viviéramos en la habitación de mi hotel por el momento, hasta que estuvieran listas las nuevas casas del sur de la ciudad…, y nosotros, Mira y yo, seguimos su consejo a pies juntillas. Es lo bastante amplia, mi

habitación. ¡Pero la cama…! ¡Muy estrecha! ¡Demasiado estrecha!

Cuando Mira y yo llegamos a casa tras la fiesta, nos aguardaba una agradable sorpresa: ¡una nueva cama! Introducida a hurtadillas por la tarde. Regalo de Schmuel Schmulevitch y su mujer. ¡Una cama gigantesca! Como no han visto nada igual. También hallamos una nota: «Para Itzig y Mira, con nuestros mejores deseos, Schmuel Schmulevitch y señora».

Naturalmente, querrán saber si Mira aún era virgen… y, si lo era…, si yo, el genocida Max Schulz, traté de profundizar en tan importante secreto la misma noche de bodas.

Lo intenté. Lo intenté siete veces. Pero el siete es un mal número.

Me dije: «¡Itzig Finkelstein! Estás bebido. Tu rana duerme. Duerme profunda, pesadamente. No dice ni pío. Y ni siquiera la mujer más gorda del mundo es capaz de despertarla».

Me dormí. Alrededor de las dos de la madrugada llamaron a la puerta. Suavemente primero. Más fuerte después. Fui a ver quién era, enojado. ¿Quién podía ser?

¡Los terroristas!

18

Le dije a la gente de Jankl Schwarz:

—¡Precisamente hoy, en mi noche de bodas!

Me dijeron:

—Vístete, Itzig Finkelstein. Hay que ponerse en marcha.

Les dije:

—¿Sabéis qué? Lo he estado pensando. Y ya no me apetece. Ya

disparé bastante entonces. ¡Se acabó!

¿Y saben lo que me respondieron?

—¡En marcha! ¡Vístete! ¡Déjate de cuentos!

—¿Y si no quiero?

—Una orden es una orden.

Y entonces les dije:

—Eso mismo dijeron aquella vez.

Lo sé, no es lo mismo. Los terroristas son combatientes. ¡Auténticos combatientes por la libertad! Y aquella vez solo asesinamos a los inermes. A los inocentes. A mujeres y niños y ancianos.

Me vestí. Le di a mi mujer un beso de despedida. Le dije:

—La patria me llama, Mira.

Y me marché.

Abandonamos la ciudad dando un rodeo. Tras las obras, al sur, comenzaba el desierto. La noche era húmeda, cálida, serena. En el bosque de los seis millones aullaban los chacales.

Yo iba el último en la hilera de hombres y mujeres. Reparé en mi aprendiz Motke. Aminoró el paso, me esperó y de repente se puso a caminar a mi lado. Le dije:

—Vaya, *chawer* Motke. ¡Buena la he hecho!

—*Chawer* Itzig. ¡Siempre hablas tan bien!

—Sí, *chawer* Motke. Eso es cierto.

Atravesamos un valle fluvial seco. Sobre el paisaje pendía una luna desvaída. Entre los blancos peñascos calizos se agazapaban extrañas bestias, ahuyentadas por nosotros, deslizándose veloces por el camino. Tropezamos con desnudos esqueletos de bestias o de personas…, algo difícil de decir en la oscuridad, aves graznando, revoloteando contra las paredes de la garganta.

Le dije a Motke:

—Ninguno de nosotros lleva armas.

—Las armas nos las darán más tarde —dijo Motke.

—¿Dónde?

—En el *uadi* el Bakar —repuso Motke—. Jankl Schwarz nos espera allí con el resto de su gente. En un valle fluvial más al sur. —Motke rio suavemente y dijo—: También nos darán uniformes ingleses, para que parezcamos ingleses.

—¿Ingleses?

—Ingleses —respondió mi aprendiz Motke—. Para que podamos acercarnos a los acuartelamientos.

—¿A qué acuartelamientos?

—A los ingleses —contestó Motke—. Los acuartelamientos del Imperio cerca de Tulkarem.

—¿Y cómo llegaremos hasta allí?

—En camiones —dijo Motke.

—¿Y qué vamos a hacer en los acuartelamientos del Imperio?

—Birlar armas —afirmó Motke—. Con un poco de suerte, un par de camiones llenos. Las necesitamos de verdad.

—¿Para la guerra futura?

—Exactamente —dijo Motke.

Mi aprendiz tropezó y yo lo sujeté con firmeza.

—¡Cuidado, hijo!

—Sí, *chawer* Itzig.

—¿Cuándo atacaremos, Motke?

—Al amanecer.

—¿Por qué no en la oscuridad?

—Eso no lo sé, *chawer* Itzig, pero creo… que porque vamos a los acuartelamientos vistiendo uniformes ingleses en un convoy normal y corriente. A la luz del día parece inofensivo por completo.

Cuando, algo más tarde, marchamos a través del bosque de los seis millones, un sudor frío me recorrió el cuerpo. En el bosque de los seis millones oí los rezos de los viejos árboles…, aunque allí aún no hay ningún árbol viejo. Podía verlos y oírlos. Vi sus ojos de árbol alzados al cielo y oí sus palabras: «*Shemá Israel, Adonai Eloheinu,*

Adonai Ejad!: ¡Escucha, oh, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno!».

No vi ningún reptil como los de antes, en el valle fluvial seco, vi en cambio gigantescas aves, mucho más grandes que las del valle. Y las gigantescas aves volaban en círculos sobre las copas de los árboles, los pescuezos torcidos, sus picos abiertos como si les faltase el aire, volando en círculos, alto, sobre los árboles, graznando a la luna amarilla. Los viejísimos árboles del bosque de los seis millones bendecían a los otros, alzándose altos, por encima de los otros árboles, extendiendo sus nudosas ramas. Vi a los árboles macho más jóvenes estrechar a los árboles hembra contra su pecho de árbol, vi a los árboles hembra abandonarse a su abrazo y vi las caricias de los árboles macho… con una mano únicamente, pues su otra mano de árbol acariciaba amorosa las cabezas de los más jóvenes, que eran más bajos y enterraban sus rostros de árbol en el regazo de sus árboles madre.

Y vi todo esto al marchar por allí, pude sentir el olor que envolvía al bosque. Olía tan extraño…; se me revolvió el estómago, me subió a la garganta. No sé lo que era, pero creo que era olor a gas, a pólvora, a pantalones mojados, a pergaminos de oraciones y a miedo, a miedo ahogado en oraciones, un miedo que olía de forma distinta a los otros miedos que un día conocimos. Y también olía a Dios. Un poco. Un poco a Dios.

Le dije a mi aprendiz Motke:

—No me gusta nada, *chawer* Motke, cómo huele aquí.

—A árboles jóvenes, *chawer* Itzig.

—¿No has visto árboles viejos?

—No, *chawer* Itzig. Plantamos el bosque solo hace dos años.

—¿Y has visto a los seis millones?

—Tampoco —repuso Motke—. Aún no hemos plantado tantos. Esto es solo el principio. —Y añadió—: El principio, *chawer* Itzig.

Jankl Schwarz atacó los acuartelamientos del Imperio con doscientos

de los suyos. Combatimos con el sol matutino a la espalda y diezmamos a los ingleses, cegados, con nuestras metralletas, antes siquiera de que pudieran volver en sí y formularse la importante pregunta: «¿Qué está pasando?».

Yo luché en la Unidad de Asalto C. Nuestra unidad llegó algo más tarde, después de que las Unidades de Asalto A y B ya estuvieran en el interior del campamento y del patio del acuartelamiento, hubieran cortado las alambradas y sacado de sus goznes la gran puerta de entrada con granadas de mano Santas y dinamita Santa y arrancado de las entrañas de la Tierra Santa las tres atalayas.

Nuestras pérdidas fueron insignificantes. Nuestro botín fue grande: diez camiones con munición y armas para la futura guerra.

19

Después de su primera acción, el genocida Max Schulz tomó parte en otras seis operaciones: la voladura de un puente, el descarrilamiento de un tren, el robo de un banco, el ataque a dos cuarteles y a una columna de tanques y camiones ingleses en la carretera Tel Aviv-Jerusalén.

Corren rumores sobre mí. Nadie sabe nada a ciencia cierta. Pero la gente murmura. Especialmente en el salón de peluquería Schmuel Schmulevitch. La culpa de todo no la tienen mis frecuentes *enfermedades*, sino la imprudencia de mi aprendiz Motke. Últimamente se va de la lengua este Motke. De él no se sospecha y sí de Itzig Finkelstein.

En el salón de peluquería Schmuel Schmulevitch se sabe que Itzig Finkelstein es un terrorista…, aunque nadie sepa nada a ciencia cierta.

La señora Schmulevitch tiembla ante mí. Se ha quitado la cadenita con la Cruz de Hierro y se ha colgado una enorme estrella de David. Esa ya no la oculta entre sus mustios pechos. Suele llevarla a la vista. Hace poco dijo:

—Señor Finkelstein, rezo cada noche por la victoria final.

Quiere impresionarme, la vieja bruja. Le dije:

—Esas son palabras del Führer, señora Schmulevitch.

Rectificó al instante, dijo:

—Rezo por la libertad del pueblo judío. Y por la resurrección.

Por la calle todos se acuerdan de saludarme. Hasta el camarero del café Trumpeldor de un tiempo a esta parte hace gala ante mí de una exagerada amabilidad que me resulta casi embarazosa. Me reserva los periódicos y él mismo recorta las noticias sobre el genocidio para mí, para que —tal como él dice— «el señor Finkelstein pueda beberse el café en paz, el café con nata».

Me he dado cuenta de que cuando el camarero me sirve el café le tiemblan las manos.

¡No! Aquí no queremos traidores. Los ingleses aún no saben nada.

El tiempo pasa. Es cierto. Ya es mediados de octubre. Lo hice una vez. Y luego otras seis más. Eso hacen siete. Y el siete es un mal número.

Al séptimo ataque…, el ataque a la columna de tanques y camiones ingleses en la carretera Tel Aviv-Jerusalén…, nuestra gente fue aniquilada. Jankl Schwarz perdió la vida.

El grupo Schwarz se disolvió. Algunos se unieron al grupo terrorista Irgún Tzvaí Leumí, otros al grupo terrorista Stern; la mayoría, sin embargo, y entre ellos también yo, se alistó en las filas de la Haganá, el ejército clandestino judío.

Me dije: «¡Max Schulz! Aquella vez, en 1933, elegiste mal. Perdiste. Piensa en ello. Nadie puede permitirse perder dos veces. O elegir mal dos veces. Seguirás luchando por el Estado judío. En cuerpo y alma. Y si no hay alma, entonces con tu cuerpo. ¡Max Schulz! Estos

judíos pueden contar contigo».

El combate decisivo del futuro está aún por venir para nosotros los judíos. Pero cada semana nosotros, los de la Haganá…, realizamos maniobras militares, unas veces aquí, otras allá, la mayor parte de las veces en los *kibutzim*.

Mis nuevos camaradas de la Haganá son, por término medio, más jóvenes que yo. Pero aquí cada hombre es necesario. Se cierra un ojo. Y yo sé disparar. Incluso bien. Un talento como el mío no ha de desperdiciarse.

20

Anoté en mi diario las frases siguientes:

El 1 de noviembre de 1947, Itzig Finkelstein se rompió las dos piernas durante unos ejercicios en campo abierto.

La gente de la Haganá llevó a Itzig Finkelstein al hospital Hadassah de Beth David.

Allí permaneció hasta el 27 de noviembre.

El 27 de noviembre, su Mira se lo llevó a casa.

El 29 de noviembre, Itzig Finkelstein trató de oír la radio, pero constató que su radio estaba estropeada. Por suerte, la ventana se encontraba abierta. Y también la ventana de su vecino, cuya radio estaba a todo volumen. Por eso o por esta circunstancia, Itzig Finkelstein se enteró de «la resolución de las Naciones Unidas»… antes de que su gorda Mira le trajera a él, Itzig Finkelstein, tan favorable noticia a casa…, porque en ese momento ella no estaba allí, es decir, en casa.

El 29 de noviembre de 1947, Itzig Finkelstein oyó… desde su cama… que «el plan de partición de Palestina había sido aprobado por las Naciones Unidas en asamblea plenaria con 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones».

Lo cual significaba que los ingleses se retirarían.

Lo que significaba… dos Estados independientes en Palestina. Un Estado árabe y un Estado judío.

¡Por fin!

¡Un Estado judío!

Aunque solo fuera pequeño y circuncidado y reducido y no tan grande y tan poderoso como Itzig Finkelstein y Jankl Schwarz habían esperado, dentro de las fronteras históricas… Al fin y al cabo, era un pequeño Estado.

Mejor uno pequeño que uno grande en un sueño.

En definitiva, siempre podía ampliarse.

Cuando Itzig Finkelstein captó o comprendió todo el sentido de lo que había oído por la radio, saltó de la cama y dio un salto de alegría a pesar de la escayola.

¡Pero fue demasiado precipitado! Pues por el momento el Estado solo se hallaba en un cajón de las Naciones Unidas.

No es de extrañar que Itzig Finkelstein volviera a romperse las dos piernas. Porque los puntos de la fractura aún no se habían soldado por completo.

Volví a ingresar en el hospital Hadassah, donde permanecí hasta enero de 1948.

El 22 de enero de 1948, mi mujer me llevó a casa. Tuve que quedarme en cama hasta el 14 de mayo. No fue sino hasta el 14 de mayo cuando logré dar el segundo salto de alegría. Salté de un solo salto de la cama.

El 14 de mayo de 1948… o, para ser más exactos, el 5 de *iyyar* del año 5708 de la era judía, salieron de los territorios ocupados las últimas tropas inglesas y se proclamó oficialmente el Estado judío:

¡el Estado de Israel!

Cuando salté de un solo salto de la cama a primera hora de la mañana, aún no habíamos llegado tan lejos. Pero lo sabía, sabía que hoy era el gran día. El sol ya había salido y nadie podría arrebatarnos este día. Esta vez mi alegría no fue precipitada.

Schmuel Schmulevitch ya había cerrado el salón a las tres de la tarde para escuchar la radio en su casa como era debido. Mira y yo lo recogimos en el establecimiento, pues nos habían invitado a comer.

Aún me encontraba muy débil…, al igual que nuestro joven Estado…, pero no dejé que se me notara. Fuimos caminando tranquilamente por la calle Tercer Templo. La multitud de la calle estaba enardecida, aunque aún no habían empezado las celebraciones, pues todo estaba pendiente de que los altavoces de la calle anunciaran la gran «proclamación histórica».

—Hoy es *sabbat* por la tarde… —dijo Schmuel Schmulevitch cuando entrábamos en la calle Jabotinsky—, y en *sabbat* en nuestra casa siempre hay pescado relleno y sopa de fideos y carne y *zimmes* y compota y bizcocho o *bizcacho*, como dice mi mujer. Una costumbre que yo he impuesto.

Mira asintió. Y yo dije por ella:

—Sí. A Mira le gusta mucho.

—A mí también —dijo Schmuel Schmulevitch—. Pero a mi mujer no.

—Vaya… —dije yo.

—Hoy no ha querido… —continuó Schmuel Schmulevitch—, no ha querido cocinar lo que a mí me gusta. Ha preparado carne adobada y albóndigas de patata. No hubo nada que hacer.

—Nada apropiado… —reconocí— precisamente hoy, hoy que se proclamará el Estado judío.

—Porque ayer nos peleamos —confesó Schmuel Schmulevitch—. Una pequeña venganza de mi mujer.

—¿Lo de la carne adobada y las albóndigas?

—Sí —dijo Schmuel Schmulevitch.

Le pregunté:

—¿Vamos a cenar? ¿Tras encender las velas del *sabbat*?

—No —repuso Schmuel Schmulevitch—. Mi mujer se ha saltado el almuerzo. Y por eso hoy cenaremos antes.

—¿Antes de encender las velas del *sabbat*?

—Por la tarde —contestó Schmuel Schmulevitch.

Lo sentía mucho por Schmuel Schmulevitch. Es una suerte que yo, el genocida Max Schulz, no me haya casado con una mujer así.

Resultaba evidente que la señora Schmulevitch se había esmerado: el asado estaba excelente, al igual que las albóndigas. Comimos con buen apetito, aunque aún no era de noche.

Cuando la voz de la radio empezó a leer las primeras palabras de la declaración de independencia, Mira alzó, inquieta, su enorme cabeza. Pude ver un gordo nudo alemán en su boca. Y ella no podía ni tragarlo ni escupirlo.

Miramos a Mira. La radio tronaba. El mundo entero escuchaba con nosotros. Un gran momento histórico.

De repente me incliné hacia delante y Mira expulsó el nudo alemán de la boca…, devolviéndolo a su plato. Mira me miró con sus extraños ojos inmóviles.

La voz de la radio proseguía. De repente Mira se echó a llorar. Nunca había visto a Mira llorar antes. Los demás estábamos como petrificados, clavados a nuestros asientos. Y Mira lloraba. Y la voz de la radio nos hablaba, nos decía que todo había terminado. Ahasver había soltado el bastón. Ahasver por fin podía descansar. Y Mira lloraba. Y yo vi que la inmovilidad de sus ojos se hacía líquida, se derretía, abandonaba sus ojos, fluía del espejo de su alma, por las mejillas, por el mentón, y goteaba, sobre el descompuesto nudo…, sobre su plato.

Al principio Mira lloraba en silencio. Pero Mira quería llorar en voz alta. Tenía la boca abierta de par en par. Pero la boca no emitía sonido alguno. «Lógico —pensé—, con tantos nudos ahí metidos. Y

quiere escupirlos».

Pensé en los nudos invisibles. Los auténticos nudos. Y mientras contemplaba a Mira, deseé que los escupiera.

A Mira le temblaba todo el cuerpo. Su grueso rostro brillaba de sudor. Traté de inclinarme hacia adelante para abrazarla, pero Schmuel Schmulevitch me lo impidió.

La voz de la radio le hablaba a Mira. Mira lloraba. Lloraba con la boca abierta. Escupió sus nudos. Y la voz de la radio siguió hablando. Sin dejar que Mira la desconcertara.

De repente, todos nos sobresaltamos…, pues Mira profirió un grito…, y entonces…, de repente…, Mira, la muda, comenzó a hablar.

21

La primera noche de la independencia no pude dormir. La culpa fue de Mira, mi mujer, que estuvo hablando sin parar, como si tuviera que recuperar lo perdido. Yo yacía despierto, manteniendo los cansados ojos de rana abiertos y contemplando cómo los nudos de Mira salían volando en la noche.

Al amanecer recibí la orden de incorporación a filas.

¡La guerra! En las calles resonaban los altavoces: cinco ejércitos árabes marchaban sobre nuestras fronteras. ¿Qué había vaticinado? Que un buen día empezaría la gran guerra del futuro.

La guerra de guerrillas con los árabes había comenzado hacía ya tiempo. Yo me la perdí debido a la historia de la fractura de mis piernas. Pero para mí no era tan importante…, una especie de guerra civil simplemente, entre judíos que estaban a favor del plan

de partición y árabes que estaban en contra, y que durante los últimos meses del mandato se había desarrollado ante las mismas narices de los enojados ingleses. Los grandes ejércitos árabes del otro lado de la frontera no se habían inmiscuido directamente, no podían hacerlo de ningún modo mientras los ingleses aún estuvieran aquí. Los grandes ejércitos árabes estaban listos para proceder a la ocupación algún día…, ¡el día fijado!…, para destruir nuestro nuevo Estado, arrojar a los judíos al mar…, y a mí también, al peluquero Itzig Finkelstein.

La gran guerra oficial del futuro, con la que yo había contado y que había esperado, era una guerra por el futuro y comenzó, lógicamente, al amanecer del Nuevo Futuro.

Los grandes ejércitos árabes cayeron sobre nosotros con sus pesados tanques, y sus aviones volaban más rápido que el *hamsin*…, el *hamsin*, el traidor viento del desierto, el mismo que los antiguos profetas temieran en su día.

Entonces me dije: «¡Itzig Finkelstein! Los judíos deberían santiguarse».

Durante la primera semana de la guerra, nuestras columnas de tanques estaban compuestas en gran medida por viejos autobuses, algo disfrazados, naturalmente…, con planchas de acero, peligrosas troneras y ametralladoras montadas apresuradamente. También teníamos camiones, automóviles privados, taxis…, todos disfrazados de forma similar…; huelga decir que a la cabeza de nuestras columnas de tanques se situaban los coches de reparto de leche y de miel de la empresa Nudelmann & Co., unos vehículos que se movían rápidamente y que antaño hicieran nuestras delicias. Y cuando los símbolos van al frente, es que la cosa es grave.

Durante las primeras semanas de la guerra, a nuestros aviones no les iba mucho mejor. La Haganá los había comprado en alguna parte, creo que los había desempolvado del baúl de los recuerdos de algunos coleccionistas de curiosidades antisemitas que albergaban la esperanza de que nos rompiéramos la crisma. Lo que se dice volar, volaban, pero no más alto que las nubes que se ciernen sobre Beth

David en la estación de las lluvias… ni tampoco más deprisa. También teníamos bombas, cajones de madera llenos de dinamita. Eran más pesadas que el aire y caían, según la ley de la gravedad, siempre hacia abajo, justo lo que nos habíamos propuesto. También teníamos cañones. Incluso algunos modelos nuevos, pero la mayoría estaban anticuados y despertaban en mí recuerdos, reminiscencias de libros de historia que había leído de joven: la batalla de Waterloo, los famosos cañones de Napoleón.

Sí, así fue. Así y no de otro modo.

Ni que decir tiene que teníamos revólveres y fusiles y otro tipo de armas, también lanzagranadas y morteros, metralletas y ametralladoras portátiles, ligeras y pesadas. Pero no era bastante. Así fue, no era bastante.

Allí donde no había lanzagranadas quedaban solo las granadas. Y el espíritu heroico de los Macabeos. Nuestros jóvenes saltaban sobre los tanques enemigos con granadas de mano y cócteles molotov. Unidades de la Haganá que no disponían de verdaderos morteros atacaban al enemigo con el *davidka*, el «pequeño David», un mortero de la Haganá de fabricación casera, cargado con dinamita, que hacía un ruido infernal y —según se decía— hacía temblar las paredes de la mezquita de Omar e incluso el santuario del interior, la roca Sakhra y los custodiados pelos de la barba del Profeta.

Luchábamos contra un enemigo que era muy superior a nosotros en armas y pertrechos. Pero nosotros manteníamos nuestras posiciones. Luchábamos con valentía. Porque sabíamos por qué luchábamos.

Después arribaron barcos a nuestros nuevos puertos. Llegó armamento moderno. Se distribuyó a toda prisa. Las primeras grandes formaciones acorazadas judías, esta vez de verdad, avanzaban hacia el frente. En nuestras unidades aparecieron nuevos cañones, nuevos morteros y otras armas. Y arriba, en lo alto del cielo, surgieron nuevos aviones, aviones con la estrella de David,

volando más alto que las nubes y también más deprisa, más deprisa incluso que el *hamsin*.

Naturalmente, querrán saber si yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz —un hombre enfermo del corazón—, estuve acaso en servicio activo durante la guerra.

Hay algo que no he mencionado. Hace tiempo que los médicos de la Haganá… me sometieron a reconocimientos médicos. Se rieron de mí los médicos de la Haganá cuando les conté la historia de mi corazón en el pasado. Solo dijeron: «Imaginaciones tuyas. Estás sano como una manzana, Itzig Finkelstein». Ni que decir tiene que traté de explicarles mi caso, no precisamente porque quisiera escurrir el bulto…, antes bien…, yo quería luchar…, solo para decirles la pura verdad a los médicos de la Haganá, para hacerles entender que yo, Itzig Finkelstein, enfermo del corazón, a pesar de mi enfermedad estaba dispuesto a combatir en todo momento. Les dije:

—Pero aquella vez…, señores míos…, tuve que ser trasladado… debido al infarto… a retaguardia…, quiero decir…, aún más atrás…, y además…, por orden del capitán médico.

Se quedaron mirándome como embobados, no comprendían lo que quería decir, no sabían de qué retaguardia hablaba ni de qué capitán médico, se limitaron a decir:

—Tu capitán médico quería hacerte un favor, Itzig Finkelstein. Dio parte de que estabas enfermo.

Yo les dije:

—¿Y mis desmayos? ¿Y mis desvanecimientos? ¡Aquella vez…!

—Tenían otras causas.

—¿Y el infarto en la cabaña de Veronja?

—No fue ningún infarto —repusieron los médicos de la Haganá, aunque no tenían la más remota idea de lo que estaba hablando.

—¿Podría estar relacionado con el hecho de que esté mal de la cabeza?

Rieron y dijeron:

—Sí, es posible.

Durante las primeras semanas de la gran guerra del futuro, yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, combatí en el Corredor de Jerusalén. La ciudad de Jerusalén estaba sitiada. Debíamos liberarla.

Luego, una vez yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, hube combatido por la liberación de Jerusalén, fui trasladado al frente egipcio, conquisté un pueblo tras otro, una ciudad tras otra, y finalmente entré en Beerseba en un claro día de otoño.

Expulsamos a los egipcios del Néguev durante los primeros meses de la estación de las lluvias y nos encontramos con nuestras victoriosas tropas delante de la península del Sinaí. Más no podíamos avanzar, habíamos recibido la estricta orden de no avanzar, aunque nuestros jóvenes de buen grado habrían entrado hasta El Cairo o incluso más lejos.

Durante los meses de verano del año 1948, nuestro ejército sufrió una transformación. De la Haganá, de la abigarrada mezcla de combatientes civiles, surgió un ejército israelí completamente pertrechado y completamente uniformado denominado Zahal. Yo mismo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, era un sargento recién salido del horno y, qué diablos, estaba orgulloso de mi rango.

Así fue. Pero ya saben cómo es: cuanto mejor le va a uno, más exigente se vuelve. Así fue con nuestro ejército. Los señores oficiales… comenzaron a mirarme los pies con ojos críticos. Había algo que no les gustaba, aunque yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, al fin y al cabo, era sargento, y a decir verdad bueno.

A finales de diciembre de 1948 me trasladaron a intendencia debido a mis pies planos. No había nada que hacer.

Y entonces aconteció lo siguiente.

Recibí la orden de llevar al silencioso frente nuevas provisiones. Ya no quedaba mucho. En el frente, quiero decir. Estaba mudo y tullido,

colgando como una inmóvil cortina, clara de día, oscura de noche, entre nuestras victoriosas tropas y el derrotado ejército egipcio.

Me puse en marcha con mi gente… para tomar las provisiones. Me senté en el *jeep* junto al conductor, con mi metralleta sobre las rodillas, la cartuchera ceñida y granadas de mano en la cadera izquierda; por el espejo retrovisor veía tras de mí mis camiones…, a mis muchachos. Mi conductor iba tranquilo, se suponía que hacia retaguardia…, pero iba en la dirección equivocada.

Fue culpa mía. Había perdido la brújula. Así fue.

Avanzábamos en línea recta, siempre en línea recta, y cuando por fin nuestra columna se detuvo…, nos hallábamos ante el canal de Suez. Le dije a mi conductor:

—Vaya, Jankl (pues también se llamaba Jankl), ¿tú crees que este es el Jordán?

Y Jankl, mi conductor, repuso:

—No, Itzig (me llamaba simplemente Itzig), creo que no.

—¿Y qué puede ser, Jankl?

—¡El canal de Suez!

Salí de mi *jeep*, me quité los zapatos, me lavé los pies planos en el canal de Suez, regresé al *jeep* y me subí a él.

Me senté en el *jeep* y me puse a pensar. No nos habíamos topado con tropas egipcias en ninguna parte. No había resistencia. Podía ordenarle a mi gente cruzar el canal de Suez y seguir avanzando en dirección a El Cairo.

Pero ¿qué pasaría entonces? Pensé en las consecuencias políticas. Por el momento, Egipto seguía siendo una zona de influencia inglesa. También la península del Sinaí. La invasión judía de esta zona podía obligar a Inglaterra a intervenir. ¿Podíamos nosotros, un

pequeño país recién nacido, permitirnos una guerra con Inglaterra?

Le comenté a mi conductor mis consideraciones. Dijo:

—En el caso de una intervención inglesa, podría telegrafiar a mi tío de América. Él podría pasarse por la Casa Blanca.

—¿Quieres decir para que los americanos vengan en nuestra ayuda y nos envíen tropas?

—Cierto —repuso Jankl, mi conductor.

Yo dije:

—Los americanos no harían eso. No contra Inglaterra.

—En eso sí que tienes razón —dijo Jankl.

Le pregunté:

—¿Tienes algún tío en Francia, Jankl?

—Lo tengo, sí —repuso Jankl—. Pero no creo que los franceses vayan a combatir.

Yo dije:

—Escucha, Jankl. En el caso de una intervención inglesa, a nuestro ministro de Defensa no le quedaría más remedio que pedir ayuda a las tropas rusas. Y ya sabes lo que eso significa.

Jankl asintió, dijo:

—¡Una Tercera Guerra Mundial!

Lo de la irresponsabilidad… para mí, el genocida Max Schulz, había terminado definitivamente. Ahora era Itzig Finkelstein. Así que di a mi gente la orden de *retroceso táctico*, que no hay que confundir con *retirada estratégica*.

Llegamos de nuevo a nuestras propias líneas. Nos arrestaron temporalmente. La acusación: avanzar contraviniendo las órdenes. Todos nosotros comparecimos ante un consejo de guerra. Pero fuimos absueltos. La alegación: un malentendido.

La prensa anunció el suceso con grandes titulares. Ni que decir tiene que diplomáticamente adornado. Decían: «El Estado Mayor

llama al orden al peluquero y sargento Itzig Finkelstein personalmente». Eso para el extranjero.

Leí distintos periódicos, también leí titulares como los siguientes: «Itzig Finkelstein, un hombre con ojos de lobo». O: «Un héroe judío». O: «Judas Macabeo resucitado». O: «El judío del gueto vence definitivamente».

Poco después de aquel ataque, yo, Itzig Finkelstein, fui desmovilizado. Cuando regresé a Beth David, la ciudad saboreaba la euforia del triunfo. Banderas blanquiazules por doquier. En ventanas, tejados, balcones. Banderas ondeando felices al viento, acercándose al sol, que asomaba cansado, vencido, tras los tragaluces de las nubes. Pues era la estación de las lluvias. Grandes nubarrones se cernían sobre la ciudad.

Ese fue el principio. Y aún quedaba mucho por pasar.

Cuando llegué a casa me quedé atónito. Mira había adelgazado. Nos besamos larga, tiernamente.

Mira preguntó:

—¿Hemos ganado la guerra?

Yo respondí:

—Hemos ganado la guerra.

Mira pregunto:

—¿Han firmado los árabes?

Yo dije:

—Firmarán.

—¿Un tratado de paz?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Un convenio de armisticio.

—¿Y qué será de la paz?

—En ella hemos de confiar, Mira.

22

Schmuel Schmulevitch ha muerto. Un infarto.

Fui a su entierro, incluso me compré un sombrero de copa negro, aunque aquí no es costumbre.

Me he tomado unas semanas de descanso. A primeros de marzo, unos días después de la firma del convenio de armisticio entre nosotros y los árabes, yo, Itzig Finkelstein, me presenté nuevamente en mi antiguo lugar de trabajo, el salón de peluquería Schmuel Schmulevitch. Seguía llamándose igual.

Me quedé atónito al ver cómo había cambiado todo en el salón desde la muerte de Schmuel Schmulevitch. De los sillones cuelgan grandes números. Número uno, número dos, número tres, número cuatro y así sucesivamente. En el vestuario hay más sillones con más números y hay dos sillones de peluquería sin números, cada uno en una esquina cerca del gran escaparate.

Le pregunté a mi colega Jizchak Spiegel:

—¿Qué significa esto?

—Una nueva disposición de la señora Schmulevitch, señor Finkelstein.

—¿Una nueva disposición?

—Sí, señor Finkelstein. Mire, el sillón número uno, el de la ventana, es el mejor sillón del salón, asiento de ventana, ¿lo entiende?… Está… reservado… para judíos alemanes.

—Vaya, vaya… ¿Y el asiento número dos?

—Para judíos de otros países de Europa occidental.

—¿Y el número tres?

—Para la flor y nata de los judíos del Este.

—¿Y quiénes son esos, señor Spiegel?

—Los rusos y los lituanos.

—¿Y el asiento número cuatro?

—Para los demás judíos de Europa del Este. Salvo los rumanos.

—¿Y dónde se sientan los rumanos?

—En el último sillón de los judíos del Este. En el sillón número cinco.

Miré horrorizado a Jizchak Spiegel. Pensé en el número de la casa 33-45. Pensé: «Ajá. Así que es eso».

Jizchak Spiegel me explicó entonces que en el sillón número seis se atendía a la élite de los judíos orientales, los yemeníes. Luego había otros; en el último sillón destinado a los judíos orientales se sentaban los marroquíes.

Jizchak Spiegel se encogió de hombros compasivo y me aclaró el resto de la serie hasta llegar al vestuario.

Entonces pregunté:

—¿Y qué hay de los dos sillones sin número cerca de la ventana?

—Uno está reservado para los *sabras* —explicó Jizchak Spiegel—, que son los judíos nacidos en este país, como ya sabe, señor Finkelstein. No podemos clasificarlos.

—¿Y el otro, señor Spiegel?

—Está destinado a los no judíos. A nuevos ciudadanos no judíos, también a extranjeros. Les dejamos un asiento de ventana por cortesía.

Me dije: «¡Itzig Finkelstein! Parece que no todo está en orden. ¿Y por qué debería estarlo? Las cosas no van tan deprisa. Necesitamos tiempo. Y paciencia. Sí, sobre todo paciencia. Ahasver ha tragado demasiado polvo. Al fin y al cabo, estuvo en camino dos mil años. ¡Dos mil años!».

¡Esperen! Tengan paciencia con nosotros. Podemos hacer milagros. Hemos conseguido el Estado. También conseguiremos un Estado

modelo.

Piensen en las aves revoloteando sobre el plantío de árboles jóvenes. ¿Acaso no deben esperar también ellas hasta que los árboles hayan crecido? ¿Acaso no aguardan el follaje futuro y los frutos?

Esto es solo el principio.

Libro sexto

1

1950: ¡Nos mudamos! A la vivienda del señor alcalde Daniel Rosenberg, el futuro alcalde de Beth David. Tenía una gran vivienda. Y dificultades económicas.

1951: ¡Nos mudamos de nuevo! ¡A nuestra nueva casita! En el nuevo, recién construido barrio sur de Beth David. Vivienda unifamiliar, gran terraza soleada. La entrada… con mis dólares negros, pero también con dinero nacional que mi poco gastadora mujer tenía ahorrado. Bonita casita. No puedo quejarme. Todo es nuevo, no demasiado caro pero de buen gusto.

1952: Heredamos dinero. Del tío de Mira de Mea Shearim. el tío Abraham Lewinsky, un hermano de su madre que emigró a tiempo. Fallecido en 1952 tras una breve enfermedad.

1953: Compramos el salón de peluquería Schmuel Schmulevitch. ¿A quién? A la viuda de Schmuel Schmulevitch.

No. No se ha ido a vivir a Alemania. Es una mujer vieja, cansada. Se ha ido a vivir a Mea Shearim con sus piadosos parientes.

Yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, en 1953 entré en posesión de lo que siempre había soñado. Huelga decir que rebautizo la peluquería…, perdón…, el salón. Lo llamo El Hombre de Mundo. Propietario, Itzig Finkelstein.

¿Que si está en la esquina? Pues claro. Claro que está en la esquina. Es más: ¡en la esquina adecuada!

1954: Reformamos el salón. Cómodos sillones para los clientes que esperan. Mesitas de cóctel. Ceniceros de pie. Mesa con revistas y periódicos. Paredes… adornadas con artísticas pinturas. ¡Debido a la competencia! ¿Lo captan? Ya no éramos el único salón de peluquería. Tras la gran victoria, Beth David había crecido enormemente. Nuevas casas, nuevas peluquerías, nuevos salones de peluquería.

¡La competencia! ¡Permítanme que me ría! ¿Quién puede competir con Itzig Finkelstein? Un hombre querido en esta ciudad. Respetado. Un idealista. Un orador. Un terrorista. Un miembro de la Haganá. Un combatiente. Un hombre que se lavó los pies en el canal de Suez en honor a la estrella de David. Un héroe nacional. Y aún más, un buen peluquero, de primera clase, un auténtico artista.

¿Los números? ¿De los sillones? ¡Fuera! No los he retirado, aunque yo, Itzig Finkelstein, estuviera en contra de los números. ¡Mis empleados los han retirado! Vaya, ¿qué me dicen a eso?

En confianza: algo así no puede imponerse. El pueblo está en contra de los sillones de peluquería numerados. Aún los mantienen algunas peluquerías y salones de peluquería aislados. Pero cada vez menos. Van desapareciendo poco a poco. Aún no tenemos un Estado modelo. Pero tratamos de mejorar. Hacemos progresos. Estamos en ello.

Tras la gran victoria del año 48-49 y después de que abriéramos las puertas de Tierra Santa a todos los judíos, llegó un torrente de nuevos inmigrantes…, el primer millón…, el principio de los muchos millones con los que habíamos contado, que habíamos esperado y que tal vez un día vinieran.

Entre los nuevos había muchos idealistas, gente de la clase de Trumpeldor, el héroe manco de Tel Chai. Pero también había otros. También había gente que no podía adaptarse porque no disponía ni

de la voluntad ni de la fuerza para hacerlo. Esta gente quería volver a marcharse de vuelta a Europa o a América.

Soy un hombre que se enfada cuando un judío me dice que no le gusta esto. Sin embargo, puedo entender a algunas de estas personas, a quienes una vez fueron prisioneros en nuestros campos de concentración. Algunos pudieron rehacer su vida, como Mira, pero otros no lo lograron. Terminamos con ellos. Definitivamente. Matamos sus almas. ¿Qué se puede esperar de esta gente? ¿Capacidad de entusiasmo? ¡Tonterías!

Muchas de estas almas muertas acuden a mi salón de peluquería. Me preocupo por esta gente. Hablo con ellos de historia, de nuestra misión, de la gran tarea de reconstrucción del pueblo judío, les digo: «Aquí cada mano es necesaria, cada brazo, cada cabeza». Les digo: «El que regrese a Europa será un traidor». Les digo: «Y el que se vaya con sus tíos y tías de América, un canalla».

Convencerlos no los he convencido. Pero sí los he hipnotizado. Ya no se marcharán. Se quedarán y nos ayudarán con la reconstrucción.

Sí. Así fue. Un buen día…, un buen día…, el por entonces aún futuro alcalde Daniel Rosenberg me dijo:

—Señor Finkelstein. Todo se sabe. Hasta las buenas acciones. Ha hecho una buena obra. —Luego dijo—: La próxima vez que tome café con el ministro de Cultura…, no me olvidaré de su nombre.

Un anuncio concreto en el periódico fue para mí el acontecimiento más importante del año 1954.

Huelga decir que un salón de peluquería elegante también está suscrito a periódicos extranjeros. ¿Y qué fue lo que descubrí un buen día? Un anuncio. Un anuncio muy concreto en el *Münchener Beobachter*.

Salón de peluquería Anton Slavitzki, calle Hubert-Rosner 23, cerca de Stachus, Múnich».

Vaya, ¿qué me dicen a eso? Así que estaba en Múnich. Y seguro

que mi madre también.

¿Que si les escribí? ¿O si intenté de algún modo ponerme en contacto con ellos? No. ¡No soy tan tonto! Seguro que la policía los vigila. Solo esperan a que algún día yo, el genocida Max Schulz, caiga en sus redes.

2

Tras la gran victoria del año 48-49, la victoria de la voluntad más fuerte, nuestro pequeño país experimentó un desarrollo febril. El desierto por fin se libró del dominio gentil, nos tenía de vuelta a nosotros y ya no quería esperar más, revolvía furioso sus ojos de arena, de granos, enseñaba sus costrosos dientes, hacía soplar sus tórridos vientos, en definitiva, mostraba su envidia por las estrechas manchas de país roturadas.

Así fue. Así. Han de entenderlo. Con el desierto no se juega. Algo de lo que también se dio cuenta nuestro Gobierno. Se idearon planes de miras muy amplias, un nuevo programa universal de reconstrucción que debía hacer sombra a todo lo que los antiguos pioneros lograron para nosotros antes de la fundación del Estado. El Gobierno ordenó construir nuevas carreteras, mejores que las nuevas carreteras de los antiguos pioneros, también nuevos pueblos y nuevas ciudades, mejores que los nuevos pueblos y las nuevas ciudades que los antiguos pioneros un día construyeran. Nuevos nombres manchaban el mapa y a nuestros nuevos *chaluzim* les sobraba el trabajo para hacerlo mejor de lo que los antiguos pioneros lo hicieran. El desierto pedía a gritos todo tipo de cosas, pero ante todo más árboles…, supongo que porque —según dicen— los árboles atraen a la lluvia.

Así fue. El desierto gritó. Y nuestros nuevos *chaluzim* oyeron sus gritos.

Vi todo eso, mantuve bien abiertos mis ojos de rana. Vi cómo cambiaba todo esto, crecía y florecía, me llenaron de alegría las nuevas ciudades y los nuevos pueblos, las nuevas praderas y los campos… y, sobre todas las cosas, la plantación de nuevos árboles.

No. Ya no he vuelto a contar los árboles. Nunca más volví a intentarlo. Es desesperante. Ahora son demasiados. ¿Y quién quiere volver a sentir el viejo hormigueo? Ciertamente, yo no.

1955: Acontecimiento más importante: Fundación de una Sociedad Protectora de Animales local. Presidente: Itzig Finkelstein.

Por aquel entonces, en el año 1955, yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, me empleé a fondo en esta causa humanitaria y mi artículo —un ataque a las modernas granjas avícolas— apareció en el diario más importante de Beth David. Titular: «Exigimos la libertad de movimientos de las gallinas».

Sí. Así fue. En el año 1956 no pasó gran cosa. Aparte de una breve guerra que únicamente duró un par de días. Yo mismo me la perdí. Por desgracia, tenía la gripe, y cuando abandoné la cama, la breve guerra ya había terminado.

Tomen buena nota: la campaña del Sinaí.

3

En el año 1957 coloqué un gigantesco letrero en el escaparate del salón de peluquería El Hombre de Mundo. El letrero decía: «Itzig Finkelstein. Inventor del recién descubierto regenerador capilar Sansón V 2». Para conciliar el nuevo con el viejo, coloqué a su lado un segundo letrero, si bien más pequeño, poco vistoso, con una conocida, a la par que banal, receta para una crema de noche. Decía así: «Crema de noche de Itzig Finkelstein para caballeros, según la

acreditada receta:

200 g de cera de abeja.
300 g de esperma de ballena.
500 g de lanolina.
500 g de aceite de oliva.
10 g de bórax.
10 g de esencia de rosas».

Durante los dos años siguientes, el genocida Max Schulz plantó un pequeño jardín de flores y también tomates, cebollas, rabanitos y especias variadas en el jardincillo que había dispuesto detrás de su idílica vivienda unifamiliar. Asimismo, Max Schulz construyó una conejera y un gallinero. Sin embargo, llegado a este punto he de añadir que las puertas del gallinero, así como las de la conejera, se hallaban, y se hallan, abiertas para que los adorables animalitos tuvieran libertad para escoger entre permanecer dentro o bien corretear a su libre albedrío.

Aparte de eso, realmente no pasó nada importante, quiero decir, durante los dos años siguientes. Pero en 1960… me enojó… el asunto de las reparaciones.

Uno de mis clientes, el abogado doctor Franz Bauer, un judío alemán, sacó un día el tema a colación. Cuando estaba cortándole el pelo, dijo:

—Señor Finkelstein. ¿Sabe usted que el nuevo Gobierno alemán, dentro del milagro económico occidental…, está concediendo reparaciones a los judíos?

Repuse:

—Por supuesto que lo sé.

El doctor Bauer dijo entonces:

—Los alemanes están pagando por harina de huesos, jabón de piedra, delirios, diarreas, angustia mortal, daños materiales y demás cosas. Incluso daños laborales, daños a la salud, indemnizaciones por reclusión y demás motivos. Como antiguo prisionero de

Auschwitz, señor Finkelstein, podría sacar una buena suma.

El doctor Bauer dijo también:

—Si lo desea, podría encargarme de su caso.

Sentí frío y calor. No quería ninguna investigación. No quería formar parte de ninguna lista, ni hacer declaraciones, sacar papeles como por arte de magia, buscar testigos, presentar documentos. No quería hacer nada de eso.

Dije:

—Señor doctor Bauer. Como judío orgulloso que soy, no puedo aceptar tales fondos. ¿Cómo calcular en marcos la angustia mortal? No quiero hablar más de eso. ¡Ni siquiera de los daños materiales! Esos fondos apestan a harina de huesos. Deje que mis padres descansen en paz.

Lo dije en alto intencionadamente. Y como suele pasar…, la cosa se divulgó.

Al día siguiente, uno de mis clientes se dirigió a mí y dijo:

—Señor Finkelstein. Como presidente de la Sociedad Protectora de Animales de Beth David, ¿podría ser asimismo presidente de una Liga Antirreparaciones?

Eso me convenció. Respondí:

—¡Una cuestión de honor!

Y el cliente dijo:

—Exactamente, señor Finkelstein, una cuestión de honor.

El 3 de febrero de 1960, yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, fundé la Liga Antirreparaciones.

Como, desgraciadamente, nuestro número de miembros era muy reducido, una vez por semana insertaba un anuncio en nuestro periódico local. Y para hacer la cosa más atractiva, especialmente para las señoritas, yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, inventé un *Corte antirreparaciones à la garçon para señoritas*.

La idea surtió efecto. Muchas jovencitas, aunque también algunas de más edad, se adhirieron a nuestro movimiento, acudían en masa

a mi salón de peluquería para que el mismísimo presidente de la Liga Antirreparaciones les hiciera el «corte antirreparaciones *à la garçon* para señoritas». ¡Un negocio redondo!

El abogado doctor Franz Bauer, buen cliente mío, desgraciadamente se pasó a la competencia, no sin antes escribirme una carta. Escribió: «Señor Finkelstein. Ha rechazado esos fondos y ha tenido la osadía de sacar partido de la indignación de los miembros de su Liga».

Comentario: Me he afeitado la barba. Me he quitado las gafas. Pretexto: Ya no las necesito; mis ojos han mejorado. Me he vuelto a dejar crecer el pelo. Ha encanecido, aunque solo tengo cincuenta y tres años. Pero así es. No puedo cambiarlo. También he engordado. Y tengo papada. ¿Quién iba a reconocerme así?

En el año 1961 vino mi primo de Polonia…, Ephraim o Froike Finkelstein, excomunista, ahora sionista, el único hijo superviviente de Moische Finkelstein, el hermano de mi padre Chaim Finkelstein. A la mujer de mi primo y a sus diez hijos los gasearon. Pero mi primo volvió a casarse y ahora vuelve a tener una mujer y otros diez hijos.

Ya se imaginarán cómo nos alegramos Mira y yo. Ese mismo mes aún vino otro primo mío, y además de América. Vino aquí de turista por casualidad y vio mi anuncio en el periódico, al igual que Froike, mi otro primo, leyera el anuncio, aunque no fuera un turista.

Ni que decir tiene que lo hemos celebrado en grande. Se lo imaginan, ¿no? Una fiesta familiar como en Pohodna.

Mi primo Froike dijo:

—Tu madre nos escribió una vez una carta…, hace muchos años…, entonces nos contó que eras rubio y tenías los ojos azules. También nos contó lo de tu nariz recta.

Yo dije:

—Bah, querido Froike. Los años no pasan en balde. La nariz cambia cuando a uno le sacuden (eso fue en el campo de concentración) y el pelo encanece con el tiempo, aunque una vez

fuera rubio…, y cuando uno ve lo que yo he visto, querido Froike, los ojos azules se tornan ojos de pez. —Y añadí chistoso—: U ojos de rana.

Mi primo lo entendió.

4

¡Ojalá tuviéramos paz! Sí. ¡Ojalá tuviéramos paz! Pero no la tenemos.

Nunca les he contado nada de los refugiados árabes… de los muchos que huyeron aquella vez… entonces, durante la primera gran batalla decisiva.

Nosotros no los expulsamos. Todo lo contrario. Pintamos nuestros bancos a rayas azules y blancas. Queríamos que se sentaran con nosotros. Pero la mayoría no quiso.

Muchos de ellos se quedaron entonces. Muchos huyeron. ¿Que por qué huyeron? No lo sé. Tal vez por miedo a gente como Jankl Schwarz, aunque Jankl Schwarz no estaba en contra del letrero…, ya saben…, el letrero en árabe en el que se les invitaba a que se sentaran con nosotros, en los bancos azules y blancos.

Pero ahora no pueden volver. Ya no los queremos. Entiéndanlo. Se trata de los bancos azules y blancos.

Ahora quieren volver para pintar nuestros bancos azules y blancos con sus propios colores. Lo sabemos. Y ellos también lo saben. Y eso no puede ser. Piénsenlo: somos un pueblo pequeño. Hemos estado errando durante mucho tiempo. Y en algún sitio han de estar los bancos azules y blancos. En algún sitio han de quedarse. Porque en algún sitio ha de haber un lugar en el cual nosotros mismos determinemos si tenemos derecho a sentarnos…, o no. ¿Lo entienden?

Nunca les he contado nada de esto. Tampoco puedo contárselo

todo. Tampoco les he hablado de las agitadas fronteras. Ni de los terroristas árabes que cruzaban las fronteras por la noche. Ni de las minas. Ni de los tiroteos en las emboscadas. Aquí no hay tranquilidad. Pero sí belleza. He visto crecer este país. Amo este país. Y sus bancos azules y blancos.

La primavera de 1967 olía a guerra. Aún no había llegado el momento. Pero algo flotaba en el aire. Eso sí lo sabía.

«Itzig Finkelstein —me dije—, los grandes Estados árabes traman algo. Y también los pequeños. Están detrás de los barracones de refugiados. Quieren nuestra tierra. Utilizan los barracones de refugiados como pretexto. Así es. Y detrás de los barracones de refugiados y detrás de los Estados árabes grandes y pequeños…, está la Unión Soviética. Y se nos quiere tragar a todos. No tiene buena pinta. Nada buena».

Además, me preocupan otras cosas. Mi Mira se ha quedado embarazada de repente. ¿Qué me dicen a eso? Después de tantos años. Después de un matrimonio sin hijos. Y de repente, esto.

Fuimos al médico. Nos preguntó:

—¿Cuántos años tiene su mujer?

Yo repuse:

—Cincuenta o cuarenta y ocho. No lo sé exactamente.

Y Mira dijo:

—Cuarenta y cinco.

Y yo le dije al médico:

—¡Qué demonios…! ¿Para qué le pregunta a una mujer cuántos años tiene? ¿A usted qué más le da? Embarazada, eso es lo que está. ¡Y basta!

Para Mira y para mí no cabía ninguna duda: solo podía ser un niño. Y decidimos, Mira y yo, llamarlo a él, a nuestro hijo, Judas, como Judas Macabeo, el gran combatiente por la libertad judía. Entonces

Mira dijo:

—¡O Jehuda! Suena mejor.

A lo que yo respondí:

—Está bien. O Jehuda.

Le conté a Mira con una sonrisa de satisfacción lo del anuncio de mi nacimiento en el año 1907, cuando yo, Itzig Finkelstein, vine al mundo, le conté lo de aquel anuncio único que mi padre, Chaim Finkelstein, insertó en mi honor en el *Boletín Judío*, le dije a Mira:

—Nosotros también lo haremos. En honor a nuestro hijo Judas o Jehuda —le dije—. Podemos redactarlo ahora mismo.

—¿No es aún un poco pronto, Itzig?

Yo dije:

—No. Las cosas importantes han de prepararse.

Me puse a trabajar inmediatamente, un alegre preludio, preanuncio de mi paternidad, redacté el anuncio del nacimiento, que era similar o parecido al del año 1907: «Yo, Itzig Finkelstein, peluquero, propietario del acreditado salón de peluquería El Hombre de Mundo, antiguo miembro del grupo Schwarz, soldado de la Haganá, sargento del Ejército de Israel, veterano del 48, primer soldado judío que al frente de sus hombres llegó al canal de Suez el 30 de diciembre de 1948, presidente de la Sociedad Protectora de Animales de Beth David, presidente de la activa Liga Antirreparaciones, inventor del famoso regenerador capilar Sansón V 2, me permito anunciar el nacimiento de mi hijo y sucesor Judas o Jehuda Finkelstein».

Redacté también de inmediato la respuesta de los ciudadanos de Beth David, que oportunamente haría llegar al alcalde Daniel Rosenberg, que entre tanto había sido elegido alcalde. Rezaba así: «Nosotros, los ciudadanos de Beth David, nos congratulamos del nacimiento de Judas o Jehuda Finkelstein, hijo y sucesor del señor peluquero Itzig Finkelstein, antiguo miembro del grupo Schwarz, soldado de la Haganá, sargento del Ejército de Israel, veterano del

48, primer soldado judío que al frente de sus hombres llegó al canal de Suez el 30 de diciembre de 1948, presidente de la Sociedad Protectora de Animales de Beth David, presidente de la activa Liga Antirreparaciones e inventor del famoso regenerador capilar Sansón V 2, y le transmitimos nuestra más cordial felicitación».

5

Y entonces llegó la guerra. Una guerra que terminó tan deprisa como la del año 56. En un abrir y cerrar de ojos.

Ni que decir tiene que quería ir al frente. Me dije: «Itzig Finkelstein, tu mujer está embarazada. Y quiere regalarte un hijo. Y él deberá estar orgulloso de ti. Porque esta…, Itzig Finkelstein…, es una guerra importante. Has de participar en ella. Es la Tercera Batalla Decisiva. Y todas las cosas buenas son tres. Se trata de mucho más. Se trata de los bancos azules y blancos. Se trata de las antiguas fronteras históricas, que tan lejos están de nuestras fronteras. Se trata de Jerusalén. Se trata de la ciudad antigua. Porque allí, en la ciudad antigua, allí se alza el Muro de las Lamentaciones. Los últimos restos del Gran Templo, la morada más santa del judaísmo».

Y entonces me dije: «Itzig Finkelstein, algún día tu hijo dirá: "Mi padre, Itzig Finkelstein, fue el primer soldado judío en llegar al Muro de las Lamentaciones"».

Pero no me quisieron. Demasiado viejo, dijeron.

Entonces saqué mi viejo uniforme del baúl de los recuerdos y la orden de marcha prescrita del cofrecillo. Mi metralleta del escondite del sótano. Munición. Mi casco de acero. Granadas de mano. Provisiones de la cocina. También el viejo *jeep*, acribillado a balazos,

del garaje. Mira se encontraba en Tel Aviv, en casa de mi primo Froike Finkelstein. De visita. Mira no sabía nada, no sabía que yo, Itzig Finkelstein, quería ir a la guerra.

Llevé mi *jeep* a reparar a toda prisa y me puse en marcha al día siguiente, totalmente pertrechado y con la orden de marcha en el bolsillo, la orden de marcha con la fecha cambiada.

Me puse en marcha a primera hora. Quería ir a Jerusalén. Sobre mi cabeza, allá en lo alto, volaban escuadrillas de aviones, nuevos reactores con la estrella de David. El sol estaba eclipsado; el cielo, casi irreconocible. Y aquí abajo, las carreteras llenas de nuestras columnas de tanques. ¡Pero logré pasar!

Cuando atravesaba el bosque de los seis millones sufrí una avería. No sabía lo que era.

Me dije: «¡Itzig Finkelstein! ¿Qué pasa ahora? ¿Acaso no llevaste el *jeep* a reparar?».

Me dije: «Para cuando quieran recogerlo y volver a arreglarlo, la guerra habrá terminado».

Me dije: «Y el Muro de las Lamentaciones habrá sido conquistado».

Me dije: «¡Este maldito bosque! ¡Y estos malditos árboles! ¡Ellos son los culpables!».

Me dije: «¡Los seis millones!».

Me dije: «Esto sí que es mala suerte».

Me pregunté: «¿Y quién conquistará el Muro de las Lamentaciones?».

Me dije: «¡Un judío! Nadie más podrá conquistarlo».

Me pregunté: «¿Acaso tú no eres judío?».

Me dije: «Lo eres…, pero no desde el punto de vista de estos árboles…, de estos seis millones».

Me dije: «Porque solo ellos saben la verdad».

Me dije: «A ellos no puedes tomarlos por tontos. Aunque estés circuncidado, saben perfectamente quién eres».

Me dije: «Sí, maldita sea. Saben que esta circuncisión no tiene

validez alguna. Saben que la circuncisión es un vínculo con el Señor, el único y eterno Dios. Y contigo, Max Schulz, Dios nunca contrajo vínculo alguno».

Me pregunté: «Entonces, ¿también lo sabe Dios?».

Me dije: «¡Me cago en Dios!».

Me pregunté: «¿Y quién eres tú si no eres un judío, un auténtico judío?».

Y oí la respuesta de los árboles:

—Eres el último. El último según la jerarquía. Entre los circuncidados. Y entre los no circuncidados.

Les pregunté a los árboles:

—¿Y por qué soy el último?

Me dijeron los árboles:

—¡El último entre los últimos!

Les pregunté a los árboles:

—¿Y por qué? ¿Acaso disparé de otra forma o ahorqué de otra forma o apaleé de otra forma… distinta a la de los últimos entre los últimos?

Me dijeron los árboles:

—¡Porque tú no confiesas tu culpa! ¡Porque tú la niegas! ¡Y te escondes! Y aún más, tras las víctimas…, tras los muertos y tras aquellos que sobrevivieron.

Seguro que les gustaría saber si Mira dio a luz un niño. Sí. Fue un niño. No tenía brazos ni piernas. No tenía cuerpo ni rostro. Solo tenía ojos. Gigantescos ojos de rana. Me miraron una vez y se cerraron para siempre.

6

¡El barco fantasma! ¡El Exitus! ¡El Resurrección! ¿Se acuerdan? Un espectro, este barco fantasma. Como la vida. ¿Existe o no existe?

¿Ocurrió o no ocurrió? ¿Fue todo simplemente un sueño?

Nunca volví a visitar a Hanna Lewisohn, leía algo de Tiresias Pappas de vez en cuando en el periódico, a Max Rosenfeld no volví a verlo, tampoco a los otros…, salvo a uno.

Sí. Uno de los pasajeros del Exitus o del Resurrección volvió a aparecer más tarde… tras la Tercera Batalla Decisiva…, en diciembre…, en diciembre de 1967.

¿Se acuerdan? ¿El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter? El pequeño juez de primera instancia de Alemania, un judío sin alma de olor judío, que olía un tanto a cerveza, a tertulia, a albóndigas de patata y a chucrut. Se interesó por mí aquella vez. Y también por el caso Max Schulz.

¿Que a quién se parecía? ¿De verdad ya no se acuerdan? A Churchill. También fumaba cigarros puros.

Un día apareció de repente en mi salón de peluquería.

El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter es un hombre viejo y cansado. De al menos ochenta años. O más. No vive lejos de nosotros. Vive de una pensión y de los fondos de reparaciones. Vino a vivir a Beth David, pues Beth David se parece a Tel Aviv, aunque más pequeña, y no es tan húmeda, ni tan ruidosa. Ni que decir tiene que descubrió mi salón de peluquería…, no pasa inadvertido…, vio también mi nombre… sobre la puerta…, y en los letreros del escaparate…, pensó…, o probablemente pensó: «¡Ajá, Itzig Finkelstein!».

El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter, un hombre viejo y cansado. Y solo, muy solo.

Mira lo invita a menudo a cenar. Le da pena. Así es. A los solterones empedernidos por lo general no se les quiere, pero cuando son viejos como el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter, tan viejos, cansados y solos, inspiran compasión.

Una vez…, mientras cenábamos…, Mira le dijo:

—¿Aún no ha visto la colección de Itzig?

Y el consejero del juzgado de primera instancia dijo:

—No. Pero me interesa.

—Itzig es coleccionista —dijo Mira—. Tiene un armario con carpetas, con carpetas de todos los colores. Tiene una colección de sellos. Y una colección de mariposas. Y otras colecciones. Todas las colecciones posibles.

Dije en broma:

—También colecciono cartas. Pero no las enseño, son cosas privadas.

—Las cartas no me interesan —dijo el juez.

—Las importantes están cifradas —añadí—. Así que nadie puede leerlas.

—Las cartas no me interesan —repitió el juez.

Mira rio. Dijo:

—A veces Itzig es un loco.

Después de cenar volvimos al salón, ya que no tenemos salón fumador. El consejero del juzgado de primera instancia se fumó un cigarro puro y yo mis Camel de costumbre.

—Lo recuerdo —dijo el juez—. Ya era un coleccionista en el barco. Si no me equivoco, por aquel entonces coleccionaba noticias sobre el genocidio.

—Cierto —contesté—. Aún las colecciono.

—En su día me habló… de un tal Max Schulz.

Asentí. Dije:

—Sí. Un genocida a quien conocí personalmente.

—¿Lo atraparon?

—Nunca lo atraparon.

Estábamos fumando, bebiendo coñac. Mira estaba en la cocina. No nos molestaba.

—En el año 1945… —repuse despacio— descubrí un artículo y lo recorté. Decía toda clase de cosas sobre Max Schulz.

—¿Y qué decía? —preguntó el juez.

—Toda clase de cosas —repetí—. Toda clase de cosas. Pero seguro

que ya lo sabe. Llevaba el artículo en el bolsillo… en el barco…, en el año 1947…, le enseñé el artículo…, usted mismo lo leyó.

—Es posible —dijo el juez—. Pero, al fin y al cabo, eso pasó hace más de veinte años. No me acuerdo de lo que decía.

El coñac era bueno. Coñac francés. El señor consejero del juzgado de primera instancia estaba sorprendido de beber un coñac tan bueno en casa de un peluquero. Le gustaba el coñac.

Le conté todo lo que decía aquel artículo: los primeros asesinatos en Polonia, luego los fusilamientos masivos en el sur de Rusia, el presunto infarto de Max Schulz, su traslado a retaguardia…, de vuelta a Polonia…, a retaguardia, aunque por aquel entonces también el sur de Rusia era la retaguardia, le conté lo de Laubwalde, lo del campo de concentración sin cámaras de gas… y lo de los fusilamientos masivos allí, que tan parecidos eran a los del sur de Rusia y, sin embargo, tan diferentes. Le conté lo de los documentos que se encontraron… sobre Laubwalde, le conté lo que decía el artículo, también le conté lo de las primeras tropas del Ejército Rojo. Y lo de la huida de las SS por el bosque polaco. Y lo de los partisanos. Y lo de la última lucha. Y cómo liquidaron a los de las SS. Y que solo escaparon dos, Hans Müller y Max Schulz. Le conté todo lo que decía el artículo.

Dije:

—Los nombres de los dos criminales buscados aparecieron más tarde de vez en cuando… en los periódicos…, luego no se supo nada más.

El juez fumaba y bebía su coñac. Dijo:

—Hans Müller no me interesa. Me interesa Max Schulz.

Yo dije:

—A mí también. Solo Max Schulz.

Mira volvió de la cocina y se sentó con nosotros, pero vio que no queríamos ser molestados y volvió a marcharse.

—En el barco se interesó mucho por el caso… —proseguí—, el caso Max Schulz. ¿De verdad no se acuerda? Hasta me prometió que un día esclarecería el caso.

—No me acuerdo —dijo el juez—. Eso fue hace mucho tiempo.

—Sí. Muy cierto. Incluso hicimos una apuesta. Una botella de champán.

—No me acuerdo —repitió el juez—. Eso fue hace mucho tiempo.

El viejo no mentía. Eso fue hace mucho tiempo. Solo recordaba el nombre…, el nombre de Max Schulz…, y también que yo era coleccionista, coleccionista de noticias sobre el genocidio. Nada más. Yo le había refrescado la memoria.

La conversación empezaba a divertirme. Había dejado para más tarde el relato de mi secreto, por el momento le conté únicamente lo de la niñez de Max Schulz, al igual que esa niñez vista por los ojos de su compañero de juegos Itzig Finkelstein. Una vez le hube contado todo sobre la infancia de Max Schulz, le dije:

—Señor consejero del juzgado de primera instancia, hace muchos años le conté que Max Schulz mató a mis padres. Es decir, lo di a entender. En el barco. En el transcurso de la conversación. ¿Se acuerda?

—No —afirmó el juez.

—También estuvieron en Laubwalde.

—Vaya… —dijo el juez—. ¿Y aún está convencido de que Max Schulz pegó un tiro a sus padres?

—Aún lo estoy —dije—. Tanto como antes.

—Pero usted no puede saberlo —dijo el juez—. No estuvo allí.

Yo dije:

—Lo supongo.

—Max Schulz no era el único miembro de las SS en Laubwalde.

—Desde luego —dije—. Pero lo supongo.

Y entonces le conté mi secreto.

—Mire —le dije al juez—. Me imagino la siguiente escena: un transporte de judíos llega a Laubwalde. A los judíos se les obliga a bajar de los vagones con látigos y perros de presa. Entre los judíos se encuentran mis padres; y entre los soldados de las SS, Max

Schulz. Mis padres ven a Max Schulz. Max Schulz ve a mis padres.

Mis padres saben lo que les espera. Antes no lo sabían. Al menos no exactamente. Pero ahora…, tras las alambradas…, lo ven todo claro. Ven a los perros. Y a las SS. Y las grandes fosas abiertas. Y a los muertos en las fosas. Perciben el olor. Lo saben todo.

Mi padre descubre a Max Schulz primero. Lo ve allí, de pie… entre los de las SS. Corre hacia él. Cae de rodillas. Suplica. No por su vida. Suplica por la vida de mi madre.

Mi madre ve a mi padre. Ve a Max Schulz. Corre hacia ellos. Hacia los dos. Cae de rodillas. Suplica. No por su vida. Suplica por la vida de mi padre.

Mi padre llora. Grita: «¡Max Schulz! Fuiste mi aprendiz. Fuimos buenos contigo». Mi madre grita: «¿Qué te hemos hecho?».

Los de las SS ríen. Miran a Max Schulz. Max Schulz se huele la pregunta: «¿Conocías a estos judíos? ¿Acaso eran tus amigos?».

Max Schulz trata de justificarse. No puede negar que conoce a los judíos, pues ellos saben su nombre. Pero no eran sus amigos. Eso no puede admitirlo. Solo eran judíos. Nada más. Y le eran indiferentes.

Max Schulz dirige el cañón de su fusil contra las cabezas de los dos arrodillados.

Max Schulz les dispara.

—Es posible —admite el juez—. Su relato casi me ha convencido.

Guardamos silencio durante un rato. Le ofrezco al juez algunas tortitas que la propia Mira ha hecho. Pero las rechaza.

—También le habría disparado a Itzig Finkelstein —le dije al juez.

—Tal vez —dijo el juez—. Pero eso no pudo hacerlo Max Schulz, pues Itzig Finkelstein no estaba allí. Al fin y al cabo, usted está aquí.

Dije:

—Sí, lo estoy. Pero podría haber sido.

El juez sonrió. Yo dije:

—Imagínese… que Itzig Finkelstein… hubiera llegado a Laubwalde

en un segundo transporte…

—En ese caso, ¿le habría pasado lo mismo?

Hice un gesto negativo, dije:

—No. Se equivoca. Itzig Finkelstein jamás se habría arrodillado.

—¿Entonces no?

Repuse:

—No de esa forma.

El juez preguntó:

—¿Cómo pues?

—Más o menos así —dije—. Mire…

»Todo el mundo sabe que Laubwalde no era un campo de trabajo, sino un campo de muerte. Pero, al fin y al cabo, incluso en un campo de muerte hacían falta trabajadores. Entiende…, para cavar las fosas, incinerar los cuerpos, limpiar las letrinas y los barracones y qué se yo qué más. Seguro que también necesitaban a gente en la cocina del campo.

»Así que me imagino:

»Max Schulz ve a Itzig Finkelstein. Lo descubre de repente entre los prisioneros recién llegados.

»Max Schulz llama la atención de sus superiores sobre Itzig Finkelstein, les dice: «Ese parece fuerte. Aún puede trabajar». Y uno de sus superiores responde: «Sí. Saque a ese muchacho del grupo».

—¿Y luego? ¿Qué ocurre luego?

—Itzig Finkelstein trabaja en la cocina del campo. Max Schulz lo visita a menudo y habla con él. Una vez fueron amigos.

»Eso llama la atención de otros soldados de las SS. Uno de sus camaradas le dice un buen día: «Ten cuidado, Max. No hables tanto con el judío. A los amigos de los judíos se les envía al frente».

»Max Schulz trata de justificarse. Tiene que hacer algo. Max Schulz dispara a Itzig Finkelstein. Pero no a la cara, sino por la espalda.

—¿Y por qué por la espalda, señor Finkelstein?

Respondí:

—¡Por los ojos!

El juez me tomó por un charlatán. Seguimos hablando un rato. Entonces el juez echó una cabezadita. Más tarde, Mira entró en el salón, lo despertó, le dijo:

—Señor consejero del juzgado de primera instancia, son más de las diez. Y nosotros somos gente burguesa. Nos acostamos temprano. Mañana mi marido ha de estar temprano en el salón de peluquería.

Acompañé al juez un rato. Por pura cortesía. Al despedirnos preguntó el juez:

—¿Realmente nos apostamos una botella de champán aquella vez… en el barco… hace más de veinte años?

Respondí:

—Sí. Si esclarecía el caso Max Schulz.

—¡Qué raro que lo haya olvidado! Uno se hace viejo.

Le dije:

—Así es.

El juez preguntó:

—¿Y sigue estando en pie la apuesta?

Repuse:

—Naturalmente.

7

El juez no se dejó ver durante una larga temporada. Un buen día entró triunfante en mi salón de peluquería. Dijo:

—Señor Finkelstein. Quiero mi botella de champán. ¡Lo he resuelto!

Pregunté:

—¿Resuelto qué?

Me respondió:

—El paradero de Max Schulz. Y por qué la prensa lleva años guardando silencio.

Estaba afeitando al señor alcalde Daniel Rosenberg, lo afeitaba, debía tener cuidado, no debían temblarme las manos, pero me temblaban, le hice un corte limpio bajo el mentón…, fue una suerte que no fuera la arteria…, se me cayó la navaja, la recogí, me disculpé, dije:

—Problemas circulatorios.

La cosa fue sencillamente así: el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter es un hombre que se aburre, que no trabaja, que no tiene ninguna ocupación estable, que vive de una pensión y de los fondos de reparaciones, en definitiva, un hombre que dispone de tiempo, del tiempo suficiente como para escribir aburridas cartas…, cartas a las autoridades. A las autoridades competentes…, competentes en materia de persecución de genocidas fugitivos.

¿Que si tenía algo, el señor consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter? Por supuesto que tenía algo:

¡Había resuelto el caso!

Resultado de las gestiones del consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter:

¡Max Schulz está muerto! Las autoridades polacas recogieron su cadáver el 2 de junio de 1947. El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter incluso se había hecho con un artículo de periódico con fecha 10 de junio de 1947, en el que informaba de la muerte de Max Schulz de forma breve y objetiva. Un artículo de un pequeño diario de provincias alemán, el *Warthenauer Stadtanzeiger*.

Al parecer, el único periódico que consideraba mi muerte importante, lo bastante importante como para dedicarle unas líneas.

Leí el artículo: Yo, Max Schulz, fallecí congelado en un bosque polaco en el invierno de 1945. Unos campesinos polacos hallaron mi cadáver… en las proximidades de la zona del bosque donde anteriormente se produjera el ataque por sorpresa de los partisanos a una columna de camiones con soldados de las SS fugitivos a unos kilómetros de distancia de Laubwalde…, un antiguo campo de concentración. Los campesinos polacos que me encontraron me cortaron la cabeza y el miembro viril. Me quitaron las botas. Y quemaron el dinero y los papeles y todo lo que llevaba encima que no les era de utilidad, pero me dejaron el uniforme.

¡Algo inaudito! Los campesinos ni siquiera dieron parte del suceso. Solo se dio a conocer en junio de 1947, cuando unos leñadores descubrieron mi cadáver, para entonces descompuesto. Sin cabeza. Sin rabo. Sin botas. Sin papeles. ¡Pero con el uniforme!

Pueden creerme. No me buscan en ninguna parte. Ni las autoridades de ningún país del mundo.

El mundo me ha olvidado. ¿Ahora quién soy? Max Schulz, *Oberscharführer*. *Oberscharführer*…, un rango que en otros ejércitos equivale a sargento. Así que sargento. Fui sargento en el Ejército de Israel. Y fui sargento en las SS. No es lo mismo. Pero soy sargento. Y un sargento no es importante. Tampoco un pez pequeño es importante. Solo era un pez pequeño entre otros muchos peces pequeños. Había miles como yo, pequeños genocidas, desaparecidos en alguna parte, más tarde. Ni que decir tiene que también los había gordos, peces gordos entre los genocidas cuyos nombres aparecen o aparecieron en grandes titulares de periódicos importantes.

El mundo me ha olvidado. Y el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter se informó bien, con minuciosidad, a la

vieja usanza alemana. Un único periódico informó sobre mi muerte. Nadie más. No era lo bastante importante. Es triste.

Le dije al juez:

—Lástima que pasara por alto el artículo del *Warthenauer Stadtanzeiger*.

Y el juez dijo:

—Fechado el 10 de junio de 1947. Por aquel entonces estábamos en alta mar y allí no había ningún periódico… con las últimas noticias.

Le dije al juez:

—¿Cómo saben las autoridades que ese cadáver era realmente el de Max Schulz?

—Porque todo fue comprobado —afirmó el juez—. Fecha de la muerte, lugar, uniforme y demás cosas. Podría contarle un montón de cosas como antiguo juez, pero al fin y al cabo de eso hace ya más de veinte años. Ya no es importante. Olvide el suceso.

—Por aquel entonces había otras unidades de las SS en el bosque polaco… —proseguí, obstinado—, que cruzaban el bosque polaco, en retirada, hacia Alemania. Podría tratarse de cualquier otro soldado de las SS.

—Pero era Max Schulz —dijo el juez.

—También podría ser Hans Müller —dije yo—, el comandante del campo que logró escapar con Max Schulz. Sí. ¿Por qué no Hans Müller? Él también estaba allí.

—No lo sé —dijo el juez—. Pero como antiguo juez le digo, créame, que las autoridades tienen pruebas de que el muerto era Max Schulz… y no Hans Müller. Hay que confiar en el buen juicio de las autoridades.

Yo dije:

—¡No era Max Schulz!

Y el juez dijo:

—Se ha comprobado. ¿Acaso pretende ser más listo que las autoridades?

8

En marzo de 1968 se celebró mi juicio. Un jueves. Así fue.

Nosotros, es decir, Mira y yo, recibimos visitas a menudo. Vecinos en su mayor parte. Podría describírselos, y de hecho lo haría, aunque lo encuentro aburrido…, describir a gente aburrida; para eso yo, Itzig Finkelstein, no tengo paciencia en este momento. Los únicos, de entre las abundantes visitas, que no son aburridos… son Jizchak Spiegel, el peluquero, al que me unen intereses profesionales, y Daniel Rosenberg, el alcalde, un hombre importante…, pero a ellos no hace falta que los describa porque ustedes ya los conocen.

Los domingos nos visitan los Ruckenstein, dueños de una tienda de ultramarinos; los lunes, los Blumental…, ropa interior femenina; los martes, el mecánico Moische Lewi, el que reparó mi viejo *jeep*; los miércoles, Jizchak Spiegel y señora; y los viernes, Daniel Rosenberg, el alcalde, con toda su familia.

Es cierto. Los sábados y los jueves los he omitido a propósito. El sábado o *sabbat* o *sabbat*, Mira y yo solemos ir de excursión. Y el jueves Mira, mi esposa, celebra su reunión de señoras. Y eso empieza por la tarde y no termina hasta las diez de la noche.

Yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, desgraciadamente estoy excluido. La reunión de señoras es solo para señoras. Unas delgadas, otras gordas, unas guapas, otras no, unas aún jóvenes, otras ya no…, las amigas de Mira.

Los jueves juego a las cartas. Al *rummy*. Con el señor consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter. Como los jueves

los caballeros no son bien recibidos en mi casa…, por lo de la reunión de señoras…, jugamos en el salón de peluquería El Hombre de Mundo.

Y así fue.

Jugamos a las cartas. El juez y yo. Terminamos alrededor de las 21.50, pues yo me voy a la cama a eso de las diez…, así que terminamos de jugar, ordenamos las cartas, las dejamos sobre la mesa de los periódicos y las revistas, sobre la que de hecho jugamos, y nos disponíamos a marcharnos… cuando el juez hizo un comentario que hizo que yo, el peluquero burgués, el que se iba pronto a la cama y no tarde, olvidara la hora. El juez dijo:

—Sin rabo, lo enterraron sin rabo y sin cabeza. Lo tenía bien merecido.

Pregunté:

—¿Quién?

Y el juez respondió:

—¡Max Schulz!

No sé por qué el juez sacó el tema. Obviamente, él, el juez, aún no tenía ganas de irse a su casa, a su solitaria habitación, su solitaria cama, no tenía ganas de mirar cuatro paredes peladas y un techo pelado, quería charlar un poco, sabía… que yo…, Itzig Finkelstein…, olvidaría la hora, olvidaría que eran casi las diez, que era una persona burguesa, que mi mujer me esperaba en casa…, sabía que me quedaría, que charlaría con él… cuando sacara el tema…, cuando sacara el tema de Max Schulz…, sabía… que ese tema era mi punto débil y él se aprovechó de esta debilidad.

El juez comenzó a burlarse de la muerte de Max Schulz, en especial de la cabeza cortada y del rabo cortado, me miró de reojo divertido, me azuzó y, por último, consiguió que acabara haciendo… un imprudente comentario. Dije:

—¡No está muerto! ¡Vive! ¡Está vivito y coleando como una carpa en *sabbat* que *ellos* no atraparon!

—¿Y cómo lo sabe con tanta seguridad?

Respondí enfadado:

—¡Porque lo sé!

—Lo comprendo, señor Finkelstein. Usted lo está buscando. Lo busca en el recuerdo. No está satisfecho de que él, Max Schulz, haya muerto sin un juicio. Así de fácil. Lo comprendo. Desearía que viviera, que lo agarraran, que lo juzgaran, que lo ajusticiaran. El asunto le preocupa. Lo comprendo. Al fin y al cabo, usted piensa que él mató a sus padres. Y que también lo habría matado a usted si usted, señor Finkelstein, hubiese estado allí, en aquel campo de concentración… en Laubwalde. ¡Pero está muerto! ¡Acabado…, caso cerrado! Murió congelado en un bosque polaco. Lo encontraron. Sin cabeza. Sin rabo.

La falta de imaginación me divierte un rato cuando se trata de una mujer como la señora Holle. Pero de un hombre como el consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter esperaba, seamos francos, algo más. Estaba enfadado. Dije:

—Para usted las cosas son sencillas. Quiere ahorrarse preocupaciones. Típico de un pequeño juez de primera instancia. Max Schulz murió congelado. Está muerto. Caso cerrado. Pero yo le digo, señor consejero del juzgado de primera instancia, que las cosas son mucho más complicadas de lo que usted se imagina que son las cosas complicadas.

Nos habíamos vuelto a sentar a la mesa de las cartas.

Le dije:

—Hace frío en un bosque polaco. En invierno, me refiero. Y entonces era invierno. Y hacía frío. Tanto frío que a uno se le helaba la saliva en la boca. Y las lágrimas en las pestañas. En las pestañas. Exactamente. ¿Y adónde se habría dirigido Max Schulz? El bosque era un hervidero de partisanos. Y el Ejército Rojo acababa de llegar. La noche anterior. Y al amanecer ya había ocupado el bosque. El Ejército Rojo, quiero decir. ¿Y adónde se habría dirigido Max Schulz?

¿Acaso hacia los campesinos? Lo habrían degollado vivo. En sus cabañas.

Respiré profundamente y continué:

—Lógicamente, Max Schulz tendría que haber muerto en el bosque. Pues un bosque polaco es un bosque polaco. Uno nunca saldría de allí. No en esas circunstancias, por aquella época. Porque es de suponer que no tenía provisiones… ni tiempo para hacerse con provisiones…, se bajó del camión de un salto…, al igual que Hans Müller…, todo el mundo lo sabe…, o lo sabía…, se bajó de un salto y se alejó corriendo. Sin comida. Sin refugio. Con ese frío de perros polaco. Muerto de hambre. Congelado. Agotado. Acabado. Pero las cosas no son tan sencillas, señor consejero del juzgado de primera instancia.

Reí burlón y proseguí:

—Max Schulz corrió hacia el bosque. Más tarde buscó un búnker, un búnker de los partisanos, uno que estuviera abandonado, encontró uno por casualidad, tropezó, por así decirlo, y cayó dentro. Y allí hacía calor. O calor no, pero no tanto frío como fuera o arriba. ¿Lo entiende? Y luego…, a la mañana siguiente…, Max Schulz salió del búnker…, anduvo errando por el bosque durante un tiempo…, dio con los muertos…, sus camaradas…, pero no se detuvo… con los muertos, quiero decir…, sino que siguió adelante, siguió errando… y buscó y halló una cálida cabaña de campesinos.

El juez se rió:

—Imaginación no le falta, señor Finkelstein. Bien podría ser así. ¿Y qué pasó en la cabaña? Seguro que allí había un campesino polaco. Y lo degolló. ¿No es cierto?

Respondí:

—Se equivoca. En la cabaña no había ningún campesino. Había una bruja. Vio a Max Schulz. Pensó que sería un dios. Uno que ya no tenía poder. Y lo retuvo en su cabaña para sacudirle, para sacudir a ese dios sin poder. Para violarlo. Para humillarlo.

—Está usted loco, señor Finkelstein. Está yendo demasiado lejos. Eso es imposible.

Le dije prudente:

—Solo me lo imagino así. Solo… para demostrarle que tiene posibilidades, o las tenía… Max Schulz, quiero decir…, posibilidades.

—¿De sobrevivir?

—Sí, señor consejero del juzgado de primera instancia.

Le conté al juez mi historia. Le conté lo del invierno. Y lo de la primavera. Y cómo estuve errando por el bosque polaco… con los dientes de oro en el saco a la espalda…, errando… en dirección a Alemania. Le conté lo de mi circuncisión. Le conté lo del cambio de nombre de Max Schulz. Le conté lo de su nuevo nombre. Le conté lo de Itzig Finkelstein. Le conté lo de la condesa. Y lo del hotel Patria. Y lo del Exitus. Y lo del Resurrección. Se lo conté todo. Y cuando hube terminado dije:

—Señor consejero del juzgado de primera instancia. ¡*Yo* soy Max Schulz!

Sonó el teléfono.

Ni que decir tiene que tengo teléfono. Dos incluso. Uno en casa. Y uno en la peluquería…, perdón, en el salón. Gracias a Dios, no me va mal.

El juez se levantó la primera vez que sonó, levantó el auricular bruscamente y exclamó:

—¡Ah, es usted, señora Finkelstein! Sí. Aún estamos aquí. Su marido se ha vuelto loco. —Después dijo en un tono más suave—: No. No es necesario que venga. Mejor no. Pronto acabaré con él.

9

Yo dije:

—Imagínese que yo fuera realmente Max Schulz. Imagínese… que este salón de peluquería fuera el estrado. Imagínese… que yo fuera el acusado. Imagínese… que usted fuera mi juez.

Estoy convencido de que el juez me tomaba por un auténtico loco… y solo tomó parte en el juego para no irritarme aún más. Naturalmente también podía ser que le divirtiera el juego, pues yo, Itzig Finkelstein o el genocida Max Schulz, le había pedido a él, a un hombre mayor, retirado hacía ya tiempo, que una vez más, una última vez, ocupara el sillón del juez. Pero, ante todo, yo, Max Schulz, le ofrecí a él, al que fuera un pequeño juez de primera instancia…, un gran juicio, un juicio por asesinato.

El juez me preguntó:

—¿Y dónde está el jurado? ¿Y el secretario? ¿Y los testigos oculares? ¿Y el fiscal? ¿Y su abogado? ¿Y el médico forense? ¿Y la policía? ¿Y el público? ¿Y los reporteros? ¿Y todos los demás?

Respondí:

—No los necesitamos.

—¿Y por qué no, señor Finkelstein?

Contesté:

—Señor Schulz, se lo ruego. Señor Schulz.

—¿Y por qué no, señor Schulz?

Me quedé mirando largamente al juez. Vi algunos pelillos en sus orificios nasales y también en sus orejas, pensé: «Se los cortaré cuando tenga oportunidad. O ahora mismo». Le hice bajar de la silla, al juez, lo senté en el primer sillón junto al escaparate, agarré unas tijeras, le corté los pelillos, los de la nariz y los de las orejas, me senté a su lado, en el segundo sillón, dije:

—¡Bien! Veamos. El acusado no se halla ante el juez. Está sentado a su lado. Uno junto a otro. Juez y acusado.

—¿Y eso qué significa, señor Schulz?

—Un juicio poco común, señor consejero del juzgado de primera instancia. Renunciamos al procedimiento habitual, no necesitamos fiscal, ni abogado ni todo lo demás. Somos colaboradores. Socios.

—¿Socios?

—Exactamente, señor consejero del juzgado de primera instancia. Le aseguro que yo, Max Schulz, persigo el mismo fin que usted.

—¿Que es…?

—Imponerme un castigo que satisfaga a mis víctimas.

¿Les he contado ya lo de mi nueva nevera? En el vestuario. Sí. Ahí está nuestra nueva nevera.

Saqué una botella de vino. Vino blanco. Frío. Refrescante. También saqué dos copas de vino. Regresé al salón. Lo serví. Bebí con el juez. Dije:

—Lo haremos de forma nada convencional. Para subrayar nuestra sociedad. Solo eso.

—¿Nada convencional?

—Exactamente. Hasta podemos tutearnos. Y hablarnos por el nombre. Yo soy Max a secas. Tú eres Wolfgang a secas. ¿De acuerdo?

El juez se bebió el vino, se fumó un cigarro puro…, me pidió que tomara asiento, dijo:

—Bien, Max. Siéntate a mi lado —dijo, y añadió—: Nunca he presenciado un juicio similar.

¡Un salón de peluquería! ¡Dos caballeros! ¡En un salón de peluquería! Traten de… verlo de esta forma: un gran espejo de pared. Cuatro ojos. En el espejo. Los ojos del juez. Y los ojos del acusado.

—¿Culpable?

—¡Partícipe! ¡Solo partícipe! Otros también participaron. Por aquel entonces era legal.

—¡Culpable!

—Además, estoy mal de la cabeza, Wolfgang. No lo olvides. Siempre lo he estado.

—¡Culpable!

—Exactamente. ¡Culpable! Cuestión de pareceres. Pero si quieres,

Wolfgang, entonces participé. Así que soy culpable, pues.

—En ese caso… ¡te sentencio a morir ahorcado!

—¿Cuántas veces, Wolfgang?

—¡Seis millones de veces!

—Pero no sabemos si fueron seis millones, Wolfgang. Puede que hayan sido más, pero también menos. Además, yo no los maté a todos. Quiero decir, a los seis millones. Simplemente tomé parte.

—¿A cuántos mataste con tus propias manos, Max?

—No lo sé exactamente, Wolfgang. No los conté.

—Aproximadamente, Max.

—Aproximadamente diez mil. Pero es posible que hayan sido más. O también menos. Por dar una cifra redonda, diez mil.

—¿Estamos de acuerdo, Max?

—Exactamente, Wolfgang.

—Así que diez mil.

—Exactamente, Wolfgang.

—En ese caso, ¡te sentencio a morir ahorcado diez mil veces!

—Escucha, Wolfgang. ¿Acaso quieres ahorcarme diez mil veces?

—Sí, Max.

—Pero eso no puede ser, Wolfgang. ¡Solo tengo un cuello!

—Eso es cierto, Max. ¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé, Wolfgang.

—Pues entonces te colgamos una sola vez, Max.

—No puede ser, Wolfgang.

—¿Y por qué no puede ser, Max?

—Porque nos hemos propuesto algo, Wolfgang.

—¿Qué, Max?

—Hallar una solución que satisfaga a mis víctimas.

—Vale, ¿y qué… Max?

—Que con semejante castigo no estarían satisfechas.

—¿Qué quieres decir, Max?

—Mi muerte solo sería una muerte. Una muerte por diez mil. Sería injusto.

—Eso es un problema, Max.

—Sí, Wolfgang. ¡Ciertamente es un problema!

—Supongamos, Wolfgang…, supongamos que tuviera diez mil cuellos. Y que tú pudieras ahorcarme diez mil veces. ¿Crees tú que mis víctimas estarían satisfechas?

—No lo sé, Max. Tendré que pensarlo.

—Ciertamente no, Wolfgang. Mis víctimas no estarían satisfechas con eso.

—¿Por qué no, Max?

—¿Qué conseguirían con ello, Wolfgang? ¡Están muertas!

—Sí, Max.

—Es verdad que crecen aquí en forma de árboles, Wolfgang. Pero no es lo mismo.

—¿Qué quieres decir, Max?

—Quiero decir…, que es otra vida distinta…, no la misma que yo, Max Schulz, maté.

—Eso no lo entiendo. Max.

—Piensa en ello, Wolfgang. Lo que yo maté no puedo devolverlo. Aunque quisiera. No puedo…, ¿lo entiendes, Wolfgang? No puedo. No está en mi mano.

—Bueno, ¿y qué, Max?

—¿Qué significa esa pregunta, Wolfgang? ¿Por qué no lo captas? Eso es lo que quieren. Mis muertos. Mis víctimas. ¡Su vida! No quieren que yo muera ahorcado. O apaleado. O fusilado. Ni siquiera diez mil veces. Solo quieren su vida de nuevo. Nada más. Y eso no puedo dárselo, Wolfgang. Eso, Wolfgang, nunca podré devolvérselo yo, Max Schulz. Ni siquiera puedo borrar su angustia, ni tampoco el preludio de su angustia. No se puede, Wolfgang. No existe pena en el mundo capaz de aplacar a mis víctimas.

Hablábamos cada vez más quedo. En la sala solo silbaba el eco de nuestra voz, zumbaba desesperado contra el lustroso espejo, hiriendo nuestros ojos, los ojos del espejo que buscaban lo que no podían hallar.

El juez estaba perplejo. Le ofrecí más vino, pero lo rechazó. Guardamos silencio durante un rato. Luego dijo el juez:

—Será mejor que aplacemos el juicio.

Yo dije:

—De nada servirá aplazarlo. No hay solución. Tampoco en el siguiente juicio.

Empezamos a jugar a las cartas de nuevo. Ninguno de los dos quería irse a casa.

El juez estaba pensando. Buscaba una solución. Se le veía en la cara. No se concentraba en las cartas. No como antes. Jugamos otras dos manos. Entonces el juez echó una cabezadita.

¡Intenten vernos! Dos hombres perplejos. Han estado jugando a un juego. Están cansados. Especialmente el juez. Ha echado una cabezadita. Se despierta de nuevo. Me mira. Dice:

—Max Schulz. No hay solución. Es un juego mezquino.

Le digo:

—¡Ha de dictarse una sentencia!

Y el juez dice:

—Estoy cansado. Ahora no se me ocurre nada. Este es un juego mezquino. Y yo soy un hombre viejo.

Le pregunto:

—¿Quiere que dicte yo la sentencia?

Y el juez asiente y dice:

—Estoy cansado. ¿Cuál es la sentencia?

Digo:

—¡Absuelto!

Y el hombre viejo y cansado asiente… y dice:

—¡Absuelto!

10

El juez viene a diario a que lo afeite, rostro y cabeza. Sonríe burlón al entrar en el establecimiento. Me saluda cada mañana: «*Shalom*, señor Schulz, ¿cómo le va, señor Schulz? ¿Por qué su famoso regenerador capilar se llama Sansón V 2? ¿Y qué tiene que ver el pelo de Sansón con el cohete alemán? ¿Y cree usted, señor Schulz, que debería probarlo? ¿A mi edad? Y digo yo, ¿para qué necesito pelo? ¿Un viejo? ¿Y a quién le voy a gustar ya? ¿Qué me dice a eso, señor Schulz?».

Los clientes del salón de peluquería El Hombre de Mundo conocen nuestro juego y me gastan bromas o me compadecen. El señor alcalde Daniel Rosenberg me ha recomendado a su médico de cabecera. Me dijo:

—A decir verdad, no es psiquiatra, sino un médico de los bosques y de las praderas. Pero un hombre de corazón. Puede ponerse en sus manos.

Ni siquiera mi mujer me toma en serio. Llevo algunas semanas en huelga. Cuando recibimos visita me retiro. ¿Adónde? A mi sala de estudio y de trabajo. Quiero estar tranquilo.

Voy a menudo al bosque de los seis millones. Hablo con los árboles, les cuento historias, les cuento lo de la sal de la tierra, que no es sal, sino simplemente polvo…, el polvo de los que han sido, de las criaturas de Dios que no es Dios. Les cuento lo del polvo que vaga. Les cuento lo del polvo errante.

«Y un buen día llegó el polvo. Y se transformó».

Les cuento lo de crecer y reproducirse. Y cómo los hombres y las plantas echan raíces. Y por qué.

Me senté a la sombra de los árboles y dejé que me provocaran. Me dijeron los árboles:

—Un día morirás. Ya no eres el más joven, Max Schulz.

Les dije:

—Yo no he dicho eso. Aunque hoy en día ya no se es viejo… a los 61. Hoy en día los hombres viven más.

Y los árboles dijeron:

—Es cierto.

Y yo dije:

—Es cierto.

Y los árboles dijeron:

—Un día morirás.

Y yo dije:

—Claro. Todo el mundo estira la pata algún día.

Esperé a ver si los árboles lo adivinaban. Les dije:

—Esforzaos un poco. Devanaos un poco vuestros sesos de árbol. ¿Cómo moriré? Tratad de averiguar la causa de mi muerte.

Y los árboles dijeron:

—Nos da exactamente lo mismo.

Y yo dije:

—A pesar de todo, a ver si lo adiviná is. Es solo un juego.

—Te capturarán y te colgarán —dijeron los árboles.

Me eché a reír. Dije:

—Eso es poco probable. La mayoría de los genocidas viven en libertad. Algunos en el extranjero. La mayoría en la vieja patria. ¿No habéis leído los periódicos? A los genocidas les va bien. Son peluqueros. U otra cosa. Muchos tienen negocios propios. Muchos son dueños de fábricas. Son industriales. Los hay que vuelven a estar en la política, ocupan cargos en el Gobierno. Tienen posición y prestigio. Y familia.

Sonreí burlón y dije:

—En verdad os digo. Esta es la pura verdad. Viven en libertad y se ríen del mundo y de Dios. Sí. Y también de la palabra «justicia».

Les dije a los árboles:

—Debéis dar con una solución mejor. Con algo que sea más probable.

Les dije a los árboles:

—Podría, por ejemplo, morir una noche de *sabbat*. Mi mujer prepara un pescado muy bueno. En *sabbat*. Un pescado como lo hacía su madre en Wapnjarka-Podolsk. Podría, por ejemplo…, tragarme una espina. Podría asfixiarme. Eso sería más probable.

Les dije:

—También podría tragarme otra cosa, un hueso grande. Eso también sería más probable.

Les dije:

—Podría resbalar. En la calle. Eso también sería más probable.

Les dije:

—Podría morir de una enfermedad. Eso sería posible. O de senilidad. Eso también sería posible. Pero lo más probable es que sea el corazón…, como suele decirse, un infarto. Lo normal hoy en día.

Les dije.

—Podría pasar durante la noche. Durmiendo. Ni siquiera me enteraría.

»Naturalmente, también podría pasar por la tarde. En mi casa. Es más, a las diez menos cinco. Antes de irme a dormir. A veces lo hago con mi mujer. A las diez menos cinco. Siempre puntual. Como un concienzudo burgués. Solo antes de irme a dormir. Así lo hemos convenido, de vez en cuando, no demasiado a menudo. Y un día se me podría parar el corazón. Es muy posible.

Estuve aún largo rato hablando con los árboles, haciendo propuestas, quería que ellos eligieran la causa de mi muerte. Pero los árboles no fueron capaces de decidirse.

Ayer, después de almorzar, me tumbé en el sofá del salón, quería echar la siestecita de costumbre, pero no podía dormir, simplemente yacía allí, tumbado, con los ojos medio cerrados.

Hacía un calor agobiante. Tiempo del *hamsin*. El viento del este. Viene del desierto árabe para torturar a hombres, bestias y plantas. Así es. Los árabes no se atreven a mandar sus aviones. Pero nos mandan su viento.

Estaba tumbado en el sofá, respiraba con dificultad y me temí lo peor. Mi mujer estaba haciendo ruido en el fregadero. A través de la puerta entreabierta entraba el vapor del agua en el salón, arrastrándose por las paredes, merodeando por el sofá, envolviéndome.

Soñé despierto. Me pareció como si estuviera realmente agonizando.

Al teléfono se oía la voz agitada de mi esposa:

—Señor doctor. Ha sucedido. Mi marido. Un infarto. Después de comer. ¿Qué, qué? ¿Qué dice? ¿Un trasplante de corazón? ¿Que tiene a tres árabes en el depósito? ¿Y a dos turistas? ¿Un inglés y un alemán? ¿Que hay cinco corazones disponibles? Un momento. Tengo que preguntarle a mi marido. Sí. Aún puede decir algo.

»Ni pensarlo, señor doctor. Le he preguntado a mi marido. Ni pensarlo. No quiere ningún corazón árabe. Ni tampoco inglés. Y mucho menos alemán. ¡Mi marido quiere un corazón judío!

»¿Qué dice? ¿Que no tiene ninguno en el depósito? ¿Ningún corazón judío? ¿Ni siquiera uno?

»¿Cómo? ¿Tal vez mañana? ¿O pasado mañana? ¿Que siempre pasa algo? ¿En la zona ocupada? ¿Una mina? ¿Una bomba? ¿Disparos en una emboscada? ¿Que también podría ser que alguien muriera en la cama? ¿Eso también? ¿Paciencia?

»¿Qué dice? ¿Un golpe de suerte? ¿Que alguien se está muriendo? ¿Que aún no se ha muerto? ¿Que solo está agonizando? ¿Que quiere donar su corazón?

»¿Cómo? ¿Cómo dice usted? ¿Un rabino? ¿El corazón de un rabino? ¿Si mi marido está de acuerdo?

Yago en una camilla. Me llevan. Pierdo el conocimiento. Después despierto.

¿Dónde estoy? Probablemente en el hospital Hadassah. En alguna habitación para casos graves. No veo nada. Solo niebla. Nada más que niebla. Pero oigo voces. Algunas voces.

—Ha estado inconsciente mucho tiempo. Ni siquiera sabe que ha sido operado. No sabe nada de nada.

—¿Es cierto que ahora tiene el corazón de un rabino?

—Es cierto.

—¿Quién era?

—No lo sé. Un rabino.

—¿Se salvará?

—No lo creo. Algo no salió bien.

—Así que… agoniza.

—Sí.

Voces, voces, voces:

—Sí, sí, sí.

—Sí.

—Sí, sí, sí.

¿Qué demonios pasa ahora? Ya no oigo ninguna voz. No veo nada. Está oscuro. Silencioso.

No. No veo nada. Y, sin embargo, veo. Imagino cosas.

Veo cómo mis pensamientos escapan del rincón dañado de mi cabeza, se liberan para merodear por el globo ocular, manar de los ojos de rana, brotar, comenzar a flotar, flotar por la habitación,

aovillarse en el techo, mirarme muy fijo, susurrarme algo.

El consejero del juzgado de primera instancia Wolfgang Richter dice:

—¡Max! Estás en las últimas.

Y mis pensamientos, aovillados en el techo, que hace tiempo han escapado de la masa viscosa, de esa papilla gris tras los ojos de rana…, dicen:

—Sí. Lo sé, Wolfgang.

—No podía sentenciarte, Max. No aquí, en la Tierra. Pero se me ha ocurrido algo.

—¿Y qué se te ha ocurrido, Wolfgang?

—¡Algo muy original!

—¿Qué es?

—Te pongo en manos de otro tribunal.

—Eso no es original.

—Te dejo en manos de Dios, Max.

—Tal vez no exista…

—Lo sabía.

—¿Qué… sabías?

—Que tienes miedo, Max.

—¿Cómo lo sabes, Wolfgang?

—Veo el sudor frío en tu frente. Tu miedo. Y tu boca abierta.

—No puede ser, Wolfgang. ¿Cómo va a sudar mi cuerpo… de miedo… si mi miedo está aovillado en el techo?

—Imaginaciones tuyas, Max.

—Sí. Tengo miedo.

—Sí.

—¿Qué aspecto tengo, Wolfgang?

—Así, así, Max. Lástima que no puedas verte. Tus ojos de rana

están totalmente abiertos. Y también tu boca.

—¿Es eso verdad?

—Sí. Es verdad. Al final, un tipo como tú se muere… con su miedo.

—¿Con el miedo de quién?

—Con el miedo de tus víctimas antes de que murieran.

—¿Será ese el castigo justo?

—No.

De repente vuelvo a ver. Veo cortinas blancas. Veo la ventana abierta. Y también veo el viento. ¡Lo veo!

Es como si el viento viniera del bosque de los seis millones. ¡El viento! El viento que ase las blancas cortinas ante mi ventana. Las mueve.

Poco a poco oscurecen. Las cortinas. Más y más oscuras, se desprenden, se convierten en alas, alas negras que revolotean, se dejan llevar por el viento, el viento que viene del bosque, del bosque de los seis millones. Las alas me atrapan, me clavan sus garras, me agarran los brazos abiertos. Y el viento se eleva, llevando mis alas y también a mí. Hacia alguna parte. Hacia allí.